

FERDINAN ANTOINE
OSSENDOWSKI

BESTIAS, HOMBRES, DIOSES

ÍNDICE

PRÓLOGO:

Ferdinand Antoine Ossendowski	Pág.	4
-------------------------------------	------	---

PARTE I. – *A brazo partido con la muerte:*

Cap. I. – En la selva	6
– II. – El secreto de mi compañero de camino	10
– III. – La lucha por la vida	13
– IV. – De pesca	15
– V. – Un vecino peligroso	16
– VI. – El trabajo del río	18
– VII. – A través de la Rusia soviética	20
– VIII. – Tres días al borde de un precipicio	21
– IX. – Hacia los montes Sayans y la libertad	23
– X. – La batalla del Seybi	27
– XI. – La barrera roja	31
– XII. – En el país de la paz	33
– XIII. – Misterios, milagros y nueva batalla	37
– XIV. – El río del diablo	40
– XV. – La marcha de los fantasmas	43
– XVI. – En el Tíbet misterioso	45

PARTE II. – *La tierra de los demonios:*

Cap. I. – La Mongolia recóndita	49
– II. – El misterioso lama vengador	54
– III. – Los chahars	58
– IV. – El demonios de Jagisstai	60
– V. – El antro de la muerte	64
– VI. – Entre asesinos	66
– VII. – Sobre un volcán	69
– VIII. – Castigo sangriento	73
– IX. – Días de angustia	75
– X. – La banda de “hunghutzes” blancos	80
– XI. – El misterio del templo	82
– XII. – El soplo de la muerte	84

PARTE III. – *En el corazón del Asia febril:*

Cap. I. – Por la ruta de los grandes conquistadores	88
– II. – ¡Alto!	94
– III. – Viaje con “urga”	96
– IV. – Un viejo adivino	99

– V. – “La muerte, personificada en un hombre blanco, os acechará para mataros”	101
– VI. – Los horrores de la guerra	103
– VII. – En la ciudad de los dioses vivos, los treinta mil budas y los sesenta mil monjes	105
– VIII. – Hijo de cruzados y corsarios	108
– IX. – El campamento de los mártires	113
– X. – En presencia de Buda	116
– XI. – El hombre de cabeza en forma de silla de montar	120

PARTE IV. – *El Buda vivo:*

Cap. I. – En el jardín bienaventurado de las mil bienandanzas	123
– II. – El polvo de los siglos	127
– III. – Los libros de los milagros	129
– IV. – El nacimiento del Buda vivo	131
– V. – Una página de la historia del buda vivo	132
– VI. – La visión del Buda vivo	134

PARTE V. – *El misterio de los misterios. El rey del mundo:*

Cap. I. – El reino subterráneo	136
– II. – El rey del mundo, enfrente de Dios	139
– III. – ¿Realidad o ficción mística?	141
– IV. – La profecía del rey del mundo en 1890	142

VOCABULARIO	144
-------------------	-----

PRÓLOGO

FERDINAND ANTOINE
OSSENDOWSKI

Hay épocas, hombres y acontecimientos de los cuales solo la Historia puede emitir un juicio definitivo; los contemporáneos y los testigos oculares únicamente deben referir lo que han visto y oído. La verdad misma lo exige.

TITO LIVIO.

Es interesante y casi imprescindible para comprender bien esta obra extraordinaria, verdadera serie de aventuras terribles y apasionadas, tan llenas de color que a veces parecen inventadas y en ocasiones diríase arrancadas de una realidad pretérita, dar a conocer, siquiera sea con brevedad, la personalidad de su autor y los antecedentes del hombre a quien los acontecimientos anormales de nuestra época sometieron a tan duras pruebas, a la condición de Robinsón Crusoe del siglo XX y a la de veraz explorador y revelador de las fuerzas misteriosas, políticas y religiosas, que hacen vibrar el corazón de Asia.

Fernando Ossendowski es un sabio ilustre, un escritor polaco, de pluma ágil y colorista, y un observador perspicaz, cuyos méritos científicos garantizan la exactitud de cuanto relata. En tiempos fue profesor de la Escuela de Guerra de Varsovia, así como también de la de Estudios Comerciales Superiores de la misma capital.

En 1899 y 1900, Ossendowski siguió los cursos de la Sorbona y trabajó en el laboratorio de Física y Química de los señores Trots y Bouty. Durante la Exposición de 1900 formó parte de la Comisión de técnicos en la sección de Química. Reconocido mercedamente como una autoridad en el problema de las minas de carbón a orillas del Pacífico, desde el estrecho de Behring hasta Corea, descubrió también un gran número de minas de oro en Siberia.

Sirvió en el Ejército ruso como alto comisario de Combustibles, a las órdenes del general Kuropatkin, durante la guerra rusojaponesa.

En el transcurso de la Gran Guerra fue enviado a Mongolia en comisión especial de investigaciones, y entonces empezó a hablar la lengua de este país. Durante algunos años fue consejero técnico del conde White para los asuntos industriales cuando este último perteneció al Consejo de Estado. Se ha distinguido en varios trabajos científicos, que le valieron ser nombrado profesor de Química Industrial en el Instituto Politécnico de Petrogrado, donde también desempeñó al mismo tiempo la cátedra de Geografía Económica. Su experiencia como ingeniero de Minas le llevó al Comité ruso de minas de oro y platino, y más tarde a la dirección del periódico Oro y platino. Se dio a conocer como periodista y escritor, tanto en lengua polaca como en la rusa, con quince volúmenes de interés general, sin contar numerosos estudios científicos. La declaración de guerra le halló agregado como consejero técnico en el Consejo Superior de Marina. Después de la revolución pasó a ser profesor en el Instituto Politécnico de Omsk, de donde Kolchak le sacó para darle un cargo en el Ministerio de Hacienda y Agricultura del Gobierno de Siberia. La caída

del almirante Kolchak motivó su fuga a los bosques del Yenisei y le dio ocasión para escribir Bestias, hombres, dioses.

Un capítulo de su vida parece estar en contradicción con sus opiniones declaradas, cuando en realidad sus actos estuvieron también entonces de acuerdo con sus principios. Hacia fin de 1905 presidió el Gobierno revolucionario de Extremo Oriente, cuyo cuartel general estaba en Karbin. Compartiendo con infinidad de súbditos rusos el amargo desengaño causado por la actitud del zar, repudiando los términos de su manifiesto de 17 de octubre de 1905, Ossendowski consintió en ponerse al frente del movimiento separatista, que debía segregar la Siberia Oriental del resto de Rusia. Durante dos meses dirigió los esfuerzos organizados para tal fin, creando subcomités en Vladivostok, Blagovestchenst y Tchita. Cuando la revolución de 1905 fracasó, arrastró en su caída a esta avanzada de Extremo Oriente.

En la noche del 15 al 16 de enero de 1906, Ossendowski fue detenido al mismo tiempo que sus principales asociados. Avisado con anticipación, hubiese podido huir, pero prefirió compartir la suerte de sus camaradas; y, condenado a muerte, le fue conmutada esta pena por la de dos años de prisión, debido a la intervención del conde White. Encarcelado en distintos puntos de Siberia, fue después trasladado a la fortaleza de Pedro y Pablo, en Petrogrado.

Su estancia en las prisiones criminales de Siberia le valió un nuevo indulto, y recobró la libertad en 1907.

En el momento de la Conferencia de Washington, Ossendowski estaba agregado a la Embajada de Polonia como consejero técnico para los asuntos de Extremo Oriente.

Tiene publicado un notable folleto sobre la política asiática de los soviets.

Tal es, sumariamente referida, la accidentada vida de Fernando Ossendowski, hombre de ciencia y de acción, verdaderamente representativo de la época y la sociedad en la que tan brillante papel ha desempeñado.

LEWIS S. PALEN.

PRIMERA PARTE

A BRAZO PARTIDO CON LA MUERTE

CAPITULO PRIMERO

EN LA SELVA

Al comenzar el año 1920 me hallaba yo en Siberia, en Krasnoiarks. La ciudad está situada a orillas del Yenisei, ese río majestuoso que tiene por cuna las montañas de Mongolia bañadas de sol y que va a verter el calor y la vida en el Océano Ártico. A su desembocadura fue Nansen dos veces para abrir al comercio europeo una ruta hacia el corazón de Asia. Allí, en lo más profundo del tranquilo invierno de Siberia, fue bruscamente arrastrado en el torbellino de la revolución desencadenada sobre toda la superficie de Rusia, sembrando en este rico y apacible país la venganza, el odio, el asesinato y toda clase de crímenes que la ley no castiga. Nadie podía prever la hora que había de señalar el destino. Las gentes vivían al día, salían de sus casas sin saber si podrían volver a ellas o si no serían prendidas en la calle y sepultadas en las mazmorras del comité revolucionario, parodia de justicia más terrible y sanguinaria que la de la Inquisición. Aunque extranjeros en este país trastornado, tampoco estábamos a salvo de las persecuciones.

Una mañana que fui a visitar a un amigo me informaron de repente que veinte soldados del Ejército rojo habían cercado mi casa para detenerme y que me era preciso huir. En seguida pedí prestado a mi amigo un traje usado de caza, cogí algún dinero y me escape a pie y muy de prisa por las callejuelas de la ciudad. Llegue pronto a la carretera donde contrate los servicios de un campesino, que en cuatro horas me transporto a treinta kilómetros, poniéndome en el centro de una región muy forestal. Por el camino había comprado un fusil, trescientos cartuchos, un hacha, un cuchillo, una manta de piel de carnero, te, sal, galletas y un perol. Me interne en el corazón del bosque hasta una cabaña abandonada y medio quemada. Desde aquel día me convertí en un verdadero trapense; pero realmente, por entonces, no me figure todo el tiempo que iba a desempeñar ese papel. A la mañana siguiente me dedique a la caza, y tuve buena suerte de matar dos gallos silvestres. Descubrí numerosos rastros de gamos, y todo ello me tranquilizo en cuanto al problema de la alimentación.

Sin embargo, mi permanencia en aquel sitio no duro mucho. Cinco días después, al volver de la caza, divise unas volutas de humo que partían de la chimenea de mi choza. Me acerque con precaución a la cabaña y tropecé con dos caballos ensillados, en los que había sujetos a las sillas los fusiles de unos soldados. Dos hombres sin armas no podían intimidarme a mí, que estaba armado, por lo que, atravesando rápidamente el claro del monte, entre en mi guarida. Dos soldados sentados en el banco se levantaron asustados. Eran bolcheviques. Sobre sus gorros de astracán se destacaban las estrellas rojas y prendidos en las guerreras ostentaban los ojos galones. Nos saludamos y nos sentamos. Los soldados habían ya preparado el té y lo tomamos juntos, charlando, pero no sin examinarnos con aire cauteloso. A fin de desvanecer sus sospechas, les referí que era cazador, que no pertenecía al país y que había venido a el porque la región abundaba en martas cibelinas. Ellos me dijeron que formaban parte de un destacamento de soldados enviados a los bosques para perseguir a los sospechosos.

– Ya comprenderéis, camarada – me dijo uno de ellos –, que andamos en busca de contrarrevolucionarios para fusilarlos.

No necesitaba estas explicaciones para darme cuenta de sus propósitos. Procure cuanto pude y con todos mis actos hacerles creer que era un simple labriego, cazador, y que nada tenía que ver con los contrarrevolucionarios. Luego pensé largo rato adónde debería dirigirme tan pronto me abandonasen mis poco gratos visitantes. Caía la noche. En la oscuridad sus tipos eran todavía menos simpáticos. Sacaron sus cantimploras de vodka, se pusieron a beber y el alcohol no tardo en producir visibles efectos. Alzaron el tono de voz y se interrumpieron continuamente, jactándose del número de burgueses que habían matado en Krasnoiarks y del de cosacos que habían hecho perecer bajo el hielo del río. Luego empezaron a reñir, pero pronto se fatigaron y prepararon para dormir. De improviso, se abrió bruscamente la puerta de la cabaña; el vaho de la estancia, de atmosfera

enrarecida, se escapo al exterior como una humareda, y mientras los vapores se disipaban, vimos surgir de en medio de una nube, parecido a un genio de cuento oriental, a un hombre de elevada estatura, de rostro enflaquecido, vestido como un campesino, tocado con un gorro de astracán y abrigado con una larga manta de piel de carnero, quien en pie desde el umbral de la puerta, nos amenazaba con la carabina. En el cinturón llevaba el hacha, sin la que no pueden pasar los labradores de Siberia. Sus ojos, vivos y relucientes como los de una bestia salvaje, se fijaron alternativamente en cada uno de nosotros. Bruscamente se quito el gorro, hizo la señal de la cruz y nos pregunto:

- ¿Quien es el amo aquí?
- Yo – respondí.
- ¿Puedo pasar la noche en esta cabaña?
- Si – conteste –; hay sitio para todo el mundo. Tomara una taza de te. Aun esta caliente.

El desconocido, recorriendo constantemente con la vista la extensión de la estancia, nos examino y reparo en cuantos objetos había en ella, despojándose de su abrigo y colocando el arma en un rincón del cuarto. Viose entonces que vestía una vieja chaqueta de cuero y un pantalón ajustado, hundido en unas altas botas de fieltro. Tenía el rostro juvenil, fino y algo burlón; los dientes, blancos y agudos, relucíanle, mientras que sus ojos parecían traspasar lo que miraban. Observe los mechones grises de su alborotada cabellera. Unas arrugas de amargura a ambos lados de la boca revelaban una vida inquieta y peligrosa. Ocupo un asiento cerca de su carabina y puso el hacha en el suelo, al alcance de la mano.

- Qué, ¿es tu mujer? – le preguntó uno de los soldados borrachos, indicando el hacha.

El campesino le miro tranquilamente, con ojos impasibles, dominados por espesas cejas, y le replico con pasmosa serenidad:

- En estos tiempos se corre el riesgo de tropezar con toda clase de gentes, y un hacha buena da mucha seguridad.

Comenzó a beber su té con avidez mientras que sus ojos se fijaron en mí repetidas veces, pareciendo interrogarme con la expresión que en sus miradas ponía, y luego escudriñaba con la vista todo cuanto le rodeaba, como para buscar una contestación que calmase sus inquietudes. Lentamente, con voz penosa y reservada, respondió a todas las preguntas de los soldados, al paso que bebía el té bien caliente; luego volvió la taza boca abajo para indicar que había concluido, poniendo sobre ella el terroncito de azúcar que le quedaba, y dijo a los bolcheviques:

- Voy a ocuparme de mi caballo y desensillare los vuestros al mismo tiempo.
- Convenido – respondió el soldado medio dormido –. Traednos también los fusiles.

Los soldados, tumbados en los bancos, solo nos dejaron el suelo a nuestra disposición.

El desconocido volvió pronto, trayendo los fusiles, que puso en un rincón oscuro. Dejo las monturas en el suelo, se sentó encima y se puso a quitarse las botas. Los soldados y mi nuevo huésped roncaban bien pronto, pero yo permanecí despierto, pensando en lo que debía hacer. Al fin, cuando apuntaba el alba, me adormecí para no despertarme hasta el pleno día; ya el forastero no estaba allí. Salí de la cabaña y le vi ocupado en ensillar una magnifico caballo bayo.

- ¿Os vais? –. Le dije.
- Si, pero esperaré para irme con los camaradas – murmuró –; luego volveré.

No le interrogué más, y solo le dije que le esperaría. Quito los sacos que llevaba colgados de la silla, los oculto en un rincón quemado de la choza, aseguro los estribos y la brida, y mientras acababa de ensillar, me dijo, sonriendo:

- Estoy dispuesto. Voy a despertar a los camaradas.

Pasada media hora de haber tomado té, mis tres visitantes se despidieron. Quede fuera recogiendo leña para encender lumbre. De improviso, a los lejos, unos disparos de fusil resonaron en los bosques. Uno primero, luego otro. Después volvió el silencio. Del sitio donde habían tirado, unas gallináceas, asustadas, volaron pasando sobre mi cabeza. En la copa de un pino, un grajo lanzo un grito. Escuche buen rato para inquirir si alguien se aproximaba a mi cabaña, pero todo estaba silencioso.

En el bajo Yenisei anochece temprano. Encendí fuego en mi estufa y comencé a calentar mi sopa, prestando atención a cuantos ruidos venían de fuera. Comprendía muy bien y claramente que en ningún momento la muerte se separaba de mi lado y que podía adueñarse de mi por todos los medios: el hombre, la bestia, el frío, el accidente o la enfermedad. Sabía que nadie había de acudir en mi ayuda, que mi suerte se hallaba en las manos de Dios, en el vigor de mis brazos y mis piernas, en la precisión de mi tiro y en mi serenidad de espíritu. Sin embargo, escuche inútilmente. No me di cuenta del regreso del desconocido. Como la víspera, se presentó en el umbral por arte de magia. A través de la niebla distinguí sus ojos risueños y su fino rostro. Entró en la cabaña y ruidosamente puso tres fusiles en el rincón.

- Dos caballos, dos fusiles, dos monturas, dos cajas de galletas, medio paquete de té, un saquito de sal, cincuenta cartuchos, dos pares de botas – enumeró jovialmente –. ¡Hoy hemos hecho una buena caza!
Le miré sorprendido.
- ¿Qué le asombra? – dijo, riendo –. *Komun ujuy eti tovarischi?* ¿Quién se preocupa de esa gentuza? Tomemos el té y a dormir. Mañana le conduciré a un lugar más seguro y podrá continuar su viaje.

CAPITULO II

EL SECRETO DE MI COMPAÑERO DE CAMINO

Al rayar el alba partimos, abandonando mi primer refugio. Pusimos en los sacos nuestros efectos personales y estibamos los sacos en una de las monturas.

- Es preciso que recorramos quinientas o seiscientas versts – dijo con tono calmado mi compañero, que se llamaba Iván, nombre que nada decía a mi alma ni a mi imaginación en un país donde un hombre de cada dos se llama de ese modo.
- ¿Viajaremos, pues, mucho tiempo? – pregunte con pena.
- No más de una semana; tal vez menos -me respondió.

Aquella noche la pasamos en los bosques, bajo las anchas ramas de las frondosas copas de los abetos. Fue mi primera noche en la selva, al aire libre. ¡Cuántas noches semejantes estaba destinado a pasar así durante los dieciocho meses de mi vida errante! De día hacía un frío intenso. Bajo las patas de nuestros caballos la nieve helada rechinaba, se moldeaba bajo sus cascos, para desprenderse y rodar por la superficie endurecida con ruido de vidrio roto.

Las aves volaban de árbol en árbol perezosamente; las liebres descendían con suavidad a lo largo de los cauces de los torrentes estivales. Al atardecer, el viento comenzaba a gemir y silbar, doblando las copas de los árboles por encima de nuestras cabezas, mientras que a ras de tierra todo permanecía tranquilo y silencioso. Hicimos un alto en un barranco profundo, bordeado de corpulentos árboles, y habiendo encontrado en él abetos derribados, los cortamos en leños para encender fuego, y después de haber preparado el té, pudimos comer.

Iván trajo dos troncos de árboles, los escuadró por un lado con su hacha, los colocó uno sobre otro juntando cara a cara los lados escuadrados, y luego socavó en los extremos un boquete que los separó unos nueve o diez centímetros. Entonces colocamos unos carbones ardiendo en aquella hendidura, y contemplamos el fuego correr rápidamente a todo lo largo de los troncos escuadrados puestos cara a cara.

- Ahora tendremos fuego hasta mañana por la mañana – me dijo –. Es la *naida* de los buscadores de oro; cuando vagamos por los bosques, verano e invierno, nos acostamos siempre junto a la *naida*. ¡Es maravilloso! No tardaréis en apreciarlo personalmente – continuó.

Cortó dos ramas de abeto y formó un tejadizo inclinado, haciéndolo descender en dos montantes, en dirección a la *naida*.

Por encima de nuestro tejado de ramaje y de nuestra *naida* se extendían las ramas del abeto protector. Trajimos más hojarasca, que esparcimos sobre la nieve y sobre el tejado; pusimos las mantas de las monturas en el suelo, y así hicimos un asiento en que Iván pudo instalarse. Luego se desnudó de medio cuerpo para arriba, y entonces noté que tenía la frente húmeda del sudor, el cual se enjugó, así como el cuello, con las mangas de su blusa.

- ¡Ahora sí que estamos calientes! – exclamó.

Poco tiempo después me vi obligado a quitarme el abrigo y no tardé en tenderme para dormir, sin ninguna manta, mientras que más allá de las ramas de los abetos y fuera de la *naida* reinaba un frío cortante, del que estábamos confortablemente protegidos. Desde aquella noche no he vuelto a tener miedo al frío. Helado durante el día, a caballo, la *naida* me caldea gratamente de noche, permitiéndome descansar sin la pesada manta, a cuerpo y con una ligera blusa, bajo la techumbre de los pinos y los abetos, luego de haber bebido una taza de té siempre bien venida.

Durante nuestras etapas cotidianas, Iván me contó historias de sus viajes entre las montañas y los bosques de Transbaikalia en busca de oro. Estas historias estaban llenas de vida, de aventuras atractivas, de peligros y luchas. Iván era el tipo clásico de esos buscadores de oro que han

descubierto en Rusia, y quizá en los demás países, los más ricos yacimientos del preciado metal, sin lograr salir ellos de la miseria. Eludió decirme por qué había dejado la Transbaikalia para venir a Yenisei. Comprendí, por su proceder, que deseaba guardar el secreto, y respeté su reserva. Sin embargo, el velo misterioso que cubría esa parte de su vida se rasgó un día por casualidad. Nos hallábamos ya en el sitio que nos habíamos designado como meta de nuestro viaje. Toda la jornada la hicimos con mucha dificultad a través de espesos matorrales de sauces, dirigiéndonos hacia la orilla del gran afluente de la derecha del Yenisei, el Mana. Por doquier veíamos senderos removidos por las patas de las liebres que viven en aquella maleza. Estos pequeños habitantes blancos de los montes corrían sin desconfianza de aquí para allá delante de nosotros. En otra ocasión vimos la cola roja de un zorro, que nos acechaba, oculto detrás de una roca.

Iván caminaba silenciosamente. Por fin habló, y me dijo que a poca distancia de allí estaba un pequeño afluente del Mana, y que en la confluencia de ambos había una cabaña.

- ¿Qué os parece? ¿Llegaremos hasta ella o pasaremos la noche junto a la *naida*?

Le aconsejé que fuésemos a la choza, pues deseaba lavarme y, además, porque tenía ganas de pasar la noche debajo de un verdadero techo. Iván frunció el ceño, pero aceptó.

Caía la noche cuando nos acercamos a una cabaña rodeada de un espeso monte y de frambuesos silvestres. Solo constaba de una reducida habitación con dos ventanas microscópicas y una enorme estufa rusa. Adosadas a la pared se encontraban las ruinas de un cobertizo y una despensa. Encendimos la estufa y preparamos nuestra modesta cena. Iván bebió de la cantimplora que había heredados de los soldados, y no tardó en sentirse elocuente; le brillaron los ojos y empezó a pasarse las manos por su larga cabellera. Comenzó a referirme la historia de una de sus aventuras; pero de improviso se detuvo, y con el terror pintado en los ojos se volvió hacia uno de los sombríos rincones.

- ¿Es una rata? – preguntó.
- No he visto nada – respondí.

Calló de nuevo, reflexionando, fruncido el entrecejo. Como entre nosotros era frecuente estar callados horas enteras, no me sorprendió su mutismo. Mas me asombró que Iván se aproximase a mi principiando a murmurar:

- Quiero contaros una historia antigua. Yo tuve un amigo en Transbaikalia. Era un presidiario desterrado. Se llamaba Gavronsky. Por toda clase de bosques y montañas anduvimos juntos en busca de oro, y teníamos los dos convenido repartirnos por igual todas las ganancias; pero Gavronsky partió de repente para la *taiga* hasta el Yenisei y desapareció. Cinco años después supimos que había descubierto una rica mina de oro y que se había hecho millonario, y luego más tarde, que él y su mujer habían sido asesinados...

Iván permaneció silencioso un instante y prosiguió:

- Esta es su antigua cabaña. Aquí vivía con su mujer, y por aquí, en alguna parte de este río, encontraba el oro. Pero a nadie le dijo el sitio. Todos los habitantes de los alrededores sabían que poseía mucho dinero en el Banco y que había vendido oro al Gobierno. Aquí los mataron.

Iván se adelantó a la estufa, sacó un tizón ardiendo e inclinándose iluminó una mancha en el suelo.

- ¿Veis estas manchas entre el suelo y la pared? Son las de su sangre, la sangre de Gavronsky. Murieron, pero no revelaron el sitio donde se halla el oro. Lo extraían de un profundo agujero que habían cavado a la orilla del río y que estaba oculto en la cueva bajo el cobertizo. Nada quisieron decir... ¡Dios, cómo los torturé! Los abracé, les retorcí los dedos, les arranqué los ojos: inútil todo; Gavronsky murió sin descubrir su secreto.

Meditó un minuto y en seguida me dijo muy deprisa:

- Todo esto me lo han contado los campesinos.
Tiró el tizón al fuego y se tumbó en el banco.
- Es hora de dormir – exclamó secamente –. Hasta mañana.

Largo rato le escuché respirar y murmurar en voz baja, mientras que se volvía y revolvía de un lado a otro fumando su pipa.

A la mañana siguiente abandonamos aquel paraje de crímenes y sufrimientos, y el séptimo día de nuestro viaje alcanzamos el cerrado bosque de cedros que cubre las primeras estribaciones de una larga cadena de montañas.

- Aquí – me explicó Iván – estamos a ochenta versts del grupo de casas más próximo. La gente viene a estos bosques para recoger nueces de cedro, pero solo por el otoño. Antes de esta estación no encontraréis a nadie. Sí, dispondréis de muchas aves y otros animales, y de nueces en abundancia; de modo que os será posible vivir aquí con cierto bienestar.

¿Veis este río? Cuando queráis volver al mundo habitado, seguidle y a él os conducirá.

Iván me ayudó a construir una choza de adobe; pero en realidad era algo más que esto, pues estaba construida por las raíces de un gran cedro arrancado de la tierra, derribado probablemente por un furioso vendaval. Estas raíces hacían un ancho hueco que me servía de pieza principal, cercada por un lado con un paredón de tierra, consolidados por las raíces desgajadas del abatido tronco.

Otras raíces más recias formaron la armadura; el techo se componía de estacas y ramas entrecruzadas, que completé por medio de piedras para darle estabilidad y con nieve para proporcionarle calor. El acceso a la choza estaba abierto siempre, pero constantemente preservado por la *naida* protectora. En este antro, cubierto de nieve, pasé dos verdaderos meses de estío, sin ver ni ninguna criatura humana, sin contacto con el mundo exterior, donde se desarrollaban tan importantes acontecimientos.

En aquella tumba, bajo las raíces del derribado cedro, viví cara a cara con la Naturaleza, teniendo por únicas compañeras a todos los instantes mis penas y mis inquietudes concernientes a mi familia y la ruda lucha por la vida. Iván se fue el segundo día y me dejó un saco de galletas y un poco de azúcar. No he vuelto a verle.

CAPITULO III

LA LUCHA POR LA VIDA

Entonces me quedé solo. En torno mío no había más que los bosques de cedros eternamente verdes, revestidos de nieve, los desnudos zarzales, el río helado, y así, en cuanto alcanzaba la vista, ramas y troncos de árboles, o sea el inmenso océano de cedros y de nieve. ¡*Taiga* siberiana! ¿Cuánto tiempo tendré que vivir contigo? ¿Me encontraran aquí los bolcheviques? ¿Averiguarán mis amigos dónde estoy? ¿Qué será de mi familia? Todas estas preguntas acudían constantemente a mi cerebro con insistencia desoladora. Pronto comprendí por qué Iván me había servido de guía con tanto interés. Ciertamente pasamos por varios parajes tan ocultos y apartados de los hombres como este, en los que Iván me hubiera podido haber dejado en plena seguridad; pero siempre me aseguró que me conduciría a un lugar donde la vida siempre me sería relativamente fácil. En efecto, el encanto de este refugio solitario en la selva de cedros, las montañas cubiertas de esos bosques que se extienden por todas partes hasta el horizonte. El cedro es un árbol fuerte y espléndido, de ramaje ostentoso, tienda perpetuamente verde, que atrae, bajo su protección, a todos los seres vivos. Entre los cedros, la vida se halla sin cesar en efervescencia. Las ardillas saltaban incansables de árbol en árbol con bullicioso estrépito; los cascanueces lanzaban sus agudos gritos; una bandada de cardenales, de pechugas encarnadas, pasaba entre las ramas como una llamarada; un pequeño ejército de jilgueros hacia irrupción, poblando con sus silbidos el anfiteatro de verdura; una liebre brincaba de mata en mata, y tras ella, a hurtadillas, seguía la sombra apenas visible de un blanco armiño arrastrándose sobre la nieve, al que aceché largo rato, sin perder de vista el punto negro, que bien sabía que era el extremo de su cola; un noble gamo se aproximaba, adelantándose con precaución sobre la nieve endurecida; en fin, desde lo alto de la montaña vino a visitarme el rey de la selva siberiana: el oso pardo. Todo esto me distrajo, expulsó las negras ideas de mi espíritu, me alentó a perseverar. También me gustaba, aunque era muy difícil, trepar hasta la cima de la montaña; esta se desprendía del bosque y desde ella podía abarcar con la mirada hasta la línea roja del horizonte. Era la escarpada y rojiza orilla opuesta del Yenisei. Allí se extendían los países y las ciudades, allí vivían los amigos y los enemigos, y hasta pensé haber determinado el punto donde residía mi familia. Tal era el motivo por el cual Iván me había llevado allí. A medida que transcurrieron los días en aquella soledad, comencé a echar de menos amargamente su compañía, pues si bien era el asesino de Gavronsky, se había cuidado de mí como un padre, ensillándome siempre el caballo, partiendo la madera y haciendo cuanto podía para asegurar mi comodidad. Iván había pasado numerosos inviernos con sus pensamientos, frente a frente con la Naturaleza, cara a cara con Dios. Había experimentado los horrores de la soledad y aprendido a soportarlos. A veces creí que si la muerte viniese a buscarme a mi solitario rincón, dedicaría cuanto me restase de fuerza para arrastrarme hasta la cima de la montaña con objeto de poder ver, antes de morir, por encima del mar infinito, de las montañas y de los bosques, el punto donde se hallaban los amados de mi corazón.

No obstante, esa vida me proporcionaba amplia materia de reflexión, y más aún de ejercicio físico. Era una lucha continua por la existencia, dura y áspera. El trabajo más penoso consistía en la preparación de los gruesos leños para la *naida*. Los troncos de los árboles derribados estaban cubiertos de nieve y pegados al suelo por las heladas. Tuve que desenterrarlos, y luego, con la ayuda de un largo bastón a modo de palanca, levantarlos de sus puestos. Para facilitar la tarea, me aprovisionaba de ellos en la montaña, porque, aunque difícil de escalar, su declive permitía hacer rodar los troncos cuesta abajo. Pronto realicé un espléndido descubrimiento: cerca de mi abrigo encontré una enorme cantidad de alerces, esos gigantes del bosque, magníficos y sin embargo tristes, caídos a causa de un terrible huracán. Sus troncos estaban cubiertos de nieve, pero

permanecían adheridos aún a sus raíces, el acero se hundió por completo y me costó gran esfuerzo poderlo retirar, debido a que aquellas se hallaban llenas de resina. Los trozos de esa madera se inflamaban con la más leve chispa, por lo cual hice buen acopio de ellos para encenderlos con rapidez y calentarme las manos cuando volvía de caza o para hervir el agua del té.

La mayor parte de los días la pasaba cazando. Llegué a comprender que me rea preciso reglamentar diariamente el empleo del tiempo, a fin de distraerme de mis tristes y deprimentes pensamientos. Generalmente, después del té de la mañana iba al bosque en busca de urogallos. Luego de matar uno o dos, empezaba a preparar mi almuerzo, siempre ajustado a un sencillo *menu*, pues se componía de caldo de aves con un puñado de galletas, seguido de interminables tazas de té, bebida imprescindible en los bosques. Un día, estando de caza, oí un ruido en los espesos matorrales, y al mirar atentamente en torno mío, divisé las puntas de los cuernos de un venado. Trepé hacia él; pero el animal, desconfiado, sintió que me acercaba y, con gran estruendo, salió precipitadamente de la espesura: vile con claridad detenerse en la ladera de la montaña después de haber recorrido unos trescientos pasos aproximadamente. Era un estupendo ejemplar de pelaje gris oscuro, de espinazo casi negro y del tamaño de una vaca pequeña. Apoyé mi carabina en una rama y disparé. El animal dio un gran salto, corrió algunos pasos y cayó. Jadeante me acerqué a él; pero se levantó, y medio saltando, medio arrastrándose, subió montaña arriba. Una segunda bala le detuvo. Gané una buena alfombra para mi choza y abundante provisión de carne. Además, coloqué su cornamenta en las ramas de mi pared y me sirvió de magnífica percha.

A pocos kilómetros de mi morada presencié una curiosa escena. Había allí un lodazal cubierto de hierbas y esmaltado de arándanos; donde urogallos y perdices acudían habitualmente para comer bayas. Me acerqué sin hacer ruido por detrás de las matas y vi toda una bandada de gallos silvestres escarbando en la nieve en busca de bayas. Mientras contemplaba la escena, de improviso, una de las aves remontó el vuelo, y las demás, asustadas, la imitaron inmediatamente.

Con gran sorpresa mía, la primera comenzó a elevarse, describiendo espirales y luego se desplomó derrepente, como fulminada. Cuando me aproximé al cuerpo del ave muerta, salto de junto a él un armiño rapaz que se ocultó debajo del tronco de un árbol caído. El cuello de la víctima estaba desgarrado. Entonces comprendí que el armiño se había lanzado sobre el gallo y que, cogido a su cuello, había sido elevado en el aire con el pobre bicho, cuya sangre estaba chupando, ocasionando el pesado desplome que presencié.

Así vivía en una lucha de cada día, corroído cada vez más por la amargura de mis tristes pensamientos. Pasaron los días y las semanas, y no tardé en sentir entibiarse el soplo del viento. En las calvas del monte la nieve comenzó a derretirse; a trechos, los arroyuelos hicieron su aparición. Otro día vi una mosca o una araña que se había despertado tras de aquel rudo invierno. Se acercaba la primavera. Comprendí que en esa estación me sería imposible salir del bosque. Todos los ríos se desbordaban; los pantanos se ponían intransitables; los senderos de la montaña se transformaban en rápidos torrentes. Dime cuenta que irresistiblemente estaba condenado a pasar el verano en forzada soledad. La primavera se enseñoreó imperiosa del bosque, la montaña se despojó de su manto de nieve y se mostró con sus rocas, sus troncos de abedules y álamos y los conos de sus hormigueros. El río, aquí y allá, rompía su cubierta de hielo, y sus olas apresuradas corrían espumeantes y bulliciosas.

CAPITULO IV

DE PESCA

Un día, cazando, me aproximaba a la orilla, cuando divisé un banco de grandes peces de lomos rojizos, que parecían llenos de sangre. Nadaban a flor de agua, disfrutando de los rayos del sol. Una vez el río quedó libre de hielos, los peces aparecieron en enormes cantidades. Pronto vi que remontaban la corriente por ser época de desove, que efectúan en los pequeños arroyos. Entonces decidí emplear un método de pesca prohibido por la legislación de todos los países; pero los gobernantes y legisladores tendrán que mostrarse indulgentes con un hombre que, viviendo en una madriguera al amparo de las raíces de un árbol derribado, osó violar sus leyes razonables.

Recogiendo ramas de abedul y pobos, construí en el lecho del río un dique, que los peces no podían trasponer, y pronto los vi que intentaban franquearlo saltando por encima de él. Cerca de la orilla dispuse una abertura en mi barrera, aproximadamente a unos cincuenta centímetros de la superficie, y fijé aguas arriba una especie de cesto, tejido con tallos flexibles de sauce, donde los peces llegaban pasando por el dique. Yo los acechaba y al pasar los golpeaba cruelmente en la cabeza con una fuerte estaca. Todos los que cogí pesaban más de treinta libras; algunos excedían de las ochenta. Esta clase de peces se llama *taimen* y pertenece a la familia de las truchas, pero no es la mejor del Yenisei.

Dos semanas más tarde, habiendo terminado de pasar los peces y no sirviéndome para nada el cesto, volví a dedicarme a la caza.

CAPITULO V

UN VECINO PELIGROSO

La caza era cada día más fructuosa y agradable a medida que la primavera traía la vida. Por la mañana, la romper el alba, el bosque se llenaba de voces extrañas e incomprensibles para los habitantes de las ciudades. El gallo silvestre cloqueaba y entonaba su canto de amor, encaramado en las altas ramas de un cedro, contemplando con admiración a la gallina gris que escarbaba hojas secas debajo de él.

No era difícil acercarse al emplumado tenor y de un certero tiro hacerle descender de las alturas líricas a más útiles funciones. Moría en plena eutanasia, en un éxtasis de amor, que de nada le permitía enterarse. En los claveros, los gallos negros de largas colas manchadas se peleaban, mientras que las hembras se pavoneaban cerca de ellos estirando el cuello, cacareando, en comadreo, sin duda, sobre sus belicosos galanes, a los que miraban embelesadas. A lo lejos, grave y profunda, plena de ternura y deseo, resonaba la llamada de amor del ciervo, mientras que de los picos montañosos descendía el bramido leve y temblón del gato montés. Por los matorrales brincaban las liebres, y con frecuencia, a corta distancia, un zorro agazapado contra el suelo espiaba su presa. Nunca vi lobos; no suele haberlos en las regiones abruptas y enmarañadas de Siberia.

Pero tenía por vecino otro feroz animal, y uno de los dos tenía que ceder el sitio. Un día, al volver de la caza con un gran urogallo, distinguí de improviso entre la maleza una masa negra y movediza. Me detuve, y mirando atentamente vi un oso horadando con todas sus fuerzas un hormiguero. Me sintió, gruñó con violencia y se alejó rápidamente, asombrándome la velocidad de su trompona marcha. A la mañana siguiente, cuando yo dormía todavía envuelto en mi manta, me sobresaltó un ruido procedente del exterior de mi choza. Miré con precaución y descubrí al oso. Estaba enderezado sobre las patas traseras y resollaba con fuerza preguntándose qué especie de criatura viviente había adoptado las costumbres de sus congéneres, albergándose durante el invierno debajo de los troncos de los árboles derribados. Lancé un grito y golpeé el perol con un hacha. Mi madrugador visitante huyó a toda velocidad; pero su visita me fue sumamente desagradable. Esto ocurrió al empezar la primavera y el oso no debía de haber abandonado sus cuarteles de invierno. Era el oso hormiguero, tipo anormal, desprovisto de la cortesía de que se enorgullecen las especies superiores de la raza.

Sabía que los hormigueros son irritables y audaces, de modo que me preparé a la defensa y al ataque. Mis preparativos terminaron pronto. Emboté el extremo de cinco de mis cartuchos, convirtiéndolos así en balas *dum-dum*, argumentos más al alcance de mi antipático vecino. Envuelto en mi manta me dirigí al sitio donde por primera vez había visto al animal, en el que abundaban los hormigueros. De la vuelta a la montaña, exploré todos los barrancos, pero no conseguí tropezar con el intruso... Cansado y desengañado, me aproximaba a mi choza, sin desconfianza, cuando de improviso avisté al rey del bosque, que acababa de salir de mi humilde vivienda, y que, puesto en pie, resollaba a la entrada de ella. Hice fuego. La bala le atravesó el costado. Rugió de dolor y de rabia y se irguió aún más sobre las patas traseras. La segunda bala le rompió una pata, y entonces se agachó, pero enseguida, arrastrando la pata herida, intentó sostenerse en pie, avanzando para atacarme. Solo la tercera bala, recibida en medio del pecho, le detuvo. Pesaba unas doscientas o doscientas cincuenta libras, por lo que pude calcular, y su carne era muy sabrosa, especialmente en albóndigas, que asaba sobre unas piedras calentadas y que por lo hinchadas y apetitosas me recordaban a las finas tortillas sopladas que tanto apreciábamos en el “Mevded” de Petrogrado. Con esta provisión de carne, que tan afortunadamente vino a enriquecer mi despensa, viví desde entonces hasta la época en que el terreno se secó y en que el nivel de las aguas bajó lo suficiente

para permitirme descender por el río hacia el país que Iván me había indicado.

Viajando, siempre con grandes precauciones, recorrí la orilla del río a pie, llevando de mis cuarteles de invierno todo mi ajuar envuelto en el saco de piel de gamo que había fabricado atando las patas del animal con un tosco nudo. Así cargado, vadeé los pequeños arroyos y chapoteé en los lodazales que hallaba en mi camino. Después de andar unas cincuenta millas gané el país nombrado Sifkova, donde encontré la choza de un campesino llamado Tropoff, la cual estaba situada muy cerca del bosque que había llegado a ser mi ambiente natural. Con él residí una temporada.

Hoy, en medio de la seguridad y la paz inimaginables en que vivo, mi experiencia de la *taiga* siberiana me inspira algunas reflexiones. En nuestra época, en todo individuo sano de cuerpo y de espíritu, la necesidad hace renacer los instintos del hombre primitivo, cazador y guerrero, para ayudarle en su lucha con la Naturaleza. El hombre culto tiene la superioridad sobre el ignorante de poseer la ciencia y la energía suficientes para triunfar; pero paga caro tal privilegio; nada más horrible en la soledad absoluta que el convencimiento de ese aislamiento completo de toda sociedad humana, de toda cultura moral y estética. Un instante de debilidad o de sombría demencia puede apoderarse de ese hombre y conducirlo a la inevitable destrucción. He pasado días horribles luchando con el hambre y el frío; pero aún pasé días más espantosos luchando con toda mi voluntad contra mis pensamientos deprimentes y destructores. El recuerdo de aquellos días me hiela el corazón, y ahora mismo los revivo de nuevo, tan claramente, al describir el relato de mis sufrimientos, que me sumen en un estado de terror. Debo decir también que los países llegados a un alto grado de civilización descuidan demasiado esa parte de la educación tan necesaria al hombre, si se ve reducido a las condiciones primitivas de la lucha por la vida contra la Naturaleza. Es, sin embargo, la única manera normal de desarrollar una generación nueva de hombres sanos y fuertes, cuya voluntad y músculos de hierro se combinen a la par con los temperamentos sensibles.

La Naturaleza destruye al débil, pero ayuda al fuerte, despertando en el alma emociones que perduran latentes en las condiciones modernas de la vida en las ciudades.

CAPITULO VI

EL TRABAJO DEL RIO

Mi permanencia en la región de Sifkova no se prolongó mucho; pero la empleé provechosamente. Al principio envié a un hombre de toda mi confianza a mis amigos de Krasnoiarsk, quienes me remitieron ropa blanca, calzado, dinero, un botiquín de farmacia y, lo que era más importante, un falso pasaporte, puesto que los bolcheviques me daban por muerto. Luego medité acerca del plan de conducta que las circunstancias me aconsejaban.

Pronto las gentes de Sifkova supieron que el comisario del gobierno de los Soviets vendría a requisarles el ganado para el Ejército rojo. Era peligroso para mí continuar allí. Esperé sólo a que el Yenisei se desembarazase de su gruesa corteza de hielo que aún lo bloqueaba, aunque ya el deshielo había libertado a los pequeños cursos de agua y los árboles aparecían revestidos de su follaje primaveral. Por mil rublos contraté a un pescador que consintió en trasladarme, aguas arriba del río, hasta una mina de oro abandonada, en cuanto el río, que solo estaba franco en algunos sitios, quedase por completo libre de su helado caparazón. Al fin, una mañana oí un ruido ensordecedor, parecido a un formidable cañonazo, y corrí a ver lo que ocurría: el río había levantado la masa de hielo y luego le dejaba caer para deshacerlo. Me precipité a la orilla y asistí a un espectáculo terrible y majestuoso. El río había acarreado un enorme volumen de hielo despedido en la porción Sur de su curso, y lo transportaba hacia el Norte, bajo la costra espesa que cubría aún ciertas partes del río; pero este impulso había roto la barrera invernal del Norte y soltado toda aquella mole grandiosa en un último empuje hacia el Océano Ártico. El Yenisei, el padre Yenisei, el héroe Yenisei, es uno de los ríos más largos de Asia, profundo y magnífico, en toda la extensión de su curso medio, donde discurre flanqueado y encajonado como un cañón por altas y escarpadas montañas. La enorme masa había traído kilómetros de campos de hielo, desmenuzándolos en los rápidos y en las rocas aisladas, haciéndolos girar en remolinos enfurecidos, levantando en partes enteras los negros caminos del invierno, arrastrando las tiendas construidas para las caravanas que van en esa estación de Minusinsk a Krasnoiarsk por la helada ruta. De cuando en cuando, la ola detenía su curso, el mugido comenzaba, y los montones de hielo aplastados, apilados a veces hasta una altura de diez metros, formaban un muro para el agua que detrás de él subía rápidamente, inundaba los terrenos bajos, lanzando sobre el suelo descomunales masas de hielo. Entonces el poder de las aguas, reforzado, se precipitaba al asalto del dique y le empujaba río abajo con estrépito de cristales rotos. En los recodos de los afluentes y contra los peñascos se formaban terribles caos. Enormes bloques de hielo se enredaban, atropellándose; algunos, proyectados al aire, venían a destrozarse tumultuosamente contra los otros ya situados allí o precipitados contra los acantilados, y las márgenes arrojaban rocas, tierras y árboles de lo más alto de las orillas escarpadas. A todo lo largo de las bajas riberas, con una improvisación que hace del hombre un pigmeo, ese gigante de la Naturaleza alza un gran muro de hielo de quince a veinte pies de altura, que los campesinos llaman *zaberegs*, a través del cual, para llegar al río, tienen que abrirse paso. He visto al titán realizar una hazaña increíble: un bloque de varios pies de grueso y de bastantes metros de longitud fue arrojado al aire y cayó, aplastando unos arbolitos, a más de veinte metros de la orilla.

Contemplando la gloriosa retirada del río, me colmé de terror y de indignación ante el espectáculo de los espantosos despojos que el Yenisei arrastraba en su deshielo anual. Eran los cadáveres de los contrarrevolucionarios ejecutados, oficiales, soldados y cosacos del antiguo ejército del gobernador general de toda la Rusia antibolchevique, el almirante Kolchak, y era también el resultado de la obra sanguinaria de la checa en Minusinsk. Centenares de aquellos cadáveres, con las cabezas y las manos cortadas, los rostros mutilados, los cuerpos medio

carbonizados, los cráneos hundidos, flotaban en ondas y se mezclaban con los bloques de hielo en busca de una tumba, o bien giraban en los furiosos remolinos, entre los témpanos recortados, siendo aplastados y rotos, masas informes que el río, asqueado de su tarea, vomitaba en las islas y los bancos de arena. Recorrí todo el curso medio del Yenisei y sin cesar encontré estos testimonios putrefactos y pavorosos de la barbarie bolchevique. En cierto recodo del río vi un gran montón de caballos, pues por lo menos había trescientos. Una versta río abajo, un espectáculo terrible me sobrecogió el corazón: un bosquecillo de sauces a lo largo de la orilla había arrancado a la corriente y conservado entre sus ramas inclinadas, como entre los dedos de una mano, bastantes cuerpos humanos en todas las formas y actitudes, dándoles una apariencia de naturalidad que grabó para siempre en mi imaginación el recuerdo de aquella visión alucinadora. En aquel grupo lastimoso y macabro conté setenta cadáveres.

Por fin la montaña de hielo pasó, seguida de avenidas fangosas que arrastraban troncos de árboles, ramas y cuerpos, cuerpos y más cuerpos. El pescador y su hijo me acogieron en su canoa, hecha de un tronco de álamo blanco, y remontamos la corriente, ayudados de una pértiga, muy arrimados a la orilla. Es muy difícil remontar así una corriente rápida; en los recodos bruscos teníamos necesidad de remar con todas nuestras fuerzas para vencer la violencia de la corriente, y en ciertos sitios avanzábamos amarrándonos a las rocas. Algunas veces tardábamos mucho tiempo en recorrer cinco o seis metros en aquellos trechos peligrosos. En dos días alcanzamos el punto de destino adonde nos dirigíamos. Permanecí varios días en la mina de oro habitada por el guarda y su familia; como se hallaban escasos de alimentos, poco pudieron darme, y tuve que recurrir de nuevo a mi fusil para alimentarme y contribuir al aprovisionamiento de mis amigos. Un día llegó un ingeniero agrónomo. No me oculté, porque durante el invierno me había dejado crecer la barba; de modo que ni mi misma madre me hubiera conocido. No obstante, el recién llegado era listo y me adivinó enseguida. No tuve miedo de él, porque sospeché que no era bolchevique, y más tarde confirmé mi primera impresión. Nos hicimos íntimos amigos y cambiamos opiniones sobre los acontecimientos actuales. Vivía cerca de la mina de oro, en una localidad donde dirigía las obras públicas. Resolvimos huir juntos. Hacía tiempo que yo tenía decidido y preparado el plan de fuga. Conociendo la situación de Siberia y su geografía, decidí que el mejor itinerario sería por el Urianhai, parte norte de la Mongolia, próxima a las fuentes del Yenisei, para después, a través de la Mongolia, llegar al Extremo Oriente y al Pacífico...

Antes que fuese derrocado el Gobierno de Kolchak había recibido el encargo de estudiar el Urianhai y la Mongolia occidental, y para ello consulté con el mayor esmero todos los mapas y libros que pude encontrar sobre la materia. Para llevar a cabo la audaz empresa tenía el poderoso estímulo de mi propia conservación.

CAPITULO VII

A TRAVES DE LA RUSIA SOVIETICA

Al cabo de algunos idas nos pusimos en camino, atravesando el bosque situado en la orilla izquierda del Yenisei, hacia el Sur, y evitando los pueblos todo lo que podíamos, por temor a dejar tras de nosotros un rastro que permitiera seguirnos. Cuantas veces nos vimos obligados a penetrar en ellos nos recibían hospitalariamente sus moradores, quienes no adivinaban nuestro disfraz, y observamos que aborrecían a los bolcheviques porque estos habían destruido gran numero de sus aldeas. En una granja nos dijeron que había sido enviado de Minusinsk un destacamento del Ejercito rojo para expulsar a los blancos. Tuvimos que separarnos de las márgenes del Yenisei, guareciéndonos en los bosques y las montañas. Así permanecimos quince días; durante este tiempo los soldados rojos recorrieron la región, capturando en los bosques a los oficiales desarmados, quienes, casi desnudos, se ocultaban, temiendo la atroz venganza de los bolcheviques. Más tarde atravesamos un bosque donde hallamos los cuerpos de veintiocho oficiales colgados de los árboles y con rostros y miembros mutilados. Adoptamos la resolución de no caer nunca vivos en las manos de los rojos; para cumplirla teníamos nuestras armas y una provisión de cianuro de potasio.

Cruzando un afluente del Yenisei, vimos un día un paso estrecho y pantanoso, cuya entrada estaba sembrada de cadáveres de hombres y caballos. Algo más allá encontramos un trineo roto, unos baúles desfondados y papeles esparcidos, y al lado de tales restos, ropas desgarradas y cadáveres. ¿Quiénes serían aquellos infelices? ¿Qué tragedia se había desarrollado en el seno de los grandes bosques? Intentamos aclarar el misterio con ayuda de los documentos desparramados. Eran documentos oficiales dirigidos al Estado Mayor del general Popelaieff. Probablemente una parte del Estado Mayor, durante la retirada del ejercito de Kolchak, pasó por aquellos bosques, procurando ocultarse del enemigo, que se acercaba por todos los lados, pero debieron ser aprehendidos por los rojos y asesinados.

No muy lejos de aquel lugar descubrimos el cuerpo de una desgraciada mujer, cuya condición revelaba claramente lo que había ocurrido antes que viniese a librarla el proyectil bienhechor. El cuerpo estaba tendido junto a un abrigo de follaje, salpicado de botellas y latas de conservas, testigos de la orgía predecesora del crimen.

A medida que avanzábamos hacia el Sur encontrábamos gentes más francamente hospitalarias y hostiles a los bolcheviques. Al fin salimos del bosque y llegamos a las inmensas estepas de Minusinsk, surcadas por la elevada cadena de montañas rojas llamadas Kizill-Kaiya, con su profusión de lagos sagrados. Es la región de las tumbas, de los millares de dólmenes, grandes y pequeños, monumentos funerarios de los primeros poseedores del país; estas pirámides de piedra de diez metros de altura subsisten para jalonar la ruta seguida por Gengis Kan en su marcha conquistadora, y luego por Tamerlán. Innumerables dólmenes y pirámides se extienden alineados interminablemente hacia el Norte. En estas llanuras viven ahora los tártaros, quienes, saqueados por los bolcheviques, los odian. Les confesamos sin recelos que andábamos huidos, y nos proporcionaron generosamente abundante comida y guías de confianza, diciéndonos dónde podíamos detenernos y dónde ocultarnos en caso de peligro. Algunos días después, desde un peñón de la orilla del Yenisei, divisamos el primer buque a vapor, el *Oriol*, con rumbo de Krasnoïarsk a Minusinsk, cargado de soldados rojos. Pronto llegamos a la desembocadura del Tuba, que habíamos de seguir en nuestro viaje hacia el Este hasta los montes Sayans, en los que nace el Urianhai. Considerábamos la etapa a lo largo del Tuba y su afluente el Amyl como la parte más peligrosa de nuestra ruta, porque las orillas de ambos ríos tienen una densa población que ha facilitado muchos soldados a los cabecillas comunistas Schentinkin y Krafchenko.

Un tártaro nos trasladó con nuestros caballos a la orilla derecha del Yenisei. Al amanecer nos envió unos cosacos, que nos guiaron hasta la desembocadura del Tuba. Descansamos todo el día y nos dimos un banquete de casis y cerezas silvestres.

CAPITULO VIII

TRES DIAS AL BORDE DE UN PRECIPICIO

Provistos de falsos pasaportes remontamos el valle de Tuba. Cada diez o quince verstas encontrábamos grandes aldeas, algunas de las cuales comprendían unas seiscientas casas; toda la administración estaba en manos de los soviets, y los espías examinaban a los caminantes.

No pudimos evitar esos pueblos por dos razones: primera, porque como constantemente hallábamos a los campesinos de la región, nuestras tentativas de rehuirlos hubiesen despertado sus sospechas, y cualquier soviet nos hubiera detenido, enviándonos a la checa de Minusinsk, donde habríamos pasado a más tranquila vida; y la segunda, porque los documentos de mi compañero de camino le autorizaban a servirse de los relevos de los correos del Gobierno para facilitarle su viaje. Así, que nos vimos obligados a visitar a los soviets de los pueblos para cambiar de caballos. Habíamos dejado nuestras cabalgaduras al tártaro y al cosaco que nos ayudaron a llegar a la desembocadura del Tuba, y el cosaco nos condujo en su carreta hasta el primer pueblo, donde nos proporcionaron los caballos de la posta. Todos los labradores, excepto una escasa minoría, eran desafectos a los bolcheviques y nos auxiliaron gustosos. Correspondí a su lealtad curándoles los enfermos, y mi compañero les dio consejos prácticos para sus labores agrícolas. Quienes más nos ayudaron fueron los viejos disidentes y los cosacos.

Algunas veces encontrábamos poblaciones completamente comunistas; pero no tardamos en aprender a conocerlas. Cuando entrábamos en un pueblo, al son de las campanillas de nuestros caballos, y hallábamos a los campesinos sentados a las puertas de sus casas, prontos a levantarse, cejijuntos y gruñendo, sin duda: “Ya están aquí esos demonios rojos otra vez”, no cabía duda de que el pueblo era anticomunista y de que podíamos detenernos en él con absoluta tranquilidad; pero si los labriegos venían a nuestro encuentro, acogiéndonos con alegría y llamándonos camaradas, podíamos estar seguros de que nos rodeaban los enemigos, y adoptábamos nuestras precauciones. Estos lugares estaban habitados por gentes que no eran los buenos rústicos siberianos, amigos de la libertad, sino por emigrantes de Ucrania, holgazanes y borrachos, que moran en chozas miserables y sórdidas, aunque sus aldeas estén circundadas por las feraces y negras tierras de la estepa. Peligrosos y agradables fueron los momentos pasados en el gran pueblo de Karatuz, que es más bien una villa. En el año 1912 se abrieron en él dos colegios, y la población llegó a las 15.000 almas. Es la capital de los cosacos del sur del Yenisei, pero en la actualidad cuesta trabajo conocerla. Los emigrantes del Ejército rojo degollaron a toda la población cosaca, quemaron y destruyeron las casas, y hoy es el centro del bolchevismo y del comunismo en la región oriental del distrito de Minusinsk. En el edificio del Soviet, adonde acudimos a reemplazar los caballos, se celebraba una asamblea de la *checa*. Inmediatamente nos rodearon y examinaron nuestros documentos. No estábamos muy tranquilos a cerca de la impresión que pudieran producir y procuramos eludir la visita. Mi compañero suele decirme desde entonces: “Afortunadamente para nosotros, entre los bolcheviques, el inepto de ayer es el gobernador de hoy, y, por el contrario, a los sabios se les dedica a barrer calles y a limpiar las cuadras de la caballería roja. Puedo hablar con los bolcheviques porque no conocen la diferencia que hay entre desinfección y desafección, antracita y apendicitis; me las arreglo siempre para que compartan mi opinión incluso persuadiéndolos para que no me fusilen”.

Así logramos que los miembros de la *checa* nos ofrecieran cuanto necesitábamos; les presentamos un magnífico proyecto de organización de su región, les construimos puentes y caminos que les permitieran exportar las maderas del Urianhai, el oro y el hierro de los montes Sayan y el ganado y las pieles de Mongolia. ¡Qué triunfo aquella empresa creadora para el

Gobierno de los soviets! Esta oda lírica nos entretuvo cerca de una hora, transcurrida la cual, los miembros de la *checa*, sin acordarse de nuestra filiación, nos proporcionaron nuevos caballos, cargaron nuestro equipaje en la carreta y nos desearon buena suerte. Fue nuestra última prueba en el interior de las fronteras de Rusia.

Cuando franqueamos el valle del Amyl, la Fortuna nos sonrió. Cerca del vado hallamos a un miembro de la milicia de Karatuz, quien tenía en su coche algunos fusiles y pistolas automáticas, sobretodo máuseres, para armar una expedición a través del Urianhai en busca de algunos oficiales cosacos que habían causado a los bolcheviques grandes quebrantos. Nos pusimos en guardia. Podríamos fácilmente tropezar con esa expedición, y no estábamos seguros de que los soldados apreciaran nuestras sonoras frases como lo habían hecho los miembros de la *checa*. Interrogando hábilmente a nuestro hombre, le sonsacamos y nos dijo el camino que la expedición había de llevar. En la próxima aldea nos alojamos en la misma casa que él; abrí mi maleta y noté en seguida la miada de admiración que fijó en su contenido.

– ¿Qué mira usted con tanto interés? – le pregunté.

– Un pantalón..., un pantalón...

Yo había recibido de mis amigos un flamante pantalón de montar, de un excelente paño negro. Este pantalón atrajo la admiración extática del miliciano.

– Si no tuviese usted otros... – le dije, reflexionando un plan de ataque.

– No – repuso él con melancolía-; el Soviet no nos provee de pantalones. Me dicen que ellos también pasan sin estas prendas. ¡Y los míos están tan gastados! Mire.

Diciendo esto, se levantó los faldones de su capote, y me asombre de cómo podía sostener aquel pantalón, que tenía más agujeros que tejido.

– Véndamelo – murmuró con voz suplicante.

– Imposible; lo necesito – respondí con decisión.

Meditó unos minutos, y luego se aproximó a mí.

– Salgamos a la calle: aquí no podemos hablar.

Una vez fuera me dijo:

– Bueno, vamos a ver. Ustedes se dirigen al Urianhai. Los billetes del Banco de los soviets carecen de valor, y nada podrán adquirir aun cuando los naturales del país les ofrecerán cibelinas, zorros, armiños y polvo de oro a cambio, sobre todo, de fusiles y cartuchos. Ya tienen ustedes una carabina cada uno; yo les entregaré otra con un centenar de cartuchos si me da usted su magnifico pantalón.

– No necesitamos armas; nuestros papeles nos protegen suficientemente – le contesté, fingiendo no comprenderle.

– No, no – me interrumpió el bolchevique –; ese fusil lo puede usted cambiar por pieles o por oro. Voy a dárselo inmediatamente.

– Pues si es así, un fusil no basta para pagar un pantalón nuevo como el mío. En toda Rusia no encontraría uno igual; verdad que toda Rusia va casi en cueros, y en cuanto a su fusil, me darán por él una cibelina, y ¿para que quiero yo una sola piel?

Poco a poco obtuve lo que se me antojó. El miliciano recibió mis pantalones y yo obtuve un fusil, cien cartuchos y dos pistolas automáticas con cuarenta cartuchos cada una. Henos, pues, bien armados para defendernos. Además convencí al afortunado propietario de mis pantalones para que nos proporcionase un permiso de usar armas. La ley y la fuerza estaban ya de nuestro lado.

En una aldea apartada contratamos a un guía, compramos galletas, carne, sal y manteca, y después de veinticuatro horas de descanso emprendimos nuestra expedición remontando el Amyl hacia los montes Sayans, en la frontera del Urianhai. Allí nos prometíamos no volver a encontrar bolcheviques, ni listos ni tontos. A los tres días de haber abandonado la desembocadura del Tuba atravesamos el último pueblo ruso, próximo a la frontera del Urianhai: tres días de contacto constante con una población sin fe ni ley, entre continuos peligros y con la posibilidad siempre presente de la muerte imprevista. Solamente una voluntad de hierro, una serenidad de ánimo y una tenacidad a toda prueba, pudieron sacarnos de tantos riesgos y salvarnos de caer en el fondo del

precipicio donde yacían otros desgraciados que habían fracasado en sus tentativas de ascensión hacia las cimas de la libertad que nosotros habíamos alcanzado. Quizá les faltó la energía o la entereza de carácter; tal vez carecieron de inspiración poética para cantar himnos a la gloria de los puentes, las carreteras y las minas de oro, o puede ser que no tuviesen unos pantalones de repuesto.

CAPITULO IX

HACIA LOS MONTES SAYANS Y LA LIBERTAD

Espesos bosques vírgenes nos rodeaban. En la hierba, crecida y ya amarillenta, nuestra pista serpenteaba, apenas visible, entre las matas y los árboles, que empezaban precisamente a perder sus hojas multicolores. Es la antigua y ya casi olvidada ruta del valle del Amyl.

Hace veinticinco años servía para el transporte de provisiones, maquinas y trabajadores a las numerosas minas de oro, abandonadas ocultamente. El camino seguía el curso del Amyl, ancho y rápido en aquel paraje, y luego se internaba en pleno bosque, contorneando un pantano lleno de esas peligrosas hondonadas siberianas, a través de tupidos matorrales y entre montañas y vastas praderas.

Nuestro guía no tenía, sin duda, la menor sospecha acerca de nuestras verdaderas intenciones; a veces, mirando el suelo con recelo, decía:

- Tres jinetes con caballos herrados han pasado por aquí. Puede que sean soldados.

Su inquietud desapareció cuando comprobó que las huellas se dirigían a un lado del camino para volver a tomar la vereda.

- No han ido más allá – observó, sonriendo maliciosamente.
- Lastima – le respondí –; hubiera sido más agradable viajar reunidos.

Pero el campesino se limitó a acariciarse la barba, riendo. Evidentemente no se dejó engañar por nuestra afirmación.

Pasamos junto a una mina de oro que antes había sido explotada y organizada con arreglo a los últimos perfeccionamientos, pero que a la sazón se hallaba abandonada, estando destruidos todos sus edificios. Los bolcheviques se habían llevado las maquinas, los abastecimientos e incluso parte de las barracas. En la proximidad se encontraba una iglesia sombría y triste, con las ventanas rotas, el crucifijo arrancado y el campanario quemado y derruido, lastimoso y típico emblema de la Rusia de hoy. El guarda y su familia, muertos casi de hambre, vivían en la mina entre las privaciones y continuos peligros. Nos refirieron que en aquella región forestal una banda de rojos recorría el país robando cuanto quedaba aprovechable en el terreno de la mina, extrayendo lo que podían de la parte más rica, y, provistos de las pepitas que hallaban, iban a vender y jugar a los garitos de los pueblos próximos, donde los aldeanos fabricaban con bayas y patatas vodka de contrabando, que vendían a peso de oro. Si caíamos en manos de la banda, era la muerte. Tres días después traspasamos la parte norte de la cordillera de los Sayans, cruzamos el río que forma la frontera, llamado el Algiak, y desde entonces estuvimos en el territorio del Urianhai.

Esta comarca admirable, que posee las más variadas riquezas naturales, está habitada por una raza mongola que cuenta aún con unos setenta mil individuos, pero que se halla en vísperas de desaparecer poco a poco; hablan una lengua completamente distinta de los otros dialectos de la raza, y su ideal de vida es la doctrina de la eterna paz.

El Urianhai ha sido, desde hace tiempo, una especie de campo de batalla de los experimentos administrativos de los rusos, mongoles y chinos, pues todos han reivindicado la soberanía de la región. Los desventurados habitantes, los soyotos, han tenido que pagar tributo a estos tres imperialismos. He aquí por qué la región no era para nosotros un refugio seguro. Nuestro miliciano nos había hablado ya de la expedición que se preparaba a entrar en el Urianhai, y luego supimos por los campesinos que los pueblos del Yenisei, de más al Sur, habían organizado destacamentos rojos que saqueaban y mataban a cuantos hacían prisioneros. Últimamente habían matado a sesenta y dos oficiales que intentaron atravesar el Urianhai hasta la Mongolia; habían

aniquilado una caravana de mercaderes chinos y degollado a unos prisioneros alemanes que pretendían escapar del paraíso de los soviets. Al cuarto día llegamos a un valle enfangado, donde, en medio de los bosques, se levantaba una sola casa rusa. Allí nos despedimos de nuestro guía, que se apresuró a regresar antes que las nieves interceptasen los pasos de los Sayans. El amo del establecimiento consintió en conducirnos hasta el Seybi por diez mil rublos en billetes de Banco de los soviets. Como nuestros caballos estaban rendidos, nos vimos precisados a dejarlos descansar, por lo cual decidimos pasar allí veinticuatro horas.

Tomábamos el té, cuando la hija de nuestro patrón exclamó:

- ¡Los soyotos!

Cuatro de estos entraron de improviso con sus fusiles y sus sombreros puntiagudos.

- *Mende* – nos dijeron.

Luego, sin ceremonia, comenzaron a examinarnos. No escapó a su mirada penetrante ni un botón ni una costura de nuestras ropas. En seguida uno de ellos, que debía de ser el *merin*, o gobernador de la localidad, empezó a interrogarnos acerca de nuestras opiniones políticas. Oyéndonos criticar a los bolcheviques demostró una evidente satisfacción y habló con libertad:

- Sois buenas personas. No os gustan los bolcheviques. Os ayudaremos.

Le di las gracias y le ofrecí el grueso cordón de seda que me servía de cinturón. Nos dejaron antes de anochecer, diciendo que volverían al día siguiente. Cerró la noche. Fuimos a la pradera a ocuparnos de nuestros fatigados caballos, que comían a su capricho, y regresamos. Hablábamos alegremente con nuestro amable patrón, cuando de repente oímos pisadas de caballos en el patio y voces roncadas, todo seguido de la entrada brusca de cinco soldados rojos armados de fusiles y sables. Una desagradable sensación de frío me puso como una bola en la garganta y el corazón me martilleó el pecho. Sabíamos que los rojos eran nuestros enemigos. Aquellos hombres llevaban la estrella roja en sus gorros de astracán y el triángulo en las mangas. Pertenecían al destacamento lanzado en persecución de los oficiales cosacos. Nos miraron de reojo, se quitaron los capotes y se sentaron.

Entablamos conversación con ellos explicando el objeto de nuestro viaje en busca de puentes, caminos y minas de oro. Nos enteramos de que su jefe llegaría pronto con otros siete hombres, y que tomarían a nuestro patrón como guía para que los condujese al Seybi, donde creían que se ocultaban los oficiales cosacos. No tardé en comprender que nuestros asuntos se nos ponían bien, y les manifesté deseo de que viajásemos juntos.

Uno de los soldados respondió que eso dependería del camarada oficial.

Durante nuestra conversación el gobernador soyoto entró, miró atentamente a los recién llegados y les preguntó:

- ¿Por qué habéis quitado a los soyotos sus buenos caballos y les habéis dejado los malos?

Los soldados se echaron a reír.

- ¡Recordad que estáis en un país extranjero! – repuso el soyoto, con tono amenazador.
- ¡Dios y el diablo! – gritó uno de los oficiales.

Pero el soyoto, con mucha calma, se sentó a la mesa y aceptó la taza de té que la posadera le preparaba. La conversación languideció.

El soyoto bebió su té, y fumó su larga pipa y dijo, levantándose:

- Si mañana por la mañana no han sido devueltos los caballos a sus propietarios, vendremos por ellos.

Y sin más, nos abandonó.

Observé una expresión de inquietud en las caras de los soldados. Pronto fue enviado uno de ellos como emisario, mientras los demás, con la cabeza baja, guardaban silencio. Muy entrada la noche, llegó el oficial con siete jinetes. Cuando supo lo que había pasado frunció el ceño:

- Mal negocio. Tendremos que atravesar el pantano y habrá un soyoto acechándonos detrás de cada montecillo.

Demostraba estar vivamente preocupado, y su sobresalto, por fortuna le impidió sospechar de nosotros. Comencé a tranquilizarle y le prometí arreglar el asunto al día siguiente con los soyotos. El oficial era un verdadero bruto, un ser grosero y estúpido, que deseaba vehementemente

capturar a los oficiales cosacos, para ascender, y tenía miedo de que los soyotos le impidiesen llegar al Seybi.

Al amanecer partimos con el destacamento rojo. Habíamos recorrido unos quince kilómetros, cuando descubrimos dos jinetes detrás de los matorrales. Eran soyotos. Llevaban en bandolera sus fusiles de chispa.

- Esperadme – le dije al oficial –. Voy a parlamentar con ellos.

Galopé a toda velocidad de mi caballo. Uno de los jinetes era el gobernador soyoto, que me dijo:

- Quedaos a retaguardia del destacamento y ayudadnos.
 - Bien – contesté –. Pero hablaremos un instante, para que crean que conferenciamos.
- Al cabo de un momento estrechaba la mano del soyoto y me reuní con los soldados.
- Todo está arreglado – dije –; podemos continuar nuestra marcha. Los soyotos no nos harán ninguna oposición.

Avanzamos, y mientras atravesábamos una ancha pradera, vimos a gran distancia dos soyotos, que galopaban velozmente, remontando la ladera de la montaña. Paso a paso hice la maniobra necesaria para quedar con mi compañero algo rezagado del destacamento. Detrás de nosotros marchaba un soldado de aspecto estúpido y positivamente hostil. Tuve tiempo de murmurar a mi compañero la palabra “mauser”, y vi que abría con precaución la funda del revolver, para tenerlo preparado.

Pronto comprendí por qué aquellos soldados, aunque nacidos en los bosques, no querían emprender sin guía el viaje hasta el Seybi. Toda la región comprendida entre el Algiak y el Seybi está constituida por altas cadenas de estrechas montañas separadas por valles profundos y pantanosos. Es un sitio maldito y peligroso. Al principio nuestros caballos se hundían hasta los corvejones, caminando penosamente, trabándose en las raíces, y luego cayeron, desmontando a sus jinetes y rompiendo las correas de las sillas y las bridas. Más lejos, también a nosotros nos llegó el agua a las rodillas. Mi caballo se hundió, petral y cabeza abajo, en el lodo rojo y fluido, y nos costó lo indecible sacarlo del atolladero. El caballo del oficial, arrastrándole en su caída, le hizo dar con la cabeza en una piedra. Mi compañero rozó una rodilla contra un árbol. Los animales resoplaban ruidosamente. Se oyó, lúgubre, el graznido del cuervo. Luego, el camino empeoró todavía. La vereda contorneaba el pantano mismo; pero por doquiera la obstruían los troncos de los árboles derribados. Los caballos, saltando sobre los árboles, caían a veces en un hondo agujero y daban volteretas patas arriba. Íbamos llenos de lodo y sangre y temíamos agotar a nuestras cabalgaduras; en un largo trayecto tuvimos que echar pie a tierra y llevarlas de la brida. Al fin entramos en una vasta pradera cubierta de matas y bordeada de rocas. No solo los caballos, sino los mismos hombres, se hundían en el barro, que parecía no tener fondo. Toda la superficie de la pradera no era sino una delgada capa de hierba, recubriendo un lago de agua negra y corrompida. Alargando la columna y marchando separados a grandes distancias, pudimos con esfuerzo sostenernos en la superficie, movediza como la gelatina, en la que se bamboleaban las plantas. En ciertos parajes la tierra se hinchaba o se resquebrajaba.

De repente sonaron tres detonaciones. No eran mucho más fuertes que las de la carabina Flaubert; pero tiraban con balas de verdad, porque el oficial y dos soldados cayeron al suelo. Los otros soldados empuñaron sus fusiles y temerosos miraron en torno suyo, buscando al enemigo. Otros cuatro fueron también desmontados, y de repente observé que el bruto de la retaguardia me apuntaba con su fusil; pero mi mauser se anticipó.

- ¡Rompan fuego! – grité.
- Y tomamos parte en la lucha.

Pronto la pradera se llenó de soyotos que desnudaban a los muertos, repartíendose sus despojos, y recobraban los caballos que les habían robado. En esta clase de guerras no es prudente nunca permitir al enemigo que abra hostilidades con fuerzas aplastantes.

Transcurrida una hora de penosa marcha, empezamos a subir la montaña y no tardamos en llegar a una elevada meseta bastante arbolada.

- Después de todo, los soyotos no son tan pacíficos – observé yo, dirigiéndome al gobernador.

Este me miró asustadamente y replicó:

- No les mataron los soyotos.

Tenía razón: eran tártaros de Abakan, vestidos con trajes de soyotos, quienes dieron muerte a los bolcheviques. Estos tártaros conducen sus manadas de bueyes y caballos de Rusia a Mongolia por el Urianhai. Su guía e intérprete era un calmuco lamaíta. Al día siguiente nos aproximamos a una pequeña colonia rusa y vimos que algunos jinetes patrullaban por los bosques. Uno de nuestros jóvenes tártaros se encaminó bravamente a todo galope hacia uno de aquellos hombres, pero volvió pronto, sonriendo de un modo tranquilizador.

- Todo va bien – exclamó, riendo –. ¡Adelante!

Continuamos la marcha por una pista buena y ancha, a lo largo de una alta empalizada que circundaba una pradera donde pacía un rebaño de izbur. Los granjeros crían estos alces por sus cuernos, que venden muy caros, cuando aún están cubiertos de pelusa, a los mercaderes de medicinas del Tíbet y de China. Estos cuernos, una vez hervidos y secos, reciben el nombre de panti y son apreciadísimos por los chinos, que los pagan a gran precio.

Nos recibieron los colonos con espanto.

- ¡Gracias a Dios! – exclamó la granjera –. Creíamos que...
Y calló, mirando a su marido.

CAPITULO X

LA BATALLA DEL SEYBI

La presencia constante del peligro desarrolla la vigilancia y la finura de la percepción. Aunque estábamos fatigadísimos, no nos desnudamos y dejamos los caballos ensillados. Puse mi revolver en el bolsillo interior del capote y comencé a mirar alrededor mío, examinando a aquellas gentes. Lo primero que descubrí fue la culata de un fusil oculto debajo de la pila de almohadas que hay siempre en las camas de matrimonio de los campesinos. Más tarde, vi que los empleados de nuestro huésped entraban constantemente en la habitación para recibir órdenes. No parecían genuinos labradores, a pesar de sus barbas largas y sucias. Me contemplaban con atención y no nos dejaban solos nunca, ni a mi amigo ni a mi con el granjero. Nada, no obstante pudimos adivinar. Entonces entró el gobernador soyoto, y notando que nuestras relaciones eran algo tirantes, empezó a explicar en lenguaje soyoto lo que había de nosotros.

- Os pido perdón – nos dijo el colono –; pero bien sabéis por experiencia que ahora abundan más por el mundo los ladrones y los asesinos que las personas honradas.

Después de esto hablamos con mayor libertad. Supimos que nuestro huésped estaba informado de que una banda de bolcheviques tenía intención de atacarle en el curso de su expedición contra los oficiales cosacos que a ratos habitaban la colonia. También estaba enterado de la desaparición de un destacamento. Sin embargo, el viejo no se hallaba aún del todo tranquilo, a pesar de nuestras detalladas referencias, porque había oído hablar de un fuerte destacamento de rojos precedentes de las fronteras del distrito de Urinski, persiguiendo a los tártaros que huían con sus ganados hacia el Sur, o sea hacia la Mongolia, y se acercaban a la granja.

- Temo verlos llegar de un momento a otro – dijo el anciano –. Mi soyoto acaba de avisarme que los rojos se disponen a pasar el Seybi y de que los tártaros se aprestan a resistirles.

Salimos en seguida para revisar las monturas y los aparejos. Nos llevamos los caballos para ocultarlos en unos matorrales no lejos de allí. Preparamos los fusiles y los revólveres, tomando posiciones en el cercado, acechando la llegada del enemigo común. Transcurrió una hora de penosa espera. Luego, uno de los hombres vino corriendo del bosque y murmuró:

- Van a cruzar el pantano... El combate empieza.

En efecto, como para confirmar la noticia, llegó a nosotros el ruido de un disparo, seguido inmediatamente de una descarga y de otras cada vez más nutridas. El combate se acercaba a la casa. Pronto oíamos el galopar de los caballos y los gritos salvajes de los soldados. Un instante después, tres de ellos penetraban en la casa, huyendo del camino barrido por el fuego de los tártaros situados a los dos lados de él, y vociferando espantosamente. Uno de ellos disparó contra nuestro huésped, que se tambaleó y cayó de rodillas, mientras que tendía la mano a la carabina oculta debajo de las almohadas.

- ¿Quién sois? – preguntó uno de los soldados, volviéndose a nosotros y levantando el fusil.

Les contestamos a tiro de revolver, con éxito, porque solo uno de los soldados, el de más atrás, pudo ganar la puerta, pero en el patio cayó en manos de un trabajador que le estranguló. Se entabló el combate. Los soldados llamaron pidiendo refuerzos. Los rojos estaban alineados a lo largo de la cuneta, en el borde del camino, a trescientos pasos de la casa, respondiendo al fuego de los tártaros que los cercaban. Varios soldados corrieron hacia la casa para auxiliar a sus camaradas, pero entonces oímos una descarga de salvas. Los obreros de la granja tiraban como en las maniobras, con calma y precisión. Cinco soldados rojos yacían en el camino, mientras que los demás se agazapaban en el foso. No tardamos en divisar que comenzaban a avanzar arrastrándose

hacia el extremo de la granja, en dirección al bosque donde habían dejado sus caballos. Los disparos de fusil sonaban cada vez más lejos y pronto vimos que cincuenta o sesenta tártaros perseguían a los rojos a través de la pradera.

Descansamos dos días a orillas del Seybi. Los obreros de la granja, en número de ocho, eran en realidad oficiales disfrazados. Nos pidieron permiso para acompañarnos y se lo concedimos.

Cuando mi compañero y yo reanudamos nuestro viaje, lo hicimos con una escolta de ocho oficiales armados y tres bestias de carga. Atravesamos un magnífico valle entre el Seybi y el Ut. Por doquiera veíamos espléndidas dehesas con numerosos rebaños; pero las dos o tres casas lindantes con el camino estaban desiertas. Sus habitantes se habían ocultado, aterrorizados, al oír el fragor del combate con los rojos. Al día siguiente franqueábamos la alta cadena de montañas llamada Dabán, y cruzando una extensa explanada de monte quemado, empezamos a descender a un valle escondido a nuestros ojos por los contrafuertes de las colinas. Tras estas cumbres discurre el pequeño Yenisei, último de los grandes ríos antes de llegar a la Mongolia propiamente dicha. A diez kilómetros aproximadamente de río divisamos una humareda que salía de los bosques. Dos de los oficiales se destacaron en servicio de exploración. Tardaban en volver, y temiendo que les hubiese ocurrido alguna desgracia, nos adelantamos con precaución hacia el sitio de donde subía el humo, dispuestos a combatir si fuese preciso. Llegamos, al fin, lo bastante cerca de ellos para oír el vocerío de un inmenso grupo de personas, del que sobresalían las risas estrepitosas de nuestros exploradores. En medio de un prado distinguimos una gran tienda con dos defensas de ramaje, y alrededor de ella una agrupación de cincuenta o sesenta personas. Cuando desembocamos del bosque todos acudieron alegremente para darnos la bienvenida. Era un campamento de oficiales y soldados rusos que, después de haber huido de Siberia, vivieron con los colonos y los ricos terratenientes del Urianhai.

- ¿Qué hacéis aquí? – les preguntamos sorprendidos.
- ¿Entonces ignoráis lo que ha sucedido? – repuso un hombre de cierta edad, que resultó ser el coronel Ostrowsky –. En el Urianhai se ha dispuesto por el comisario militar la movilización de todos los hombres de menos de veintiocho años, y de todas partes avanzan hacia la villa de Belotzarsk los destacamentos de esos partidarios. Roban a los colonos y a los pastores y matan a todos los que caen en sus manos. Andamos huyendo de esas partidas.

El campamento poseía dieciséis fusiles y tres granadas que pertenecían a un tártaro que viajaba con un guía calmuco para inspeccionar sus rebaños de la Mongolia occidental. Nosotros explicamos el objeto de nuestro viaje y nuestro proyecto de atravesar la Mongolia hasta el puerto más próximo a la costa del Pacífico. Los oficiales me rogaron que les llevásemos con nosotros. Accedí. Un reconocimiento que hicimos nos demostró que no había partida cerca de la casa del campesino que debía facilitarnos el cruce del pequeño Yenisei. Nos pusimos en marcha inmediatamente a fin de pasar lo antes posible aquella zona peligrosa del Yenisei para internarnos en el bosque de más allá. Nevaba, pero los copos se derretían en seguida. Antes de anochecer se levantó un viento norteño helado, que trajo con él una tempestad de nieve. Muy de noche llegamos al río. El colono nos acogió con simpatía y no vaciló en ofrecerse para pasarnos en su barca y hacer que los caballos atravesasen el río a nado, aunque todavía flotaban en el agua gruesos témpanos, procedentes de las fuentes. Durante esta conversación, uno de los obreros del colono, bizco y de mala catadura, nos escuchaba sin pestañear, vuelto todo el tiempo a nosotros. De improviso desapareció. El granjero reparó en su huida y con voz de angustia nos dijo:

- Se ha ido corriendo al pueblo para traer aquí a esos rojos endemoniados. Hay que pasar el río sin dilación y sin perder tiempo.

Entonces empezó la aventura más terrible de nuestro viaje. Propusimos al colono que cargase nuestras provisiones y municiones en la barca y que nosotros pasaríamos con los caballos a nado a fin de ganar tiempo, que tan precioso nos era. El Yenisei en aquel paraje tiene unos trescientos metros de ancho; la corriente es muy rápida y la orilla está cortada a pico sobre un lecho profundo. La noche era completamente oscura, sin una estrella en el cielo. Silbaba el viento tempestuosamente y la nieve nos azotaba el rostro con violencia. Ante nosotros corrían velozmente las negras aguas, arrastrando delgados trozos de afilado hielo que giraban y se desgastaban en los remolinos y rompientes. Mi caballo tardó un largo rato en bajar a la orilla abrupta, resoplando y

encabritándose. Le castigué con el látigo, y al fin, con un gemido de mal agüero, se arrojó al río helado. Nos hundimos los dos, y con dificultad me sostuve en la silla. En cuanto estuvo a algunos metros de la orilla, mi caballo estiró la cabeza y el cuello cuanto pudo en su afán de avanzar, resoplando con fuerza sin detenerse. Sentí todos los movimientos de sus patas, agitando el agua, y el temblor de su cuerpo en el espantoso trance. Llegamos a la mitad del río, donde la corriente se hacia extremadamente rápida, por lo cual nos arrastraba de manera irresistible. En la noche lúgubre oía los gritos de mis compañeros y las sordas quejas de temor y sufrimiento de los caballos. El agua helada me llegaba al pecho. Los témpanos flotantes chocaban en mí; las olas me salpicaban el rostro. No tuve tiempo de mirar a mi alrededor ni de sentir frío. El deseo animal de vivir se apoderó de mí; no pensé sino una cosa: si mi caballo flaqueaba en su lucha contra la corriente, estaba perdido. Fijé toda mi atención en sus esfuerzos y su pánico. De repente lanzó un gemido y sentí que se sumergía. Evidentemente, el agua le entraba por la nariz, porque no le oía resoplar. Un grueso témpano le golpeo la cabeza y le hizo cambiar de dirección, si bien continuo en el sentido de la corriente. Le dirigí con trabajo hacia la orilla, tirándole de las riendas; pero comprendí que se le acababan las fuerzas. Su cabeza desapareció varias veces en los remolinos. No había que dudar. Me deslicé de la silla, y sujetándome a ella con la mano izquierda, me puse a nadar con la derecha al lado de mi cabalgadura, animándola con la voz. Flotó un momento con la boca entreabierta y los dientes apretados; en sus ojos, ampliamente abiertos, se leía un indescriptible terror. En cuanto le libré de mi peso volvió a la superficie y nadó más tranquilo y rápido. Al fin, bajo las herraduras del pobre animal exhausto, sentí el golpe con las rocas. Uno tras otro, mis compañeros ganaban la orilla. Los caballos, bien domados, habían hecho pasar a sus jinetes. Algo más lejos, aguas abajo, el colono abordaba con las provisiones. Sin perder momento, cargamos los equipajes en los caballos y continuamos el viaje. El viento soplaba cada vez más desencadenado y glacial. Al amanecer, el frío era terrible. Nuestras ropas, empapadas, se helaron, poniéndose tan duras como el cuero; los dientes nos castañeteaban y en los ojos nos fulguraba la llamarada roja de la fiebre; pero seguimos marchando para poner el mayor espacio entre nosotros y las partidas bolcheviques. A unos quince kilómetros del bosque salimos a un valle accesible, desde donde pudimos distinguir la margen opuesta del Yenisei. Debían de ser las ocho. A lo largo del camino, al otro lado del río, se estiraba como una serpiente una dilatada fila de jinetes y carruajes que comprendimos era una columna de soldados rojos con su tren de combate. Echamos pie a tierra y nos escondimos entre la maleza para evitar ser descubiertos. Todo el día el termómetro marcó cero y todavía bajó más, de modo que, ateridos, proseguimos nuestro viaje, llegando a la noche a unas montañas cubiertas de bosques de álamos, donde encendimos grandes hogueras para secarnos las ropas y calentarnos. Los caballos, hambrientos, no se separaron de las hogueras, quedándose detrás de nosotros durmiendo con las cabezas agachadas. Al día siguiente, muy de mañana, acudieron a nuestro campamento algunos soyotos.

- *¿Ulan?* (rojo) – preguntó uno de ellos.
- No, no – gritaron mis compañeros.
- *Tzagan?* (blanco) – interrogó otro.
- Sí, sí – dijo el tártaro –; todos son blancos.
- *Mendé, mendé!* – exclamaron los soyotos.

Y mientras tomaban una taza de té, empezaron a darnos interesantes e importantes noticias. Supimos que las partidas rojas, dejando los montes Tannu Ola, ocupaban con sus avanzadas toda la frontera de Mongolia para detener a los campesinos y a los soyotos conductores de rebaños. Era, pues, imposible pasar los Tannu Ola. Solo vi la posibilidad de dirigirnos al Sudoeste, atravesar el valle pantanoso del Buret-Hei y alcanzar la ribera sur del lago Kosogol, situado en el territorio de la verdadera Mongolia. Las noticias eran malas. El primer puesto mongol de Samgaltai no distaba más que unos noventa kilómetros, mientras que el lago Kosogol, por el camino más corto, se hallaba a cuatrocientos cincuenta.

Los caballos que mi compañero y yo montábamos habían andado más de novecientos kilómetros por mal terreno, casi sin descansar y con alimentación hartamente escasa, por lo que no podían recorrer semejante distancia. Pero reflexionando sobre la situación, y estudiando a mis nuevos compañeros,

decidí no intentar el paso de los montes Tannu Ola. Aquellos hombres estaban cansados moralmente, nerviosos, mal vestidos y peor armados, y algunos se hallaban enfermos. El pánico se hubiera apoderado en seguida de ellos, haciéndoles perder la cabeza y haciéndosela perder también a los demás. Entonces consulté a mis amigos y resolví ir al lago Kosogol. Todos consintieron en seguirme. Después de tomar un rancho compuesto de una sopa hecha con pedazos de carne, galletas té, partimos. A las dos horas las montañas comenzaron a elevarse delante de nosotros. Eran las estribaciones nordeste de los Tannu Ola, tras de las cuales se extendía el valle del Buret-Hei.

CAPITULO XI

LA BARRERA ROJA

En un valle encajonado entre dos sierras escarpadas, descubrimos una manada de yaks y de bueyes que diez soyotos montados conducían rápidamente hacia el Norte. Se acercaron a nosotros con precaución y concluyeron por decirnos que el *noyón* (príncipe) de Todji les había ordenado que trasladasen los rebaños a lo largo del Buret-Hei hasta la Mongolia, temiendo el pillaje de los forajidos rojos. Salieron; pero enterados por algunos cazadores soyotos que aquella parte de los montes Tannu Ola estaba ocupada por las partidas procedentes de Wladimirovka, se vieron obligados a volverse atrás. Les preguntamos dónde se hallaban las avanzadas y por el numero de soldados que guardaban los pasos de las montañas, y enviamos al tártaro y al calmuco para reconocer el terreno, mientras nos preparábamos a continuar nuestra marcha, envolviendo los cascos de los caballos con nuestras camisas y poniendo a estos una especie de bozales hechos con correas y trozos de cuerdas para impedir que relinchasen. Había ya cerrado la noche cuando los exploradores regresaron, avisándonos que un grupo de unos treinta soldados acampaba como a unos diez kilómetros de allí, ocupando las *yurtas* de los soyotos. En el collado se encontraban dos avanzadillas: una compuesta de dos hombres y la otra de tres. De las avanzadillas al campamento habría kilómetro y medio aproximadamente. Nuestra pista pasaba entre los dos puestos avanzados. Desde la cima de la montaña se les veía claramente, siendo fácil acabar a tiros con los centinelas. Cuando hubimos ganado la cumbre me separé de nuestro grupo, y llevando conmigo a mi amigo, al tártaro, al calmuco y a dos jóvenes oficiales, avanzamos con discreción. Desde arriba distinguí, a unos quinientos metros delante de nosotros, dos hogueras. Junto a cada una de ellas velaba un soldado armado de su fusil, y los demás dormían. No quise entablar la lucha con aquellos centinelas; pero era preciso desembarazarnos de su presencia sin disparar ni un tiro, si deseábamos seguir marchando. No creí que los rojos pudiesen descubrir nuestro rastro, porque la pista estaba toda removida por el tránsito de numerosos animales.

– Elijo a esos dos de allí – murmuró mi compañero, señalando a los centinelas de la derecha.

Nosotros debíamos ocuparnos del puestecillo de la izquierda. Avancé, arrastrándome entre las matas, detrás de mi amigo para ayudarle si necesitaba mi intervención; pero confieso que no sentía preocupación alguna respecto a él. Era un mocetón de seis pies de estatura, tan fuerte, que cuando algún caballo se negaba a que le pusiesen el bocado, le daba puntapiés en las patas de delante y lo tiraba al suelo, donde fácilmente le colocaba las riendas. Cuando distábamos de los rojos un centenar de pasos, me detuve en el matorral y miré. Pude ver claramente la hoguera y el soñoliento centinela. El soldado estaba sentado con el fusil entre las piernas. Su compañero, dormido junto a él, no se movía. Sus botas de fieltro blanco se destacaban en la oscuridad de la noche. Durante un rato perdí de vista a mi compañero. Reinaba un silencio amedrentador. De repente, de la otra avanzadilla llegaron unos gritos ahogados y todo volvió a quedar silencioso. Nuestro centinela levanto levemente la cabeza; pero en aquel preciso momento el cuerpo gigantesco de mi amigo se interpuso entre la hoguera y yo, y en un cerrar de ojos los pies del bolchevique pasaron por el aire como un resplandor: mi compañero había cogido al centinela por el cuello, arrojándole a la espesura, donde ambos cuerpos desaparecieron. Un segundo más tarde reapareció; hizo un molinete con el fusil y asestó en el cráneo del soldado dormido un culatazo violento y sordo, y sobrevino una absoluta calma. Luego vino a mí, sonriente pero turbado.

– ¡Listos! ¡Dios y al diablo! Cuando yo era niño mi madre quiso que fuese cura. Crecí y estudié para ingeniero agrónomo... y todo eso para estrangular hombres o partírles el cráneo.

¡La revolución es una cosa estúpida!

Escupió con rabia y asco y se puso a fumar una pipa.

También en la otra avanzadilla había terminado todo. Aquella noche escalamos las crestas del Tannu Ola y descendimos a un valle cubierto de monte bajo, surcado por una red de arroyuelos. Eran las fuentes del Buret-Hei. A eso de la una nos detuvimos y dejamos pastar a los caballos, porque la hierba era excelente. Nos juzgábamos en seguridad por algunos indicios tranquilizadores; en las laderas se veían rebaños de renos y *yaks*, y los soyotos que se aproximaron nos confirmaron nuestras suposiciones. Tras los montes Tannu Ola no se habían visto soldados rojos. Ofrecimos a los soyotos un paquete de té y les vimos alejarse contentos y seguros de que éramos *tzagan*: buena gente. Mientras nuestros caballos descansaban y pastaban en la crecida hierba, deliberamos acerca de nuestro itinerario, sentados cerca del fuego. Se suscitó una viva discusión entre dos secciones de nuestro grupo; al frente de una figuraba un coronel, que con cuatro oficiales estaban tan impresionados por la ausencia de rojos al sur de Tannu Ola, que decidieron continuar en dirección Oeste, hacia Kobdo, para encaminarse luego al campamento del Emil, donde las autoridades chinas habían internado a los seis mil hombres de las fuerzas del general Bakitch, que penetraron en territorio mongol. Mi compañero y yo, con dieciséis oficiales, preferimos atenernos a nuestro primitivo plan, que era arribar al lago Kosogol, de paso para el Extremo Oriente. Como ninguno de los dos grupos logró convencer al otro de que abandonase sus ideas, resolvimos separarnos, y al medio día siguiente nos despedimos. Nuestro grupo de dieciocho sostuvo numerosos combates y sufrió penalidades sin cuento, que costaron la vida a seis de nuestros camaradas, pero nosotros llegamos al término del viaje tan íntimamente unidos por los lazos de mutua abnegación, reforzados por los peligros comunes en las batallas, en las que nos jugábamos la vida, que hemos conservado siempre unos para otros los más calurosos sentimientos de amistad. El otro grupo, mandado por el coronel Jukoff, pereció. Tropezó con un fuerte destacamento de caballería roja y fue destruido por ella en dos combates. Solo escaparon dos oficiales, quienes me refirieron estas tristes nuevas y los detalles de los combates cuando nos encontramos cuatro meses más tarde en Urga.

Nuestro grupo de dieciocho jinetes y sus cinco caballos de carga remontó el valle del Buret-Hei. Nos atascamos en los pantanos, cruzamos numerosos ríos fangosos, nos helamos los vientos fríos, empapados hasta los huesos por la nieve y por la lluvia glacial; pero persistimos infatigablemente en la empresa de alcanzar la costa sur del lago Kosogol. El guía tártaro nos precedía sin vacilaciones, siguiendo las pistas trazadas por los innumerables rebaños que del Urianhai van a la Mongolia.

CAPITULO XII

EN EL PAIS DE LA PAZ

Los habitantes del Urianhai, los soyotos, están orgullosos de ser verdaderos budistas y de haber conservado pura la doctrina de San Rama y la sabiduría profunda de SakyaMuni. Son los eternos enemigos de la guerra y de la sangre derramada. En el siglo XIII prefirieron emigrar y buscar refugio en el Norte, antes que combatir o formar parte del imperio del sanguinario conquistador Gengis Kan, que quiso incorporar a sus fuerzas a esos maravillosos jinetes y diestrísimos arqueros. Tres veces en el curso de su historia han emigrado así hacia el Norte para eludir la lucha, y ahora nadie puede decir que las manos de los soyotos se hayan teñido de sangre humana. Con su amor a la paz, han luchado contra los males de la guerra. Los mismos rígidos administradores chinos no han podido aplicar en ese pacífico país todo el rigor de sus leyes implacables. De igual modo se condujeron los soyotos con los rusos cuando estos, ebrios de sangre y enloquecidos por los crímenes, fueron a infestar su país. Evitaron los soyotos cuidadosamente chocar contra las tropas rojas o las partidas bolcheviques, emigrando con sus familias y ganados hacia el Sur hasta los principados alejados, como los de Kemchik y Soldjak. El afluente oriental de este río emigratorio pasó por el valle Buret-Hei, donde continuamente dejábamos atrás los grupos de soyotos acompañados de sus rebaños.

Avanzábamos rápidamente a lo largo del sinuoso Buret-Hei, y al cabo de dos días empezamos a pisar los collados que unen los valles del Buret-Hei y del Jarga. El camino, además de escabroso, estaba interceptado por troncos de árboles derribados, y aun, por increíble que parezca, por anchos lodazales en los que los caballos se hundían penosamente. Luego tuvimos de nuevo que marchar por una pista peligrosa donde los guijarros rodaban bajo los cascos de las caballerías, saltando al precipicio que bordeábamos. Los animales se fatigaron pronto, pasando aquellos peñascales dejados así por los antiguos glaciares, al pie de las faldas de la montaña. A veces la pista seguía al borde mismo de las simas y los caballos producían grandes desprendimientos de arena y piedras. Me acuerdo de un cerro cubierto totalmente por aquellas movedizas arenas. Tuvimos que desmontar y, llevando a los caballos de las bridas, recorrer a pie, en una longitud de dos kilómetros, aquellos lechos resbaladizos, a ratos empantanándonos hasta las rodillas, y bajar las pendientes casi a la fuerza hacia el fondo de los despeñaderos. Un movimiento imprudente hubiera podido precipitarme al abismo. Esto le ocurrió a uno de nuestros caballos. Metido hasta el vientre en una trampa escurridiza, no pudo cambiar de dirección a tiempo y resbaló con una masa de cascotes por el terreno cortado a pico, cayendo en el derrumbadero para no levantarse más. Solo oímos el crujido de las ramas secas aplastadas en su caída mortal. Con grandes dificultades bajamos al fondo del barranco para recoger la silla y los bultos que transportaba.

Un poco más lejos nos vimos precisados a abandonar a una de nuestras bestias de carga, que había hecho todo el viaje con nosotros desde la frontera norte del Urianhai. Principiamos a descargarla, pero fue inútil, pues ni nuestras excitaciones ni nuestras amenazas sirvieron para nada. Quedó inmóvil, con la cabeza inclinada y un aspecto de agotamiento que nos hizo comprender que había llegado al límite de su trabajosa existencia. Algunos soyotos que iban con nosotros la examinaron, le palparon los músculos de las cuatro patas, le cogieron la cabeza con las manos, moviéndola de derecha a izquierda, y después de un detenido estudio dictaminaron:

- Este caballo no irá muy lejos. ¡Tiene los sesos secos!

Tuvimos, por lo tanto, que abandonarlo. Aquella tarde asistimos a un magnífico cambio de paisaje al subir a una altura, donde nos encontramos en una vasta planicie cubierta de álamos.

Divisamos las *yurtas* de algunos cazadores soyotos, recubiertas de corteza en vez del fieltro habitual. Entre estos, diez hombres armados de fusiles se adelantaron hacia nosotros. Nos participaron que el príncipe de Soldjak no permitía que nadie pasase por allí, pues temía que invadiesen sus dominios los asesinos y los ladrones.

- Volveos al punto de donde venís – nos aconsejaron, mirándonos con ojos llenos de espanto.

No contesté y puse fin a un conato de reyerta entre un viejo soyoto y uno de mis oficiales. Luego señalé con un dedo el riachuelo que corría por el valle situado frente a nosotros y pregunté cómo se llamaba.

- Oyna – respondió el soyoto –. Es la frontera del principado y está prohibido pasarla.
- Muy bien – contesté –; pero nos permitiréis descansar y calentarnos un poco.
- Sí, sí – gritaron los soyotos, siempre hospitalarios.

Y nos condujeron a sus tiendas.

Por el camino aproveché la ocasión para ofrecer al viejo soyoto un cigarrillo y a otro una caja de fósforos. Caminábamos con mucha lentitud y todos juntos, salvo un soyoto que se quedaba atrás, tapándose la nariz con la mano.

- ¿Está enfermo? – pregunté.
- Sí – respondió el viejo soyoto con tristeza –. Es mi hijo. Hace dos días que sangra por la nariz y está muy débil.

Me detuve y llamé al pobre joven.

- Desabrochaos el capote – le ordené –; desarropaos el cuello y el pecho y levantad la cabeza lo más alto que podáis.

Oprimí la vena yugular por los dos lados de la cabeza durante unos minutos y le dije:

- Ya no echareis más sangre por la nariz. Retiraos a vuestra tienda y acostaos un rato.

La acción misteriosa de mis dedos produjo en el soyoto una fuerte impresión. El viejo soyoto, lleno de temor y respeto, murmuró:

- *Ta lama, ta lama* (gran doctor).

En la *yurta* nos obsequiaron con té, mientras que el viejo soyoto se hallaba sumido en profunda meditación. Después consultó con sus compañeros y acabó por decirme:

- La mujer de nuestro príncipe padece de la vista, y creo que el príncipe se alegrará de que le lleve a *ta lama*. No me castigará, porque aunque me ha ordenado no dejar entrar a mala gente, no ha prohibido que recibamos a personas honradas.
- Haced lo que os parezca mejor – respondí, fingiendo indiferencia –. Es cierto que sé tratar las enfermedades de los ojos, pero desharé el camino si me lo mandáis.
- No, no – gritó el viejo apenado –. Yo mismo voy a guiaros.

Sentado junto a la lumbre, encendió si pipa con un silex, limpió el extremo con la manga y me la ofreció en señal de sincera hospitalidad. Yo estaba al corriente de la cortesía y fumé. En seguida fue dando la pipa a cada uno de nosotros y recibió de cada uno, en cambio, un cigarrillo, un puñado de tabaco y algunos fósforos. Nuestra amistad quedaba consagrada. Pronto acudieron a la *yurta* para conocernos y rodearnos hombre, mujeres, chicos y perros. No nos podíamos mover. Del gentío se destacó un lama de cara afeitada y cabellos al rape, que vestía la flotante túnica roja de su casta. Sus vestidos y su expresión le diferenciaban del resto de los soyotos, bastante sucios, con sus coletas y sus casquetes de fieltro terminado en lo alto por colas de ardillas. El lama se mostró bien dispuesto para nosotros, pero miraba con envidia nuestras sortijas de oro y nuestros relojes.

Decidí explotar la codicia del servidor de Buda y le ofrecí té y galletas, haciéndoles saber que deseaba adquirir caballos.

- Tengo uno. ¿Queréis comprarlo? – me preguntó –. Pero no acepto billetes de Banco rusos. Cambiémosle por algo.

Regateé largo tiempo, y, al fin, por mi anillo de boda, un impermeable y una maleta de cuero recibí un excelente caballo soyoto, para sustituir el que habíamos perdido, y una cabrita.

Pasamos la noche con los indígenas, y nos obsequiaron con un festín de carnero asado. Al día siguiente nos pusimos en camino, dirigidos por el viejo soyoto, recorriendo el valle del Oyna,

sin montañas ni pantanos. Sabíamos que algunos de nuestros caballos estaban demasiado cansados para ir hasta el lago Kosogol, y decidimos probar a comprar otros en el país. No tardamos en encontrar *yurtas* soyotas rodeadas de ganados y caballos. Por fin nos acercamos a la capital nómada del príncipe. Nuestro guía se adelantó para comerciar con él, no sin habernos asegurado que el soberano se alegraría de recibir al *ta lama*, aunque en aquel momento observé que su fisonomía denotaba temor y ansiedad. Desembocamos en una vasta llanura cubierta de matas. A orillas del río vimos unas grandes yurtas sobre las que ondeaban unas banderas amarillas y azules, y adivinamos que era la residencia del Gobierno.

Pronto volvió nuestro guía. Volvía satisfechísimo. Se frotó las manos y exclamó:

- El *noyón* (príncipe) os espera. Está muy contento.

De guerrero me convertí en diplomático. Al llegar a la *yurta* del príncipe fuimos recibidos por dos funcionarios que usaban el gorro puntiagudo de los mongoles, adornado con enhiestas plumas de pavo real. Con profundas reverencias rogaron al *noyón* extranjero que penetrase en la *yurta*. Mi amigo el tártaro y yo entramos.

En la lujosa *yurta*, tapizada de magnífica seda, vimos un viejecillo de rostro apergaminado, rapado y afeitado, cubierto con una toca de castor alta y puntiaguda, ornada con seda carmesí y rematada por un botón rojo oscuro y unas largas plumas de pavo real en la parte de atrás. En la nariz le cabalgaban unas gruesas antiparras chinas. Estaba sentado en un diván bajo, y hacia tintinear nerviosamente las cuentas de su rosario. Era Ta Lama, príncipe de Soldjack y gran sacerdote del templo budista. Nos acogió cariñosamente y nos instó a sentarnos delante del fuego que ardía en un brasero de cobre. La princesa, sumamente hermosa, nos sirvió té, dulces chinos y bollos. Fumamos la pipa, aunque el príncipe, en su calidad de lama, no nos imitase, cumpliendo, sin embargo, sus deberes de huésped, elevando a sus labios las pipas que le ofrecíamos y tendiéndonos, en cambio, su tabaquera de jaspe verde. Cumplida la etiqueta, esperamos las palabras del príncipe. Este nos preguntó si nuestro viaje había sido feliz y cuales eran nuestros proyectos. Le hablé con franqueza y le pedí hospitalidad para todos nosotros. Consintió en dárnosla inmediatamente, y ordenó que nos preparasen cuatro yurtas.

- He sabido que el *noyón* extranjero es un excelente doctor.
- Sí; conozco bastantes enfermedades, y tengo conmigo algunos remedios, pero no soy doctor. Soy un sabio en otras ciencias.

El príncipe no me comprendió. Para su sencillez, un hombre que sabía tratar una enfermedad es un doctor.

- Mi mujer sufre constantemente de los ojos desde hace dos meses – me dijo –. Aliviadla.

Pedí a la princesa que me enseñase los ojos, y vi que tenía una conjuntivitis, producida por el humo continuo de la *yurta* y por la suciedad general del lugar. El tártaro me trajo mi botiquín. Lavé los ojos de la princesa con agua boricada y les apliqué un poco de cocaína y una débil solución de sulfato de cinc.

- Os ruego que me curéis – dijo la princesa –. No os vayáis antes de sanarme. Os daremos carneros, leche y harina para todos vuestros amigos. Lloro y me aflijo sin cesar, porque antes tenía unos ojos hermosos, y mi marido me decía que brillaban como las estrellas. Ahora, en cambio, los tengo rojos e hinchados. No puedo soportar esto, no, no puedo.

Golpeó el suelo con un pie menudo y me preguntó con coquetería:

- ¿Verdad que queréis curarme, señor?

El carácter y la manera de una mujer bonita son iguales en todas partes: en el deslumbrador Broadway, junto al majestuoso Támsesis, en los animados bulevares del alegre París como en la *yurta*, tapizada de seda de la princesa soyota, más allá de los montes Tannu Ola, recubiertos de árboles piramidales.

- Haré lo que pueda – contesté con aplomo, actuando de ocultista.

Pasamos allí diez días, agasajados cordialmente por toda la familia del príncipe. Los ojos de la princesa, que ocho años antes habían seducido al príncipe Lama, ya de avanzada edad, estaban curados. Ella no disimulaba su júbilo ni dejaba de mirarse al espejo.

El príncipe me regaló cinco buenos caballos, diez carneros y un saco de harina, que

transformamos inmediatamente en galletas. Mi amigo le ofreció un billete de Banco de los Romanoff, de un valor de quinientos rublos, con el retrato de Pedro el *Grande*. Yo le presenté una pepita de oro que había recogido en el cauce de un torrente. El príncipe ordenó que un soyoto nos sirviera de quia hasta el lago Kosogol. Toda la familia del príncipe nos acompañó hasta el monasterio, situado a diez kilómetros de la capital. No le visitamos, pero sí nos detuvimos en el *dugung*, establecimiento comercial chino. Los mercaderes chinos nos recibieron con hostilidad, aunque nos brindaron toda clase de mercancías, creyendo especialmente entusiasmarnos con sus frascos redondos (*lanhon*) de *maygolo*, una especie de anisete. Como no teníamos plata en lingotes, ni dólares chinos, nos contentamos con mirar con envidia el atractivo licor, hasta que el príncipe vino a favorecernos, ordenando a los chinos que pusiesen cinco frascos en nuestras maletas.

CAPITULO XIII

MISTERIOS, MILAGROS Y NUEVA BATALLA

La tarde del mismo día llegamos frente al lago sagrado de Teri-Noor, balsa de agua de ocho kilómetros de ancho, limitada por riberas bajas y sin alicientes, con numerosas hondonadas. En el centro del lago se extendía lo que quedaba de una isla en vías de desaparecer. Dicha isla contenía algunos árboles y antiguas ruinas. Nuestro guía nos explico que hace dos siglos no existía el lago, y que en su lugar, dominando la llanura, se levantaba una imponente fortaleza china. Un jefe chino que la mandaba ofendió a un viejo lama, quien maldijo el sitio y predijo que seria destruido. El mismo día siguiente el agua comenzó a brotar del suelo, destruyó la fortaleza y se tragó a todos los soldados. Aun ahora, cuando la tempestad se desencadena en el lago, las aguas arrojan a las orillas osamentas de los hombres y los caballos que perecieron. El lago de Teri-Noor aumenta cada año, acercándose cada vez más a las montañas. Siguiendo la línea oriental empezamos a subir una cordillera coronada de nieve. La ascensión fue fácil al principio; pero el guía nos advirtió que la parte más penosa estaba más lejos. Alcanzamos la cima dos días después, y nos hallamos en una ladera escarpada, revestida de espesos bosques, bajo la nieve. Más allá se extendían las líneas de las nieves perpetuas, las montañas punteadas de rocas sombrías, cubiertas con un blanco manto que brillaba deslumbrador a la luz de un claro sol. Eran las más altas y orientales de las montañas de la cadena de los Tannu Ola.

Pasamos la noche en el bosque, y al amanecer empezamos a trasponerlas. A mediodía el guía nos condujo por una pista en zigzag, cortada a menudo por profundos barrancos y por montones de árboles y rocas detenidas en su caída por la falda de la montaña. Durante varias horas trepamos por las pendientes, reventando de cansancio a nuestros caballos, y de repente nos encontramos en el sitio donde habíamos hecho la última parada. Era indudable que el soyoto había perdido el camino, y en su rostro se leía el espanto y la estupefacción.

- Los demonios del bosque maldito no quieren dejarnos pasar – murmuró balbuciente –. ¡Mala señal! Tendremos que volver al Jarga y ver al *noyón*.

Le amenacé, y de nuevo se puso al frente del grupo, pero evidentemente sin esperanza y sin esforzarse en encontrar el camino. Por fortuna, una de los nuestros, un cazador del Urianhai, observó unas marcas hechas en los árboles que indicaban la pista que nuestro guía había perdido. Siguiéndolas, cruzamos el bosque, alcanzamos y rebasamos una zona de álamos quemados, y más lejos nos internamos en un bosquecillo que lindaba con la base de las montañas coronadas de nieves perpetuas.

Anochece ya, y las sombras nos obligaron a acampar. Refrescó el viento, levantando una densa cortina de nieve que nos ocultó el horizonte por todas partes y envolvió a nuestro campamento en sus albos pliegues. Nuestros caballos, en pie detrás de nosotros, parecidos a blancos fantasmas, se negaban a comer y a separarse de la proximidad de las hogueras. El viento agitaba sus crines y sus colas y mugía y silbaba en las quebradas de la montaña. A distancia oímos el gruñido sordo de una manada de lobos, subrayado por un aullido individual y agudo que una bocanada de viento favorable lanzaba al aire en un *staccato* bien marcado.

Mientras descansábamos junto al fuego, el soyoto vino a buscarme y me dijo:

- *Noyón*, ven conmigo al *obo*. Quiero enseñarte una cosa.

Le seguí y emprendimos la ascensión de la montaña. Al pie de una empinada cuesta había una enorme aglomeración de troncos de árboles y rocas, formando un cono de unos tres metros de altura. Estos *obos* son las señales sagradas que los lamas colocan en los sitios peligrosos: altares que

levantan a los malos demonios, dueños de aquellos parajes. Los caminantes, soyotos y mongoles, pagan su tributo a los espíritus colgando de las ramas del *obo* los *hатыks*; es decir, largos gallardetes de seda azul arrancados de los forros de sus capotes, o sencillamente machones de pelos que cortan de las crines de sus caballos; también ponen en las piedras trozos de carne, tazas de té o puñados de sal.

- Mirad – dijo el soyoto –. Los *hатыks* están arrancados. Los demonios se han enfadado y no quieren dejarnos pasar. *Noyón*...

Me cogió la mano y con voz suplicante murmuró:

- ¡Volvámonos, *noyón*, volvámonos! Los demonios no quieren que pasemos la montaña. Hace veinte años que nadie se ha atrevido a atravesarla, y todos los audaces que lo han intentado perecieron aquí. Los demonios cayeron sobre ellos en una tempestad de nieve. ¡Mira! Ya empieza. Volvamos a nuestro *Noyón*; esperemos los días más calidos, y entonces...

Dejé de escucharle y volví a la hoguera, que apenas podía distinguir entre la nieve que me cegaba. Temiendo que nuestro guía nos abandonase, encargué a uno de los míos que lo vigilara. Un poco después, en plena noche, el centinela me despertó para decirme:

- Puedo equivocarme, pero me ha parecido oír un tiro de fusil.

¿Que deducir? Tal vez algunos extraviados como nosotros avisaban así su situación a sus compañeros perdidos; quizá el centinela había tomado por un disparo el ruido de la caída de una roca o de un bloque de hielo. Me dormí nuevamente, y de improviso percibí en sueños una clara visión. Por la llanura cubierta de un espeso tapiz de nieve avanzaba una tropa de jinetes. Eran nuestras bestias de carga, nuestro calmuco y el divertido caballo pío de nariz romana. Yo vi como descendíamos de la helada meseta hasta un repliegue de la montaña, donde crecían algunos pobos, cerca de los cuales susurraba un arroyuelo a cielo abierto. Luego observé un resplandor brillante entre dos árboles y me desperté. Era ya de día. Sacudí a los demás y les encargué que se preparasen rápidamente a fin de no perder tiempo y partir. La tempestad se desataba con violencia creciente. La nieve nos cegaba, borrando todo rastro del camino. El frío se hacía cada vez más intenso. Al cabo montamos a caballo. El soyoto iba delante, procurando distinguir la vereda. A medida que subíamos, nuestro guía perdía con más frecuencia el camino. Caíamos en agujeros profundos recubiertos de nieve y luego tropezábamos en bosques resbaladizos. Por último, el soyoto hizo volver a su caballo y viniendo a mí, me dijo con tono decidido:

- No quiero morir con vosotros y no iré más lejos.

Mi primer impulso fue coger el látigo. Estaba ya cerca de la tierra prometida, la Mongolia, y aquel soyoto, interponiéndose a través de la realización de mis esperanzas, se me figuraba mi peor enemigo. Pero bajé la mano levantada y de improviso concebí una idea desesperada.

- Oye – le dije –, si te mueves del caballo te meteré una bala en la espalda y perecerás, no en lo alto de la montaña sino a su pie. Ahora voy a decirte lo que va a sucedernos. Cuando hayamos llegado a esas rocas de allá arriba, el viento habrá cesado y la tempestad de nieve concluirá- el sol brillará cuando atravesemos la planicie helada de la altura y luego descendaremos a un vallecito donde hay álamos y un riachuelo de agua corriente, al aire libre. Encenderemos fuego y pasaremos la noche.

El soyoto se echó a temblar, asustado.

- ¿*Noyón* ha franqueado ya las montañas del Darjat Ola? – me preguntó, asombrado.
- No – le repuse –; pero la noche última he tenido una visión y sé que traspondremos la cuesta sin novedad.
- Os guiaré – exclamó el soyoto.

Y dando un latigazo a su caballo se puso a la cabeza de la columna en la pendiente abrupta que conducía a las cimas de las nieves eternas.

Al marchar junto al borde estrecho de un precipicio, el soyoto se detuvo y examinó la pista con atención.

- Hoy, un gran número de caballos herrados han pasado por aquí – gritó en medio del estruendo de la tormenta –. Han arrastrado un látigo por la nieve. Y no eran soyotos.

Pronto nos dieron la solución al enigma. Sonó una descarga. Uno de mis compañeros lanzó

un quejido, llevándose la mano al hombro derecho; uno de los caballos cargados cayó muerto: una bala le había dado detrás de la oreja. Echamos pie a tierra rápidamente, nos escondimos detrás de los peñascos y estudiamos la situación. Nos separaba un pintoresco valle de unos setecientos metros de ancho de una estribación montañosa. Divisamos a unos treinta jinetes en formación de combate, quienes disparaban contra nosotros. Yo tenía prohibido entablar ninguna lucha sin que la iniciativa partiese del lado del adversario; pero habiéndonos atacado, ordené contestarles.

– ¡Tirad a los caballos! – gritó el coronel Ostrovsky.

Luego mandó al tártaro y al soyoto que tumbasen a nuestras bestias. Matamos seis de sus cabalgaduras y debimos de herir a otras; pero no pudimos comprobarlo. Nuestros fusiles daban buena cuenta de los temerarios que asomaban la cabeza por detrás de las rocas. Oímos voces de rabia y las maldiciones de los soldados rojos, cuyo fuego de fusilería era cada vez más nutrido.

De repente vi a nuestro soyoto que a puntapiés levantaba tres de los caballos y que de un salto montaba en uno, llevando de la brida, detrás de él a los otros dos. El tártaro y el calmuco le siguieron. Apunté con mi fusil al soyoto; pero cuando vi al tártaro y al calmuco en sus admirables caballos irle a la zaga, dejé caer el fusil y me tranquilicé. Los rojos hicieron una descarga contra el trío, que, no obstante, consiguió escapar tras las rocas y desaparecer. La fusilería continuo aumentando de intensidad, y yo sabía que hacer. Por nuestra parte, economizábamos las municiones. Acechando al enemigo atentamente, distinguí dos puntos negros sobre la nieve, a espaldas de los rojos. Se acercaban con cautela a nuestros enemigos y por último se ocultaron de nuestra vista detrás de unos montoncillos. Cuando reaparecieron se hallaban precisamente en el borde del peñascal a cuyo pie estaban emboscados los rojos. Su presencia en aquel sitio me llenó de alegría. Bruscamente los dos hombres se irguieron y les vi blandir una cosa y arrojarla al valle. Siguieron dos zumbidos atronadores, que los ecos repitieron. En seguida resonó una tercera explosión, que produjo en los rojos un griterío enfurecido y unas desordenadas descargas. Algunos de sus caballos rodaron por la pendiente envueltos entre la nieve, y los soldados, barridos por nuestro fuego, huyeron a toda velocidad, buscando refugio en el valle del que veníamos.

Más tarde el tártaro me explicó cómo el soyoto le había propuesto llevarle a una posición a retaguardia de los rojos para atacarlos por detrás con granadas de mano. Cuando hube curado el hombro herido del oficial y quitamos la carga de nuestro caballo muerto, proseguimos la marcha. Nuestra situación era delicada. No cabía duda de que el destacamento rojo procedía de la Mongolia. Por tanto, en Mongolia había comunistas. ¿Cuántos serían? ¿Dónde nos expondríamos a encontrarlos? La Mongolia no era, pues, la tierra prometida. Tristes pensamientos nos invadieron.

La naturaleza se mostró más clemente. El viento cedió poco a poco. Se aplacó la tormenta. El sol rasgó cada vez más el velo de las nubes. Caminábamos por una elevada meseta revestida de nieve, que a trechos apelotonaba el viento y que en otros sitios formaba montones que estorbaban a nuestros caballos y les impedían avanzar. Tuvimos precisión de echar pie a tierra y de abrírnos paso entre la nieve hacinada, que nos llegaba hasta la cintura; con frecuencia caía un hombre o un caballo y había que ayudarlo a levantarse. Al cabo iniciamos el descenso, y al ponerse el sol hicimos alto en el bosquecillo de álamos blancos, pasamos la noche junto a las hogueras que encendimos entre los árboles y tomamos té, que hervimos en el agua proporcionada por el murmurador arroyuelo. En varios sitios descubrimos las huellas de nuestros recientes adversarios.

Todo, la misma Naturaleza y los demonios enojados del Dajart Ola, nos habían ayudado; pero estábamos tristes porque de nuevo sentíamos frente a nosotros la terrible incertidumbre que nos amenazaba con próximos y aterradores peligros.

CAPITULO XIV

EL RIO DEL DIABLO

Dejamos a nuestra espalda el bosque de Ulan Taiga y los montes Darjat Ola. Avanzábamos con celeridad porque las llanuras mongolas empezaban allí y carecen de obstáculos montañosos. En ciertos sitios había macizos de árboles. Cruzamos algunos torrentes rápidos, pero sin profundidad y fáciles de vadear. Después de dos días de viaje a través de la llanura de Darjat comenzamos a encontrar soyotos que conducían sus rebaños a toda prisa hacia el Nordeste, a la región de Orgarja Ola. Nos comunicaron desagradables noticias para nosotros.

Los bolcheviques del distrito de Irkutsk habían atravesado la frontera de Mongolia, capturando la colonia rusa de Jatyl, en la orilla meridional del lago Kosogol, y se dirigían al Sur, hacia Muren Kure, colonia rusa situada cerca de un gran monasterio lamaísta, a ochenta y dos kilómetros al sur del lago. Los mongoles nos dijeron que aún no había tropas rusas entre Jatyl y Muren Kure, por lo que decidimos pasar entre esos dos puntos para llegar a Van Kure, más al Este. Nos despedimos de nuestro guía soyoto, y luego de haber hecho una exploración previa, emprendimos la marcha. Desde lo alto de las montañas que rodean el lago Kosogol, admiramos el esplendido panorama de aquel vasto lago alpino, engastado como un zafiro en el oro viejo de las colinas circundantes, realzado con sombríos y frondosos bosques. A la tarde nos aproximamos a Jatyl con grandes precauciones y nos detuvimos a orillas del río que corre descendiendo del Kosogol, el Jaga o Egéngel. Hallamos un mongol que consintió en llevarnos al otro lado del río helado por un camino seguro entre Jatyl y Muren Kure. Por doquiera, a lo largo de las riberas, había grandes obos y altarcitos dedicados a los demonios del río.

- ¿Por qué hay tantos *obos*? – preguntamos al mongol.
- Es el río del diablo, peligroso y traicionero – replicó este –. Hace dos días una fila de carretas resquebrajó el hielo y tres de ellas se hundieron con cinco soldados.

Empezamos la travesía. La superficie del río se parecía a una espesa capa de cristal, claro y sin nieve. Nuestros caballos caminaban con lentitud, pero cayeron y forcejearon antes de incorporarse. Les conducíamos de la brida. Con la cabeza baja y temblorosos, tenían los asustados ojos fijos sin cesar en el piso helado. Miré y comprendí su espanto. A través de la transparente costra de hielo, de un espesor de unos treinta centímetros, se podía ver con toda claridad el fondo del río. A la luz de la luna, las piedras, los hoyos y las hierbas acuáticas eran perceptibles aun a una profundidad que excedía de los diez metros. Las ondas furiosas del Jaga se deslizaban bajo el hielo con una velocidad asombrosa, formando en su curso largas líneas de espuma y zonas burbujeantes. De improviso me paré y estremecí, lleno de estupor. En la superficie del río tronó un cañonazo, seguido de otro y luego de un tercero.

- ¡Pronto, pronto! – gritó nuestro mongol, haciéndonos señas con la mano.

Un nuevo estampido, continuado por un crujido, sonó muy cerca de nosotros. Los caballos se encabritaron y cayeron, dándose con la cabeza en el hielo. Un segundo después, la costra helada se partió y a nuestras plantas se abrió un boquete de dos pies de ancho, de forma que pude seguir la raja a lo largo de la superficie. En seguida, por la abertura, el agua brotó sobre el hielo con violencia.

- ¡De prisa, de prisa! – vociferó el guía.

Nos costó enorme trabajo hacer saltar la brecha a los caballos y que continuasen andando. Temblaban, se negaban a obedecer, y solo el látigo les hizo olvidarse de su terror, obligándolos a avanzar. Cuando estuvimos sanos y salvos en la otra orilla y en medio de los bosques, el quia

mongol nos contó que el río se abre a veces de un modo misterioso y deja grandes espacios de agua clara. Los seres vivos que se encuentran entonces sobre él están condenados a perecer. La corriente fría y rápida los arrastra bajo el hielo. El resquebrajamiento se produce en ocasiones a los mismos pies de el caballo; que intenta entonces saltar al otro lado, pero cae al agua, y las mandíbulas del hielo, cerrándose bruscamente, le cortan de raíz las dos patas.

El valle de Kosogol es un cráter de volcán apagado. Se puede seguir los contornos desde lo alto de las márgenes occidentales. Sin embargo, el poder infernal actúa siempre, y proclamando la gloria del demonio, fuerza a los mongoles a erigir *obos* y a ofrecer sacrificios en sus altares. Dedicamos la noche y el día siguiente a huir en dirección Este para evitar un encuentro con los rusos y a buscar buenos pastos para nuestros caballos. A eso de las nueve de la noche vimos brillar a lo lejos una hoguera. Mi amigo y yo no nos preocupamos, pensando que seguramente sería una *yurta* mongola, cerca de la cual podríamos acampar con tranquilidad. Recorrimos unos dos kilómetros antes de distinguir el grupo de *yurtas*. Nadie salió a recibirnos, y lo más extraño era que ni siquiera nos rodearon esos perros mongoles, negros, feroces y de encendidos ojos. Sin embargo, la hoguera ardiendo indicaba que allí había gente. Nos apeamos acercándonos. De la *yurta* salieron precipitadamente dos soldados tojos; uno de ellos disparó contra mí; pero erró el tiro, hiriendo solo a mi caballo por debajo de la silla. Tumbé al rojo de un pistoletazo, y el otro murió a culatazos a manos de mis compañeros. Examinamos los cadáveres; en los bolsillos les encontramos documentos militares del segundo escuadrón de la defensa interior comunista. Pasamos la noche en aquel sitio. Los dueños de las *yurtas* habían, indudablemente, huido, porque los soldados bolcheviques tenían ya reunido y guardado en sacos cuanto pertenecía a los mongoles. Se preparaban probablemente a partir, pues estaban equipados por completo. Recogimos dos caballos que hallamos en los matorrales, dos fusiles, dos revólveres y bastante cartuchería. En los matorrales había efectos muy útiles, y té, tabaco y fósforos.

Dos días más tarde, avistamos la orilla del Uri, cuando tropezamos con dos soldados rusos, cosacos de un cierto *attaman* Satunine que peleaba con los bolcheviques en el valle del Selenga. Llevaban un mensaje de Satunine a Kaigorodoff, jefe de los antibolchevistas de la región del Altai. Nos enteraron de que las tropas rojas estaban diseminadas a lo largo de la frontera rusomongola; que los agitadores comunistas habían penetrado hasta Kiajta, Ulanjim y Kobdo y persuadido a las autoridades chinas de que entregasen a las soviéticas a todos los emigrados de Rusia. Supimos que en las vecindades de Urga y Van Kure se había establecido un acuerdo entre las tropas chinas y los destacamentos del general ruso antibolchevique, barón Urgern Sternberg y del coronel Kazagrandi, que se batían por la independencia de la Mongolia exterior. El barón Urgern había sido derrotado dos veces, aunque los chinos tenían casi sitiada a Urga, sospechando que todos los extranjeros estaban en tratos con el general ruso.

Vimos que la situación había cambiado totalmente. La ruta del Pacífico nos estaba cerrada. Después de reflexionar atentamente, nos quedaba una única posibilidad de evasión. Debíamos evitar las ciudades mongolas administradas por los chinos, atravesar la Mongolia de Norte a Sur, cruzar el desierto al sur del principado de Jassaktu Jan, penetrar en el Gobi al oeste de la Mongolia interior, andar lo más rápidamente posible los noventa kilómetros de territorio chino de la provincia de Kansu y llegar al Tíbet. Allí esperaba entrevistarme con un cónsul inglés, y con su ayuda ganar algún puerto de la India. Me di clara cuenta de todas las dificultades inherentes a tal empresa, pero no podíamos elegir. El dilema era intentar la descabellada proeza o sucumbir a manos de los bolcheviques, de no languidecer en una mazmorra china. Cuando participé mi proyecto a los compañeros, sin ocultarles de ningún modo los peligros de la loca aventura, todos me respondieron sin vacilar:

— ¡Dirigidnos, os seguiremos!

Una circunstancia militaba en nuestro favor. No temíamos al hambre, porque teníamos té, tabaco, fósforos, caballos, monturas, fusiles, mantas y calzados, todo lo cual podía servir fácilmente de moneda de cambio. Comenzamos a plantear el itinerario de la nueva expedición. Partiríamos hacia el Sur, dejando a nuestra derecha la villa de Uliassutai, dirigiéndonos a Zaganluk; luego atravesaríamos las tierras áridas del distrito de Balir, en la región de Jassaktu Jan, el Narón Juhu

Gobi, e iríamos a las montañas de Boro. Allí podríamos hacer un prolongado alto para restablecernos de nuestros quebrantos y dar descanso a los caballos. La segunda parte del viaje sería a través de la zona occidental de la Mongolia interior, por el pequeño Gobi; los territorios de los Turguts, los montes Jara, Kansu, donde tendríamos que elegir una ruta al oeste de Sutcheu. Desde allí penetraríamos en el dominio de Kuku Nor, bajando al Sur hasta el nacimiento del Yangtsé. Más allá de este punto, mis nociones se volvían vagas, no obstante, pude comprobar, gracias a un mapa de Asia perteneciente a uno de los oficiales, que las cadenas de montañas al oeste de las fuentes del Yangtsé separaban la cuenca de este río de la del Brahmaputra, en el Tíbet propiamente dicho, donde yo esperaba encontrar la protección de los ingleses.

CAPITULO XV

LA MARCHA DE LOS FANTASMAS

Tal fue nuestro viaje del Ero a la frontera del Tíbet. Aproximadamente mil ochocientos kilómetros de estepas nevadas, de montañas y desiertos, que salvamos en cuarenta y ocho días. Nos ocultábamos de los habitantes, hicimos cortas paradas en los sitios más desolados y nuestro único alimento durante semanas enteras consistió en carne cruda congelada, a fin de evitar llamar la atención encendiendo hogueras. Todas las veces que necesitábamos comprar un carnero o un buey para nuestro servicio de avituallamiento, solo enviábamos dos hombres sin armas, que se hacían pasar entre los indígenas por obreros empleados en una factoría rusa. También renunciábamos a la caza, aunque encontramos un gran rebaño de antílopes de más de cinco mil cabeza. Allende Baler, en las tierras del lama Jassaktu Jan, que había heredado el trono después de haber envenenado a su hermano en Urga por orden del Buda vivo, hallamos a unos tártaros rusos, nómadas que conducían sus rebaños desde el Altac y el Abakan. Nos recibieron muy cordialmente y nos dieron varios bueyes y treinta y seis paquetes de té. Nos libraron además de una muerte cierta, advirtiéndonos de que en aquella época era absolutamente imposible que los caballos atravesasen el desierto del Gobi, privado de pastos. Tuvimos que adquirir camellos a cambio de nuestros caballos y una parte de nuestras provisiones. Uno de los tártaros trajo al día siguiente a nuestro campamento a un rico mongol, con el que realizamos el negocio. Nos facilitó diecinueve camellos y se llevó en cambio todos nuestros caballos, un fusil, un revolver y nuestra mejor silla cosaca. Nos aconsejó con insistencia que visitásemos el monasterio sagrado de Narabanchi, el último monasterio lamaísta en el camino de Mongolia al Tíbet. Nos dijo que ofenderíamos a San Hutuktu, el Buda Encarnado, si no visitábamos su famoso santuario de las Bendiciones, donde todos los viajeros que iban al Tíbet se detenían para rezar.

El calmuco lamaísta unió sus ruegos a los del mongol. Prometí ir al monasterio con el calmuco. Los tártaros me entregaron grandes *hатыks* de seda para ofrendarlos como regalo y nos prestaron cuatro magníficos caballos. Aunque el monasterio estaba a noventa kilómetros, a las nueve de la noche entraba yo en la *jurta* de San Hutuktu. Era un hombre de mediana edad, pequeño, delgado, de cara afeitada, y se llamaba Jelby Dimarap Hutuktu. Nos acogió benévolamente, se mostró satisfecho de recibir los *hатыks* que le ofrecí, así como de ver que yo no ignoraba nada de la etiqueta mongola. Mi tártaro, en efecto, había empleado mucho tiempo y paciencia para enseñármela. El Hutuktu me escuchó atentamente, me dio preciosos consejos para el viaje y me regaló un anillo que después me abrió las puertas de todos los monasterios lamaístas. El nombre de ese Hutuktu es sumamente estimado en toda Mongolia, en el Tíbet y en el mundo lamaísta de China. Pasamos la noche en la espléndida *jurta*, y a la mañana siguiente visitamos los santuarios, en los que se celebraban solemnes ceremonias, acompañadas de músicas, *gongs*, tamtams y pitos. Los lamas, con voces graves, entonaban las plegarias, mientras que los sacerdotes menores repetían las antífonas. La frase sagrada *Om! Mani padme Hung!*, aparecía sin cesar en los responsos. El Hutuktu nos deseó buen viaje, nos entregó un gran *hатыk* amarillo y nos acompañó hasta la verja del monasterio. Cuando estuvimos a caballo nos dijo:

- Acordaos de que aquí seréis siempre bien recibidos. La vida es complicada y todo puede suceder. Quizá os veáis obligados a volver más tarde a este rincón de Mongolia; si así es, no dejéis de pasar por Narabanchi Kure.

Aquella noche nos reunimos a los tártaros, y al día siguiente reanudamos nuestro viaje. Como yo estaba muy cansado, el movimiento lento y suave del camello me mecía y me permitió

reposar algo. Toda la jornada anduve soñoliento, y a ratos hasta quedé completamente dormido. Esto fue desastroso para mí, porque mi camello, al subir el borde escarpado de un río durante uno de mis sueños, tropezó, me hizo caer y darme de cabeza con una piedra. Perdí el conocimiento, y al recobrar el sentido me vi cubierto de sangre y rodeado de mis amigos, en cuyos rostros se leía la más viva ansiedad. Me vendaron la cabeza y continuamos la marcha. Sólo mucho tiempo después supe, por un médico que me examinó, que me había roto el cráneo a consecuencia de haber echado una siesta.

Transpusimos las cadenas orientales del Altac y del Karlig Tag, centinelas extremos que la cordillera de los Tian-Chan manda por el Este hacia el Gobi; luego atravesamos de Norte a Sur, en toda su anchura, el Juhu Gobi. Reinaba un frío intenso, pero afortunadamente las arenas heladas nos consentían avanzar con extraordinaria rapidez. Antes de salvar los montes Jara, trocamos nuestras cabalgaduras de adormecedor balanceo por caballos, y en aquella transacción los turguts nos robaron miserablemente, como buenos chamarileros del desierto.

Contorneando las montañas llegamos al Kansu. Era una maniobra arriesgada, porque los chinos detenían a todos los emigrados, y yo temía por mis compañeros rusos. Nos escondíamos durante el día en los barrancos, los boques y los matorrales, haciendo marchas forzadas por la noche. Necesitamos cuatro días para cruzar el Kansu. Los escasos campesinos chinos con quienes tropezamos se mostraron con nosotros pacíficos y hospitalarios y demostraron especial interés por el calmuco, que hablaba un poco el chino, y también por mi caja de medicinas. En aquel país abundaban las enfermedades de la piel.

Al aproximarnos al Nau Chau, montañas al nordeste de la cadena de los Altyn Tag (los montes Altyn Tag son a su vez una rama oriental del sistema montañoso del Pamir y del Karakorum), dimos alcance a una importante caravana de mercaderes chinos que se dirigían al Tíbet y nos reunimos a ellos. Durante tres días pisamos las sinuosidades sin fin de los barrancos de aquellos montes y recorrimos sus collados. Observamos que los chinos saben elegir las mejores pistas en los parajes difíciles.

Hice todo el trayecto en un estado semiinconsciente. Nos encaminábamos a un grupo de lagos pantanosos que alimentan al Kuku Nor y a toda una red de grandes ríos. La fatiga, la tensión nerviosa continua y el golpe que había recibido en la cabeza me produjeron escalofríos y accesos de fiebre; tan pronto ardía como me castañeteaban los dientes, hasta el punto de que mi caballo asustado me desazonó varias veces. Deliraba gritando o llorando. Llamaba a los míos y les explicaba lo que debían hacer para venir a buscarme. Recuerdo, como en sueños, que mis compañeros me sacaron de la silla, me echaron en el suelo, me dieron a beber aguardiente chino y me dijeron cuando recobré un poco la lucidez:

- Los comerciantes chinos van hacia el Oeste y nosotros debemos ir al Sur.
- No; al Norte – repliqué con tono seco.
- ¡Qué al Norte! ¡Al Sur! – respondieron mis compañeros.
- ¡Por Dios y el diablo! – grité furioso –. Acabamos de atravesar a nado el pequeño Yenisei, y el Algyak está al Norte.
- Estamos en el Tíbet – protestaron mis compañeros –. Es preciso que lleguemos al Brahmaputra.
- ¡Brahmaputra!... ¡Brahmaputra!

Aquella palabra daba vueltas y vueltas en mi agitado cerebro, confundiéndolo y trastornándolo de manera terrible.

Repentinamente me acordé de todo y abrí los ojos. Moví apenas los labios y no tardé en perder el conocimiento. Mis compañeros me transportaron al monasterio de Charje, donde el doctor lama me reanimó rápidamente con una solución de *fatil* o *ginseng* chino. Hablando con nosotros de nuestros proyectos, expuso sus dudas acerca de la posibilidad de cruzar el Tíbet, pero no quiso explicarnos el motivo de su opinión.

CAPITULO XVI

EN EL TIBET MISTERIOSO

Un camino bastante largo nos condujo de Charje a un Dédalo de montañas, y cinco días después de haber abandonado el monasterio desembocamos en el anfiteatro montañoso, en cuyo centro se extiende el gran lago de Kuku Nor. Si Finlandia merece su nombre de “país de los diez mil lagos”, el dominio del Kuku Nor puede llamarse sin exageración “la región del millón de lagos”. Bordeamos este lago al Oeste, entre el río y Dulan Kitt, siguiendo un camino zigzagueante trazado entre numerosos pantanos, lagunas y arroyos, profundos y limosos. El agua allí no estaba todavía cubierta de hielo, y únicamente en la cima de los montes sentimos la mordedura de los vientos. Muy raras veces nos encontramos con los indígenas del país, y solo con enormes dificultades pudo nuestro calmuco averiguar cuál era el camino, interrogando a los escasos pastores que encontrábamos. Desde la orilla oriental del lago Tasun dimos un rodeo hasta un monasterio situado a alguna distancia, donde nos detuvimos para descansar algo. Con nosotros llegó también al santo lugar un grupo de peregrinos. Eran tibetanos. Se mostraron muy impertinentes y se negaron a hablarnos. Iban todos armados de fusiles rusos, llevando en bandolera las cartucheras y en el cinturón dos o tres pistolas y abundantes cartuchos. Nos miraron atentamente, y desde luego comprendí que procuraban calcular nuestra fuerza militar. Después de su marcha, aquel mismo día, ordené a nuestro calmuco preguntase al gran sacerdote del templo quiénes eran aquellos hombres. Al principio, el monje contestó evasivamente; pero como le enseñé la sortija del Hutuktu de Narabanchi y le ofrecí un *hatyk* amarillo, se hizo más comunicativo.

– Son mala gente – exclamó –. Desconfiad de ellos.

Sin embargo, no quiso decirnos sus nombres, y justificó su negativa citando la ley de los países búdicos, que prohíbe pronunciar el nombre del padre, del profesor y del jefe. Averigüé más tarde que en el norte del Tíbet existe la misma costumbre que en China septentrional. Las cuadrillas de *hunghutzes* corretean por el país; se presentan en las oficinas principales de las grandes empresas comerciales y en los conventos, percibiendo un tributo y convirtiéndose a poco en protectores de la comarca. Es probable que aquella banda tuviese al monasterio tibetano bajo su amparo.

Cuando reanudamos nuestro viaje, divisamos frecuentemente a lo lejos unos jinetes solitarios, que en el horizonte parecían atisbar atentamente nuestros movimientos. Todas nuestras tentativas para acercarnos y entrar en conversación con ellos resultaron inútiles. Sobre sus veloces caballos desaparecían como sombras. Mientras nos instalábamos en el pasaje escarpado y difícil de los Ham Chan, y nos preparábamos para pasar allí la noche, de repente, en la lejanía, sobre una cresta, encima de nosotros, surgieron unos cuarenta jinetes montados en caballos blancos, y sin previo aviso hicieron caer sobre nuestro grupo una granizada de balas. Dos de los oficiales cayeron lanzando un grito. Uno de ellos murió en el acto y el otro sobrevivió algunos minutos. No les permití a mis hombres que respondiesen; en vez de eso agité una bandera blanca y me dirigí a los agresores como parlamentario, acompañado del calmuco. Primero nos hicieron dos disparos, pero dejaron de tirar y desde las rocas se adelantó a nosotros un pelotón de jinetes. Iniciamos las negociaciones. Los tibetanos explicaron que Ham Chan es una montaña santa que no se debe pasar de noche, y nos aconsejaron proseguir nuestro viaje hasta un punto en que podríamos considerarnos en seguridad. Nos preguntaron de donde veníamos y adónde íbamos y respondiendo a lo que les indicamos acerca del objeto de nuestro viaje nos dijeron que conocían a los bolcheviques y los respetaban como a libertadores de los pueblos de Asia sujetos al yugo de la raza blanca. No fue mi intención entablar con ellos una discusión política, y volví al lado de mis compañeros. Al bajar la

cuesta hasta nuestro campamento temí un momento recibir un balazo en la espalda, pero los *hunghutzes* tibetanos no dispararon. Avanzamos, dejando entre las piedras los cuerpos de los dos oficiales como triste prueba de las dificultades y peligros de nuestra expedición. Caminamos toda la noche; nuestros caballos, extenuados, se detenían constantemente, y algunos se tiraban al suelo, pero les obligábamos a andar. En fin, cuando el sol se hallaba en el cenit hicimos alto. Sin desensillar los caballos, los dejamos acostarse un poco para descansar. Frente a nosotros se dilataba una ancha planicie pantanosa donde evidentemente debían de hallarse las fuentes del río Ma-Chu. No lejos de allí, al otro lado, se extiende el lago Arugn Nor. Encendimos fuego con boñigas de vaca y empezamos a calentar agua para hacer té. De nuevo, y sin avisarnos, llovieron las balas en torno nuestro. En seguida nos escondimos detrás de unos peñascos y esperamos. El fuego del enemigo se intensificó, acercándose, y los asaltantes formaron un círculo alrededor nuestro, sin economizar las municiones. Habíamos caído en una emboscada, y nuestra salvación era muy problemática. Claramente comprendimos que nos esperaba la muerte. Intenté parlamentar de nuevo, pero cuando me incorporé con la bandera blanca no recibí otra respuesta que una lluvia de balas, y, desgraciadamente, una de ellas, rebotando en una piedra, me dio en la pierna izquierda, alojándose en ella. En aquel momento uno de los nuestros cayó muerto. No pudiendo hacer otra cosa, repelimos la agresión. La lucha duró unas dos horas. Tres de los nuestros sufrieron heridas leves. Resistíamos cuanto podíamos; pero los *hunghutzes* no cejaban y la situación empeoraba por minutos.

- No hay más remedio – dijo un veterano coronel – que montar a caballo y huir a donde y como se pueda.

¿Adónde? ¡Terrible problema! Celebramos una breve consulta. Era indudable que con aquella banda de forajidos a nuestros alcances, cuanto más nos internásemos en el corazón del Tibet, menos esperanzas tendríamos de escapar vivos.

Decidimos volver a Mongolia. ¿Pero cómo? Eso no lo sabíamos. Así empezó nuestra retirada. Sin interrumpir el fuego partimos hacia el Norte. Uno tras otro mordieron el polvo tres de los nuestros. Mi amigo el tártaro agonizaba con un balazo en el cuello. Junto a él cayeron de las sillas mortalmente heridos dos jóvenes y vigorosos oficiales, mientras que sus caballos, aterrorizados, huían a campo traviesa enloquecidos por el espanto, símbolos vivientes de nuestro estado de alma. Aquello enardeció a los tibetanos, quienes aumentaron su osadía. Una bala chocó en la hebilla de la correa de una polaina y me la metió en el tobillo con un trozo de cuero y tela. Mi antiguo amigo, el agrónomo, profirió un ¡ay!, palpándose un hombro, y le vi secarse y vendarse como pudo su frente ensangrentada. Un segundo después nuestro calmuco recibió seguidos dos balazos en la palma de la mano, de modo que se la mutilaron lastimosamente. En aquel instante quince *hunghutzes* cargaron contra nosotros.

Seis bandidos rodaron por tierra, mientras que dos de ellos, habiendo sido desmontados, corrieron velozmente para reunirse a sus camaradas puestos en fuga. Pocos momentos después cesó el fuego del enemigo y agitaron un lienzo blanco. Dos jinetes se adelantaron hacia nosotros. Durante las negociaciones supimos que su jefe había sido herido en el pecho y venían a pedirnos que le proporcionásemos los primeros auxilios. Súbitamente entreví un rayo de esperanza. Cogí mi botiquín y llevé conmigo al calmuco como interprete. Su mano herida le hacía sufrir enormemente, y prorrumpió gimiendo en feroces maldiciones:

- Dad a ese bribón cianuro de potasio – dijeron mis compañeros.

No era ese mi plan.

Nos condujeron junto al jefe herido. Estaba echado en un montón de mantas de monturas, entre las breñas. Nos dijo que era tibetano; pero conocí enseguida, por su fisonomía, que era turcomano, oriundo, probablemente, de la parte meridional del Turquestán. Me miró con aire asustado y suplicante. Examinándole vi que la bala le había atravesado el pecho de izquierda a derecha, que había perdido mucha sangre y que estaba muy débil. Primero probé con mi propia lengua todas las medicinas que iba a aplicarle, incluso el yodoformo, para convencerle de que no era veneno. Cautericé la herida con yodo, la rocié con yodoformo e hice la cura. Di orden de que no tocasen al herido y le dejaran quieto en el mismo sitio donde estaba acostado. Luego enseñé al

tibetano cómo había de cambiar la cura y le entregué gasa, vendas y un poco de yodoformo. Administré al enfermo, a quien la fiebre ya devoraba, una fuerte dosis de aspirina y le facilité algunos comprimidos de quinina. Inmediatamente, dirigiéndome a los asistentes por mediación de mi calmuco, les dije con tono solemne:

- La herida es muy peligros; pero he dado a vuestro jefe un remedio muy eficaz, y espero que escapará de esta. Sin embargo, es necesaria una condición: los malos espíritus que vinieron a su lado para aconsejarle que nos atacase sin razón, a nosotros, unos viajeros inofensivos, le matarán irremisiblemente si somos víctimas de la menor agresión. No debéis conservar ni un solo cartucho en vuestras armas.
- Diciendo esto, ordené al calmuco que descargase su fusil y yo también saqué todos los cartuchos de mi pistola. Los tibetanos, sin dilación, imitaron mi ejemplo, obedientemente.
- Acordaos de lo que os he dicho: durante once días y once noches no debéis moveros de aquí, ni cargar vuestros fusiles. De otro modo, el demonio de la muerte se apoderará de vuestro jefe y os perseguirá.

Y para reforzar mi declaración saqué majestuosamente y pasé sobre sus cabezas el anillo del Hutuktu de Narabanchi.

Volví con los míos y los tranquilicé. Les aseguré que estábamos libres de nuevos ataques por parte de los bandidos y que solo nos era preciso procurar encontrar el camino de Mongolia. Nuestros caballos se habían quedado tan flacos, que hubiéramos podido colgar nuestros capotes en sus huesos descarnados. Pasamos allí dos días, durante los cuales visité varias veces al enfermo. Esto nos permitió también curarnos las heridas, por fortuna leves, y dar descanso a nuestros cuerpos. Desgraciadamente solo tenía una navaja para extraer la bala de mi pantorrilla izquierda y sacar del tobillo derecho los accesorios de guarnicionero guardados en él. Interrogando a los bandidos respecto del camino de las caravanas, no tardamos en lograr ponernos en una de las rutas principales, y tuvimos la buena suerte de tropezar con la caravana del joven príncipe mongol Punzing, que iba en misión sagrada, portador de un mensaje del Buda vivo de Urga al Dalai Lama de Lhasa. Nos ayudó a comprar caballos, camellos y provisiones de boca.

Como habíamos utilizado todas nuestras mercancías para procurarnos medios de transporte y víveres durante el viaje, regresamos maltrechos y arruinados al monasterio de Narabanchi, donde el Hutuktu nos recibió con los brazos abiertos.

- Sabía que volveríais – dijo –. Los oráculos me lo revelaron.

Seis de los nuestros quedaron en el Tíbet pagando tributo con sus vidas a nuestra temeraria expedición hacia el Sur. Tornamos doce al monasterio, donde permanecimos quince días restableciéndonos e indagando la manera de sortear los acontecimientos para flotar en el mar borrascoso de la vida actual y poder arribar al puerto que nos deparase el Destino. Los oficiales se alistaron en los destacamentos que a la sazón se formaban en Mongolia para combatir a los bolcheviques, destructores de su patria. El ingeniero y yo nos preparamos a continuar nuestro éxodo por las llanuras de Mongolia, dispuestos a todas las nuevas aventuras que pudieran sobrevenirnos en nuestros esfuerzos para ganar un seguro refugio.

Ahora que los episodios de aquella azarosa correría acuden a mi memoria, quiero dedicar estos capítulos a mi entrañable y antiguo compañero de fatigas, el agrónomo, a mis camaradas rusos y especialmente a la fama póstuma y sagrada de los que duermen su último sueño en las montañas del Tíbet: el coronel Ostrovsky, los capitanes Zuboff y Turoff, el teniente Pissarjevsky, el cosaco Vernigora y el tártaro Mahomed Spirid. También expreso mi profundo agradecimiento por la asistencia y amistad con que me honraron, al príncipe de Soldjak, Noyón hereditario y Ta Lama, así como al Kampo Gelong del Monasterio de Narabanchi, el honorable Jelby Damsap Hutuktu.

PARTE SEGUNDA

LA TIERRA DE LOS DEMONIOS

CAPITULO PRIMERO

LA MONGOLIA RECONDITA

Hay en el corazón de Asia, en esa parte del mundo enorme y misteriosa, una comarca riquísima. Desde las laderas nevadas de los Tian Chan y los arenales abrasados de la Dzungaria occidental, hasta las crestas selváticas de los Sayans y la gran muralla de la China, ocupa una vasta extensión del Asia Central.

Cuna de los pueblos, de la historia y de la leyenda; patria de los conquistadores sanguinarios que dejaron sus anillos cabalísticos, sus antiguas leyes nómadas y sus capitales sepultadas bajo las arenas del Gobi; país de monjes, de demonios perversos y de tribus errantes regidas por Janos y príncipes segundones, descendientes de Kublai Kan y de Gengis Kan.

Comarca enigmática en la que se celebran los cultos de Rama, Sakia-Muni, Djoncapa y Paspas, bajo la suprema protección del Buda vivo, el Buda encarnado en la persona divina del tercer dignatario de la religión lamaísta, Bogdo Jejen, en Ta Kure o Urga; tierra de doctores, de profetas, de brujos y adivinos; morada del misterioso sevastika, que conserva inolvidables los pensamientos de los grandes potentados que antaño reinaron en Asia y en la mitad de Europa.

Regiones de montañas peladas, de llanuras abrasadas por el sol o heridas de muerte por el frío, donde se desatan las plagas del ganado y las enfermedades de los hombres; nido de la peste, el ántrax y la viruela; tierra de las fuentes de agua hirviendo, de los pasajes monstruosos frecuentados por los demonios, de los lagos sagrados abundantísimos en pesca; país de lobos, antílopes, cabras montesas, y de las más raras especies, donde se encuentran marmotas a millones y no faltan los asnos y los caballos salvajes que nunca han conocido la brida; de perros feroces y de aves rapaces que devoran los cadáveres abandonados en las llanuras.

¡Patria del pueblo primitivo que en otro tiempo conquistó a China, Siam, el norte de la India y Rusia; que en un pasado remoto fue a quebrar su ímpetu contra el Asia nómada y salvaje; del pueblo que ahora sucumbe y ve blanquear en la arena y el polvo las osamentas de sus antepasados!

¡Tierra pletórica de riquezas naturales que no produce nada y necesita de todo, acabada de arruinar por el cataclismo mundial que ha multiplicado sus sufrimientos; desgraciada y fascinadora Mongolia!

A esta tierra me condujo el Destino para pasar en ella seis meses de lucha por la vida y la libertad, después de mi infructuosa tentativa para llegar al Océano Indico atravesando el Tíbet. Mi fiel amigo y yo nos vimos obligados, de buena o mala gana, a tomar parte en los graves acontecimientos que se produjeron en Mongolia en el año de gracia de 1921. En el curso de este periodo agitado he podido apreciar la calma, la bondad y la honradez del pueblo mongol; he podido leer en el alma mongola, ser testigo de los tormentos y de las esperanzas de esta nación y conocer todo el horror al miedo que les anonada frente al misterio, allá, donde el misterio impera en toda la vida.

He visto los ríos, durante el riguroso invierno, romper con fragor de trueno sus cadenas de hielo, y los lagos arrojar a sus orillas los despojos humanos; he oído voces desconocidas y extrañas en los barrancos montañosos; he divisado los fuegos fatuos revolotear sobre los cenagosos pantanos; he visto arder los lagos; he levantado los ojos a picos inaccesibles; he encontrado en invierno enormes hacinamientos de serpientes en lo hondo de las zanjas; he cruzado ríos eternamente helados; he admirado rocas de formas fantásticas semejantes a caravanas petrificadas con sus camellos, jinetes y carretas, y más que todo esto me ha sobrecogido el espectáculo de las montañas peladas, cuyos pliegues parecen del manto de Satán cuando la púrpura del sol poniente las

inunda de sangre.

- ¡Mirad allá arriba! – me gritó un viejo pastor, señalando las pendientes del Zagastai maldito –. No es una montaña; es *él* acostado en su manto rojo y esperando el día de levantarse de nuevo para reanudar la lucha contra los buenos espíritus.

Oyéndole hablar me acordé del cuadro místico de Vrubel. Eran las mismas montañas desnudas, revestidas del traje púrpura y violeta de Satán, cuyo rostro está medio oculto por una nube gris que se acerca. Mongolia es el país terrible del misterio y de los demonios; así que no es sorprendente que cada violación del antiguo orden de cosas que rige la vida de las tribus nómadas haga correr la sangre por el demoníaco placer de Satán, tumbado sobre las montañas mondas, envuelto en un velo gris de desesperación y tristeza o en el manto púrpura de la guerra y la venganza.

A nuestra vuelta de la región de Kuku Nor, y después de algunos días de descanso en el monasterio de Narabanchi, fuimos a Uliassutai, capital de la Mongolia exterior occidental. Es la última población verdaderamente mongola del Oeste. En Mongolia no hay más que tres ciudades enteramente mongolas; Urga, Uliassutai y Ulankon. La cuarta ciudad, Kobdo, tiene un carácter esencialmente chino; es el centro de la administración china de aquella comarca, habitada por tribus nómadas, que solo conocen nominalmente la influencia de Pekín o de Urga. En Uliassutai y Ulankon, además de los comisarios y destacamentos irregulares chinos, hay gobernadores o saits mongoles nombrados por decreto del Buda vivo.

En cuanto llegamos a esta ciudad nos vimos sumergidos en la efervescencia de las pasiones políticas. Los mongoles, en plena agitación, protestaban de la política china aplicada a su país; los chinos, llenos de rabia, exigían a los mongoles el pago de los impuestos de todo el periodo comprendido desde el día en que la autonomía de Mongolia fue arrancada por la fuerza al Gobierno de Pekín; los colonos rusos que años atrás se habían establecido junto a la ciudad y en las cercanías de los grandes monasterios estaban divididos en bandos que se combatían unos a otros; de Urga vino la noticia de la lucha entablada para el mantenimiento de la independencia de la Mongolia exterior bajo la dirección del general ruso barón Ungern von Sternberg. Los oficiales y refugiados rusos se agrupaban en destacamentos, sobre la existencia de los cuales reclamaban las autoridades chinas; pero que los mongoles acogían con agrado; los bolcheviques, hartos de ver formarse partidas blancas en Mongolia, enviaron sus tropas de las fronteras de Irkustsk y Chita a Uliassutai y Urga, y numerosos emisarios de los soviets transmitían a los comisarios chinos toda clase de proposiciones; las autoridades chinas de Mongolia entraban poco a poco en relaciones secretas con los bolcheviques, y en Kaitka y en Ulankon les entregaron algunos refugiados rusos, contraviniendo así el derecho de gentes; en Urga, los bolcheviques instalaron una municipalidad rusa comunista; los cónsules rusos permanecían inactivos; las tropas rojas en la región del Kogosol y en el valle del Selenga tuvieron varios porfiados encuentros con los oficiales blancos; las autoridades chinas establecían guarniciones en las poblaciones mongolas, y para coronar esta confusión, la soldadesca china hacía registros en todas las casas, aprovechándolos para saquear y robar.

En este avispero habíamos caído después de nuestro arriesgado y azaroso viaje a lo largo del Yenisei, a través del Urianhai y por la Mongolia, el país de los Turguts y Kansú hasta el Kuku Nor.

- Creed – me dijo mi buen amigo – que prefiero ahogar bolcheviques y pelear con los *hunghutzes*, a estar aquí esperando pasivamente noticias cada vez peores.

Tenia razón: lo más terrible de todo aquello, lo que principalmente nos preocupaba en aquel torbellino, y desorden, en el que los hechos reales nos llegaban mezclados con los rumores y las patrañas, era que los rojos pudieran acercarse a Uliassutai a favor del desconcierto general y apoderarse de todos nosotros sin disparar un tiro. Gustosamente hubiéramos abandonado aquel refugio tan poco seguro, pero no sabíamos adónde ir. Por el Norte estaban las partidas de tropas rojas; en el Sur habíamos perdido queridos compañeros y derramado la propia sangre; en el Oeste operaban los funcionarios y destacamentos chinos, y en el Este había estallado la guerra, y las noticias de ella, a pesar de la censura de las autoridades chinas, demostraban la gravedad de la situación en aquella parte de la Mongolia exterior. Por tanto, no podíamos elegir; era preciso quedarnos en Uliassutai. Allí residían también bastantes soldados polacos y dos casas de comercio

americanas, gente toda en el mismo caso que nosotros. Nos agrupamos y organizamos un servicio propio de informes, siguiendo con atención la marcha de los acontecimientos. Además, logramos captarnos la amistad del comisario chino y la confianza del saít mongol, y ambos nos sirvieron de mucho para orientarnos.

¿Qué había exactamente en el fondo de la intensa perturbación de Mongolia? El muy discreto saít mongol de Uliassutai me dio la explicación siguiente:

- Según los acuerdos pactados entre Mongolia, China y Rusia el 21 de octubre de 1912, 23 de octubre de 1913 y 7 de junio de 1915, la Mongolia exterior recibió la independencia. El Soberano Pontífice de nuestra religión amarilla, Su Santidad el Buda vivo, pasó a ser el soberano del pueblo mongol de Jalja y de la Mongolia exterior con el título de “Bogdo Yebsung Damba Hutuktu Kan”. Mientras Rusia fue poderosa y vigiló atentamente la política de Asia, el Gobierno de Pekín cumplió el Tratado; pero cuando al principio de la guerra con Alemania tuvo que retirar sus tropas de la Siberia, China empezó a reivindicar de nuevo sus perdidos derechos sobre Mongolia. Por esto los dos primeros Tratados de 1912 y 1913 se complementaron con el Convenio de 1915. Sin embargo, en 1916, cuando todas las fuerzas de Rusia estaban concentradas en una guerra desdichada, y más tarde, al estallar en febrero de 1917 la primera revolución rusa, que derribó la dinastía de los Romanoff, el Gobierno chino, abiertamente, recuperó la Mongolia; revocó a los ministros y saits mongoles, reemplazándolos con individuos afectos a China; prendió a numerosos mongoles partidarios de la autonomía y les encarceló en Pekín; implantó su propia administración en Urga y las demás ciudades mongolas; retiró a Su Santidad Bogdo Kan de los asuntos administrativos; hizo de él una maquina de firmar decretos chinos, y por último, llenó la Mongolia de tropas. Desde aquel momento una ola de comerciantes y *coolies* chinos reventó en Mongolia. Los chinos comenzaron a exigir el pago de los impuestos y derechos, retro trayéndose a 1912. la población mongola viose rápidamente despojada de sus bienes; de suerte que ahora puede verse en las proximidades de las ciudades y monasterios colonias enteras de mongoles arruinados que habitan en albergues subterráneos. Fueron requisados todos nuestros arsenales y tesoros. No quedó un monasterio sin satisfacer una abusiva contribución. Cuantos mongoles trabajaban por la independencia de su país sufrieron terribles persecuciones. Solo algunos príncipes mongoles sin fortuna se vendieron a los chinos por dinero, condecoraciones o títulos. Fácil es comprender por qué la clase directora, Su Santidad, los Kanes, los príncipes y los altos lamas, igual que el pueblo vejado y oprimido, acordándose de que los soberanos mongoles habían en tiempos felices tenido a Pekín y China en sus manos, dándola bajo su dominio el primer puesto en Asia, se mostraban resueltamente hostiles a los funcionarios chinos que tan desalentadamente procedían. La rebelión era, sin embargo, imposible. Carecíamos de armas. Todos nuestros jefes estaban vigilados, y al primer movimiento que hubieran hecho para levantarse en son de guerra hubiesen acabado en la misma prisión de Pekín, donde ochenta de nuestros nobles, príncipes, lamas, perecieron de hambre o torturados por haber defendido la libertad de Mongolia. Era preciso algo realmente extraordinario para sublevar al pueblo. Fueron los administradores chinos, el general Chang Yi y el general Chu Chihsiang, quienes provocaron el movimiento. Anunciaron que Su Santidad Bogdo Kan se hallaba detenido en su mismo palacio y que recordaban a su atención el antiguo decreto del Gobierno de Pekín, considerado por los mongoles como ilegal y arbitrario, según el cual Su Santidad era el último Buda vivo. Aquello fue demasiado. Inmediatamente se establecieron relaciones secretas entre el pueblo y su dios vivo y se prepararon en seguida planes eficaces para la liberación de Su Santidad y para la lucha que había de devolver a nuestra patria la libertad y la independencia. Vino en nuestra ayuda el gran príncipe de los Buriatos, Djam Bolon, quien empezó a negociar con el general Ungern, a la sazón ocupado en combatir a los bolcheviques en Transbaikalia, invitándole a venir a Mongolia para auxiliarnos en la guerra contra los chinos. Entonces emprendimos la lucha por la libertad.

De esta manera me explicó la situación el saít de Uliassutai. En seguida supe que el barón

Ungern, al poner su espada al servicio de la causa de Mongolia, había exigido que inmediatamente se ordenase la movilización de los mongoles del distrito Norte y prometido entrar en Mongolia al frente de los suyos, que maniobraban a lo largo del Kerulen. Algún tiempo después se reunió con el otro destacamento ruso del coronel Kazagrandi y, con la cooperación de los jinetes mongoles, movilizados, principió el ataque a Urga. Rechazados dos veces, por fin el 3 de febrero de 1921 logró apoderarse de la ciudad y restableció al Buda vivo en el trono de los Kanes.

Sin embargo, al terminar el mes de marzo se ignoraban todavía estos acontecimientos en Uliassutai. Desconocíamos la toma de Urga y la destrucción del ejército chino, fuerte de unos 15.000 hombres, en las batallas que tuvieron lugar en la orilla del Toja y en los caminos entre Urga y Uda. Los chinos ocultaron cuidadosamente la verdad, no dejando pasar a nadie al oeste de Urga. No obstante, circulaban rumores que sembraban el desconcierto. La situación se agravaba; las relaciones entre los chinos, por un lado, y los mongoles y los rusos, por otro, eran cada vez más tirantes. En aquella época ejercía el cargo de comisario chino en Uliassutai Wang Tsao-Tsung, aconsejado por Fu-Hsiang, ambos jóvenes e inexpertos. Las autoridades chinas destituyeron al saít mongol, el príncipe Chultun-Beyli, nombrando en su lugar a un príncipe lama, amigo de China, antiguo subministro de Guerra en Urga. Aumentaron las medidas de rigor, se hicieron registros en casas de los oficiales y colonos rusos, se entró en francas componendas con los bolcheviques, se practicaron detenciones y se impusieron algunos castigos corporales. Los oficiales rusos formaron reservadamente una organización de sesenta hombres a fin de poderse defender. Sin embargo, en esta agrupación no tardaron en surgir discusiones entre el teniente coronel Michailoff y algunos de sus subordinados. No cabía duda de que en el momento decisivo el destacamento se dividiría en facciones rivales.

Nosotros, a fuer de extranjeros, decidimos hacer un reconocimiento a fin de saber si estábamos amenazados de la llegada de tropas rojas. Mi compañero y yo nos pusimos de acuerdo para emprenderlo nosotros mismos. El príncipe Chultun-Beyli nos facilitó un guía excelente, un viejo mongol llamado Zerén, que sabía leer y escribir el ruso a la perfección. Era un individuo muy interesante que desempeñaba las funciones de intérprete junto a las autoridades mongolas, y a veces a la disposición del comisario chino. Poco tiempo antes había sido enviado a Pekín con una misión especial, portador de importantísimos despachos, y aquel incomparable jinete recorría la distancia entre Uliassutai y Pekín, o sea unos 3.000 kilómetros, en nueve días, por increíble que ello parezca. Se preparó para esta larga correría ciñéndose el vientre, el pecho, las piernas, los brazos y el cuello con apretadas vendas de algodón, para protegerse de los esfuerzos musculares que habían de ocasionarle tantas horas a caballo. Se puso en el gorro tres plumas de águila para indicar que había recibido la orden de volar tanto como esa ave. Provisto de un documento especial llamado *tzara*, que le daba derecho a servirse en cada parada de postas de los mejores caballos, uno para montar y otro ensillado para llevarlo de la brida como de repuesto, y de dos *ulatchens* o guardias para acompañarle y traer consigo los caballos de la parada siguiente o *urtón*, recorrió a galope cada trayecto de 25 a 40 kilómetros entre cada parada de postas, deteniéndose solo lo preciso para cambiar de caballos y de escolta antes de reanudar la carrera. Delante de él galopaba un *ulatchen*, montado en un buen caballo, para anunciar su llegada y prepararle nuevas cabalgaduras en la próxima parada. Cada *ulatchen* llevaba tres caballos; de suerte que podía desprenderse del que se cansaba y dejarle pastando hasta su vuelta, donde le recogía para volverlo a su caballeriza. De tres en tres paradas tomaba, sin desmontar, una taza de té verde caliente y salado, y continuaba su cabalgadura hacia el Sur. Después de diecisiete o dieciocho horas de galope desenfrenado se detenía en el *urtón* para pasar la noche o lo que quedaba de ella, devoraba una pierna de carnero guisado y dormía. ¡De este modo, comiendo una vez al día y bebiendo cinco tazas de té cada veinticuatro horas, recorrió los 3.000 kilómetros en nueve días!

Con un hombre de esta clase nos pusimos en camino una fría mañana de invierno, dirigiéndonos hacia Kobdo, distante unos 500 kilómetros, porque de allí procedían los rumores alarmantes de que las tropas rojas habían entrado en Ulankon y de que las autoridades chinas les habían entregado a todos los europeos residentes en la ciudad. Atravesamos el helado Dzafín, que es un río terrible. Su cauce está lleno de arenas movedizas donde se atascan en verano los camellos,

los caballos y hasta los hombres. Entramos en un largo y sinuoso valle; las montañas que lo cerraban se hallaban cubiertas de espesa nieve y a trechos se divisaban algunos negros bosquecillos de pobos. A medio camino de Kobdo encontramos una *yurta* de pastor a orillas del pequeño lago de Gaga Nor, donde la caída de la tarde y una tempestad de nieve nos aconsejaron fácilmente pernoctar. Cerca de la *yurta* vimos un magnífico potro bayo cuya montura nos llamó la atención por lo lujoso de sus adornos en incrustaciones de plata y coral. Cuando nos separamos del camino, dos mongoles salieron de la *yurta*, apresuradamente.

Uno de ellos montó en el caballo y desapareció velozmente en la llanura, tras las blanquecinas colinas. Pudimos distinguir los brillantes pliegues de su túnica amarilla debajo de su capa forrada y vimos la vaina de cuero verde y el mango de cuerno y marfil de su cuchillo de caza. El otro hombre era el habitante de la *yurta*, pastor del príncipe local Novontzirán. Manifestó gran alegría al vernos y nos hizo entrar en su tienda.

- ¿Quién es ese jinete del potro bayo? – le pregunté.
Bajó los ojos y guardó silencio.
- Decídnoslo – le pedí, insistiendo –. Si no queréis decir su nombre, eso significa que estáis en tratos con personas peligrosas.
- No, no – exclamó el mongol, protestando y levantando los brazos –. Es un buen hombre, una excelente persona; pero la ley no permite pronunciar su nombre.

Comprendimos que el desconocido era el amo del pastor o algún alto lama, y por consecuencia, no insistimos más y empezamos nuestros preparativos para pasar la noche. Nuestro aposentador puso a cocer tres piernas de carnero, deshuesándolas hábilmente con un afilado cuchillo. Hablamos y supimos que hasta entonces nadie había visto a los rojos en la región, pero que en Ulankon y Kobdo los soldados chinos oprimían a la población, matando a golpes de bambú a los mongoles que defendían sus mujeres de los desmanes de la desaforada soldadesca. Algunos de los mongoles se habían retirado a las montañas, ingresando en los destacamentos mandados por Kaigordoff, oficial tártaro del Altai, quien les proporcionó armas.

CAPITULO II

EL MISTERIOSO LAMA VENGADOR

Tomamos en aquella yurta un descanso bien ganado después de nuestros dos días de viaje, durante los cuales recorrimos doscientos sesenta kilómetros sobre la nieve, soportando un frío glacial. Hablábamos franca y confiadamente, saboreando la carne jugosa del carnero que teníamos para cenar, cuando de improviso oímos una voz sorda y ronca:

– ¡*Sayn*, buenas noches!

Volvímos la cabeza a la entrada de la tienda y vimos un mongol de mediana estatura, rechoncho, abrigado con una capa de piel de gamo con capucha. Al cinto llevaba el mismo gran cuchillo con vaina de cuero verde que nos había llamado la atención en el jinete que con tanta prisa había abandonado la *yurta*.

– *Amursayn* – respondimos.

Se quitó rápidamente el cinturón y se despojó de su capa, adelantándose a nosotros vestido con una maravillosa túnica de seda, amarilla como el oro batido, sujeta por una faja de color azul resplandeciente. Su rostro perfectamente afeitado, sus cabellos cortados al rape, su rosario de coral rojo y su vestidura amarilla, todo nos indicaba que estábamos en presencia de algún sacerdote lama, armado, por cierto, con un magnífico revólver Colt puesto debajo del cinturón azul.

Fijé la mirada en nuestro huésped y luego en Zerén, y en las fisonomías de los dos leí el temor y la veneración. El desconocido se aproximó al fuego y se sentó.

– Hablemos en ruso – dijo, cogiendo un trozo de carne.

Empezó la conversación. El extranjero la inició criticando al Gobierno del Buda vivo de Uрга.

– Allí redimen a Mongolia, se apoderan de Uрга, ponen en fuga al ejército chino, y aquí en el Oeste nada nos dice. Permanecemos inactivos mientras que los chinos asesinan y saquean a nuestros compatriotas. Estoy seguro de que Bogdo Kan pudo enviarnos algún emisario. ¿Cómo explicar que los chinos hayan podido mandar los suyos de Uрга y de Kiajta a Kobdo para pedir ayuda, y que el Gobierno mongol no haya hecho lo mismo? ¿Por qué?

– ¿Van los chinos a enviar refuerzos a Uрга? – pregunté.

Nuestro visitante se echó a reír estrepitosamente y añadió:

– Yo me he apoderado de todos los emisarios, les he quitado los despacho y les he mandado... bajo tierra.

Rió de nuevo y miró en torno suyo con ojos resplandecientes. Solo entonces observé que sus pómulos y sus ojos se diferenciaban de los de los mongoles de Asia Central: parecía más bien un tártaro o un kirghiz. Guardamos silencio y fumamos un rato.

– ¿Cuando va a salir de Uliassutai el destacamento de chahars? – preguntó.

Respondí que no sabíamos nada de eso. Nos explicó que las autoridades chinas de la Mongolia interior habían enviado un fuerte destacamento, reclutado entre las tribus guerreras de los chahars que merodean por la región limítrofe exteriormente a la Gran Muralla. El jefe era un conocido cabecilla de *hunghutzes*, promovido por el Gobierno chino al grado de capitán, porque había prometido someter a las autoridades chinas todas las tribus de los distritos de Kobdo y del

Urianhai.

Cuando el desconocido se enteró de adónde íbamos y del propósito que nos llevaba, nos aseguró que podía proporcionarnos informes precisos, evitándonos ir más lejos.

- Además, resultaría peligroso – dijo –, porque Kobdo será incendiado y habrá matanzas. Me consta.

Sabedor de nuestra malograda tentativa para atravesar el Tíbet, nos demostró un simpático interés y nos dijo con sincera expresión de pena:

- Yo sólo podía haberos ayudado en la empresa; el Hutuktu de Narabanchi carecía de medios para ello. Con mi salvoconducto hubieseis podido llegar a donde hubieseis querido del Tíbet. Soy Tuchegun Lama.

¡Tuchegun Lama! ¡Cuántas historias extraordinarias había oído contar de este personaje! Es un calmuco ruso que, a causa de su campaña de propaganda por la independencia del pueblo calmuco, hizo conocimiento con numerosas prisiones rusas en tiempo del zar, en las que continuó bajo el Gobierno de los soviets. Se escapó, huyó a Mongolia y en seguida adquirió enorme influencia entre los mongoles. En efecto, era un íntimo amigo y discípulo del Dalai Lama de Lhasa, el más sabio de los lamaístas, célebre como taumaturgo y como doctor. Disfrutaba de una posición casi independiente en sus relaciones con el Buda vivo y obtuvo el mandato de todas las tribus nómadas de la Mongolia occidental y de la Dzungaria, extendiendo su dominio incluso a las tribus mongolas del Turquestán. Su influencia era irresistible, pues se fundaba en el conocimiento de la ciencia misteriosa, como él la llamaba. Me dijeron también que se basaba en gran parte en el terror que inspiraba a los mongoles. Quien desobedeciese sus órdenes, perecía. Nadie sabía cuándo ni cómo, porque lo mismo en la *yurta* que junto al caballo galopando por la llanura el amigo poderoso y extraño del Dalai Lama aparecía y desaparecía como por ensalmo. Una cuchillada, un balazo o unos dedos vigorosos apretando el cuello como tenazas eran los procedimientos de justicia que secundaban los planes de ese artífice de milagros.

Fuera de la *yurta* el viento silbaba y mugía, haciendo chascar la nieve contra el fieltro tirante. Entre los retumbos del huracán llegaba el ruido de numerosas voces a las que se mezclaban gritos, gemidos y carcajadas. Pensaba que en semejante país no debía de ser difícil producir el estupor de las tribus nómadas por medio de milagros, puesto que la misma Naturaleza ofrecía el marco para ellos. Apenas había tenido tiempo para reflexionar sobre esto, cuando Tuchegun Lama, levantando la cabeza, clavó bruscamente sus ojos en los míos y dijo:

- Hay en la Naturaleza muchas fuerzas desconocidas. El arte de servirse de ellas es lo que produce el milagro; pero este poder solo lo poseen algunos privilegiados. Voy a demostrároslo y luego me diereis si habíais visto ya alguna cosa análoga.

Se puso en pie, arremangándose los brazos, cogió su cuchillo y se dirigió al pastor:

- ¡Michik! ¡Arriba! – le ordenó.

Cuando el pastor le obedeció, el lama le desabotonó la blusa, dejándole el pecho desnudo. Yo no podía comprender aún cuál era su intención, y de repente el Tuchegun hundió con todo su brío el cuchillo en el pecho del pastor. El mongol cayó cubierto de sangre, y observé que esta había salpicado la seda amarilla de la túnica del lama.

- ¿Qué habéis hecho? – exclamé.
- ¡Chis! ¡Callad! – murmuró este, volviendo hacia mí su lívido rostro.

Con nuevas cuchilladas abrió el pecho del mongol, vi los pulmones de aquel hombre respirar suavemente, y conté los latidos de su corazón. El lama tocó con los dedos esos órganos, pero la sangre ya no corría y el semblante del pastor denotaba una profunda serenidad. Estaba echado con los ojos cerrados, parecía dormir un tranquilo sueño. Empezó el lama a rajarle el vientre, y yo, aterrorizado, cerré los ojos; al abrirlos, poco tiempo después, quedé asombrado viendo al pastor dormir sosegadamente echado de un lado, con la blusa entreabierta y el pecho en estado normal. Tuchegun Lama, sentado, impasible, junto al fuego, fumaba su pipa y contemplaba la lumbre, sumido en honda meditación.

- ¡Es maravilloso! – le confesé –. No he visto nada semejante.
- ¿De qué habláis? – preguntó el calmuco.

- De vuestra demostración o milagro, como lo llaméis – le contesté.
- No sé a qué podéis referiros – replicó el calmuco, fríamente.
- ¿habéis visto eso? – pregunté a mi compañero.
- ¿Qué? – repuso este medio dormido.

Comprendí que había sido juguete del poder magnético de Tuchegun Lama, y preferí esto al espectáculo de la muerte de un inocente mongol, pues no llegaba mi credulidad a creer que Tuchegun Lama, después de destripar a sus víctimas pudiese coserlas con tanta facilidad.

A la mañana siguiente nos despedimos de nuestros nuevos amigos. Decidimos regresar, puesto que nuestra misión había terminado. Tuchegun Lama nos manifestó que iba a “recorrer el espacio”. Viajaba por toda Mongolia, viviendo igual en la humilde *yurta* del pastor y del cazador, que bajo la tienda esplendida de los príncipes y jefes de tribus, rodeado de inquebrantable veneración y religioso amor, atrayendo así y subyugando a ricos y pobres con sus milagros y profecías. Al decirnos adiós, el brujo calmuco sonrió, maliciosamente.

- Cuidado con hablar de mí a las autoridades chinas.

Luego agregó:

- Lo que anoche presenciasteis fue solo una ligera demostración. Vosotros, los europeos, no queréis admitir que nosotros, unos nómadas incultos, poseamos el poder de la ciencia misteriosa- ¡Ah, si pudieseis siquiera ver los milagros y la omnipotencia del Santísimo Tachi Lama, cuando por su orden las lámparas y los cirios, puestos en el altar de Buda se encienden por sí solos, o cuando los iconos de los dioses comienzan a hablar y profetizar! ¡Pero existe un hombre todavía más poderoso y más santo!
- ¿No es el rey del mundo en Agharti? – interrumpí.

Me miró fijamente, estupefacto.

- ¿Habéis oído hablar de él? – me preguntó, con el ceño fruncido por la reflexión. Unos segundos después alzó los estrechos ojos y exclamó:
- Sólo un hombre ha ido a Agharti. yo. Esta es la causa por la que el santo Dalai Lama me distingue y por la que el Buda vivo de Urga me teme. Pero en vano, porque yo no me sentaré nunca en el santo trono del pontífice de Lama, ni intentaré contra lo que nos ha sido transmitido desde Gengis Kan hasta el jefe de nuestra Iglesia amarilla. No soy un monje; soy un guerrero y un vengador.

Saltó con ligereza a la silla, dio un latigazo a su caballo y partió como una tromba, lanzándonos al partir la frase de adiós de los mongoles: “Sayn! Saynbaryna!”.

Mientras regresábamos, Zerén nos refirió centenares de leyendas referentes a Tuchegun Lama.

Una anécdota particularmente me ha quedado en la memoria. Era en 1911 o 1912, en la época que los mongoles intentaban librarse del yugo chino. El cuartel general de los chinos estaba en Kobdo (Mongolia occidental); había allí unos diez mil hombres mandados por los mejores oficiales. Diose la orden de apoderarse de Kobdo a Hun Boldon, un simple pastor, que se había distinguido durante la guerra con los chinos, recibiendo por ello del Buda vivo el título de príncipe de Hun. Feroz, sin miedo y dotado de una fuerza hercúlea, Boldon llevó varias veces a sus mongoles al ataque, mal armados, y siempre tuvo que batirse en retirada después de perder mucha gente por el fuego de las ametralladoras. Tuchegun Lama llegó de improviso, reunió a todos los soldados y les dijo:

- No debéis temer a la muerte; no debéis batiros en retirada. Peleáis por vuestra patria, por Mongolia, y morís por ella, porque los dioses le han reservado un destino grandioso. ¡Mirad cuál será su destino!

Hizo un gesto con la mano, abarcando todo el horizonte, y los soldados vieron la comarca en torno suyo cubierta de ricas *yurtas* y de praderas donde pastaban enormes rebaños de ganado de todas clases. En la llanura surgieron numerosos jinetes montados en caballos lujosamente ensillados. Las mujeres iban vestidas con trajes de finísima seda, llevaban en las orejas pendientes de plata maciza, y sus cabelleras, peinadas con arte, estaban adornadas con preciosas joyas. Los mercaderes chinos conducían una interminable caravana y ofrecían sus mercancías a los saits

mongoles, de distinguido porte, quienes rodeados de *ziriks* o soldados de brillantes uniformes, trataban altivamente a los comerciantes. Pronto desapareció semejante visión y Tuchegun habló de esta manera:

- ¡No os espante la muerte! La muerte nos libra de nuestro penoso trabajo en la tierra y es el camino que lleva a la beatitud eterna. ¡Dirigíos al Oriente! ¿No veis a vuestros hermanos y amigos caídos en el campo de batalla?
- Sí, les vemos – gritaron los asombrados mongoles, contemplando un grupo de moradas que igual podían ser *yurtas* que pórticos de templo, bañadas en una luz calida y dulce. Anchas franjas deslumbrantes de seda roja y amarilla revestían las paredes y el suelo; los pilares y los muros despedían ofuscante claridad; en un gran altar rojo ardían los cirios del sacrificio en candelabros de oro, mientras que de unas copas de plata maciza se desbordaba la leche o se desparramaban las nueces más apetitosas; por último, sobre muelles almohadones esparcidos por el suelo descansaban los mongoles caídos en el anterior ataque a Kobdo. Ante ellos había puestas unas mesas bajas laqueadas, cubiertas de viandas humeantes, de carnes succulentas de carnero y cabrito, de altas jarras de vino y té, de fuetes de *borsuk*, bollos azucarados y exquisitos de zaturán aromático envuelto en grasa de carnero, de queso seco, de dátiles, pasas y nueves. Todos los soldados muertos en el ataque fumaban en pipas de oro y conversaban alegremente.

A su vez se desvaneció la visión, y frente a los mongoles extáticos y maravillados no había más que el misterioso calmuco con la mano tendida hacia el horizonte.

- ¡Al combate! Y no volváis sin la victoria. ¡Yo estaré con vosotros en la batalla!

Comenzó el ataque. Los mongoles pelearon furiosamente; perecieron a cientos, pero su empuje les llevó al mismo corazón de Kobdo. Entonces se repitió la escena, largo tiempo olvidada, de las hordas bárbaras destruyendo las ciudades europeas. Hun Boldon hizo que le precediese un triangulo de lanzas adornadas con oriflamas rojas; era la señal para entregar la ciudad durante tres días al pillaje de los soldados. Empezaron los asesinatos y los saqueos. Ardió la ciudad y fueron arrasadas las murallas de la fortaleza. Luego, Hun Boldon corrió a Uliassutai y destruyó también la fortaleza china. Aún existen las ruinas con sus almenas derribadas, sus dismanteladas torres, sus puertas ya inútiles y lo que resta de los edificios oficiales y de los cuarteles devorados por el incendio.

CAPITULO III

LOS CHAHARS

A nuestra vuelta de Uliassutai supimos que el sait mongol había recibido alarmantes noticias. Se le decía que las tropas rojas acosaban al coronel Kazagrandi en la región del lago Kosogol. El sait temía un avance de los bolcheviques por el Sur hasta Uliassutai. Las dos casas americanas liquidaron sus negocios y todos nuestros amigos estaban dispuestos a irse, aunque dudaban si les convendría dejar la ciudad, temiendo tropezar con el destacamento de los chahars, procedentes del Este. Decidimos esperar la llegada de ese destacamento por si podía modificar el curso de los sucesos.

Algunos días después hicieron su aparición doscientos belicosos bandidos chahars capitaneados por un antiguo *hunghutz* chino.

Era un hombre flaco y largo, con unas manos que le llegaban hasta las rodillas, un rostro curtido por el sol y el viento; tenía la frente y una mejilla cortadas por sendas cicatrices, una de las cuales le cerraba un ojo, y el que le quedaba le servía para mirar con la penetración de un halcón. Usaba un gorro de piel de ratón. Tal era el jefe del destacamento de chahars, tipo sombrío y repulsivo, que a nadie le hubiera gustado encontrar de noche en una calle solitaria.

El destacamento acampó dentro de las ruinas de la fortaleza, cerca del único edificio chino que no había sido arrasado y que entonces servía de cuartel general al comisario chino. El mismo día de su llegada, los chahars saquearon un *dugun* chino, casa de comercio situada a menos de ochocientos metros de la fortaleza. También insultaron a la mujer del comisario chino llamándola traidora. En esto, los chahars, como los mongoles tenían sobrada razón, porque el comisario chino Wang Tsao Tsun había, tan pronto como llegó a Uliassutai, seguido la costumbre china, reclamando en matrimonio una mongola. El nuevo sait, en su senil deseo de agradar, ordenó que le buscasen una mongola bonita que pudiera convenirle. Buscaron una que la llevaron a su *yamen* al mismo tiempo que un ganapán, hermano suyo, que había de ser el jefe de la guardia del comisario, pero que acabó siendo un ama seca de un perrito pekinés blanco que el elevado funcionario regaló a su nueva esposa.

Menudearon los robos, las reyertas, las orgías, de modo que Wang Tsao Tsun empleó toda su influencia en conseguir que lo antes posible saliese de la ciudad el destacamento de chahars para una guarnición más al oeste del lado de Kobdo, y luego para el Urianhai.

Una fría mañana los habitantes de Uliassutai, al levantarse, pudieron asistir a una escena de característica brutalidad. El destacamento pasaba por la calle principal de la ciudad. Iban montados en caballos pequeños y peludos, marchando de tres en fondo; llevaban uniformes azules, capotes de piel de carnero y gorras de ordenanza de pelo de ratón y estaban armados de pies a cabeza. Marchaban lanzando gritos salvajes o un desordenado clamoreo, y miraban con ansia las tiendas chinas y las casas de colonos rusos. A su frente avanzaba el jefe *hunghutz*, tuerto, seguido de tres jinetes de flotantes banderas, que hacían oír lo que querían hacer pasar por música, soplando en unas grandes caracolas. Uno de los chahars no pudo resistir la tentación, se apeó del caballo y

penetró en un almacén chino de la calle. En seguida salieron de la tienda los gritos acongojados de los mercaderes. El jefe *hunghutz* dio media vuelta a su caballo, notó la falta del chahar y adivinó lo que ocurría. Sin dilación se personó en el lugar del suceso. Dando roncas voces, sacó al soldado de la tienda y le golpeó con la fusta en pleno rostro. La sangre brotó de la mejilla hendida, pero el chahar montó a caballo inmediatamente sin murmurar y galopó para recuperar su puesto en filas. Durante el paso de los chahars las gentes se escondieron en sus casas, mirando con angustia por las rendijas de las puertas. Los chahars pasaron tranquilamente, y solo cuando a nueve kilómetros de la ciudad encontraron una caravana que transportaba vino a China, se despertaron sus malos instintos y se entregaron al pillaje, vaciando varios toneles. En los alrededores de Hargana cayeron en una emboscada que les preparó Tuchegun Lama; de suerte que jamás las llanuras de Chahar presenciaron la vuelta de sus guerreros hijos partidos a la conquista de los soyotos en las orillas del antiguo Tuba.

El día que la columna dejó Uliassutai nevó tan copiosamente, que el camino se puso intransitables. Los caballos, con la nieve hasta las rodillas, se fatigaron, negándose a andar. Algunos jinetes mongoles llegaron a Uliassutai al día siguiente a costa de grandes esfuerzos y de penosos trabajos, pues tardaron dos días en recorrer cuarenta kilómetros. Las caravanas se vieron precisadas a detenerse en sus caminos. Los mongoles no quisieron ni intentar viajar con bueyes y *yaks*, que hacen escasamente dieciséis o veinte kilómetros por día. No era posible emplear más que camellos, pero no los había en número suficiente, y sus conductores no creían poder llegar a la primera estación de ferrocarril de Kuku Hoto, a unos dos mil doscientos kilómetros. De nuevo estábamos obligados a esperar. ¿Qué? ¿La muerte o la salvación? Únicamente nuestra energía y serenidad podían salvarnos. Mi amigo y yo partimos provistos de una tienda, una estufa y algunas provisiones para hacer otra exploración a lo largo de las riberas del lago Kosogol, de donde el sait mongol temía una invasión de tropas rojas.

CAPITULO IV

EL DEMONIO DE JAGISSTAI

Nuestro pequeño grupo constaba de cuatro hombres montados y de un camello para llevar el equipaje. Partimos hacia el Norte, siguiendo el valle del Boyagol, en dirección a los montes Tarbagatai. El camino era rocoso y cubierto de una espesa capa de nieve. Nuestro camello marchaba con precaución, olfateando la pista, mientras que nuestro guía profería el grito *jok, ok!*, peculiar de los camelleros para que sus bestias avancen. Dejamos atrás la fortaleza y el *dugun* chino, contorneamos un espolón montañoso, y después de pasar a nado un curso de agua, empezamos a subir la montaña. La ascensión fue difícil y peligrosa. Los camellos elegían atentamente la mejor vereda, moviendo las orejas constantemente, según su costumbre en tales casos. Enfilamos barrancos, atravesamos sierras, descendimos a valles meno hondos, subiendo siempre a mayores alturas. En cierto lugar, bajo las nubes grises que sobrepasan las cresterías, vimos algunos puntos negros en la vasta extensión nevada.

- Son *obos*, los signos sagrados y los altares elevados a los malos demonios que guardan estos parajes – explicó el guía –. Este paso se llama Jagisstai. Acerca de él se cuentan varias historias tan viejas como las mismas montañas.

Le rogamos que nos contase alguna.

El mongol, meciéndose sobre su camello, miró prudentemente en torno suyo, y empezó:

- Fue hace tiempo, hace muchísimo tiempo. El nieto de Gengis Kan ocupaba el trono en China y reinaba en Asia entera. Los chinos mataron a su Kan y quisieron exterminar a toda su familia; pero un anciano y santo lama llevó a esta más allá de la Gran Muralla y vinieron a las llanuras de nuestro país natal. Los chinos buscaron con empeño el rastro de los fugitivos y acabaron por descubrir donde estaban. Entonces mandaron un escuadrón de jinetes montados en veloces caballos para apoderarse de ellos. A veces, los chinos estuvieron a punto de alcanzar al huido heredero; pero el lama imploró al cielo y cayó una copiosa nevada, que si permitía andar a los camellos, detuvo la marcha de los caballos. Aquel lama pertenecía a un remoto monasterio. Ahora pasamos cerca de ese hospicio de Jahantsi Kure. Para llegar a él hay que cruzar la garganta de Jagasstai. En este mismo sitio el anciano lama se puso de repente enfermo, se tambaleó sobre la silla y cayó muerto. Ta Sin Lo, viuda del gran Kan, prorrumpió en llanto; pero viendo que los jinetes chinos atravesaban el valle a galope, se apresuró a llegar al desfiladero. Los camellos, cansados, se detenían a cada paso, y la mujer no sabía cómo animarlos para hacerlos andar. Los verdugos chinos se acercaban cada vez más. Ya se oían sus gritos de júbilo, pues se figuraban tener en sus manos la recompensa prometida por los mandarines a los asesinos del Gran Kan. Las cabezas de la madre y del hijo heredero serían llevada a Pekín y expuestas en el Ch'en Men a la mofa y a los insultos del populacho. La madre, aterrada, levanto a su hijo al cielo y exclamó: “¡Tierra y dioses de Mongolia, ved al hijo del que hizo glorioso el nombre mongol de un extremo a otro del mundo! ¡No permitáis que perezca la carne misma de Gengis Kan!”

En aquel momento se fijó en una rata blanca sentada sobre un peñasco, cerca de allí. El animalito se le aproximó, saltó a su regazo y le dijo:

- Me mandan para que os ayude. Nada temáis y continuad tranquila vuestro camino. Los que os persiguen han llegado al término supremo de sus vidas y vuestro hijo está destinado a tener una gloriosa existencia.

Ta Sin Lo no comprendía cómo una rata podría mantener a raya a trescientos hombres. La rata entonces saltó a tierra y habló de nuevo:

- ¡Soy el demonio de Tarbagatai, soy Jagisstai! ¡Soy poderoso y amado de los dioses; pero como habéis puesto en duda el poder de la rata milagrosa desde hoy el Jagisstai será tan perjudicial para los buenos como para los malos!

La viuda y el hijo de Kan se salvaron, pero Jagisstai sigue siendo implacable. Mientras se pasa hay que estar siempre prevenido. El demonio de la montaña se halla constantemente dispuesto a llevar al viajero a su perdición.

Todas las cumbres del Tarbagatai están salpicadas de *obos*, de piedra y ramaje. En un sitio han erigido una torre de piedra, a modo de altar, para aplacar a los dioses enojados por las dudas de Ta Sin Lo. Evidentemente, el demonio nos esperaba. Cuando comenzamos la ascensión a la cima principal, nos sopló en la cara un viento glacial y cortante, se puso a silbar y zumbir, tirándonos bloques de nieve que arrancaba de los montones formados en las alturas. No podíamos divisar nada de lo que nos rodeaba y apenas conseguíamos ver el camello que nos precedía inmediatamente. De improviso sentí un choque y miré en torno mío. No vi nada extraordinario. Yo estaba cómodamente sentado entre dos bolsas llenas de pan y otras provisiones, pero no podía distinguir la cabeza de mi camello. Había desaparecido. Efectivamente, el animal había resbalado y caído en el fondo de un barranco poco profundo, mientras que las bolsas, colocadas en su lomo sin correas, quedaron sujetas a una roca, y yo, por fortuna, encima de ellas, sobre la nieve. Esta vez el demonio se había limitado a gastarme una broma, pero indudablemente le supo a poco. Me lo demostró con nuevas pruebas de su ira. Con furiosas ráfagas casi nos arrancaba de nuestras monturas, hacia vacilar a los camellos, nos cegaba azotándonos la cara con la nieve endurecida y nos impedía respirar. Durante largas horas marchamos penosamente por la nieve, cayendo con frecuencia por encima del borde de los riscos. Por fin llegamos a un estrecho valle donde silbaban y mugían innumerables voces del viento. Era de noche. El mongol buscaba la pista de los alrededores y acabó por volver, haciendo aspavientos y diciendo:

- Nos hemos extraviado. Tenemos que pasar aquí la noche, lo que es muy de sentir, porque nos faltará leña para nuestra estufa y el frío va a ser más glacial todavía.

A duras penas, con las manos agarrotadas, conseguimos armar la tienda a pesar del viento, colocando en el interior la estufa, entonces inútil. Recubrimos la tienda de nieve, cavamos en los montones de nieve largas y profundas zanjias y obligamos a nuestros camellos a acostarse, gritándoles: *Zuk, zuk!*, voz que les hace arrodillarse. Luego metimos en la tienda los equipajes. Mi compañero no se resignó a la idea de pasar una noche glacial sin encender la estufa.

- Voy a buscar combustible – dijo, con tono resuelto.

Cogió el hacha y se fue. Volvió al cabo de una hora con un buen trozo de poste telegráfico.

- ¡Eh! Gengis Kan – exclamó, frotándose las manos amoratadas –, tomad las hachas e id allí abajo, a la izquierda de la montaña, y encontrareis los postes telegráficos que fueron derribados. He hecho amistad con el viejo Jagisstai y me ha conducido a los postes.

Precisamente a alguna distancia del sitio en que estábamos pasaba la línea del telégrafo ruso que unía antes de la revolución a Irkustk con Uliassutai. Los chinos habían ordenado a los mongoles que derribasen los postes y se llevasen el alambre. Estos postes son ahora la salvación de los viajeros que transitan por aquellos parajes. Así pasamos la noche, bajo una tienda caldeada, después de cenar una sustanciosa sopa de fideos con carne, en el mismo centro de los dominios del iracundo Jagisstai. Al día siguiente, de madrugada, encontramos la pista a menos de doscientos metros de nuestra tienda, proseguimos nuestro viaje. En la fuente del Adair divisamos una nube de cuervos mongoles de pico rojo, revoloteando en círculos sobre las breñas. Nos acercamos y descubrimos los cuerpos de un jinete y su caballo que parecían haber caído hacia poco tiempo. Era difícil adivinar lo

que pudiera haberles sucedido. Estaban tumbados uno junto al otro y el jinete tenía enrollada en la muñeca derecha la brida de su cabalgadura; no presentaba señal de heridas, ni de arma blanca ni de fuego. También resultaba imposible determinar las facciones del hombre. Su capote era mongol, pero el pantalón y la chaqueta indicaban que se trataba de un extranjero. No averiguamos cómo había hallado la muerte.

Nuestro mongol inclinó la cabeza con inquietud y dijo con voz de convencimiento:

- Es la venganza de Jagisstai. El jinete no rindió tributo al *obo* del Sur, y el demonio le ahogó a él y a su caballo.

Por fin quedaron a nuestra espalda los montes de Tarbagatai. Frente a nosotros se extendía el valle de Adair. Es una llanura estrecha y sinuosa, que sigue el lecho del río entre dos cadenas de montañas bastante próximas y que estaba cubierta de feraces praderas. El camino la dividía en dos partes. En toda ella veíanse postes telegráficos derribados, algunos cortados a distintas alturas, y gran cantidad de alambre tirado por el suelo o enredado entre las matas. La destrucción de la línea telegráfica de Irkutsk a Uliassutai era necesaria a la política china de agresión a Mongolia.

Pronto empezamos a encontrar grandes rebaños de carneros, buscando bajo la nieve la hierba seca, pero nutritiva. En algunos sitios los *yaks* y los bueyes pastaban en las ásperas pendientes de la montaña. Sin embargo, solo una vez vimos un pastor; los demás, al divisarnos, se refugiaban en las quebradas de los montes. Tampoco hallamos *yurtas* en nuestra marcha. Los mongoles habían escondido también sus movibles moradas en los repliegues de las montañas, al abrigo de la vista y de los vientos. Los nómadas saben elegir admirablemente sus cuarteles invernales. He visto con frecuencia en invierno las *yurtas* mongolas, y están situadas en lugares tan bien abrigados, que al venir de los llanos barridos por los vientos me parecía entrar en un invernadero. Una vez encontramos un gran rebaño de carneros; pero a medida que nos acercábamos la mayor parte se alejaba poco a poco, dejando una mitad en el sitio, mientras que la otra iba atravesando la llanura. Pronto, de aquel grupo se destacaron unos treinta o cuarenta animales que, trepando y saltando, escalaron los flancos de la montaña. Cogí los gemelos y me puse a observarlos. La parte de rebaño que se quedaba atrás se componía de sencillos carneros; el grupo importante que se había retirado a la llanura estaba formado por antílopes mongoles (*gacela gutturosa*), y el rebaño que trepó montaña arriba comprendía a los musmones de grandes cuernos (*ovis orgali*). Todos estos animales pacían al mismo tiempo que los carneros domésticos en la vega del Adair, atraídos por la buena hierba y el agua clara. En muchos trechos el río no estaba helado y vi densas nubes de vapor sobre la superficie del agua. Por entonces algunos antílopes y musmones empezaron a mirarnos.

- Ahora van a cruzar nuestra pista – dijo el mongol, riendo –. ¡Qué bichos tan raros! A veces los antílopes recorren kilómetros y kilómetros para ganarnos la carrera y estorbarnos el paso, y cuando lo han conseguido se retiran tranquilamente.

Yo conocía ya esta estrategia de los antílopes y decidí sacar partido de ella. He aquí como organizamos la caza: dejamos a un mongol con el camello del equipaje que avanzase como nosotros lo veníamos haciendo. Los otros tres se desplegaron en forma de abanico hacia el rebaño, a la derecha de nuestra verdadera dirección. El rebaño se detuvo y miró sorprendido, porque hubiera querido pasar delante de los cuatro jinetes a la vez. Principió entre ellos la confusión. Había unas tres mil cabezas. Todo este ejército empezó a correr de aquí para allá, sin formar un grupo determinado. Escuadrones enteros pasaron delante de nosotros y luego, reparando en otro jinete, daban media vuelta y repetían la maniobra. Un grupo de unos cincuenta se precipitó a mí. Cuando le tuve a cosa de cien metros di un grito y disparé. En seguida se detuvieron y retrocedieron despavoridos, empujándose y saltando unos sobre otros. Aquel pánico les costó caro, pues me dio tiempo a tirar cuatro veces y derribé dos estupendos ejemplares. Mi amigo tuvo más suerte aún, porque solo tiró una vez sobre el rebaño, que, como una tromba, pasó a su lado en filas paralelas, y con la misma bala mató dos animales.

Entre tanto, los musmones habían escalado la pendiente de la montaña, y en posición de combate, alineados como soldados, se volvieron para mirarnos. A pesar de la distancia, pude distinguir claramente sus cuerpos musculosos, sus cabezas majestuosas y sus poderosos cuernos.

Recogimos nuestra presa, nos reunimos con el mongol que iba de vanguardia y continuamos el viaje. Con frecuencia encontrábamos carroñas de carnero con los cuellos desgarrados y la carne devorada por los costados.

- Es obra de los lobos – dijo el mongol –. Siempre andan por estos contornos en grandes manadas.

Hallamos más rebaños de antílopes que corrían sin prisa hasta poner una buena distancia entre ellos y nosotros; entonces, con saltos y botes prodigiosos, cruzaban el camino delante de nosotros como las gallinas en el campo. En seguida, después de correr unos doscientos metros a aquel paso, se detenían y volvían a pastar tranquilamente.

Una vez hice que in camello diese la vuelta, y todo el rebaño, aceptando inmediatamente el desafío, corrió paralelamente a mí a una distancia que les pareció segura, y entonces botó sobre el camino delante de mí como si pisasen piedras ardiendo, para volver a su primitiva tranquilidad y ponerse a pastar al mismo lado de la llanura en que le habíamos encontrado. Hice tres veces igual jugarreta al mismo rebaño, riendo de buena gana al verle repetir sus divertidos ejercicios.

Pasamos una mala noche en aquel valle. Acampamos a la orilla de un arroyo helado; el alto ribazo nos protegía del viento. Nuestra tienda estaba bastante agradable. Descansamos tranquilamente, pensando en la sabrosa cena que preparábamos, cuando de improvisto un aullido y una risotada diabólica sonaron cerca de la tienda, mientras que del otro lado de la cañada respondieron unos chillidos prolongados y lúgubres.

- Son lobos – nos explicó el mongol, con indiferencia.

Empuñó el revólver y salió de la tienda. Permaneció fuera un buen rato; al fin oímos unos disparos y a poco después volvió.

- Los he asustado – dijo –. Se habían reunido en la orilla del Adair, alrededor de un camello muerto.
- ¿Han tocado a nuestros camellos? – pregunté.
- No. Encenderemos una hoguera detrás de la tienda y no nos molestarán más.

Después de cenar nos acostamos; pero yo estuve despierto bastante tiempo, escuchando el crepitar de la leña al arder, la respiración profunda de los camellos y los aullidos lejanos de los lobos; por último, a pesar de todos aquellos ruidos, me dormí. No sé cuánto duraba mi sueño; pero de repente me despertó un golpe violento en el costado. Estaba echado en el borde mismo de la tienda, y alguien me había empujado brutalmente sin el menor reparo. Pensé que sería uno de los camellos mordisqueando el fieltro de la tienda. Cogí mi mauser y golpeé un bulto con la culata. Un grito agudo me contestó, seguido de un ruido de pasos rápidos, corriendo sobre los guijarros. Por la mañana descubrí huellas de lobos que se habían acercado a nuestra tienda, del lado contrario de la hoguera, y seguí el rastro hasta el sitio en que habían empezado a escarbar junto a la tienda; evidentemente, uno de los merodeadores tuvo que batirse en retirada, después de recibir en la cabeza el culatazo de mi revólver.

Los lobos y las águilas son los servidores de Jagisstai, según nos manifestó, muy convencido, el guía mongol. Sin embargo, esto no impide a los mongoles darles caza. Ha asistido una vez, en el campamento del príncipe Baysei, a una cacería de lobos. Los jinetes mongoles, montados en sus mejores caballos, recorren la llanura, alcanzando a la carrera a los lobos, matándolos con fuertes palos de bambú llamados *Tucur*. Un veterinario ruso enseñó a los mongoles a envenenar a los lobos con estricnina; pero este método no tuvo aceptación, porque es peligroso para los perros, fieles amigos y aliados de los nómadas. Estos, por otra parte, no tocan a las águilas ni a los halcones, y hasta les dan de comer. Cuando los mongoles matan una res, suelen tirar al aire trozos de carne, que los halcones y las águilas cogen al vuelo, exactamente como nosotros echamos a un perro terrones de azúcar. Las águilas y los halcones atacan y expulsan a las urracas y cuervos, que son muy dañinos para las bestias y los hombres, pues acuden ferozmente a dar picotazos en la menor herida abierta en el lomo de los animales, haciendo llagas incurables, sobre las que se encarnizan con voracidad.

CAPITULO V

EL ANTRO DE LA MUERTE

Nuestros camellos caminaban hacia el Norte lentamente, pero con paso regular. Hacíamos cuarenta o cincuenta kilómetros al día. Pronto llegamos a un pequeño monasterio situado a la izquierda del camino. Era un vasto edificio cuadrado, cerrado por una alta y apretada empalizada. Unos huecos en la mitad de cada lado conducían a las cuatro entradas del templo. En el centro del patio interior se hallaba el templo, con sus columnas laqueadas rojas y sus tejados chinos dominando las casas bajas de las lomas. Al otro lado del camino se levantaba lo que parecía ser una fortaleza china, y era en realidad un bazar o *dugun*. Los chinos los construyen siempre en forma de fortaleza, con dobles murallas, a algunos pies de distancia unas de otras, y dentro de todas ponen sus casas y tiendas. Suelen sostener una guarnición de veinte o treinta hombres armados, dispuestos para cualquier eventualidad. En caso de necesidad, estos *duguns* pueden servir de fortines y resistir largos sitios. Entre el *dugun* y el monasterio, y más próximo al camino, distinguí un rancho de nómadas. Sus caballos y ganados no estaban con ellos. Los mongoles, residiendo allí hacia tiempo, habían dejado a sus animales en la montaña. Sobre varias *yurtas* ondeaban oriflamas de colores, señal de enfermedad. Cerca de algunas *yurtas* unas altas estacas hincadas en el suelo y sosteniendo en la puna superior un gorro mongol, indicaban que el habitante de la *yurta* había muerto. Las jaurías de perros, errando por la llanura, señalaban la presencia de cadáveres en las cercanías, en las simas de los barrancos o en la orilla del río. Al aproximarnos al campamento oímos a lo largo un redoblar de tambores, un canto melancólico, acompañado por una flauta, y gritos de dolor. Nuestro mongol se adelantó para informarse y volvió diciendo que varias familias mongolas habían llegado al monasterio pidiendo auxilio al Hutuktu Jahantsi, famoso por sus milagros.

Estas gentes, atacadas de la peste y de la viruela negra, vinieron de lejos y no encontraron al Hutuktu en el monasterio, porque el santo lama había ido a visitar al Buda vivo de Urga, por lo cual se vieron obligados a acudir a los brujos. Los enfermos morían unos tras otros. La víspera habían abandonado en la llanura el cadáver numero veintisiete.

Mientras hablábamos, el brujo salió de una de las *yurtas*. Era un viejo que padecía en un ojo una catarata y cuyo rostro estaba señalado por las viruelas. Iba vestido de harapos y llevaba colgados de la cintura unos pingajos multicolores. Tenía un tambor y una flauta. Su boca desdentada, de lívidos labios, echaba espuma, y la idiotez se leía en su semblante. De repente se puso a dar vueltas, a bailar con toda clase de contorsiones de sus largas piernas, a hacer movimientos ondulosos con los brazos y los hombros y a golpear el tambor o tocar la flauta, lanzando gritos y acelerando sin cesar el ritmo, de suerte que al fin, amoratado, con los ojos inyectados en sangre, cayó sobre la nieve, donde continuó retorciéndose los miembros, profiriendo incoherentes aullidos. Así era como el brujo trataba los enfermos, asustando con su locura furiosa a los malos demonios portadores de enfermedades. Otro encantador daba a los pacientes agua salda y fangosa procedente, según supe más tarde, del baño de la misma persona del Buda vivo, que había

lavado en él su cuerpo divino nacido de la flor sagrada del loto.

– *Om! Om!* – exclamaban sin tregua los dos hechiceros.

Mientras que estos magos exorcizaban a los demonios, los desgraciados enfermos quedaban abandonados a sí mismos. Yacían víctimas de terrible fiebre, bajo montones de pieles de chivos y mantas, delirantes, sacudidos por los espasmos. Junto a las hogueras, acurrucados los adultos y los niños todavía sanos, charlaban con indiferencia bebiendo té y fumando. En todas las *yurtas* vi enfermos y muertos, miseria y horrores imposibles de descubrir.

¡Oh gran Gengis Kan! ¡Tú que comprendiste con tan penetrante inteligencia toda la situación de Asia y Europa, que consagraste tu vida entera a glorificar el nombre de los mongoles! ¿Por qué no diste a tu pueblo la luz que le hubiera preservado de semejante muerte? Ha conservado su antigua moralidad, su secular honradez y sus costumbres pacíficas, pero tus huesos, que los siglos acabarán por destruir en tu mausoleo de Karakorum, no le han protegido; tu pueblo está en vísperas de desaparecer, él, cuya pureza fue antaño respetada por la mitad del mundo civilizado.

En torno mía veía aquel campamento de moribundos, oía los lamentos, los gritos desgarradores de los hombres, de las mujeres y de los niños. Más allá aullaban lúgubrementes los perros, mientras que proseguía monótono el redoblar del tambor del extenuado brujo.

¡Adelante! No podía soportar más aquel cúmulo de horrores que no tenía medios ni fuerzas para combatir. Pasamos rápidamente huyendo del paraje maldito, pero no conseguimos librarnos de la obsesión que nos hacía sentir detrás de nosotros, a nuestros alcances, los pasos de algún demonio movible obstinada en perseguirnos desde que fuimos testigos de aquellas espantosas escenas. ¡Los demonios de la enfermedad! ¡Recuerdos de la realidad terrorífica! ¡Almas de los sacrificados diariamente en Mongolia en el altar de las tinieblas! Un terror indescifrable se apoderó de nosotros sin que pudiésemos librarnos de él. Solamente cuando nos apartamos del camino, traspasamos una arbolada crestería y llegamos a un anfiteatro de montañas desde el cual no era posible ver ni Jahantsi Kure, ni el *dugun*, ni la gusanera de moribundos, pudimos respirar libremente.

Pronto divisamos un gran lago. Era el Tingisol. Cerca de la orilla había una casa rusa: la estación telegráfica que comunica al Kosogol con Uliassutai.

CAPITULO VI

ENTRE ASESINOS

Al aproximarnos a la estación del telégrafo, encontramos a un joven rubio, llamado Kanine, que estaba encargado del puesto. Algo turbado nos ofreció hospitalidad para aquella noche. Al penetrar en la sala vimos que un hombre alto y delgado se levantaba de la mesa y se adelantaba con vacilación hacia nosotros sin dejar de examinarnos atentamente.

- Son viajeros... – explicó Kanine –. Van a Jatyl. Dormirán aquí.
- ¡Ah! – repuso el otro, con calma.

Mientras nos quitábamos los cinturones y nos desembarazábamos, no sin trabajo, de nuestros pesados capotes mongoles, el hombre alto dijo con animación unas palabras al telegrafista. Cuando me acerqué a la mesa para sentarme y descansar, le oí decir:

- Tendremos que aplazarlo.

Kanine se limitó a asentir con la cabeza.

Había varias personas más sentadas a la mesa: el ayudante de Kanine, un muchachote rubio de fisonomía pálida, que hablaba con volubilidad a tontas y a locas. Me pareció algo chiflado y su semilocura se manifestaba al instante estimulada con el ruido de la conversación, los gritos o algún alboroto de su interlocutor o al referir con voz maquinal y precipitada lo que sucedía en torno suyo. La mujer de Kanine, joven, extenuada, amarilla como la cera, se hallaba también allí, con los ojos extraviados y las facciones contraídas por el miedo. Cerca de ella estaban sus dos hijos y una muchacha de quince años, vestida de hombre y con el pelo cortado al rape. Hicimos conocimiento con todos. El desconocido de alta estatura se llamaba Gorokoff; era un colono ruso de Samgaltai y nos presentó a la muchacha de pelo corto como hermana suya. La mujer de Kanine nos miró con terror mal disimulado y permaneció silenciosa, descontenta indudablemente por nuestra presencia. Sin embargo, no podíamos ir a ninguna otra parte y empezábamos a tomar el té y a comer las provisiones frías que llevábamos.

Kanine nos contó que después de la destrucción de la línea telegráfica su familia había sufrido grandes privaciones. Los bolcheviques de Irkutsk no le enviaban su paga y tuvo que buscárselas para vivir. Vendía forraje a los colonos rusos, transmitía despachos privados y transportaba mercancías de Jatyl a Uliassutai, y Samgaltai, traficando en ganado, yendo de caza y acudiendo a otros expedientes para no morir de hambre. Gorokoff nos anunció que sus asuntos le obligaron a dirigirse a Jatyl y que su hermana y él tendrían el gusto de unirse a nuestra caravana. Tenía un aspecto desabrido y antipático, y sus ojos, sin color, evitaban siempre mirar a los de la persona a quien hablaba. Durante la conversación, preguntamos a Kanine si había colonos rusos por los alrededores y respondió con el ceño fruncido y evidente desagrado:

- Hay un viejo ricacho, Bobroff, que habita a una versta de aquí, pero no os aconsejo que le visitéis, porque es un avaro repulsivo, incapaz de hacer un favor a nadie.

Mientras que su marido se expresaba así, la mujer de Kanine bajó la vista y sus hombros se

contrajeron, como si sintiese un escalofrío. Gorokoff y su hermana continuaron fumando con visible indiferencia. Observé todo esto igual que el tono hostil de Kanine, la turbación de su mujer y la fingida despreocupación de Gorokoff, y decidí ir a ver al viejo colono de quien Kanine hacía tan malas ausencias. En Uliassutai conocí a dos hombres llamados Bobroff. Dije a Kanine que me habían dado una carta para entregarla en propia mano a Bobroff, y después de beber mi té, me puse el capote y salí.

La casa de Bobroff se alzaba en una depresión del terreno; estaba rodeada de una alta cerca sobre la cual se podían ver los tejados, de poca altura. Una luz brillaba en una ventana. Llamé a la puerta. Me respondieron unos furiosos ladridos. Por la rendija de la valla distinguí cuatro enormes perros mongoles, negros, que enseñando los dientes y gruñendo se abalanzaban contra la puerta. En el interior del patio alguien abrió una puerta y preguntó:

– ¿Quién es?

Contesté que era un viajero procedente de Uliassutai. Ataron a los perros y fui recibido por un hombre que me miró atentamente, con aire inquisitorial, de pies a cabeza. De un bolsillo le asomaba la empuñadura de una pistola. Satisfecho de su inspección y enterado de que yo conocía a sus parientes, me presentó a su mujer, una señora anciana de porte digno, y a una preciosa niña, de cinco años, su hija adoptiva. La había encontrado en la estepa al lado del cadáver de su madre, muerta de agotamiento al intentar huir de los bolcheviques de Siberia.

Bobroff me dijo que el destacamento ruso de Kazagrandi había conseguido expulsar a las tropas rojas de Kosogol y que, por tanto, podríamos continuar camino a Jatyl sin peligro.

– ¿Por qué no habéis venido a mi casa en lugar de ir a la de esos bandidos? – me preguntó el viejo.

Le pedí varios informes y me los proporcionó cumplidamente. Supe que Kanine era un agente bolchevique del Soviet de Irkutsk, y que su estancia en el país tenía por objeto espiar los manejos de los refugiados blancos. Sin embargo, por entonces era inofensivo, por el hecho de estar interceptado el camino de Irkutsk. No obstante, un comisario muy influyente acababa de llegar de Bissk (región de Altai).

– ¿Gorokoff? – le interrogué.

– Así se hace llamar – respondió el anciano –; pero yo soy de Bissk y él también, de modo que nos conocemos perfectamente. Su verdadero nombre es Puzikoff, y la muchacha de pelo corto que va con él es su querida. Es comisario de la *checa*, y ella sirve a sus órdenes como agente. En el mes de agosto último estos dos facinerosos mataron a tiros de revólver a setenta oficiales del ejército de Koltchak, prisioneros y atados de pies y manos. Son unos cobardes asesinos. Quisieron hospedarse en mi casa, pero yo les conozco demasiado bien y me negué a recibirlos.

– ¿Y no tenéis miedo de ellos? – le pregunté, recordando las palabras y los guiños de aquellos hombres cuando estaban sentados a la mesa.

– ¡No! – respondió Bobroff –. Sé defenderme y defender a mi familia, y tengo también un protector, mi hijo, el mejor tirador, el mejor jinete y el mejor combatiente de toda Mongolia. Siento mucho que no lo podáis conocer; pero ha ido a ver los rebaños y no volverá hasta mañana por la tarde.

Nos despedimos muy afectuosamente, y prometí parar en su casa a nuestro regreso.

– ¿Y qué? ¿Qué historias os ha contado Bobroff respecto a nosotros? – me preguntaron Kanine y Gorokoff cuando me vieron entrar en la estación.

– Ninguna – contesté –, pues casi no me ha dirigido la palabra en cuanto supo que me hospedaba en esta casa. ¿Por qué os aborrecéis hasta ese extremo? – pregunté, aparentando el más completo asombro.

– Ya es cosa vieja – dijo Gorokoff, con tono áspero.

– Ese Bobroff es un bribón – añadió Kanine al unísono, mientras que los ojos aterrorizados y tristes de su mujer demostraban un horrible espanto, como si a cada momento esperase un golpe mortal.

Gorokoff empezó a hacer sus preparativos para partir al día siguiente con nosotros. Armamos nuestras camas de campaña en un cuarto contiguo y nos dormimos. En voz baja previne a mi amigo que pusiese su revólver a mano, por lo que pudiera ocurrir, y él, sonriendo, se contentó con sacar un revólver y un hacha del capote para meterlos debajo de la almohada.

- Esos hombres me han parecido sospechosos desde el primer instante – murmuró –. Están en plan de preparar alguna infamia. Mañana he de ir detrás de ese Gorokoff, y tendré dispuesta para él una de mis más fieles balas *dum-dum*.

Los mongoles pasaron la noche debajo de la tienda, en el patio, al lado de sus camellos, deseando estar cerca de ellos para parles de comer. Partimos a eso de las siete. Mi amigo se colocó a retaguardia, siempre detrás de Gorokoff, que con su mujer, ambos armados de pies a cabeza, montaban magníficos caballos.

- ¿Cómo pudisteis mantener vuestros caballos en tan buen estado después de salir de Samgaltai? – le pregunté admirado de sus cabalgaduras.

Me respondió que los caballos pertenecían a Kanine, y me di cuenta de que este no era tan pobre como aparentaba serlo, porque cualquier opulento mongol le hubiera entregado a cambio de uno de aquellos soberbios animales los carneros necesarios para proveer de chuletas y piernas a toda su familia durante un año entero.

Llegamos pronto a un extenso pantano, rodeado de espesos matorrales, y me sorprendió ver centenares de *Kuopatkas* o perdices blancas. Sobre el agua voló un bando de patos asustados por nuestra aproximación. ¡Patos silvestres en invierno y con aquel frío y aquella nieve! El mongol me explicó la causa:

- Este pantano está siempre a una buena temperatura bastante elevada y no se hiela nunca. Los patos silvestres viven en él todo el año y los *kuopatkas* también, porque encuentran qué comer en la tierra blanda y templada.

Mientras que hablaba con el mongol observé encima del pantano una lengua de fuego de un amarillo rojizo. Se encendía y desaparecía en seguida; más tarde, el otro lado, brotaron dos nuevas llamas. Eran verdaderos fuegos fatuos, envueltos en tantas leyendas y que la química explica ahora sencillamente como una combustión espontánea del metano o gas de las marismas, producida por la putrefacción de las materias vegetales en la tierra húmeda y caliente.

- Aquí habitan los demonios del Adair, que están en continua lucha con los del Muren – manifestó el mongol.

“En verdad – pensé yo – que si en la Europa prosaica de nuestros días la gente de los pueblos cree que en estas llamas hay algo de brujería, no es de extrañar que en este país de misterios las consideren como demonios de dos ríos vecinos.”

Después de atravesar el pantano distinguimos frente a nosotros, a lo lejos, un gran monasterio. Aunque estaba apartado un kilómetro de la ruta que seguíamos, los Gorokoff nos dijeron que iban a ir a él para hacer algunas compras en los bazares chinos. Se alejaron rápidamente, prometiendo no tardar en alcanzarnos; pero no les vimos más por algún tiempo.

Desaparecieron sin dejar rastro, y cuando les volvimos a encontrar en nuestro camino, más tarde, fue en circunstancias que resultaron fatales para ellos. Por nuestra parte nos alegramos mucho de que nos hubieran dejado tan pronto, y en cuanto se fueron participé a mi camarada los informes que acerca de ellos me había dado Bobroff el día antes.

CAPITULO VII

SOBRE UN VOLCAN

A tarde siguiente llegamos a Jatyl, pequeña colonia rusa formada por diez casas espaciadas en el valle del Eingol o Yaga, que recibe sus aguas del Kosogol, a un kilómetro arriba del pueblo. El Kosogol es un enorme lago alpino, frío y profundo, de ciento treinta y cinco kilómetros de largo y de dieciséis a cuarenta y cinco de ancho. En la orilla occidental habitan los soyotos de los Darjat, que le llaman Hubsugul, el nombre Kosogol es mongol. Estos dos pueblos le consideran como un lago sagrado y terrible. Fácil es comprender el motivo de ello: el lago está situado en una región de actividad volcánica; en verano, los días soleados y tranquilos, las aguas se levantan en formidables olas peligrosas no solo para las barcas de los pescadores del país, sino también para los grandes vapores rusos que transportan viajeros de una orilla a otra. En invierno la costra de hielo se rompe a veces de extremo a extremo y salen densas nubes de vapor. Es indudable que el fondo del lago está agujereado de modo esporádico por manantiales de agua caliente o quizá por corrientes de lava. La existencia de estas convulsiones subterráneas está demostrada, además, por la masa de peces muertos que a veces tapa, en sitios menos profundos, el río donde se vierten las aguas del lago. El lago Kosogol es extraordinariamente rico en pesca, sobre todo en variedades de truchas y salmones. Es famoso, principalmente, por su maravilloso pez blanco, que se expendía antes a toda Siberia e incluso a Manchuria, hasta Mukden. La carne es gorda y sumamente tierna. Produce también exquisito caviar. Hay en el lago otra variedad, el *jayrus* blanco, especie de trucha que en la época de la emigración, contra la costumbre de la mayoría de los peces, desciende la corriente hasta el Yaga y llena a veces el río de orilla a orilla, viéndose la superficie del agua cuajada de millares de lomos plateados de peces. Sin embargo, no se pesca, porque está infestada de gusanos y no sirve para la alimentación. Los mismos gatos y perros se niegan a tocarla. Este interesante fenómeno era estudiado por el profesor Dorogostaisky, de la Universidad de Irkutsk, cuando la llegada de los bolcheviques interrumpió sus trabajos.

En Jatyl reinaba el pánico. El destacamento ruso del coronel Kazagrandi, después de derrotar a los rojos en dos combates y de iniciar con éxito su marcha contra Irkutsk, quedó de repente reducido a la impotencia y dividido en varios fragmentos por las discordias interiores entre los oficiales. Los bolcheviques se aprovecharon de la situación, reforzaron sus tropas y con un millar de hombres emprendieron un movimiento ofensivo a fin de reconquistar lo que habían perdido, mientras que los restos del destacamento Kazagrandi se batían en retirada sobre Jatyl, donde su jefe estaba resuelto a poner a los rojos una resistencia desesperada. Los habitantes cargaban en carros sus ajuares y sus familias huían de la población, dejando los ganados a quienes quisieran cogerlos. Un grupo tenía el proyecto de esconderse a alguna distancia en un frondoso bosque y en los barrancos, mientras que otro se dirigía a Muren Kure y Uliassutai. Al día siguiente

de nuestra llegada, el gobernador mongol tuvo la noticia de que los rojos habían rebasado el flanco de la columna Kazagrandi y que se acercaban a Jatyl. El gobernador cargó todos sus documentos y sus criados en once camellos y abandonó su *yamen*. Nuestros guías mongoles, sin avisarnos, se escaparon con él y se nos llevaron todos los camellos. Nuestra situación no podía ser más grave. Nos apresuramos a visitar a los colonos que aún no se habían ido, a fin de comprarles camellos; pero, en previsión de trastornos, los tenían hacia ya tiempo lejos de allí, en poder de mongoles leales, y no pudieron servirnos. Nos dirigimos entonces al doctor V. G. Gay, veterinario, célebre en toda la Manchuria por su lucha contra las plagas del ganado. Vivía con su familia, obligado a renunciar a su cargo oficial se dedicaba a la ganadería. Muy inteligente y enérgico, fue designado bajo el régimen zarista para comprar en Mongolia las provisiones de carne necesarias al ejército ruso en el frente alemán. Organizó la empresa en Mongolia, y cuando los bolcheviques se apoderaron del Poder continuó asegurando su abastecimiento. En mayo de 1918, cuando el ejército de Kolchak expulsó a los bolcheviques de Siberia, fue detenido y encarcelado. Libertado en seguida porque se le consideraba el único hombre capaz de organizar el servicio de abastecimiento en Mongolia, suministró al almirante Kolchak todas las provisiones de carne y le facilitó todo el dinero que con anterioridad había recibido de los comisarios soviéticos. En aquella época, Gay fue director del abastecimiento de la columna de Kazagrandi.

Cuando le vimos nos aconsejó que tomásemos en seguida lo que le quedaba, o sea, unos miserables caballos debilitados, que podrían llevarnos a Muren Kure, a ochenta y dos kilómetros de Jatyl, donde encontraríamos camellos para volver a Uliassutai. Pero como estos caballos estaban a alguna distancia de la población, tuvimos que pasar en ella la noche, que era precisamente la que se esperaba la llegada de los rojos. Nos sorprendió sobre manera que Gay aguardase con su familia, sin demostrar preocupación, la próxima entrada del enemigo.

Las demás personas que permanecían en el pueblo eran unos cuantos cosacos que tenían orden de quedarse atrás para vigilar los movimientos de los rojos. Se hizo de noche. Mi compañero y yo nos dispusimos a luchar y si era preciso a matarnos con nuestras propias manos antes que caer en poder de los bolcheviques.

Pernoctamos en una casita, junto al Yaga, habitada por algunos obreros que no quisieron huir o que no lo creyeron necesario. Fueron a apostarse sobre una colina desde la que podían observar toda la región hasta la sierra por la que debía aparecer el destacamento rojo. De aquella atalaya, en pleno bosque, vino corriendo uno de los obreros para decirnos:

- ¡Ay, ay de nosotros! Los rojos han llegado. Un jinete ha pasado a galope por la senda del bosque. Le llamé y no me contestó. Aunque estaba oscuro, he visto que el caballo no es de aquí.
- No digas desatinos – interrumpió un obrero –. Ese jinete era un mongol y le has tomado por un rojo.
- No, no era un mongol – replicó el vigía –. Su caballo tenía herraduras. He oído el ruido de ellas sobre el camino. Estamos perdidos.
- ¡Esta vez – dijo mi camarada – no creo que escapemos! ¡Y es estúpido acabar así!

Tenía razón. En aquel mismo instante llamaron a la puerta. Era un mongol que nos traía tres caballos para que huyésemos. Los ensillamos en seguida, cargamos en el tercero nuestra tienda y las provisiones, y partimos sin demora para despedirnos de Gay.

En su casa se celebraba una especie de consejo de guerra. Dos o tres colonos y algunos cosacos habían venido a galope de la montaña para anunciar que el destacamento rojo se acercaba a Jatyl, pero pasaría la noche en el bosque, donde los soldados vivaqueaban ya alrededor de las hogueras. En efecto, por las ventanas pudimos ver el resplandor de aquellas hogueras.

Nos pareció extraño que el enemigo esperase a la mañana estando tan cerca del lugar que quería ocupar.

Un cosaco armado perpetró en la sala y manifestó que dos hombres, sin duda pertenecientes al destacamento, se acercaban. Todos en la sala prestamos atención. De fuera nos llegó el ruido de pisadas de caballos y voces humanas. Luego golpearon la puerta.

- ¡Adelante! – dijo Gay.

Entraron dos hombres. El frío había blanqueado sus barbas y bigotes y azulado sus mejillas. Iban vestidos con capotes siberianos y gorros de astracán, pero no tenían armas. Se los interrogó. Supimos que pertenecían a una partida de labradores blancos de los distritos de Irkutsk, y a la sazón intentaban incorporarse a Kazagrandi. El jefe de la partida era un socialista, el capitán Vassilieff, perseguido en tiempo del Zar por sus opiniones.

Aunque nuestras inquietudes carecían ya de fundamento, decidimos salir inmediatamente para Muren Kure, puesto que sabíamos cuanto nos interesaba, y deseábamos dar cuenta de nuestras averiguaciones. Partimos. En el camino alcanzamos a tres cosacos que iban a detener el éxodo hacia el Sur de los amedrentados colonos. Viajamos reunidos. Desmontamos, y sobre el hielo llevamos a los caballos de las bridas. El Yaga estaba furioso. Las fuerzas subterráneas producían en el agua grandes olas, que, levantando la superficie sólida con estrépito, proyectaban en el aire pesados bloques de hielo, partiéndolos en trocitos para devorarlos bajo la corteza que quedaba intacta bajo las aguas. Unas rajas sinuosas atravesaban la superficie del río en todas direcciones. Uno de los cosacos cayó en una de aquellas quiebras, y apenas tuvimos tiempo de salvarle. Enfermo por el remojón hubo de volver a Jatyl. Nuestros caballos resbalaban y caían con frecuencia.

Los hombres y los animales sentían que sobre ellos se cernía la presencia de la muerte amenazadora. Por fin ganamos la otra orilla y proseguimos nuestro viaje hacia el Sur sin salirnos del valle, contentos de haber dejado atrás los volcanes naturales y sociales. Dieciséis kilómetros más lejos hallamos el primer grupo de fugitivos. Habían levantado una gran tienda y encendido fuego. Cerca de allí existía un gran bazar chino, pero los mercaderes no consintieron en dejar entrar a los colonos en sus vastos edificios, aunque entre ellos abundaban las mujeres, los niños y los enfermos.

Nos detuvimos una media hora. Marchábamos cómodamente, excepto en varios sitios donde se hacinaba la nieve. Atravesamos la alta sierra que separaba del Muren la cuenca del Egingol. Cerca de la cima nos sucedió una imprevista aventura. Cruzábamos la desembocadura de un extenso valle cuyo extremo superior estaba cubierto por un frondoso bosque. En la linde de él divisamos dos jinetes, que indudablemente nos acechaban. Su modo de detenerse en la silla y el aspecto de sus caballos nos reveló que no eran mongoles. Les llamamos haciéndoles señas con las manos y no nos contestaron. Del bosque salió un tercer jinete, que se paró para mirarnos. Galopamos en su dirección. Cuando estábamos a unos mil metros de ellos, echaron pie a tierra y rompieron el fuego contra nosotros. Por fortuna, como íbamos separados uno del otro, no les ofrecimos blanco fácil. Saltamos a tierra, nos aplastamos contra el suelo y nos preparamos a combatir. Sin embargo, no quisimos disparar, pensando que se trataba por su parte de algún error y que nos habían tomado por rojos. No tardaron en alejarse. Como sus armas eran europeas, no cabía duda de que ellos no eran naturales del país. Esperamos a que hubiesen desaparecido entre la espesura para ir a examinar sus huellas: sus caballos tenían herraduras, nueva prueba de que aquellos hombres no eran mongoles. ¿Quiénes podían ser? No lo supimos nunca, y, sin embargo, ¡qué importancia hubiera podido tener para nosotros si sus balas llegaban a dar en el blanco!

Después de atravesar la línea divisoria de las aguas, encontramos al colono ruso D. A. Teternikoff, de Muren Kure, quien nos invitó a detenernos en su casa, y prometió proporcionarnos camellos que pediría a los ламы.

El frío era intenso y lo hacía más penetrante aún el viento glacial. Durante el día se nos helaban los huesos, pero por la noche nos calentábamos deliciosamente al amor de la estufa de nuestra tienda.

Dos días más tarde entramos en el valle del Muren, y a lo lejos divisamos el edificio cuadrado de Kure, con sus tejados chinos y sus grandes templos rojos. A su amparo se hallaba una segunda construcción, la colonia rusochina. Dos horas de marcha nos condujeron a la morada de nuestro hospitalario compañero y de su amable esposa, quienes nos obsequiaron con una cena maravillosa y de sabrosos platos. Pasamos unos días en Muren esperando tener camellos. Durante este tiempo llegaron a Jatyl numerosos fugitivos porque el coronel Kazagrandi se replegaba poco a poco sobre la población. Entre otros, había dos coroneles, Plavako y Maklakoff, causantes de la

disgregación de las fuerzas de Kazagrandi. Los fugitivos, apenas llegados a Muren Kure, recibieron aviso de los funcionarios mongoles de que, por orden de las autoridades chinas, debían ser expulsados todos los refugiados rusos.

- ¿Y adónde iremos en pleno invierno con nuestras mujeres y nuestros hijos, si hemos perdido cuanto teníamos? – preguntaron los infelices desterrados.
- Eso no nos importa – respondieron los funcionarios mongoles –. Las autoridades chinas están furiosas y nos han ordenado expulsarlos. En nada podemos favorecerlos.

Los fugitivos tuvieron que salir de Muren Kure y armaron sus tiendas en campo raso, no lejos de allí. Plavako y Maklakoff compraron caballos y se encaminaron a Van Kure. Mucho después supimos que los dos fueron muertos por los chinos en el camino.

Conseguimos obtener tres caballos y partimos con un grupo importante de mercaderes chinos y de emigrantes rusos para volver a Uliassutai, conservando un grato recuerdo de nuestros amables protectores T. V. y A. D. Teternikoff. Los camellos nos costaron un buen precio; en efecto, el dinero en plata que nos proporcionó una casa americana de Uliassutai: tuvimos que dar treinta y un *lan*, es decir, un peso en plata de dos libras y media.

CAPITULO VIII

CASTIGO SANGRIENTO

Pronto llegamos al camino que habíamos seguido para ir al Norte y volvimos a ver las filas habituales de postes telegráficos derribados que antes nos sirvieron de combustible. Alcanzamos las colonias arboladas del norte del valle de Tisingol cuando empezaba a anochecer.

Decidimos detenernos en casa de Bobroff, y nuestros compañeros prefirieron pedir hospitalidad a Kanine en la estación de telégrafo. A la puerta de esta estaba de centinela un soldado armado con un fusil. Quien nos interrogó, preguntándonos quiénes éramos y de dónde veníamos, y satisfecho sin duda con nuestras explicaciones, avisó con un silbido a un joven oficial que salió de la casa.

- Teniente Ivanoff – dijo este, presentándose –. Estoy aquí con mi destacamento de partidarios blancos.

Había llegado de las cercanías de Irkutsk con diez hombres, poniéndose a las ordenes del teniente coronel Michailoff, de Uliassutai, quien le encargó que se apoderase de aquel puesto.

Le expliqué que quería hospedarme con los Bobroff, y al oírlo hizo un gesto de pena, diciendo:

- ¡Imposible! Los Bobroff han sido asesinados y su casa está medio destruida. No pude contener un grito de horror. El teniente continuó:
- Kanine y los Puzikoff les mataron, saquearon su casa y luego les prendieron fuego con los cadáveres dentro. ¿Queréis verlo?

Mi camarada y yo acompañamos al teniente a la casa destruida. Los montantes carbonizados, se levantaban en medio de las vigas y las tablas ennegrecidas por el fuego, y por todas partes había esparcidas piezas de vajilla y de batería de cocina. En un lado, debajo de una sábana, descansaban los cuerpos de los cuatro infortunados. El teniente me dio algunas explicaciones.

- He expuesto el caso a Uliassutai y me han manifestado que los parientes van a venir con dos oficiales para hacer un atestado. Por eso no he enterrado los cadáveres.
- Pero ¿cómo ha sucedido? -pregunté, con el corazón oprimido por el triste espectáculo. He aquí el relato del oficial:
- Me acercaba de noche al Tisingol con mis diez soldados. Temiendo la presencia de los rojos, nos aproximamos cautamente a la estación y miramos por las ventanas. Vimos a Puzikoff y a la muchacha del pelo corto examinando y repartiendo ropas y objetos diversos y pesando lingotes de plata. Al principio no di importancia a la escena; pero comprendiendo que era

preciso obrar con precaución, ordené a uno de mis soldados que saltase la cerca y abierta la puerta nos precipitamos al patio. La primera que salió corriendo fue la mujer de Kanine, que levantó las manos gritando horrorizada: “Ya sabía yo que nos sucedería después de eso alguna desgracia”. Perdió el sentido. Uno de los hombres se escapó por la puerta lateral hasta un cobertizo del patio e intentó escalar la empalizada. Yo no le había visto, pero uno de mis soldados se apoderó de él. Kanine nos recibió en la sala; estaba lívido y tembloroso. Adiviné que algo grave acababa de pasar y le prendí inmediatamente. A mis preguntas solo contestaban con el silencio, salvo la señora Kanine, que, de rodillas y con las manos tendidas, suplicaba: “¡piedad, piedad para mis hijos; son inocentes!”.

La muchacha de pelo corto nos miraba con aire desvergonzado y burlón, echándome a la cara el humo de su cigarrillo. Tuve que amenazarla.

- Sé que habéis cometido un crimen – les dije –, pero no queréis confesarlo. Si continuáis callando, fusilaré a los hombres y llevaré a las mujeres atadas codo con codo a Uliassutai para que sean juzgadas.

Hablé con voz firme y decidida, porque me habían puesto fuera de mí. Entonces, la muchacha del pelo corto exclamó, produciéndome verdadero asombro:

- Voy a contarlo todo.

Mandé que trajesen tinta, papel y pluma. Mis soldados sirvieron de testigos y me dispuse a redactar el atestado consignando la confesión de la mujer de Puzikoff. Oí lo que me dijo:

- Mi marido y yo somos comisarios bolcheviques y estamos aquí para averiguar el número de oficiales blancos refugiados en Mongolia. Pero el viejo Bobroff nos conocía. Quisimos irnos. Kanine nos detuvo, diciéndonos que Bobroff era rico y que tenía pensado asesinarle y saquear su finca. Consentimos en ayudarlo. Citamos al joven Bobroff invitándole a venir a jugar a las cartas con nosotros. Cuando volvía a su granja, mi marido le siguió y le mató. Luego fuimos todos a casa de Bobroff. Yo salté la cerca y eché carne envenenada a los perros, que murieron a los pocos minutos. Entonces todos penetramos en la posesión. La primera persona que salió fue la mujer de Bobroff. Puzikoff, oculto detrás de una puerta la mató a hachazos. Al viejo le aplastamos la cabeza mientras dormía. La pequeñuela acudió a la alcoba al oír el ruido y Kanine la mató de un balazo en la frente. En seguida saqueamos la casa y le prendimos fuego, destruyendo incluso los caballos y el ganado. Todo hubiera ardido sin dejar rastro, pero llegasteis de improviso y esos imbéciles nos vendieron.
- Fue espantoso – continuó diciendo el teniente, cuando volvíamos a la estación –. Yo estaba horrorizado oyendo el relato de aquella criatura que con tanta calma me refería el crimen. Era casi una niña. Entonces comprendí a qué grado de depravación llevaría al mundo el bolchevismo extinguiendo la fe, el temor de Dios y la conciencia, como asimismo la necesidad de que todas las personas honradas luchan implacablemente contra ese peligroso enemigo de la Humanidad, mientras le quede el menor soplo de vida.

Al regresar observé a un lado del camino un bulto negro que atrajo mi atención.

- ¿Qué es eso? – pregunté.
- Es el asesino Puzikoff, a quien maté de un tiro de revolver – respondió el teniente –. Hubiera, además, matado a Kanine, pero me inspiraron lástima su mujer y sus hijos, y en cuanto a la querida de Puzikoff, yo no sé todavía matar mujeres por malas que sean. Voy a enviarlos a Uliassutai, bajo la vigilancia de mis soldados, y haréis el viaje en su compañía. Allí sufrirán la pena que merecen, pues seguramente los mongoles que los juzguen los condenarán a muerte.

Tales fueron los acontecimientos acaecidos en Tisingol, en cuyas riberas revoloteaban los fuegos fatuos sobre las charcas pantanosas y cerca del cual pasaba una fisura de trescientos kilómetros de largo que el último temblor de tierra abrió en el suelo.

¿No habrán salido de ese abismo Los Puzikoff, los Kanine y los demás espíritus infernales que han venido a poblar el mundo de crímenes y horrores? Uno de los soldados del teniente Ivanoff, mozo pálido, muy devoto, los llamaba los secuaces de Satán.

Nuestro regreso a Uliassutai, en unión de aquellos criminales, fue bastante desagradable. Mi

camarada y yo habíamos perdido nuestra acostumbrada energía. Kanine estaba sumido en sus pensamientos, y la muchacha desvergonzada reía, fumaba y bromeaba con los soldados o con algunos de nuestros compañeros. Por fin atravesamos el Jagisstai, y unas horas después divisamos primero la fortaleza y luego las casas bajas de adobe, agrupadas en la llanura: era Uliassutai.

CAPITULO IX

DIAS DE ANGUSTIA

Una vez más nos vimos arrastrados en el torbellino de los acontecimientos. Durante los quince días de nuestra ausencia habían pasado muchas cosas. El comisario chino Wang-Tsao-Tsun enviaba mensajeros y mensajeros, hasta once, a Urga, y ninguno de ellos volvía. La situación en Mongolia distaba mucho de ser clara. El destacamento ruso aumentaba sin cesar con la llegada de nuevos colonos y continuaba secretamente su existencia ilegal, aunque los chinos lo sabían de sobra por su omnipotente organización de espionaje. En la ciudad, ninguno de los súbditos, rusos o extranjeros, salía de su casa; todos estaban armados, dispuestos a actuar. Por la noche, los centinelas montaban guardia en los patios. Todas estas precauciones se debían a la actitud de los chinos. Estos, por orden del comisario, y especialmente los comerciantes provistos de fusiles armaron a su personal y facilitaron las armas restantes a los funcionarios, que organizaron un batallón de doscientos hombres. Se apoderaron luego del arsenal mongol y distribuyeron las armas que en él cogieron entre los hortelanos del *nagan huschun*, donde había siempre una población flotante de jornaleros chinos, la hez del pueblo. Este populacho se sentía fuerte a la sazón; se reunían para discutir con pasión y se preparaban indudablemente para realizar una fechoría. Por la noche, los *coolies* sacaban de los almacenes las cajas de municiones para llevarlas al *nagan huschun*, y la actitud de aquella gentuza iba siendo de una audacia intolerable. Los *coolies* y los irregulares detenían y cacheaban a los transeúntes, esforzándose en provocar reyertas que les permitiesen apoderarse de los objetos que codiciaban. Supimos, en secreto, de origen chino, que los chinos preparaban un *pogrom* o matanza de los rusos y mongoles de Uliassutai. Sabíamos de sobra que bastaba prender fuego a una sola casa, en sitio a propósito, para que toda la aglomeración de edificios de madera ardiera por los cuatro costados. La población entera se dispuso a defenderse; aumentamos el número de centinelas en los cercados, se designaron jefes de los distintos barrios de la ciudad, se organizó un cuerpo de bomberos-zapadores y se aprestaron caballos, carretas y provisiones en el caso de una huida precipitada. La situación empeoró cuando llegó la noticia de que en Kobdo los chinos habían hecho un *pogrom*, matando a varios engoles y quemando la ciudad, después de una orgia de devastación y pillaje. La mayoría de los habitantes huyeron de noche a los bosques de la montaña, sin abrigo ni alimentos. Los días siguientes, los montes que rodean a Kobdo oyeron los ayes de angustia y de muerte.

El frío glacial y el hambre causaron la muerte de bastantes mujeres y niños, expuestos al aire libre, a la temperatura de un invierno de Mongolia. Los chinos tuvieron conocimiento de todo esto,

se limitaron a reír y organizaron a toda prisa una gran reunión en el *nagan huschun* para discutir la cuestión de saber si podrían entregar la ciudad al populacho y a los irregulares.

Un joven chino, hijo de un cocinero empleado en casa de uno de los colonos, nos descubrió la conspiración. Acordamos practicar en seguida una investigación. Un oficial ruso se unió a mi camarada y a mí, y guiados por el joven chino, que se prestó a ello, recorrimos los arrabales de la ciudad. Aparentábamos ir dando un sencillo paseo; pero no tardamos en ser detenidos por el centinela chino que guardaba la salida de la población en el camino que conducía al *nagan huschun*. Nos advirtió, con tono hostil, que nadie estaba autorizado para salir del recinto. Mientras hablábamos observé que entre la ciudad y el *nagan huschun* había apostados centinelas chinos a lo largo del camino y que una multitud de chinos se dirigía hacia aquel lado. Vimos en seguida que era imposible llegar a la reunión por aquella parte, y buscamos otro camino. Salimos del Este, bordeamos el campamento de los desgraciados mongoles, reducidos a la indigencia por las depreciaciones de la administración china, los cuales evidentemente esperaban con ansiedad saber el rumbo que iban a tomar las cosas, porque, a pesar de la hora avanzada de la noche, estaban todos despiertos. Nos deslizamos sobre el hielo y dimos la vuelta por la orilla del río en dirección al *nagan huschun*. Al pasar al exterior de la población avanzamos con precaución, ocultándonos detrás de todos los obstáculos. Íbamos armados de revólveres y granadas, y sabíamos que un pequeño destacamento se hallaba dispuesto cerca de allí y acudiría en nuestro auxilio si corríamos algún peligro. Al principio el joven chino marchaba a la cabeza con todos nosotros, con mi camarada, pegado a sus pasos como una sombra, recordándole de cuando en cuando que le estrangulaba como a un pollo si hacía el menor gesto para vendernos. Creo firmemente que al pobre muchacho no le agradaba nada la expedición, asustado de que mi gigantesco amigo le siguiese jadeante, con tan pocas pacíficas intenciones. Al fin avistamos las empalizadas del *nagan huschun*, y ya solo nos separaba de él la llanura rasa, en la que era muy difícil distinguir nuestro grupo, por lo que decidimos acercarnos arrastrándonos uno a uno, sin que mi compañero se separase del sospechoso chino. Por fortuna, había en el llano unos montones de estiércol, helados, que nos sirvieron para ocultar nuestro avance hacia el límite del cercado. Las voces del gentío excitado nos valieron para orientarnos. Aprovechamos la oscuridad para escuchar y observar, y reparamos, en nuestra inmediata vecindad, en dos cosas extraordinarias.

Otro espectador invisible asistía al mismo tiempo que nosotros a la asamblea china. Estaba tumbado en el suelo, con la cabeza metida en un agujero que los chinos habían abierto en la valla. Permanecía completamente inmóvil, y era indudable que no se daba cuenta de nuestra presencia. Cerca de él, en una zanja, estaba echado un caballo blanco con la nariz tapada con un trapo, y algo más allá había otro caballo ensillado y amarrado a un poste.

En el patio reinaba un barullo infernal. Dos mil hombres vociferaban, discutían, enarbolaban sus fusiles con ademanes frenéticos. Casi todos estaban armados de fusiles, revólveres, sables y hachas. Entre la multitud circulaban los irregulares hablando constantemente y distribuyendo unas hojas que contenían instrucciones. Por último, un chino gordo, de anchos hombros, subió al brocal de un pozo, blandió su fusil sobre su cabeza y comenzó una arenga con voz fuerte y campanuda.

- Dice a esa gente – nos dijo nuestro intérprete – que deben imitar aquí lo que los chinos han hecho en Kobdo y que deben exigir del comisario chino la promesa de que ordenará a su guardia que no impida la ejecución del plan trazado. Les dice también que el comisario chino debe entregarles todas las armas que poseen los rusos y después vengarse sobre estos de su crimen de Blogoveschensk, en 1900, cuando ahogaron a tres mil chinos. Estad aquí – añade – mientras que yo voy a conferenciar con el comisario.

Saltó del brocal y se dirigió rápidamente a la puerta que daba a la explanada exterior. En seguida vi que el hombre tumbado sacaba la cabeza del agujero, levantaba al caballo blanco del foso y corría a desatar al otro caballo, poniéndole a nuestro lado en sentido opuesto a la ciudad. El orador salió, y notando que su caballo se hallaba del otro lado de la cerca, se terció su fusil en bandolera y se dirigió a su cabalgadura. No había andado la mitad el camino, cuando el extranjero escondido en el rincón de la empalizada arrancó bruscamente a galope, y como un relámpago cogió al hombre, le levantó en vilo y le colocó atravesado sobre el arzón y, amordazándole con un pedazo

de tela, espoleó a su caballo, perdiéndose de vista en dirección occidental.

- ¿Quién pensáis que es? – pregunté a mi amigo.

Me repuso sin vacilar:

- Tuchegun Lama.

Todo en él recordaba al misterioso lama vengador, y la manera de apresar a su enemigo se parecía a las hazañas de Tuchegun. Más tarde, ya entrada la noche, supimos que algún tiempo después de la partida del orador que les ayudase en su empresa, la cabeza cortada del emisario había sido arrojada por encima de la empalizada en medio del auditorio que le aguardaba y que ocho irregulares habían desaparecido entre el *huschun* y la ciudad sin dejar rastros. El acontecimiento atemorizó a la población china y calmó los ánimos exaltados.

Al día siguiente recibimos un socorro inesperado. Un joven mongol llegó a galope de Urga, el capote desgarrado, los cabellos despeinados cayéndole sobre los hombros, un revólver al cinto. Dirigióse sin perder tiempo al mercado donde los mongoles se reúnen siempre, y gritó sin apearse del caballo:

- Urga ha sido tomada por los soldados mongoles y el Chiang Chun (general) barón Ungern. ¡Bogdo Hutuktu es nuestro Kan! ¡Mongoles, matad a los chinos y saquead sus tiendas! ¡Ya no somos esclavos!

La multitud se conmovió. El jinete fue rodeado por las masas y objeto de toda clase de preguntas. El anciano *sait* mongol Chultun Beyli, había sido destituido por los chinos, informado de la noticia, pidió que se le presentase el mensajero. Después de interrogarle, le detuvo por excitación a la rebelión, pero se negó a entregarle a las autoridades chinas.

Yo acompañaba al *sait* en aquel momento y le oí emitir su opinión sobre el caso. Cuando el comisario chino Wang Tsao-Tsun amenazó al *sait*, acusándole de desobediencia, el anciano se limitó a repasar las cuentas de su rosario, diciendo:

- Creo que este mongol no miente y que pronto estarán cambiados nuestros papeles.

Adiviné que Wang Tsao-Tsun creía también en la exactitud de la noticia, porque no insistió. Desde aquel momento los chinos desaparecieron de las calles de Uliassutai como si los hubiera tragado la tierra, y simultáneamente les reemplazaron las patrullas de oficiales rusos y de colonos extranjeros. Una carta recibida por entonces aumentó más el pánico de los chinos: comunicaba que los mongoles de Alti, mandados por el oficial tártaro Waigorodoff, habían perseguido a los saqueadores chinos que huían con el botín recogido en el saco de Kobdo, alcanzándoles y arrollándoles en los límites del Sinkiang. La carta decía también que el general Bakitch y los seis mil hombres internados con él por las autoridades chinas a orillas del Amyl habían recibido armas, partiendo para unirse al *attaman* Anenkoff, concentrado en Kuldja, a fin de ponerse en contacto con el barón Ungern. Estos rumores carecían de fundamento, porque ni Bakitch ni Anenkoff podían hacer lo que se les atribuía: Anenkoff había sido deportado por los chinos al fondo del Turquestán. Sin embargo, la noticia produjo entre los chinos verdadera consternación.

Precisamente por entonces llegaron a casa del colono ruso bolchevique Burdukoff tras agentes del Soviet de Irkutsk, llamados Saltikoff, Freimann y Novak, los cuales laboraron cerca de las autoridades chinas para convencerlas de que desarmasen a los oficiales rusos y los entregasen a los rojos.

Persuadieron a la Cámara de Comercio china para que pidiese al Soviet de Irkutsk que enviase un destacamento de rojos a Uliassutai a fin de proteger a los chinos de los destacamentos blancos. Freimann trajo consigo impresos de propaganda comunista en idioma mongol e instrucciones para empezar la reconstrucción de la línea telegráfica de Irkutsk. Burdukoff también recibió mensajes de los bolcheviques. El cuarto se dio buena maña y pronto Wang Tsao-Tsun compartió sus puntos de vista. De nuevo tornaron los días angustiosos en que era de temer una matanza de europeos. Los oficiales rusos esperaban ser detenidos de un momento a otro. El representante de una de las casas americanas me acompañó a visitar al comisario para parlamentar con él. Le evidenciamos la ilegalidad de sus actos, porque no estaba autorizado su gobierno para tratar con los bolcheviques mientras que el Gobierno de los soviets no estuviese reconocido por el de Pekín. Los funcionarios chinos revelaban que les pesaba nos hubiésemos enterado de sus

conveniencias con los agentes bolcheviques y nos aseguraron que su guardia de Policía bastaba para impedir toda alteración del orden publico. Ciertamente que su Policía era excelente, pues se componía de soldados veteranos y disciplinados a las ordenes de su oficial serio e inteligente; pero ¿qué podrían hacer ochenta soldados contra un populacho de tres mil *coolies*, mil comerciantes armados y doscientos irregulares? Insistimos acerca de lo fundado de nuestros temores y le instamos para que impidiese toda efusión de sangre, previniéndole que la población extranjera y rusa se hallaba resuelta a defenderse hasta el último extremo. Wang se apresuró a ordenar que se establecieran guardias de Policía en las calles, y esto ocasionó curiosas escenas, puesto que las patrullas chinas, extranjeras y rusas recorrían la población. Entonces ignorábamos que contábamos con trescientos hombres aguerridos: la partida de Tuchegun Lama, que, dispuesta a socorrernos, se ocultaba en la fragosidad de la montaña próxima.

De nuevo cambió bruscamente la situación. El *sait* mongol fue avisado por los lamas del monasterio inmediato de que el coronel Kazagrandi, después de derrotar a los irregulares chinos se había apoderado de Van Kure y constituido dos brigadas de caballería rusomongolas, movilizandolos a los mongoles por orden del Buda vivo y a los rusos por la del barón Ungern. Algunas horas más tarde se supo que en el gran monasterio de Dzain, los soldados chinos habían matado al capitán Barsky y que, en represalia, las tropas de Kazagrandi se apresuraron a atacar y expulsar a los chinos de aquel sitio. En el momento de la toma de Van Kure, los rusos apresaron a un comunista coreano que procedía de Moscú con dinero y folletos de propaganda y se dirigía a Corea y America. El coronel Kazagrandi envió al coreano con su dinero al barón Ungern. Al saber esto, el jefe del destacamento ruso hizo prender a los agentes bolcheviques y les sometió a un consejo de guerra al mismo tiempo que a los asesinos de Bobroff. Respecto a Saltikoff y Novak, hubo dudas; además, Saltikoff consiguió evadirse, mientras que Novak, con anuencia del teniente coronel Michailoff, partió para el Oeste. El jefe del destacamento ruso dispuso la movilización de los colonos rusos y se proclamó francamente protector de Uliassutai con la aquiescencia táctica de las autoridades mongolas.

El *sait* mongol Chultun Beyli, reunió una asamblea de príncipes mongoles de la región, el alma de la cual era el célebre patriota mongol Hun Jap Lama. Los príncipes exigieron sin dilación de los chinos que evacuasen todo el territorio sometido antes a la jurisdicción del *sait* Chultun Beyli. Hubo negociaciones, amenazas y riñas entre los elementos chinos y mongoles. Wang Tsao-Tsun propuso un proyecto de acuerdo, que algunos príncipes mongoles aceptaron; pero Jap Lama, en el momento decisivo, tiró al suelo su puñal y juró que se daría muerte antes de firmar aquel vergonzoso pacto. Como consecuencia fueron rechazadas las proposiciones chinas, y los antagonistas comenzaron sus preparativos para la lucha. Movilizáronse todos los mongoles de Jassaktu Jan, Sain Noion Jan y de los dominios de Jahantsi Lama. Las autoridades chinas pusieron en posición sus cuatro ametralladoras y se dispusieron a defender la fortaleza. Continuaron las deliberaciones entre los chinos y los mongoles. Un día, nuestro antiguo conocido Zerén vino a buscarme en mi condición de extranjero imparcial, participándome que tanto Wang Tsao-Tsun como Chultun Beyli me rogaban que mediase para calmar a los dos elementos hostiles, redactando un acuerdo equitativo para ambos. Igual petición se hizo al representante de la casa americana. La tarde siguiente celebramos nuestra primera reunión arbitral en presencia de los delegados chinos y mongoles. Fue borrascosa y apasionada y perdimos la esperanza de llevar a cabo con éxito nuestra misión. Sin embargo, a medianoche, cuando los oradores estaban cansados, conseguimos establecer una avenencia acerca de dos puntos: los mongoles declararon que no querían hacer la guerra y que deseaban zanjar el asunto conservando la amistad del gran pueblo chino, mientras que el comisario chino reconocía que China había violado los Tratados que legalmente concedían a Mongolia plena y completa independencia.

Estos dos puntos constituyeron las bases de las deliberaciones en la segunda reunión y nos proporcionaron el fundamento para la reconciliación. Las negociaciones prosiguieron durante tres días y acabaron por tomar un giro que nos permitió formular nuestras posiciones de acuerdo. Los artículos principales establecían que las autoridades chinas debían de volver a los mongoles los poderes administrativos y las armas, desarmar a los doscientos irregulares y abandonar el país; los

mongoles, por su parte, se obligaban a dejar salir de su país con armas y bagajes al comisario chino y su escolta de ochenta soldados. El Tratado chinomongol de Uliassutai fue firmado por los comisarios chinos Wang Tsao-Tsun y Fu-Hsiang, por los dos *sait*s mongoles, por Hun Jap Lama y los demás príncipes, por los presidentes de las Cámaras de Comercio rusa y china, y por nosotros en calidad de árbitros. Los funcionarios chinos y su guardia empezaron inmediatamente a preparar sus equipajes para la marcha. Los comerciantes chinos permanecieron en la ciudad porque el *sait* Chultun Beyli, que había recuperado sus atribuciones, les garantizó su seguridad. Llegó el día de la partida. Los camellos cargados ocupaban ya el patio del *yamen*, y los hombres solo esperaban los caballos que debían venirles de la llanura. De repente se difundió el rumor de que los caballos habían sido robados durante la noche y conducidos al Sur. De los dos soldados expedidos a su alcance solo volvió uno, refiriendo que su compañero había sido muerto. El asombro que el suceso produjo en la población causó entre los chinos un verdadero pánico, el cual aumentó cuando los mongoles, que venían de una parada de posta del Este, manifestaron que en distintos sitios del camino de Urga habían descubierto los cadáveres de dieciséis de los soldados enviados por Wang Tsao-Tsun como correos de gabinete. Pronto aclaramos el misterio.

El jefe del destacamento ruso recibió una carta de un coronel cosaco, V. N. Domojiroff, conteniendo la orden de desarmar inmediatamente las guarnición china, de prender a los funcionarios chinos y de trasladarlos bien custodiados a Urga para ser entregados al barón Ungern y de apoderarse de Uliassutai, por la fuerza si era preciso, reuniéndose luego a su destacamento. Al mismo tiempo llegó al galope un mensajero de Hutuktu de Narabanchi, portador de una carta, participando que una partida rusa, al mando del Hun Boldon y del coronel Domojiroff, habían saqueado los almacenes chinos, matando a los mercaderes y presentándose en el monasterio reclamando caballos y víveres.

El Hutuktu reclamaba auxilio, porque el feroz conquistador de Kobdo, Hun Boldon, podía con facilidad entrar a saco en el monasterio, aislado y sin protección. Recomendamos con insistencia al teniente coronel Michailoff que no violase el Tratado que acababa de ser firmado para no desalentar a los extranjeros y a los rusos que habían tomado parte en su redacción, pues ello equivaldría a imitar el principio bolchevique, que hace de la traición el arma principal del gobierno. El argumento convenció a Michailoff, y respondió a Domojiroff que Uliassutai estaba ya en su poder sin combate, que en el hotel del antiguo consulado ondeaba la bandera tricolor de Rusia, que los irregulares habían sido desarmados pero que era imposible cumplir las demás ordenes sin romper el Tratado chinomongol recién pactado en Uliassutai.

Diariamente llegaban emisarios enviados por el Hutuktu de Narabanchi. Las noticias eran cada vez más alarmantes. El Hutuktu manifestaba que Hun Boldon estaba en vía de movilizar a los mendigos y cuatreros, a quienes armaba e instruía militarmente; que los soldados se apoderaban de los carneros del monasterio; que el *joyón* Domojiroff se hallaba borracho constantemente y que sus reclamaciones no merecían otra respuesta que sarcasmos e injurias. Los enviados debían dar datos muy vagos sobre la fuerza del destacamento, pues unos hablaban de treinta hombres y otros afirmaban que Domojiroff disponía de ochocientos soldados. No sabíamos que pensar, y pronto dejaron de venir mensajeros. Todas las cartas del *sait* quedaron sin contestación y sus portadores no regresaron: era de suponer que les mataban o hacían prisioneros.

El príncipe Chultun Beyli decidió ir en persona. Llevó con él a los presidentes de las Cámaras de Comercio rusa y china y a dos oficiales mongoles. Pasaron tres días sin que tuviésemos noticias de ellos. Los mongoles comenzaron a inquietarse y Hun Jap Lama y el comisario chino dirigieron una súplica al grupo de extranjeros para que alguien fuese a Narabanchi a fin de procurar resolver la dificultad de reconocer el Tratado, no permitiendo la afrentosa ruptura de un Convenio de los dos grandes pueblos. Nuestro grupo me pidió una vez más que me sacrificase por el bien público. Elegí para intérprete a un joven colono ruso, sobrino de Bobroff, admirable jinete, valiente y sereno. El teniente coronel Michailoff me cedió uno de sus ayudantes. Provistos de una *tzara* que nos aseguraba los mejores caballos de posta y los guías más aptos, recorrimos rápidamente el camino, ya familiar para mí, que conducía al monasterio de mi querido amigo Jelib Djamszap, Hutuktu de Narabanchi. Aunque la capa de nieve era espesa en ciertos parajes, hicimos entre ciento

sesenta y doscientos kilómetros por día.

CAPITULO X

LA BANDA DE “HUNGHUBZES” BLANCOS

Llegamos a Narabanchi entrada la noche del tercer día. Al aproximarnos vimos varios jinetes que, en cuanto nos divisaron, se dirigieron a galope al monasterio. Durante un rato buscamos el campamento ruso, sin encontrarlo. Los mongoles nos condujeron al monasterio, donde Hutuktu me recibió inmediatamente. En su *yurta* estaba sentado Chultun Beyli. Me presentó unos *hatyks* y me dijo:

- Dios mismo os trae aquí para ayudarnos en estos tiempos difíciles.

Domojiroff había prendido a los dos presidentes de las Cámaras de Comercio y amenazaba al príncipe Chultun con hacerle fusilar; pero ni él ni Hun Boldon tenían documentos oficiales que legalizasen sus actos. Chultun Beyli preparaba la lucha contra ellos. Le rogué que me llevasen a la presencia del coronel cosaco. En la oscuridad vi cuatro grandes *yurtas* y dos centinelas mongoles provistos de fusiles rusos. Entramos en la tienda del *joyón* cosaco. Una extraña escena se ofreció a mi mirada atónita. En medio de la *yurta* ardía un brasero. En el sitio donde suele levantarse el altar había un trono en el cual se hallaba sentado el coronel Domojiroff, viejo, alto, seco y canoso. Estaba en paños menores y descalzo. En torno al brasero había doce jóvenes, tendidas en posturas variadas y pintorescas. Mi compañero, el oficial, dio cuenta a Domojiroff de los acontecimientos ocurridos en Uliassutai, y durante la conversación pregunté al caudillo por el campamento de su hueste. Se echó a reír y me respondió haciendo una señal con la mano: “Este es mi ejército”. Le dije que la clase de sus órdenes nos había hecho creer que contaba con fuerzas importantes. Luego le comuniqué que el teniente coronel Michailoff se disponía a combatir a las tropas bolcheviques que se acercaban a Uliassutai.

- ¿Cómo? – exclamó con el miedo y la confusión pintados en el rostro –; ¡los rojos!
- Pasamos la noche en su *yurta*, y cuando iba a acostarme, el oficial me dijo en voz baja:
- Tenga el revólver siempre a mano.
- Yo le tomé a broma y le contesté:
- Hombre, estamos entre blancos, y, por consiguiente, seguros.
- ¡Hum!, por si acaso – respondió el oficial, guiñándome un ojo.

Al día siguiente invité a Domojiroff a dar un paseo conmigo por la llanura y le hablé con franqueza de lo que había sucedido. El y el cabecilla Hun Boldon tenían órdenes del barón Ungern de ponerse a disposición del general Bakitch, pero en vez de eso se dedicaron a saquear los almacenes chinos situados en el camino y a él se le metió en la cabeza llegar a ser un gran

conquistador. En sus andanzas se reunieron con él unos cuantos oficiales, desertores de las fuerzas del coronel Kazagrandi, quienes formaban su banda actual. Logré persuadirle de que arreglase las cosas por buenas con Chultun Beyli y de que se respetase el Tratado. En seguida se encaminó al monasterio. A la vuelta me crucé con un mongol corpulento, de rostro feroz, que vestía de seda azul. Era Hun Bolbon. Se dirigió a mí hablándome en ruso. Acababa yo de quitarme el capote en la tienda de Domojiroff, cuando un secuaz del jefe mongol entró corriendo, invitándome a ir a la tienda del vencedor de Kobdo. Este habitaba precisamente al lado de una magnífica *yurta* azul. Conocedor de las costumbres mongolas, monté a caballo para recorrer los diez pasos que me separaban de su puerta. Hun Boldon me recibió con desdeñosa altivez.

- ¿Quién es este? – preguntó al intérprete, señalándome con el dedo.

Comprendí su intención de mortificarme y le respondí del mismo modo, o sea le señalé con el dedo, y volviéndome hacia el intérprete le hice la pregunta en el tono más insultante que pude hallar.

- ¿Quién es este? ¿Un gran príncipe y guerrero o un bestia y pastor?

Boldon perdió en seguida la serenidad, y con voz temblorosa, pues toda su actitud demostraba intensa agitación, me echó en cara que no permitiría intervenir en sus asuntos y que arrollaría a cuantos pretendiesen desbaratarle sus planes. Dio un puñetazo en la mesa, se levantó y sacó su revólver. Yo había viajado mucho entre nómadas y los conocía de sobra, tanto a los príncipes y lamas como a los pastores y bandidos. Cogí mi látigo, y golpeando la mesa con toda mi fuerza, le dije al intérprete:

- Hacedle saber que tiene el honor de hablar con un extranjero que no es mongol ni ruso, sino ciudadano de un gran Estado libre. Decidle que aprenda primero a ser hombre y que luego vaya a visitarme si quiere entrevistarse conmigo.

Le volví la espalda y salí. Diez minutos después, Hun Bolbon entraba en mi *yurta* y me presentaba sus disculpas. Le convencí de que debía parlamentar con Chultun Beyli y no seguir ofendiendo al pueblo mongol con sus atrocidades. Aquella misma tarde quedó todo arreglado. Hun Boldon licenció a sus mongoles y se retiró a Kobdo, mientras que Domojiroff y su banda partían para Jasaktu Jan, a fin de activar la movilización de los indígenas. Con la venia de Chultun Beyli, escribí a Wang Tsao-Tsun, pidiéndoles que desarmase su guardia, puesto que todas las tropas chinas de Urga habían hecho lo propio; pero la carta llegó cuando Wang, disponiendo ya de camellos en sustitución de los caballos robados, se había puesto en camino hacia la frontera. Más tarde, el teniente coronel Michailoff envió un destacamento de cincuenta hombres, mandados por el teniente Strigine, a los alcances del gobernador chino para que recogiese las armas de los soldados de este.

CAPITULO XI

EL MISTERIO DEL TEMPLO

El príncipe Chultun Beyli y yo estábamos dispuestos a abandonar Narabanchi Kure. Mientras que Hutuktu oficiaba en honor del *sait*, en el templo de la Bendición, yo me paseé por los alrededores, recorriendo las angostas sendas que bordeaban las casa de los lamas, de los distintos grados: Geolongs, Getuls, Chaidje y Rabdjambe; las escuelas donde enseñan los sabios doctores en Teología (Maramba), al mismo tiempo que lo hacen los doctores en Medicina (Ta Lama); las hospederías de estudiantes (Bandi); los almacenes, los archivos y las bibliotecas.

Cuando volvía a la *yurta* del Hutuktu, este me aguardaba. Me ofreció un gran *hatyk* y me propuso dar un paseo por el monasterio. Su semblante tenía una expresión preocupada que me hizo comprender que deseaba decirme algo importante. Al salir de la *yurta*, el presidente de la Cámara de Comercio rusa, recién puesto en libertad, y un oficial ruso se unieron a nosotros. El Hutuktu nos condujo a un pequeño edificio situado precisamente detrás de un muro de un amarillo deslumbrador.

- En este edificio se han albergado una vez el Dalai Lama y Bogdo Kan; nosotros acostumbramos pintar de amarillo las casas donde han habitado estas santas personas. ¡Entrad!

El interior estaba espléndidamente decorado. En la planta baja se hallaba el comedor, amueblado con mesas de madera maciza, ricamente tallada, y aparadores cargados de porcelanas y bronce. Dos piezas constituían el piso de arriba: primero, una alcoba aderezada con pesadas cortinas de seda amarilla; una gran linterna china, lujosamente engastada de piedras multicolores, colgaba, por medio de una fina cadena de bronce, de una viga esculpida del techo. Había allí un amplio lecho cuadrado cubierto de almohadones de seda, edredones y colchas. La cama era de ébano de China y tenía como remate de las columnas que sostenían el cielo del techo unas estatuas bellamente ejecutadas, representando como motivo principal al dragón de la tradición devorando al Sol. Junto a la cama se alzaba una cómoda completamente cuajada de figuras y grupos, figurando escenas religiosas. Cuatro butacas que incitaban al reposo completaban el mobiliario, con el trono oriental bajo, puesto sobre un estado en el fondo de la estancia.

- ¿Veis ese trono? – me dijo el Hutuktu –. Una noche de invierno llegaron al monasterio varios jinetes y pidieron que todos los *gelons* y *gatuls*, con el Hutuktu y el Kampo a su frente, se congregaran en esta estancia. Entonces uno de los extranjeros se subió al trono y se quitó su *bachlik*; es decir, su peluca. Todos los lamas cayeron de rodillas porque habían

reconocido al hombre de quien se viene tratando desde los siglos más remotos en las bulas sagradas del Dalai Lama, del Tashi Lama y del Bogo Kan. Es el hombre al que pertenece el mundo entero y que ha penetrado en todos los misterios de la Naturaleza. Rezó una corta oración en tibetano, bendijo a todos los auditores e hizo profecías para la mitad del siglo siguiente. De esto hace treinta años, y en el intervalo todas las profecías se han cumplido. Durante sus plegarias ante el pequeño altar, en la sal próxima, la puerta que veis se abrió sola, los cirios y antorchas que había en el altar se encendieron espontáneamente y los incensarios sagrados, sin lumbre, despidieron al aire vaporosas olas de incienso, que llenaron la habitación. Luego, sin previo aviso, el rey del mundo y sus compañeros desaparecieron. Tras él no quedó el menor rastro, pues los mismos pliegues del ropaje de seda que cubría el trono se estiraron, dejándole como si nadie se hubiese sentado allí.

El Hutuktu penetró en el santuario, se arrodilló, tapándose los ojos con las manos, y empezó a rezar. Miré le rostro tranquilo e indiferente del Buda dorado, sobre el cual las lámparas vacilantes proyectaban sobras movedizas, y luego dirigí la vista al lado del trono. ¡Oh cosa maravillosa y difícil de creer! Vi realmente ante mí un hombre fuerte, musculoso, de tez bronceada y expresión severa, acentuada en la boca y en las mandíbulas. El brillo de sus ojos prestaba a su fisonomía extraordinario realce. A través de su cuerpo transparente, envuelto en una capa blanca, leí las inscripciones, en tibetano, del respaldo del trono. Cerré los ojos y al poco los abrí de nuevo. Ya no había nadie, pero el almohadón de seda del trono me pareció que se movía.

- Es nerviosismo – me dije –, una tendencia a la impresionabilidad anormal, producida por una tensión de espíritu desacostumbrada.

El Hutuktu se volvió hacia mí y me dijo:

- Dadme vuestro *hatyk*. Noto que estáis inquieto por la suerte de los vuestros y quiero rezar por ellos. Orad también, implorada Dios y dirigid las miradas del alma al rey del mundo que pasó por aquí y santificó este lugar.

El Hutuktu colocó el *hatyk* en el hombro de Buda y, prosternándose sobre la alfombra delante del altar, murmuró una oración. Luego levantó la cabeza y me hizo una seña con la mano:

- Mirad el espacio oscuro detrás de la estatua de Buda, y en él veréis a los que amáis.

Obedecí inmediatamente su orden, dada con voz grave, y fijé mi vista en el nicho sombrío que me había indicado. Pronto en las tinieblas comenzaron a aparecer unas nubecillas de humo y de hilos transparentes. Flotaban en el aire haciéndose cada vez más densas y numerosas, hasta el momento en que, poco a poco, formaron cuerpos humanos y contornos de objetos. Vi una habitación, que me era desconocida, en la que se hallaban mi familia rodeada de antiguos amigos y también de otras personas. Conocí incluso el traje que llevaba mi mujer. Todas las facciones de su querido rostro se mostraron perfectamente visibles y claras. Luego la visión se atenuó, se desvaneció entre nubes de humo y de hilos transparentes y desapareció por completo. Detrás del Buda dorado no había más que tinieblas.

El Hutuktu se incorporó, quitó mi *hatyk* del hombro de Buda y me lo entregó, diciendo estas palabras:

- La Fortuna os acompaña. La bondad de Dios jamás os abandonará.

Salimos de la morada del rey del mundo, donde este soberano desconocido rezó por la Humanidad entera y predijo el destino de los pueblos y de los estados. Grande fue mi sorpresa cuando supe que mis compañeros habían sido también testigos de mi visión y cuando me describieron con todo detalle el aspecto y los trajes de las personas que yo había visto en el nicho oscuro detrás de la cabeza de Buda (A fin de conservar el testimonio de las demás personas que vieron como yo esta aparición, extraordinariamente emocionante, les rogué que redactaran las reseñas de lo que habían visto. Tengo estos documentos en mi poder).

El oficial mongol me dijo además que Chultun Beyli había rogado la víspera al Hutuktu que le revelara su destino en tan importante periodo de su vida y durante la crisis que atravesaba el país; pero el Hutuktu se contentó con hacer un gesto demostrativo de pesar, negándose a ello. Cuando pregunté al Hutuktu el motivo de su negativa, argumentándole que eso podría calmar las zozobras de Chultun Beyli y serle provechoso, como lo fue para mí la contemplación de mi familia, el

Hutuktu frunció el ceño y me respondió:

- No. La vision no le seria grata al principe. Su destino es negro. Ayer he mirado tres veces su suerte en los omoplatos quemados y en las entrañas de los carneros, y siempre obtuve el mismo resultado siniestro...

No concluyó y, aterrado, se tapó la cara con las manos. Era indudable que a Chultun Beyli le aguardaba un porvenir tan negro como la noche.

Una hora después estábamos al otro lado de las colinas que nos impedían ver Narabanchi Kure.

CAPITULO XII

EL SOPLO DE LA MUERTE

Llegamos a Uliassutai el día que volvió el destacamento enviado a desarmar la escolta de Wang Tsao-Tsun. Dicho destacamento encontró en su morada al coronel Domojiroff, quien ordenó no solo desarmar a los chinos, sino saquear la caravana, y, desgraciadamente, el teniente Strigine cumplió esas disposiciones dadas ilegalmente. Era vergonzoso y comprometedor el ver a los oficiales y soldados rusos utilizar los capotes, las botas y los relojes de pulsera que habían robado a los funcionarios chinos y a su escolta. Todos tenían plata y oro de los chinos como parte del botín. La mujer mongola de Wang Tsao-Tsun y su hermano regresaron con el destacamento y se quejaron de haber sido robados por los rusos. Los funcionarios y los soldados chinos, despojados de sus provisiones, pudieron a duras penas cruzar la frontera de su patria después de sufrir lo indecible a causa del hambre y del frío. Nuestra colonia extranjera se escandalizó al observar que el teniente coronel Michailoff recibía a Strigine con honores militares; pero más tarde nos explicamos el porqué, cuando supimos que Michailoff había participado del botín en buena plata china y que su mujer poseía la magnífica montura de Fu-Hsiang. Chultun Beyli pidió que entregasen las armas recogidas y los objetos arrebatados, a fin de devolvérselos a las autoridades chinas. Michailoff se negó. La columna extranjera, desde aquel momento rompió sus relaciones con el destacamento ruso. La armonía entre rusos y mongoles disminuyó bastante. Algunos oficiales rusos protestaron de la actitud y conducta de Michailoff y Strigine y la situación se agriaba día a día.

Por entonces, cierta mañana de abril, un grupo considerable de jinetes armados llegó a Uliassutai. Se apearon a la puerta del bolchevique Burdukoff, quien les entregó, según nos afirmaron, una crecida cantidad de dinero. Aquel grupo explicó que estaba formado por antiguos oficiales de la guardia imperial: los coroneles Poletika, N. N. Filipoff y tres hermanos de este último. Anunciaron que querian reunir a todos los oficiales y soldados blancos diseminados en Mongolia y China para conducirles al Urianhai con objeto de combatir contra los bolcheviques, pero que antes se proponian aniquilar a Ungern y devolver Mongolia a China. Se daban el título de representantes de la organización central de los blancos de Rusia.

El Comité de oficiales rusos de Uliassutai los invitó a una reunión, examinó sus papeles y los interrogó. La investigación demostró que todas las manifestaciones de aquellos oficiales concernientes a sus antiguos cargos eran absolutamente falsas; que Poletika ocupaba un puesto

importante en el Comisariado soviético de la guerra; que uno de los hermanos de Filipoff había sido adjunto a Kamanef en su primera tentativa para ir a Inglaterra; que la organización central blanca de Rusia no existía; que la proyectada lucha en el Urianhai era solo una celada para atraer a los oficiales blancos y que el grupo estaba en íntimo contacto con el bolchevique Burdukoff.

Surgió una discusión entre los oficiales acerca de lo que convenía hacer con aquel grupo. El destacamento se dividió en dos bandos distintos. El teniente coronel Michailoff, seguido de varios oficiales, se unió al grupo de Poletika precisamente en el momento que el coronel Domojiroff llegaba con su partida. Domojiroff se puso al habla con las dos pandillas, y después de estudiar la situación nombró a Poletika gobernador militar de Uliassutai y envió al barón Ungern un relato detallado de los acontecimientos. En este documento me dedicaba bastante espacio, acusándome de interponerme siempre en su camino. Sus oficiales me vigilaban constantemente. De ambos lados me aconsejaron estar prevenido. La banda y su jefe preguntaban francamente con qué derecho un extranjero se atrevía a mezclarse en los asuntos de Mongolia. Uno de los secuaces de Domojiroff me provocó directamente, en el curso de una reunión, a fin de originar una polémica. Le repliqué tranquilamente:

- ¿Y por qué razón intervienen los refugiados rusos, puesto que carecen de derechos, tanto en su país como fuera de él?

El oficial no dijo nada, pero en sus ojos lució un fulgor que bien valía por una agria respuesta. Mi camarada, sentado junto a mí, se dirigió a él, y dominándole con su estatura de gigante, se desperezó como si acabase de despertarse, exclamando:

- Me gustaría boxear un poco.

La gente de Domojiroff hubiera conseguido apoderarse de mí en cierta ocasión, de no haberme salvado la vigilancia de nuestra colonia extranjera. Yo había ido a la fortaleza a negociar con el *sait* mongol la partida de los extranjeros de Uliassutai. Chultun Beyli me entretuvo largo rato; de suerte que le dejé a eso de las nueve de la noche. Mi caballo iba al paso. A un kilómetro de la ciudad, tres hombres saltaron de una zanja y se arrojaron sobre mí. Di un latigazo a mi caballo, pero observé que otros hombres, saliendo de un segundo foso, pretendían cortarme el camino. Sin embargo, en vez de atacarme, se dirigieron a mis asaltantes, de quienes se apoderaron, y oí la voz de uno de los extranjeros que me llamaba. Hallé tres oficiales de Domojiroff rodeados de soldados polacos y de otros extranjeros que obedecían a mi antiguo amigo el ingeniero agrónomo; este se ocupaba en atar las muñecas de los oficiales, tan estrechamente, que les crujían los huesos. Al terminar, y sin dejar de fumar su eterna pipa, exclamó con tono serio:

- Creo que debemos echarlos al río.

Riéndome de su aspecto grave y del miedo de los oficiales de Domojiroff, les pregunté por qué habían querido atacarme. Bajaron la vista guardando silencio; pero el silencio a veces es elocuente, y comprendimos sin esfuerzo cuáles fueron sus intenciones. Llevaban revólveres escondidos en los bolsillos.

- Bien — les dije —. Todo está claro. Voy a devolveros vuestra libertad, pero manifestareis a quine os ha enviado que si reincide no volverá a veros. En cuanto a vuestras armas, se las entregaré al comandante.

Mi amigo, deshaciendo los nudos con el mismo cuidado escalofriante que había puesto al hacerlos, repetía continuamente: “¡Cuánto mejor sería darles un baño!”. Luego regresamos todos a la ciudad, y, a continuación, cada uno se fue por su lado.

Domojiroff continuó mandando mensajeros al barón Ungern, a Urga, reclamando plenos poderes y fondos y reiterándole sus informes sobre Michailoff, Chultun Beyli, Poletika, Filipoff y mi persona.

Saturado de astucia asiática, conservaba, no obstante, buenas relaciones con aquellos cuya muerte estaba tramando, acusándolos ante el barón de Ungern, guerrero implacable, que solo sabía por él lo que pasaba en Uliassutai. Nuestra inquietud aumentaba por días. Los oficiales continuaban divididos en bandos rivales; los soldados se reunían en pandillas para discutir los acontecimientos cotidianos, censurar a sus jefes y, bajo la influencia de algunos de los subordinados de Domojiroff, empezaron a hacer comentarios de esta índole:

- Tenemos siete coroneles que todos quieren mandar y riñen entre ellos. Sería gracioso atar a los siete a otras siete estacas y darles una buena somanta. El que aguantase más sería nuestro jefe.

Lúgubre broma que revelaba sin encubrimientos la desmoralización del destacamento ruso.

- Me parece – decía con frecuencia mi camarada – que pronto tendremos el gusto de ver en Uliassutai un comité de soldados. ¡Por Dios y el diablo! Lo que más siento de todo esto es que no hay cerca algunos bosques donde pudiéramos refugiarnos de esos malditos soviets. Esta miserable Mongolia es una tierra tan pelada y rasa, que carece de sitios para ocultarnos.

Era exacto que se avecinaba la constitución de un Soviet. Un día los soldados se adueñaron del arsenal que contenía las armas recogidas a los chinos y se las llevaron a su cuartel. La embriaguez, el juego y las reyertas fueron en aumento. Los extranjeros, atentos a los acontecimientos y temiendo una catástrofe, decidieron por último abandonar Uliassutai, que estaba convertido en un foco de pasiones políticas, de contiendas y denuncias. Supimos que la facción Poletika se preparaba también para irse dentro de algunos días. Formamos dos grupos: uno siguió la antigua ruta de las caravanas a través del Gobi, muy al sur de Urga, hacia Kuku Hoto y Kwei-huacheng y Kalgan, y el mío, constituido por mi amigo, dos soldados polacos y yo, que se dirigió a Urga por Zain-Chabi, donde el coronel Kazagrandi me había citado en una de sus cartas recientes. De este modo salimos de Uliassutai, la ciudad en que nos habían ocurrido tantas emocionantes peripecias.

Seis días después de nuestra salida llegó a la población el destacamento buriato-mongol mandado por un buriato llamado Vandaloff, y por un ruso, el capitán Bezrodnoff. A este le conocí luego en Zain-Chabi. El destacamento procedía de Urga y tenía ordenes del barón Ungern para restablecer la normalidad en Uliassutai y marchar sobre Kobdo. Viniendo de Zain-Chabi, Bezrodnoff tropezó con el grupo Poletika-Michailoff. Se detuvo, examinó sus equipajes, halló en ellos documentos sospechosos, y en el de Michailoff y su mujer encontró el dinero y los objetos robados a los chinos. De este grupo de dieciséis hombres eligió a N. N. Filipoff para enviarle, bien guardado, al barón Ungern, puso en libertad a los tres y fusiló a los doce restantes. Así terminaron en Zain-Chabi la existencia de un núcleo de emigrados y las intrigas del grupo Poletika. En Uliassutai, Bezrodnoff mandó fusilar a Chultun Beyli por haber infringido las cláusulas del Tratado chinomongol, y a unos cuantos bolcheviques, y prendió a Domojiroff, restableciendo la disciplina. Las profecías concernientes a Chultun Beyli se habían cumplido.

No ignoraba de qué clase eran los informes que Domojiroff proporcionó acerca de mí al barón Ungern; pero a pesar de ello decidí continuar mi viaje a Urga, sin dejar a un lado esta ciudad, como Poletika lo estaba empezando a hacer cuando cayó en manos de su verdugo Bezrodnoff. Ya no me asustaba ver la cara al peligro y partí al encuentro del terrible y “sanguinario barón”. Nadie puede responder de su propia suerte. Además, no me creía culpable y el sentimiento del miedo no ocupaba, dicho sin jactancia, el menor espacio en mis pensamientos.

Un jinete mongol que se nos unió en el camino me trajo la noticia de la hecatombe de Zain-Chabi. Pasó la noche conmigo en la *yurta* de la parada de postar y me contó esta fúnebre historia:

- Fue en tiempos remotos, cuando los mongoles éramos los amos de China. El príncipe de Uliassutai, Beltis Van, estaba loco y hacia degollar, sin proceso, si se le antojaba, a quien tuviese la desgracia de desagradarle; de modo que nadie se atrevía a penetrar en la ciudad. Los otros príncipes y los mongoles ricos sitiaron Uliassutai con sus tropas, incomunicándola con el exterior y no permitiendo que nadie entrase o saliese de ella. El hambre se enseñoreó de la plaza cercada. Sus habitantes se comieron los bueyes, carneros y caballos. Por último, Beltis Van resolvió hacer una salida desesperada hacia el Oeste con intención de llegar al territorio de una de sus tribus, la de los Oletos. El y los suyos perecieron en la batalla, sin que sobreviviese ninguno.

Los príncipes, atendiendo al consejo de Hutuktu Bayantu, enterraron los muertos en las pendientes de las montañas que circundan a Uliassutai. Les sepultaron con encantamientos y exorcismos a fin de que la muerte a mano airada desapareciese para siempre del país. Tapáronse las tumbas con pesadas piedras y el Hutuktu profetizó que el mal demonio no saldría de la tierra en que quedaba

encerrado hasta el día que se derramase sangre humana sobre las piedras de aquellas tumbas. Esta leyenda tiene entre nosotros hondas raíces.

La profecía se ha realizado. Los rusos han matado en ese paraje a dos bolcheviques, y los chinos a dos mongoles. El espíritu perverso de Baltis Van, escapado de su cárcel de piedra, siega él mismo con su hoz afilada la vida de los nuestros; el *joyón* ruso Michailoff ha caído también y la muerte se cierne sobre nuestras dilatadas llanuras. ¿Quién podrán ahora detenerla? ¿Quién atará sus manos feroces? Un sinfín de calamidades abrumba actualmente a los dioses y a los buenos. Los malos demonios guerrearán con los espíritus luminosos. ¿Qué puede hacer el hombre? Morir, solo morir...

PARTE TERCERA

EN EL CORAZON DEL ASIA FEBRIL

CAPITULO PRIMERO

POR LA RUTA DE LOS GRANDES CONQUISTADORES

El gran conquistador Gengis Kan, hijo de la triste y agreste Mongolia, subió, nos dice una antigua leyenda mongola, a la cima del Karasu Togol y paseó su mirada de águila de Este a Oeste. Al Oeste vio un océano de sangre humana sobre el que flotaba una bruma púrpura que le ocultaba el horizonte. Por aquel lado no pudo descifrar su destino, pero los dioses le ordenaron que marchase hacia el Este llevando con él a todos los guerreros de las tribus mongolas. En el este contempló ricas ciudades, templos resplandecientes, multitudes dichosas, jardines y campos fértiles, y todas aquellas magnificencias le llenaron de alegría.

Entonces dijo a sus hijos: “En el Oeste seré el hierro y el fuego, el Destructor, el Destino vengador; en el Este seré un gran constructor misericordioso y colmaré de venturas a los pueblos y países”.

Tal es la leyenda, bastante exacta por cierto. He seguido en muchos trozos la ruta occidental de Gengis Kan y la he encontrado siempre jalonada por tumbas y ruinas que señalan el paso del implacable conquistador. He recorrido también parte de la ruta oriental del héroe, la que siguió para ir a China. Una noche nos detuvimos en Djirgalantu. El viejo jefe de postillones del *urton* me reconoció – en uno de mis anteriores viajes a Narabanchi me había hospedado en su casa –, nos recibió con extraordinaria cordialidad y nos contó varias historias durante la cena. Entre otras, haciéndonos salir de la *yurta* y mostrándonos un pico escarpado, brillantemente iluminado por la luna llena, nos refirió la historia de uno de los hijos de Gengis, que fue más tarde emperador de China, Indochina y Mongolia, el cual, atraído por la belleza del paisaje y las esplendidas praderas de Djirgalantu, fundó allí una colonia. Pronto quedó sin habitantes, porque el mongol es nómada y no puede vivir en ciudades artificiales. La llanura es su morada, y el mundo, su ciudad. Durante algún tiempo fue teatro de las luchas entre chinos y las tropas de Gengis Kan, y luego cayó en olvido. Ahora solo queda una torre arruinada, desde lo alto de la cual, en la antigüedad, arrojaban enormes rocas sobre los asaltantes, y una puerta desmantelada a la que dieron el nombre de Kublai,

nieto de Gengis Kan. En el cielo verdoso, chorreando rayos de luna, se recortaba la línea ondulosa de las montañas y la silueta negra de la torre, por cuyas troneras se divisaban alternativamente las nubes fugaces o el resplandor lunar. Cuando nuestro grupo salió de Uliassutai, viajamos sin prisa, haciendo entre cincuenta y cinco y ochenta kilómetros al día, hasta el momento en que llegamos a noventa kilómetros de Zain-Chabi. Allí me despedí de los demás y me dirigí al Sur, a la cita que me había dado el coronel Kazagrandi. Rayaba el alba cuando mi guía mongol y yo, sin acémilas, comenzamos a emprender la ascensión de las sierras bajas y arboladas desde cuyas cimas pude ver aún a mis compañeros, que desaparecieron en el valle. Entonces no me formé idea clara de los numerosos peligros que me aguardaban y que estuvieron a punto de serme fatales en aquella expedición solitaria, que había de durar mucho más tiempo del que yo supuse que duraría. Al cruzar un riachuelo de orillas arenosas, mi guía mongol me refirió que sus compatriotas acudían a él en verano, para buscar oro, a pesar de la prohibición de los lamas. El procedimiento que empleaban es sumamente primitivo, pero los resultados demuestran plenamente la riqueza del yacimiento. El mongol se echa de bruces en el suelo, escarba en la arena con una pluma y sopla en el hoyito formado así. De cuando en cuando, con un dedo mojado, recoge algún grano de oro o pepita minúscula, que guarda en un saquito colgado de su cuello. Este sistema rudimentario le permite obtener unos siete gramos de metal al día.

Decidí efectuar el viaje en una jornada. En cada parada apremiaba a los hombres para que me ensillasen unos caballos lo más rápidos posible. En una de las paradas, a cuarenta kilómetros del monasterio, me facilitaron un caballo salvaje, un garañón blanco. En el instante de ir a montarle y teniendo yo un pie en el estribo, se encabritó y me dio una cox en la pierna, precisamente en el sitio de mi herida. La pierna comenzó a hincharse y a dolerme. Al anochecer divisé los primeros edificios rusos y chinos, y más tarde el monasterio de Zain. Alcanzamos un estrecho río que corre a lo largo de una montaña, en cuya cima había colocadas unas piedras blancas de modo que formaban las letras de una plegaria tibetana. Al pie de la eminencia existía un cementerio de lamas; es decir, un montón de huesos y una jauría de perros. Por fin apareció el monasterio, justamente debajo de nosotros, constituyendo un cuadro rodeado de empalizadas. En su centro se elevaba un gran templo, completamente distinto de los que hasta entonces tenía vistos en el oeste de Mongolia, sin que el estilo, sin embargo, fuese chino o tibetano; era un edificio blanco, de muros perpendiculares, con filas de ventanas de rojos marcos y un tejado de tejas negras, y entre el muro y el tejado un decorado hecho con haces de ramaje procedente de un árbol tibetano cuya madera no se pudre. Otro edificio cuadrado más pequeño se hallaba al Este, comprendiendo unas viviendas rusas unidas por teléfono al monasterio.

- Es la casa del dios vivo de Zain – me explicó el mongol, señalando la pequeña construcción –. Le gustan las costumbres rusas.

En el Norte, sobre una colina de forma cónica, se alzaba una torre que recordaba al Zikkurat de Babilonia. Era el templo donde se custodiaban los libros y manuscritos antiguos, los ornamentos y objetos rotos utilizados anteriormente en las ceremonias religiosas, así como las ropas de los Hutuktus difuntos. Detrás de este museo se yergue un despeñadero abrupto, imposible de escalar. En la cortadura de este precipicio se ven talladas en la piedra, y sin preocuparse de la simetría, bastantes imágenes de dioses lamaístas, de un metro a dos y medio de altura. Los monjes encienden de noche lámparas frente a estos altos relieves, a fin de que desde lejos se puedan ver estas efigies de sus dioses y diosas.

Entramos en el barrio comercial. Las calles estaban desiertas, y en las ventanas no había más que mujeres y chicos. Me detuve en una tienda rusa de la que conocía algunas sucursales en otros puntos del país. Con gran asombro mío me recibieron como a un amigo. Sepe que el Hutuktu de Narabanchi había avisado a todos los monasterios para que por donde fuese me prestasen ayuda y asistencia, pues a mí debía su salvación el monasterio de Narabanchi, aparte de que, por las señas evidentes de los augurios, yo era un Buda reencarnado, amigo de los dioses. Esta carta del amable Hutuktu me sirvió sobre manera. La hospitalidad de aquellas buenas gentes me proporcionó un gran alivio, pues mi pierna, herida y tumefacta, me hacía sufrir enormemente. Cuando me quité las botas, tenía el pie cubierto de sangre, porque la patada del caballo me abrió de nuevo la herida del tobillo.

Mandaron venir un *felcher* para que me asistiese y curase, y a los tres días pude reanudar el viaje.

No encontré en Zain-Chabi al coronel Kazagrandi. Este, después de aniquilar al destacamento de irregulares chinos que habían matado al comandante, había vuelto a Van Kure. El nuevo comandante me entregó una carta de Kazagrandi, en la que me instaba cariñosamente a visitarle, luego de tomar algún descanso en Zain. Acompañaba a la carta un documento mongol, concediéndome derecho a emplear caballos y carruajes de rebaño en rebaño, por medio del *urga*, que más tarde describiré, y que me abrió, sobre la vida mongola y el país, horizontes que sin él no hubiera conocido nunca. Ese viaje, de más de trescientos kilómetros, representaba un exceso de fatigas que hubiese evitado con gusto; pero Kazagrandi, a quien todavía no había encontrado, tenía sobradas y serias razones para desear verme.

A la una del día siguiente a mi llegada recibí la visita del mismo dios del lugar, Gheghen Pandita Hutuktu. No cabe imaginar una aparición de dios más extraña y extraordinaria. Era un joven de veinte a veintidós años, pequeño, flaco, de movimientos vivos y nerviosos, de rostro expresivo, iluminado y dominado, como las fisonomías de todos los dioses mongoles, por unos ojos grandes y atemorizados. Vestía un uniforme ruso de seda azul, con charreteras de oro que tenían grabadas las cifras peculiares del Hutuktu Pandita; un pantalón blanco de atracan de seda, rematado por un pompón amarillo. De su cinturón colgaba un revólver y una espada. No sabía qué pensar de aquel dios de opereta. Tomó una taza de té y empezó a hablar, mezclando el mongol y el ruso:

- No lejos de mi Kure se halla el antiguo monasterio de Erdeni Dzu, erigido en el emplazamiento de las ruinas de Karacorum, antigua capital de Gengis Kan. Kublai Kan le visitó con frecuencia, y fue en peregrinación a aquel santuario para descansar de sus fatigas, porque era emperador de China, de las Indias, Persia, Afganistán, Mongolia y de la mitad de Europa. En la actualidad solo quedan ruinas y tumbas para marcar el sitio de aquel lozano jardín de los días de bienandanza. Los piadosos monjes de Barun Kure han encontrado en unas cámaras subterráneas unos manuscritos más antiguos aún que Erdeni Dzu. allí ha sido donde mi Maramba Metchik-Atak ha descubierto una preedición según la cual el Hutuktu de Zain que lleve el título de Pandita, cuente con veintiún años, haya nacido en el riñón de las tierras de Gengis Kan, y tenga en el pecho el signo natural de la svástica, será honrado por el pueblo en una época de grandes guerras y espantosas calamidades, comenzará la lucha contra los servidores del mal rojo, a quienes vencerá, restablecerá el orden en el mundo y celebrará tan dichoso día en la ciudad, erigiendo templos blancos y echando al vuelo a la vez más de diez mil campanas. ¡El Pandita Hutuktu soy yo! Los signos y símbolos existen en mi persona. Yo exterminaré a los bolcheviques, servidores del diablo rojo, y descansaré en Moscú de mi gloriosa labor. Por eso he rogado al coronel Kazagrandi que me aliste en las tropas del barón Ungern y me permita combatir. Los lamas pretenden impedir que me vaya; pero ¿quién es el dios de aquí? – y golpeó el suelo con el pie, sumamente enojado, mientras que los lamas y la guardia que le acompañaban inclinaron la cabeza, reverenciosamente.

Al despedirme me ofreció un *hatyk*, y, rebuscando en mis maletas, encontré el único artículo que podía considerarse digno de ser regalado a un Hutuktu: una botellita de osmiridium, ese raro y natural asociado del platino.

- Este es el más estable y duro de los metales – dije –. ¡Que sea el símbolo de vuestra gloria y de vuestro poder, Hutuktu!

El pandita me dio las gracias, instándome a que le devolviese la visita. Cuando me sentí mejor de la herida, fui a verle: su casa estaba arreglada a la europea, pues tenía luz eléctrica, timbres y teléfono. Me obsequio con vino y pastas y me presentó a dos interesantes personajes. El uno era un viejo cirujano tibetano, señalado por la viruela, de nariz abultada y mirada bizca. Su fama profesional se extendía por todo el Tíbet, y sus funciones consistían en tratar y curar a los Hutuktus cuando estaban enfermos y envenenarlos si se mostraban demasiado independientes o extravagantes o en el caso de que su política no concordase con los deseos del Consejo de Lamas que asesoraban al Buda vivo o al Dalai Lama. En este momento, Pandita Hutuktu reposa probablemente en la paz eterna, en la cumbre de la montaña sagrada, a la que habrá sido mandado por la solicitud de su excepcional médico de cámara. El espíritu guerrero de Pandita Hutuktu estaba muy mal visto

por el Consejo de Lamas, que protestaba del carácter aventurero de ese dios vivo.

Pandita era aficionado al vino y al juego. Un día, a la sazón, que se hallaba con unos rusos, vestido a la europea, algunos lamas llegaron corriendo a anunciarle que el servicio divino había comenzado y que debía ocupar su puesto en el altar. Pero Pandita no se acordaba de su papel celestial, ocupado en jugar a las cartas, y sin inmutarse lo más mínimo se puso su manto rojo de Hutuktu sobre el terno gris europeo y se dejó conducir en su palanquín por los escandalizados lamas.

A la vez que al cirujano envenenador, conocí en casa del Hutuktu a un joven de trece años, cuya mocedad, túnica roja y cabellos cortos me hicieron suponer que era un gandi o estudiante, sirviente de Pandita; pero comprendí después que me había equivocado. Aquel joven era el primer Hubilgan, también Buda encarnado, hábil decidor de la buenaventura y sucesor de Pandita Hutuktu. Borracho, impertinente y jugador empedernido, se complacía en burlarse con donaire de todo el mundo, lastimando profundamente la dignidad de los lamas.

El mismo día hice amistad con el segundo Hubilgan que vino a visitarme: era el verdadero administrador de Zain-Chabi, posesión independiente bajo el dominio directo del Buda vivo. Este hubilgan era un hombre de treinta y dos años, grave, ascético, excelentemente educado y muy versado en ciencias mongolas. Sabía ruso, leía mucho en este idioma y se interesaba especialmente por la vida y la historia de los demás pueblos. Sentía gran respeto al genio creador del pueblo americano, y me dijo:

- Cuando vayáis a America, pedid a los americanos que vengan aquí para sacarnos de las tinieblas que nos envuelven. Los chinos y los rusos nos arrastrarán a la ruina. Solo los americanos pueden salvarnos.

Con inmensa satisfacción transmito la petición de aquel mongol conspicuo y su invocación al pueblo americano. ¿Por qué no saca a esa nación honrada, sumida en la sombra y la opresión? ¿Por qué dejarla perecer? El alma mongola es rica en fuerzas morales. Haced de aquellas buenas gentes un pueblo ilustrado, enseñadles a utilizar los bienes que poseen, y la noble patria de Gengis Kan os lo agradecerá eternamente y os será siempre fiel.

Cuando me repuse del todo, el Hutuktu me invitó a viajar en su compañía hasta Erdeni Dzu, lo que acepté complacido. Al día siguiente pusieron a mi disposición un carruaje ligero y cómodo. Nuestra excursión duró cinco días, y en el curso de ella visitamos Erdeni Dzu, Hoto Zaidam y Hara Balgasun. Son las ruinas de tres monasterios y las ciudades construidas por Gengis Kan y sus sucesores Ugadai Kan y Kublai en el siglo XIII. De ellas no restan más que las murallas y las torres, unas tumbas pétreas y libros de leyendas y gestas.

- ¡Mirad estas tumbas! – me dijo el Hutuktu –. Aquí fue sepultado el hijo de Jan Uyuk. Dos chinos le compraron para que matase a su padre; pero su hermana impidió el crimen, matando ella misma al joven príncipe para proteger a su anciano padre emperador. Aquí está la tumba de Tsinilla, la amadísima mujer de Kan Mangu, la cual abandonó la capital China para resistir en Jarga Bolgasun, donde se enamoró del esforzado pastor Damcharen, quien, montado a caballo, corría más que el viento y cogía los *yaks* y los caballos salvajes con sus manos después. El Kan, furioso, hizo estrangular a la infiel; pero la sepultó en seguida con honores imperiales, e iba con frecuencia a llorar sobre su tumba sus ilusiones perdidas.

- ¿Y qué fue de Damcharen? – le pregunté.

El Hutuktu lo ignoraba; pero su viejo servidor, que conocía todas las leyendas, repuso:

- Con la ayuda de los feroces bandidos chahars, luchó contra los chinos bastante tiempo y no se sabe cómo murió.

En ciertas épocas los monjes van a rezar a las ruinas y escudriñaban en ellas en busca de los libros u objetos sagrados escondidos o enterrados en los escombros. Últimamente encontraron dos fusiles chinos, dos anillos de oro y voluminosos legajos de manuscritos atados por correas.

- ¿Por qué atrajo esta región a los poderosos emperadores y Kanes que reinaron del Pacífico al Adriático? – me pregunté –. No sería ciertamente por sus montañas, por sus valles poblados de abedules y pobos, por sus vastas extensiones arenosas, sus lagos recónditos y sus pedregales estériles.

Los grandes emperadores, recordando la visión de Gengis Kan, buscaron aquí nuevas revelaciones y modernas profecías relativas a su milagroso y majestuoso sino, rodeado de honores divinos, de obediencia y de odio. ¿Dónde podían mejor ponerse en contacto con los dioses los buenos y los malos espíritus que en la propia residencia de estos seres sobrenaturales? Toda la región de Zain, salpicada de ruinas venerables, es el lugar más apropiado para ello.

- A esta montaña solo pueden subir los descendientes directos de Gengis Kan – me afirmó Pandita –. A media noche, el hombre vulgar se sofoca y muere si quiere seguir subiendo. Hace tiempo que unos cazadores mongoles persiguiendo a una manada de lobos penetraron en la región y perecieron todos. En sus laderas abundan las osamentas de águilas, búfalos y de esos antílopes kabarga que corren ligeros y rápidos como el viento. allí habita el demonio infame que posee el libro de los destinos humanos. Me expliqué el fenómeno.

En el Cáucaso occidental trepé una vez por una montaña entre Sujun Kalé y Tupsei, donde perecen los lobos, las águilas y las cabras montesas. Los hombres sucumbían también si no atravesasen a caballo la funesta región. La tierra produce ácido carbónico que se desprende de las faldas de la montaña, destruyendo la vida animal. El gas se adhiere al suelo, formando una capa, de unos cincuenta centímetros de espesor. Los jinetes pasan por encima de este baño gaseoso y los caballos levantan la cabeza, resoplan y relinchan de miedo hasta que han cruzado la zona peligrosa. Aquí, en la cima del monte, donde el mal demonio hojea el libro de los designios misteriosos, acontece el mismo fenómeno y comprendí el terror sagrado de los mongoles, así como la atracción irresistible que el lugar ejerce en los descendientes de Gengis Kan, hombres altos, casi gigantes. Sus altivas cabezas sobresalen de las capas del gas venenoso, de modo que pueden alcanzar la cúspide de la terrible y despiadada montaña. También atribuí el fenómeno a una causa geológica, la de que allí estuviese el límite meridional de los yacimientos hulleros que producen el ácido carbónico y el gas de los pantanos.

No lejos de las ruinas que cubren las tierras de Hun Doptchin Djamtsó hay un pequeño lago que algunas veces arde con llamas rojas, aterrorizando a los mongoles y a los caballos. Naturalmente, el lago es un vivero de leyendas. Dicen que allí cayó un meteoro y se hundió profundamente en el suelo. La excavación producida dio origen al lago. Aseguran igualmente que los moradores de los parajes subterráneos, mitad hombres, mitad demonios, trabajan para extraer la piedra celeste de su hondísimo álveo, pero que ella enciende el lago cuando la levantan, y cae de nuevo a pesar de sus esfuerzos. No he visto ese lago; pero un colono ruso me explicó que sin duda había petróleo en la superficie de sus aguas y que las hogueras de los pastores, o más bien los rayos ardientes del sol, lo incendiaban.

Sea como sea, todo esto nos ayuda a comprender el atractivo de este país para los conquistadores mongoles. Karakorum fue lo que me causó impresión más fuerte. Allí vivió el cruel y sabio Gengis Kan y concibió sus magnos proyectos: ahogar el Oeste en sangre y esparcir por el Este un esplendor tal, que nunca pudiera extinguirse. Gengis Kan fundó dos Karakorum: una cerca de Tatsagol, en la ruta de las caravanas; otra en el Pamir, donde los campeones melancólicos sepultaron a los grandes conquistadores en un mausoleo construido por quinientos cautivos, que fueron sacrificados, a mayor gloria del difunto, cuando terminó la obra.

El guerrero Pandita Hutuktu murmuró una plegaria sobre las ruinas, por las que erraban las sombras de aquellos potentados que habían reinado en la mitad del mundo; su alma ardía en deseos de realizar las mismas hazañas quiméricas y de elevarse a la altura de Gengis Kan y Tamerlán.

A nuestro regreso fuimos invitados, a alguna distancia de Zain, por un rico mongol que tenía ya preparadas sus *yurtas*, adornadas para el caso con lujosas alfombras y cortinajes de seda. El Hutuktu aceptó. Nos instalamos en los muelles cojines de las *yurtas*, mientras que el Hutuktu bendecía al mongol, tocándole la cabeza con su santa mano después de recibir los *hatyks*.

Nuestro huésped hizo traer un carnero entero guisado en una enorme cazuela. El Hutuktu cortó una pierna y me la ofreció, quedándose con la otra. Luego tendió un buen trozo de carne al más joven de los hijos del dueño de la tienda y dio su venia para que empezase el festín. En un guiñar de ojos el carnero fue descuartizado y los pedazos distribuidos entre los convidados. Cuando

el Hutuktu hubo arrojado al fuego los huesos blancos completamente montados, el huésped, de rodillas, retiró del fuego un fragmento de piel de carnero y se lo presentó con las dos manos ceremoniosamente al Hutuktu. Pandita se puso a raspar la lana y las cenizas con su cuchillo, cortó la piel en delgadas tiras y saboreó el exquisito manjar. Esta es la parte que cubre el esternón y se llama en mongol *tarach*; es decir, flecha. Cuando despedazan un carnero, arrancan esta parte, que colocan sobre las brasas, tostándola a fuego lento. Preparado así este pedazo, el más selecto del animal, se brinda al invitado de más categoría. La costumbre no permite repartirlo.

Terminada la cena, nuestro anfitrión propuso una cacería de musmones, pues sabía que una manada de ellos pasaba por las montañas a mil quinientos metros de las *yurtas*. Nos trajeron caballos ricamente ensillados. Todos los arreos de la montura de Hutuktu estaban adornados con gallardetes rojos y amarillos marcados con su escudo. Nos daban escolta unos cincuenta jinetes.

Cuando echamos pie a tierra nos apostamos detrás de las rocas a eso de trescientos pasos uno de otro, y los mongoles precipitaron el movimiento envolvente en torno de la montaña. Al cabo de media hora vi brillar una cosa en la cima y pronto divisé un estupendo musmón que brincaba de peña a peña dando saltos prodigiosos; tres él pasó como un rayo un grupo de unas veinte cabezas. Pensé que los mongoles habían hecho mal el cerco y empujando el rebaño hacia un lado antes de completarlo; pero, afortunadamente, me engañé. En efecto, junto a una roca, precisamente enfrente de nosotros, surgió un mongol agitando las manos. Solo el animal que iba primero continuó su marcha sin espanto, pasando al lado del ojeador, pues el resto del rebaño cambió bruscamente de dirección y se precipitó hacia mí. Rompí fuego y cayeron dos animales. El Hutuktu derribó uno y un antílope almizclado que salió de improviso entre unos peñascos. El mejor par de cueros pesaba aproximadamente treinta libras y pertenecía a un joven musmón.

A la mañana siguiente de nuestro regreso a Zain-Chabi, hallándome del todo restablecido, decidí proseguir mi viaje a Van Kure. Me despedí del Hutuktu, quien me regaló un hermoso *hatyk* y se deshizo en elogios del obsequio que le hice el primer día.

- ¡Es un remedio admirable! – exclamó –. Confieso que nuestra excursión me había fatigado algo, pero he tomado vuestra medicina y me he quedado como nuevo. Gracias, muchas gracias.

El pobre mozo se había tragado mi osmiridio. Seguramente que no podía sentarle mal, pero lo sorprendente era que le hubiese fortalecido. Quizá los doctores occidentales deseen ensayar este nuevo reconstituyente, inofensivo y poco costoso; en el mundo no hay más que ocho libras de ese metal. Por mi parte reclamo únicamente los derechos del producto en Mongolia, Barga, Sinkianng, Kuku-Nor y los demás países del Asia central.

Un viejo colono ruso me sirvió de guía. Me facilitaron un coche ligero y cómodo, tirando de una manera curiosa. Una pértiga de cuatro metros de larga iba perpendicularmente en la delantera de las varas. Dos jinetes a cada lado cogían esta pértiga en lo alto del arzón de su silla y galopaban arrastrando mi carruaje por la llanura. A la zaga corrían otros cuatro jinetes con sendos caballos de repuesto.

CAPITULO II

¡ALTO!

Como a dieciocho kilómetros de Zain, y desde lo alto de un cerro, divisamos, serpenteados en el valle, una fila de jinetes, a los que encontramos media hora más tarde en la orilla de un río profundo y cenagoso. Aquel grupo se componía de mongoles, buriatos y tibetanos, armados con fusiles rusos. Al frente de la columna cabalgaban dos hombres, uno de los cuales llevaba un enorme gorro negro de atracan y una capa de fieltro también negra con capucha roja, al estilo del Cáucaso. Este jinete me interceptó el paso, y con voz brutal y grosero ademán, me dijo:

- ¡Alto! ¿Quién sois? ¿Adónde vais y de dónde venís?

Contesté lacónicamente. Entonces me explicaron que su destacamento pertenecía a las fuerzas del barón Ungern y estaba a las órdenes del capitán Vandaloff.

- Yo soy el capitán Bezrodnoff, juez militar.

Y se echó a reír a mandíbula batiente. Su fisonomía, insolente y estúpida, me desagradó, por lo que, saludando a los oficiales, hice intención de continuar la marcha.

- ¡Ah, no! ¡Repito que alto! – gritó el militar, cerrándome el paso nuevamente –. No le autorizo a que siga adelante. Tenemos que hablar de cosas serias, largo y tendido, y para ello regresareis conmigo a Zain.

Protesté y le enseñé la carta del coronel Kazagrandi, pero respondió fríamente:

- Esta carta interesa al coronel Kazagrandi y que volváis a Zain conmigo me importa a mí. Ahora entrégueme sus armas.

Me negué a cumplir esta orden, jugándome la vida por mi desobediencia.

- Escuchad – le dije –. Seamos francos. ¿Peleáis, en realidad, contra los bolcheviques o pertenecéis al ejército rojo?
- No, no; os lo juramos – respondió el oficial buriato, Vandaloff, acercándose a mí –. Hace

tres años que estamos en lucha con ellos.

- Pues siendo así, me es imposible entregaros mis armas – repuse con calma –. Las he traído de la Siberia soviética, me han servido en muchos combates y no consiento en rendirlas a unos oficiales blancos. Es una afrenta que no puedo tolerar.

Diciendo esto, tiré al río mi fusil y mi revólver. Los oficiales se mostraron avergonzados. Bezrodnoff se puso encendido de rabia.

- Os he ahorrado, y a mí también, una humillación – le añadí.

Bezrodnoff, callado, dio media vuelta a su caballo. El destacamento, de trescientos hombres, desfiló delante de mí: solo dos jinetes se detuvieron, mandaron a mis mongoles que cambiasen de dirección y se colocaron detrás de mi pequeña comitiva. ¡Estaba preso! Uno de los soldados que me custodiaba era ruso y me dijo que Bezrodnoff llevaba con él numerosas sentencias de muerte. Seguramente la mía figuraba entre ellas.

¿Para qué haberse abierto paso entre las partidas de rojos, haber sufrido hambre y frío y desafiado a la muerte en el Tíbet, si mi estrella era caer sin gloria bajo las balas de los mongoles de Bezrodnoff? Verdaderamente, no vale la pena haber viajado y luchado tanto, ni venir de tan lejos a costa de sobresaltos y riesgo casi constantes. En cualquier puesto de la *checa*, en Siberia, hubiese tenido el mismo fin.

Cuando llegamos a Zain-Chabi registraron mi equipaje y Bezrodnoff empezó a interrogarme minuciosamente sobre los acontecimientos que habían ocurrido en Uliassutai. Conversamos cerca de tres horas, durante las cuales procuré defender a todos los oficiales de Uliassutai, asegurando que los informes de Domojiroff carecía de veracidad. Debí convencerles, porque como remate de la entrevista, el capitán se levantó y me presentó sus disculpas por haber interrumpido mi viaje. Luego me ofreció un magnífico máuser con incrustaciones de plata y me dijo:

- Vuestra altivez me ha satisfecho mucho. Os ruego que aceptéis esta arma en recuerdo mío.

Al día siguiente volví a salir de Zain-Chabi, llevando en el bolsillo el pasaporte de Bezrodnoff para sus centinelas.

CAPITULO III

VIAJE CON “URGA”

Una vez más recorrí los sitios ya vistos, el cerro desde donde divisé el destacamento de Bezrodnoff, el río al que tiré mis armas, y pronto quedó todo detrás de mí. En la primera parada experimenté la desagradable sorpresa de no encontrar en ella caballos. En la *yurta* se hallaba el posadero y dos de sus hijos. Le mostré mi documento y exclamó:

- El *noyón* tiene derecho al “urga”. Descuidad, que en seguida os traeré caballos.

Montó en una yegua, llevó con él dos de sus mongoles, y provistos de largas varas de cuatro a cinco metros de largo, terminadas en un extremo por un rizo de cuerda, los tres hombres salieron a galope. Mi coche los guió. Abandonamos el camino, cruzamos la llanura, y al cabo de una hora dimos con un rebaño de caballos que pastaban en una verde pradera. El mongol cogió algunos, sirviéndose de su vara provista del nudo corredizo llamado “urga”. De las montañas vecinas acudieron a escape los propietarios del rebaño. Cuando el viejo mongol les enseñó mis papeles, asintieron sumisos y designaron a cuatro de sus hombres para reemplazar a los que me habían acompañado. Los mongoles viajan así; en vez de pasar por las paradas de postas, van de rebaño en rebaño, atrapan con la “urga” caballos de refresco, los hacen ensillar y los nuevos propietarios sustituyen a los antiguos guías. Todos los mongoles sujetos a acatar el derecho al “urga” se afanan para cumplir su compromiso con la mayor rapidez posible y galopan a toda velocidad en la dirección indicada, hacia la dehesa más próxima, a fin de transmitir su obligación al ganadero inmediato. Un viajero con derecho a “urga” puede apoderarse de los caballos que necesite, y si no encuentra guardas, tiene atribuciones para continuar con los que tenga, dejando las bestias cansadas en el rebaño donde realiza la nueva aprehensión. Esto sucede raras veces, porque al mongol no le gusta ir a buscar sus animales a un rebaño perteneciente a otro, por temor a las discusiones a que ello pudiera dar lugar.

Según los naturales del país, la ciudad de Urga debe este nombre, puesto por los extranjeros, a esta pintoresca costumbre. Los mongoles la llaman siempre Ta Kure; es decir, gran monasterio. Los buriatos y los rusos, que fueron los primeros en comerciar en la región, la denominaron Urga por que era la meta de todas las expediciones comerciales que atravesaban las llanuras usando ese sistema de relevos. Hay una segunda explicación: la de que la ciudad está en un lazo formado por tres cadenas de montañas, siendo el río Tola, que corre entre ellas, como la vara a cuyo extremo se halla el “urga” peculiar de aquellas llanuras.

Merced al derecho de “urga”, crucé regiones de Mongolia desconocidas a los viajeros, recorriendo más de trescientos kilómetros. Esto me permitió estudiar la fauna de esa parte del país. Vi enormes rebaños de antílopes (wapiti) y antílope almizclado (abarga). A veces, visión fugaz en el horizonte, pasaban como un relámpago pequeños rebaños de caballos salvajes o de onagros.

En cierto sitio observé una importante colonia de marmotas. En un espacio de varios kilómetros cuadrados se distinguían perfectamente sus montículos y las bocas que dan acceso a las madrigueras. Por entre esos montículos circulaban los animales amarillo-grises o pardos, de todos los tamaños, teniendo los más grandes el de la mitad e un perro ordinario. Corrían torpemente y su piel parecía flotar como si fuese demasiado ancha para sus cuerpos repletos. Las marmotas son notables “prospectores” y cavan sin cesar hondas zanjas, echando las piedras a la superficie. En numerosos lugares los montecillos estaban hechos de mineral de cobre, y más al Norte, encontré minerales conteniendo wolfram y vanadio. Cuando la marmota se planta a la entrada de su agujero, se sienta descansando sobre las patas traseras y se confunde con un leño, un tronco o una piedra. En cuanto ve un jinete, le invade la curiosidad y se pone a silbar en tono agudo. Los cazadores aprovechan la curiosidad de las marmotas para aproximarse a sus boquetes, agitando banderines puestos en el extremo de largas picas. Toda la atención del animal se concentra en la llamativa tela, y la bala que va a herirle le explica la razón de ser del desconocido objeto.

Presencé una escena muy interesante al pasar por en medio de una colonia de marmotas, cerca de un río llamado el Orjon. Había allí millares de madrigueras, por lo cual mis mongoles tuvieron que emplear toda su destreza para evitar que los caballos diesen un tropezón que hubiera podido romperles una pata. Sobre nuestras cabezas, pero muy alto, volaba un águila describiendo círculos. De repente cayó cual una piedra sobre un montículo y quedó en su cúspide inmóvil como una roca. La marmota, algunos minutos después, salió de su escondrijo para comadrear con una vecina. El águila saltó con calma de donde estaba y tapó la boca de la madriguera con una de sus alas. La marmota, al oír el ruido, se volvió, preparándose para el ataque, a fin de penetrar por la fuerza en su soterrado, pues evidentemente había dejado en él a su cría. Empezó la lucha. El águila peleaba con su ala libre, una pata y el pico, y continuaba obstruyendo la entrada. La marmota se arrojó valientemente contra el ave de rapiña, pero no tardó en ser vencida, herida de un tremendo picotazo. Solo entonces retiró el águila su ala, se acercó a la marmota, la remató y no sin dificultad la elevó en sus garras para devorarla en la montaña.

En los parajes más áridos, donde apenas hay unas briznas de hierba, aquí y allá, existe otra especie de roedor, llamado *imurán*, que suele tener el tamaño de una ardilla. Su pelaje es del mismo color que la pradera, por lo que se escurren como las serpientes, recogiendo los granos diseminados por el viento y acarreándolos a sus reducidas guaridas. El *imurán* cuenta con una amiga fiel: la alondra amarilla de los prados, de cabeza morena. Este pájaro, cuando ve al *imurán* corretear por la llanada, se posa sobre él, aletea para mantenerse en equilibrio y se hace llevar a galope, por su caballería, que mueve alegremente su larga y enmarañada col. La alondra, mientras tanto, espulga con maña y presteza los parásitos que viven en el cuerpo de su amigo, y demuestra la alegría que la caza le produce, entonando un alborozado cántico. Los mongoles llaman al *imurán* el corcel de la alegre alondra. Esta avisa al *imurán* de la proximidad de las águilas y los halcones lanzando tres agudos silbidos en el momento que distingue a los piratas del aire, y se apresura a esconderse debajo de una piedra o de un tojo. En cuanto oye la señal no hay *imurán* que saque la cabeza de su covacha mientras dura el peligro. Así viven la alondra y el roedor en íntimo contacto.

En otras regiones de Mongolia, abundantes en ricos pastos, vi otro tipo de roedor que ya había encontrado en el Urianchi. Es una descomunal rata de pradera, negra y de rabo corto, que

vive en colonias de ciento o doscientos individuos. Resulta interesante, y aun única en su género, por su habilidad para prepararse, como buen granjero, su provisión de forraje para el invierno. Durante las semanas en que la hierba está especialmente succulenta, la siega materialmente con rápidos y bruscos vaivenes de cabeza, cortando unos veinte o treinta tallos con sus largos dientes de delante. Luego pone el heno a secar, y, por último, lo guarda del modo más metódico. Para ello hace un montículo de unos treinta centímetros de alto. En seguida hinca en el suelo cuatro estacas inclinadas de madera que converjan hacia el centro de la pila y las une encima del heno con hierbajos más largos, cuidando de que los extremos rebasen lo suficiente para poder añadir otro pie de altura a su montón; una vez que este ha subido treinta centímetros, sujeta todavía más la superficie con fuertes hierbas, a fin de impedir que el viento esparza por la pradera su tesoro alimenticio. Coloca siempre la pila justamente enfrente de su madriguera, con objeto de evitar penosos acarreos durante la mala estación. Los caballos y los camellos son muy aficionados a este pienso, que el hacendoso bicho les proporciona, porque está formado por la hierba más apetitosa; pero la sólida construcción de los montes resiste sin deshacerse incluso las patadas de los cuadrúpedos.

Casi por doquiera he hallado en Mongolia parejas o bandos enteros de perdices praderiles llamadas *salgas* o perdices golondrinas, debido a que por sus largas colas y modo de volar se parecen mucho a estos pájaros. Las *salgas* no son salvajes ni tímidas y dejan que se llegue hasta diez o quince pasos de ellas; pero cuando vuelan se elevan muy alto y recorren distancias considerables sin pararse, silbando todo el tiempo como las golondrinas. Su color suele ser gris claro o amarillo, si bien los machos tienen lindas manchas canela en la pechuga y las alas, y las patas cubiertas de espesas plumas.

El “urga”, gracias al cual pude hacer estas observaciones en regiones poco frecuentadas, no está, sin embargo, exento de inconvenientes. Los mongoles me conducían directamente y con rapidez a mi destino, y recibían con satisfacción los dólares chino que les daba; pero después de haber recorrido cerca de ocho mil kilómetros en mi silla cosaca, entonces desatendida en la trasera del coche y llena de polvo, me rebelé contra las sacudidas y el traqueteo que me imponían aquellas carreras alocadas en un carricoche arrastrado a toda velocidad sobre pedruscos, terrones y baches, por caballos salvajes llevados a rienda suelta; el coche brincaba, crujía, y, a decir verdad, solo se conservaba el equilibrio por la preocupación cruel y obstinada de demostrar al viajero extranjero la comodidad y el bienestar de una buena carroza mongola. Todos los huesos empezaron a dolerme. Acabé gimiendo a cada sacudida y teniendo un fuerte ataque de ciática en la pierna herida. De noche no podía dormir o estar echado, y ni siquiera sentarme, sin padecer extraordinariamente, y pasaba las horas enteras dando vueltas por la llanura, oyendo los sonoros ronquidos de los habitantes de la *yurta*. Una vez tuve que defenderme de dos enormes perros negros que me atacaron. Al cabo, rendido por aquella tortura, me vi precisado a acostarme. Me era imposible mover la pierna y la espalda, y la fiebre se apoderó de mí. Esto me obligó a detenerme. Tomé toda la aspirina y la quinina de mi botiquín, pero sin obtener alivio. Ante mí se presentaba la perspectiva de una noche de insomnio, lo cual me colmaba de terror. Nos habíamos apeado en la *yurta* reservada a los viajeros, cerca de un monasterio insignificante. Mis mongoles invitaron al doctor lama a que me visitase; me propinó unos polvos muy amargos y me afirmó que podría reanudar la marcha al día siguiente. Primero sentí una aceleración de los latidos del corazón, y luego dolores más intensos. Pasé de nuevo una noche sin dormir; pero cuando amaneció, el dolor cesó instantáneamente, y una hora después mandé que me ensillasen un caballo porque temía continuar el viaje en el coche.

Mientras que los mongoles atrapaban los caballos llegó a mi tienda el coronel N. N. Filipoff, quien me dijo que protestaba enérgicamente de las acusaciones que le habían dirigido a él, a su hermano y a Poletika, considerándolos bolcheviques. Bezrodnoff le había autorizado a ir a Van Kure para ver al barón Ungern, que le esperaba; pero Filipoff no sabía que su guía mongol iba armado de una granada y que otro mongol le precedía a distancia, portador de una carta para el barón. También ignoraba que Poletika y sus hermanos acababan de ser fusilados en Zain-Chabi. Filipoff tenía prisa y deseaba entrar en Van Kure aquel mismo día. Yo partí una hora después que él.

CAPITULO IV

UN VIEJO ADIVINO

Seguimos la ruta de los correos. En aquella región los mongoles no poseían más que unos cuantos caballos agotados, debido a la continua obligación de proporcionar cabalgaduras a los numerosos emisarios de Daichi Van y del coronel Kazagrandi. Tuvimos que detenernos en la última parada antes de Van Kure, en la que un mongol viejo y su hijo nos atendieron. Después de cenar, el anciano copio un omoplato de un carnero, del que había sido raspada cuidadosamente la carne, y mirándome, al tiempo de colocar el hueso entre las brasas del hogar, me dijo:

- Voy a revelaros vuestro porvenir, y tened en cuenta que todas mis predicciones se cumplen.

Cuando el hueso se ennegreció lo sacó de la lumbre, sopló las cenizas, comenzó a examinar su superficie muy atentamente y luego lo puso delante de la llama, mirándolo al trasluz. Duró es estudio largo rato, hasta que, expresando verdadero terror, dejó caer el hueso al fuego.

- ¿Qué os pasa? – le pregunté, riendo.
- ¡Callad! – murmuró –. He descubierto señales horribles.

Volvió a coger el hueso, tornó a contemplar toda su superficie y, mascullando sin cesar plegarias acompañadas de extrañas muecas, me hizo este vaticinio con voz solemne y firma:

- La muerte, personificada en un hombre alto, blanco y de pelo rojo, se os acercará por la espalda y os acechará para mataros. La sentiréis y esperaréis el golpe, pero la muerte se retirará. Otro blanco se hará amigo vuestro. Antes del cuarto día perderéis unos buenos amigos, que perecerán heridos por un largo cuchillo. Les veo devorados por los perros. Desconfiad del hombre de cabeza en forma de silla de montar, pues pretenderá causaros la muerte.

Después que el posadero mongol me hubo declarado mi porvenir, permanecimos un buen rato fumando y tomando té, pero el viejo no cesaba de mirarme con pena. En mi mente surgió la

idea de que así debían ser mirados los condenados a muerte. Aún no rayaba el alba cuando nos despedimos del tétrico profeta, y a los veinticinco kilómetros de su *yurta* avistamos el caserío de Van Kure. Hallé al coronel Kazagrandi en su cuartel general. Era un hombre de familia distinguida, apto ingeniero y excelente oficial que había descollado durante la guerra en defensa de la isla de Moom, en el Báltico, y a continuación en la lucha contra los bolcheviques junto al Volga. El amable coronel me invitó a bañarme en una pila de verdad, instalada en la casa del presidente de la Cámara de Comercio. Estando en el domicilio de ese señor, entró en él un joven capitán, alto, de pelo rojo y rizado, de rostro sumamente blanco, aunque repulsivo e imperturbable, de ojos grandes, fríos como el acero, y de labios finos, casi femeninos. En el conjunto de su fisonomía se leía tal crueldad impasible que causaba malestar mirarle a la cara, atractiva a pesar de todo. Cuando salió, el presidente me dijo que era el capitán Veseloffsky, ayudante del general Redzukine, paladín de la causa blanca en el norte de Mongolia. El general acababa de llegar para conferenciar con el barón Ungern.

Después del almuerzo, el coronel Kazagrandi me invitó a ir a verle a su *yurta*, y empezamos a hablar de los acontecimientos que ocurrían en Mongolia occidental, donde la situación se había agravado considerablemente.

- ¿Conocéis al doctor Gay? – me preguntó Kazagrandi –. Sabéis que me ayudó a formar mi destacamento, pero Urga le acusa de ser agente de los soviets.

Defendí a Gay lo mejor que pude, recordando favores que me hizo y que el propio Kolchak le tuvo de colaborador.

- Sí, sí; yo también he dicho eso a favor de Gay; pero Redzukine acaba de venir trayendo unas cartas escritas por Gay a los bolcheviques y detenidas en el camino. Por orden del barón Ungern, Gay y su familia han sido trasladados al cuartel general de Redzukine y temo que no lleguen a su destino.
- ¿Por qué? – pregunté.
- ¡Serán fusilados antes!
- ¿Qué haremos? – respondí –. Es imposible que Gay, tan culto e inteligente, sea bolchevique.

Decidí ir a ver en seguida a Redzukine, pero precisamente en aquel momento entró el coronel Filipoff y se puso a hablar de los errores que se cometían en la instrucción militar de los soldados. Apenas entregué mi capote, se presentó otro militar. Era un jefe, de corta estatura, que usaba gorra cosaca verde, de visera, y capote gris mongol muy roto. Llevaba un brazo en cabestrillo, sujeto con un pañuelo negro anudado al cuello. Era el general Redzukine y me lo presentaron inmediatamente. Durante nuestra conversación, el general, cortés y hábilmente, averiguó mis hechos y dichos desde la revolución, bromeando y riendo discretamente. Cuando salió aproveché la ocasión y le acompañé. Me escuchó atentamente y luego, con tono deferente, me dijo:

- El doctor Gay es un agente de los soviets disfrazado de blanco para ver y oír mejor y saberlo todo. Estamos rodeados de enemigos. El pueblo ruso, completamente desmoralizado, es capaz de todas las infamias para tener dinero. Este es el caso de Gay. Además, ¿a qué seguir hablando de tal sujeto? El y su familia ya no existen. Mis hombres los han ejecutado hoy a cinco kilómetros de aquí.

Mudo de espanto, consternado, miré el rostro de aquel hombrecito de voz dulce y modales finos. En sus ojos leí tanto odio y tenacidad, que en seguida comprendí el respeto temeroso de los oficiales que había visto en su presencia. Más tarde, en Urga, supe otras particularidades del general, que se distinguía igual por su bravura que por su crueldad. Era el perro de presa del barón Ungern, dispuesto a arrojarse al fuego o a la garganta de cualquiera si su amo se lo mandaba.

Solo habían pasado cuatro días y “mis amigos” ya no Vivian, muertos por un “largo cuchillo”. Una parte, por lo menos, de la profecía del mongol resultaba cierta. Ahora me faltaba esperar la amenaza de muerte. No aguardé mucho. Cuarenta y ocho horas después, el jefe de la división de caballería asiática llegó a Van Kure. Se trataba del barón Ungern von Sternberg.

CAPITULO V

“LA MUERTE, PERSONIFICADA EN UN HOMBRE BLANCO, OS ACECHARA PARA MATAROS”

El terrible general, el barón, se presentó de improviso, sin ser anunciado por los atalayas del coronel Kazagrandi. Después de haber hablado con este, nos citó al coronel Filipoff y a mí para que compareciésemos ante él. El mismo Kazagrandi me notificó la orden. Quise acudir en seguida, pero el coronel me detuvo una media hora y me deseó buena suerte.

– ¡Que Dios os proteja! ¡Andad!

Extraña despedida, en verdad, poco tranquilizadora y completamente enigmática. Cogí mi revólver y escondí en el forro de la manga un frasquito de cianuro de potasio. El barón se hospedaba en la *yurta* del medico mayor.

Cuando entré en el patio, el capitán Veseloffsky vino a mí. Llevaba en el cinto un sable cosaco y un revólver sin funda. Entró en la *yurta* para comunicar mi llegada.

– ¡Pasad! – dijo al salir de la tienda.

Frente a la puerta, mis ojos vieron un charco de sangre que el suelo no había todavía tenido tiempo de empapar, señal de mal agüero que parecía señalar la suerte del que me precedió en la audiencia. Golpeé.

– ¡Adelante! – respondiome una voz chillona.

Al traspasar el umbral, un hombre, vestido con una tunica mongola de seda roja, se lanzó sobre mí como un tigre, me estrechó la mano apresuradamente y se echó en una cama puesta en un lado de la tienda.

– Decidme quién sois. Alrededor nuestro no hay más que espías y agitadores – exclamó con

voz penetrante y nerviosa, clavando los ojos en mí.

En un momento me di cuenta de su aspecto externo y de su carácter: tenía cabeza pequeña, hombros anchos, cabellos rubios en desorden, bigote rubio de cepillo y un rostro demacrado como el de los antiguos iconos bizantinos. Luego desaparecieron todos esos rasgos y solo vi una frente amplia y despejada y debajo de ella unos ojos de acero, barrenantes, fijos en mí, cual los de un tigre agazapado en el fondo de su cubil. Mis observaciones duraron lo que un relámpago, pero comprendí que ante mí se hallaba un hombre peligroso, dispuesto a precipitarse, sin reflexionar, en lo irremediable. Aunque el riesgo era inminente, sentí profundamente el insulto.

- Sentaos – dijo con tono seco y voz silbante, indicándome una silla y manoseándose nerviosamente el bigote.

Noté que la cólera se iba apoderando de mí, y le repuse sin sentarme:

- Os habéis permitido ofenderme, barón. Mi nombre es bastante conocido para que podáis ahorraros esos epítetos. Podéis hacer de mí lo que queráis porque la fuerza os acompaña; pero no me obliguéis a hablar a la persona que me insulta.

Al oír estas palabras se incorporó en la cama, y, visiblemente sorprendido, se puso a examinarme, conteniendo la respiración y no dejando en paz el bigote. Conservando mi aparente serenidad, dirigí una ojeada indiferente a toda su *yurta*, y entonces vi al general Redzukine. Le saludé con una inclinación de cabeza y él me devolvió el saludo silenciosamente. Luego me volví hacia el barón, quien, sentado, la cabeza baja y los ojos cerrados, se pasaba la mano de cuando en cuando por la frente, murmurando frases ininteligibles.

De repente se levantó con brusquedad y dijo encarándose con una persona situada detrás de mí:

- ¡Retiraos, no os necesito!

Di media vuelta y vi al capitán Veseloffsky, el del rostro blanco y frío. No le había oído entrar. Este saludó militarmente y se fue.

“La muerte, personificada en el hombre blanco, me acechaba; pero se ha separado de mí”, pensé.

El barón meditó un momento y empezó a decir frases atropelladas y sin concluir.

- Os ruego que me disculpéis... Comprenderéis... Hay tantos traidores... Las personas honradas han desaparecido. No puedo fiarme de nadie. Abundan los nombres falsos y los documentos usurpados. Los ojos y los labios mienten. La desmoralización impera por todas partes, porque el bolchevismo ha corrompido la sociedad. Acabo de hacer ejecutar al coronel Filipoff, que se decía representante de la organización blanca de Rusia. En el forro de su uniforme se le encontraron dos códigos secretos, empleados por los bolcheviques. Cuando mi ayudante blandió el sable sobre su cabeza, exclamó: “¿Por qué me matas, *Tovarich*?”. Creedlo, no puedo fiarme de nadie.

Calló y yo también guardé silencio.

- Dispensadme – añadió –. Os he ofendido, pero no soy sólo un hombre, soy jefe de fuerzas importantes y tengo tantas preocupaciones y penas...

Percibí en su voz una mezcla de desesperación y sinceridad.

El general me tendió francamente la mano. Permanecimos silenciosos. Por último, respondí:

- Decidid lo que vayáis a hacer de mí, pues carezco de documentos, falsos o auténticos. Muchos de vuestros oficiales me conocen y podré encontrar en Urga quien os garantice de que no soy agitador ni...
- ¡Basta, basta! – interrumpió el barón –. Estoy convencido. He leído vuestra alma y lo sé todo. Lo que escribió acerca de vuestros planes el Hutuktu de Narabanchi es cierto. ¿En qué puedo servirlos?

Le expliqué cómo mi amigo y yo habíamos huido de la Rusia soviética con intención de regresar a nuestra patria, y cómo un grupo de soldados polacos se habían unido a nosotros para conseguir el mismo fin. Terminé pidiéndole que nos ayudase a alcanzar el puerto más próximo.

- Bien, con mucho gusto... Contad con mi auxilio – contestó, distraídamente –. Os llevaré a Urga en mi automóvil. Mañana iremos allá y hablaremos de todo eso.

Me despedí de él y salí de la *yurta*. Al volver a mi casa hallé al coronel Kazagrandi, que con ansiedad se paseaba por mi cuarto.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó, santiguándose.

Su alegría me emocionó; pero, no obstante, me pareció que el coronel habría podido adoptar medidas más eficaces para mi salvación, si tanto le interesaba. Las peripecias de aquel día me tenían rendido y me sentía falto de fuerzas. Al mirarme al espejo se me figuró que estaba más viejo y canoso. Aquella noche no pude dormir acordándome del juvenil y simpático rostro del coronel Filipoff, del charco de sangre, de los ojos fríos del capitán Veseloffsky, del tono de voz del barón Ungern con sus matices tristes y desesperados. Al cabo me quedé dormido. Me despertó el propio barón Ungern, que vino a excusarse de no serle posible llevarme en su coche por tener que ir con Diachin Van; pero me informó de que había dado instrucciones para que me facilitasen su mejor camello blanco y dos cosacos como asistentes. Apenas tuve tiempo de darle las gracias, porque se marchó precipitadamente.

Me desvelé por completo. Me vestí, y mientras cargaba la pipa reflexioné. ¡Cuánto más fácil es pelear con los bolcheviques en los lodazales de Seybi o atravesar las crestas nevadas de Ullan Taiga, donde los malos demonios matan a los viajeros! ¡Allí todo era sencillo y comprensible; aquí se vive en una espantosa pesadilla!, en una tormenta sombría y siniestra. Presentía alguna tragedia, algo horrible en la conducta del barón Ungern, detrás del cual caminaba pálido y mudo el capitán Veseloffsky... y la muerte.

CAPITULO VI

LOS HORRORES DE LA GUERRA

Al día siguiente apuntaba el alba cuando me trajeron el camello blanco, una espléndida bestia, y partimos. Mi escolta se componía de dos cosacos, dos soldados mongoles y de un lama, con dos acémilas, que llevaban la tienda y las provisiones.

Yo seguía temiendo que el barón, no atreviéndose a desprenderse de mí en presencia de mis amigos de Van Kure, hubiese urdido aquel viaje preparándome durante él alguna celada que me fuese fatal. Además, con una bala en la espalda todo habría terminado. Por consecuencia, iba ojo a vizor, dispuesto a utilizar mi revólver y a defenderme. Vigilaba con preferencia a los dos cosacos, que no se apartaban de mí.

A mediodía oímos a lo lejos una sirena de automóvil y vimos pasar el del barón Unger a toda velocidad. Iban con él dos oficiales y el príncipe Diachin Van. El barón saludó cariñosamente y me gritó:

— ¡Nos veremos en Urga!

“¡Ah! — pensé yo —. Voy a llegar a Urga. En tal caso puedo viajar tranquilo. En Urga tengo muchos amigos, sin contar con los soldados polacos que conocí en Uliassutai y que me esperan allí”.

Después del encuentro con el barón, mis cosacos se mostraron atentísimos conmigo y procuraron distraerme contándome historias.

Me narraron sus batallas con los bolcheviques en Transbaikalia y en Mongolia con los chinos, cerca de Urga, y cómo descubrieron en varios soldados chinos pasaportes firmados en Moscú. También me hablaron de la bravura del barón Ungern, quien en lo más recio de los combates solía sentarse junto a una hoguera en la línea de fuego, fumando o bebiendo té, sin miedo

a las balas. Una vez sesenta y cuatro balas le atravesaron el capote, la montura y las cajas colocadas a su lado, y ninguna le tocó. La influencia que ejercía en los mongoles la debía a su invulnerabilidad. Me refirieron que antes de la batalla hizo un reconocimiento en Urga con un soldado cosaco, y que a su vuelta mató a un oficial y dos soldados chinos con su bastón de bambú (*tashur*); que solo llevaba con él una muda y un par de botas; que en los combates estaba sereno y alegre, y en los días de tregua, triste y pensativo, y que siempre se ponía al frente de sus soldados en los asaltos.

Yo a mi vez les conté mi fuga de Siberia, y el tiempo pasó rápidamente. Nuestros camellos trataban más y mejor, de suerte que en lugar de andar treinta kilómetros al día, andábamos más de ochenta. Mi camello ganaba a todos. Era un magnifico animal, completamente blanco, dotado de una hermosa crin; se lo había regalado al barón Ungern un magnate mongol, en unión de dos cibelinas negras. Tranquilo y vigoroso, el atrevido gigante del desierto era tan grande, que montado en él creía estar en una torre. Después de cruzar el Orjon encontramos el primer cadáver de soldado chino, tumbado de espaldas y con los brazos abiertos en medio del camino. Tras de atravesar los montes Burgut, penetramos en el valle del Tola, en cuyo extremo se halla Urga.

El camino estaba salpicado de capotes, camisas, calzado, gorras y bidones que los chinos habían tirado en su fuga, en la que también perdieron mucha gente. Más allá el camino atravesaba un pantano, y a ambos lados de él vimos montones de cadáveres de soldados y gran numero de caballos y camellos muertos, carruajes rotos y toda clase de despojos. Allí fue donde los tibetanos del barón Ungern destruyeron el tren de operaciones de los derrotados chinos. ¡Lúgubre y extraño contraste el de los cadáveres amontonados junto al animado espectáculo de la primavera renaciente! En los estanques, los patos salvajes de especies variadas surcaban la superficie del agua; en el herbazal, las grullas se entregaban a sus cómicas danzas, haciéndose el amor, los cisnes y los gansos se deslizaban por los lagos en grandes grupos; en los parajes fangosos, parecidos a manchas luminosas, se destacaban las parejas de aves acuáticas y sagradas, de brillantes colores. En las alturas, las pavas silvestres saltaban y reñían mientras comían; los bandos de perdices salgas volaban silbando, y en las laderas de las montañas, a poca distancia, los lobos se revolcaban al sol perezosamente, ladrando y alborotando a ratos como cachorros juguetones.

La Naturaleza no conoce más que la vida. La muerte es para ella un mero episodio; borra sus huellas bajo la arena o la nieve y las oculta cubriéndolas con una vegetación exuberante de plantas y de flores. ¡Qué le importa a la Naturaleza que una madre en Chefu o a orillas del Yangtsé, ofrende un bol de arroz, quemando incienso en cualquier santuario, y rece día y noche por la vuelta de su hijo, mártir oscuro, caído en las llanuras del tola, para que sus huesos sean calcinados por los rayos del sol y los vientos esparzan el polvo sobre las arenas de la planicie! ¡Hay en esta indiferencia de la Naturaleza a la muerte, en este afán de vida, una grandeza incalculable!

El cuarto día alcanzamos las márgenes del Tola ya cerrada la noche. Nos fue imposible encontrar el vado, y obligué a mi camello a entrar e el río para buscar un paso. Por fortuna, di con un sitio poco profundo, aunque algo fangoso, y pudimos cruzar sin dificultad. Tuvimos suerte, porque los camellos exponen al viajero a sorpresas desagradables en semejantes ocasiones; si sienten que les falta el fondo y que el agua les llega al cuello, en vez de adelantar a nado, como hacen los caballos, se dejan flotar de lado, lo cual resulta molestísimo para los jinetes. Armamos nuestra tienda cerca del río.

Veinticinco kilómetros más lejos pisamos el campo de batalla donde se libró el tercer gran combate por la independencia de Mongolia. Allí las tropas del barón Ungern se opusieron al avance de seis mil chino que venían de Kiajta para defender Urga. Los chinos fueron derrotados y dejaron cuatro mil prisioneros. Sin embargo, estos intentaron escaparse durante la noche. El barón Ungern mandó en su persecución a los cosacos de Transbaikalia y a los tibetanos, y en aquella explanada presenciamos el resultado de su obra. Unos mil quinientos cadáveres yacían insepultos y otros tantos fueron enterrados, según me dijo uno de los cosacos que tomó parte en la batalla. Los muertos tenían terribles heridas producidas por sablazos, y el suelo estaba sembrado de correajes y otras prendas de uniforme. Los mongoles abandonaron la región con sus rebaños, y los lobos los sustituyeron; muchos se escondían detrás de los peñascos o en las zanjás cuando pasamos. Jaurías

de perros, tan feroces como los lobos, les disputaban la posesión de la horrible presa.

Por fin nos alejamos de aquel sitio consagrado al dios maldito de la guerra. Nos aproximamos a un curso de agua rápido y poco profundo: los mongoles, saltando a tierra, se quitaron los gorros y se pusieron a beber. Era un río sagrado que pasaba junto a la morada del Buda vivo. De aquella cañada entramos en otra, desde la que divisamos un crestón montañoso cubierto de bosques frondosos y sombríos.

— ¡El santo Bogdo-Ol! — exclamó el lama —. ¡La mansión de los dioses que protegen a nuestro Buda vivo!

Bogdo Ol es el enorme nudo de tres cordilleras: Gegyl al Sudoeste, Gangyn al Sur y Huntu al Norte. Esta montaña, con su envoltura de bosques vírgenes, es propiedad del Buda vivo.

Las selvas están llenas de casi todas las especies de animales que existen en Mongolia, pero no se permite cazarlos. El mongol que infringe esta ley es condenado a muerte; los extranjeros son expulsados. También se prohíbe, bajo pena de muerte, cruzar el Bogdo-Ol. Un solo hombre osó contravenir esta orden: el barón Ungern, que invadió la montaña con cincuenta cosacos, penetró en el palacio del Buda vivo, donde el pontífice de Urga padecía bajo el poder de los chinos y le sacó de su cautiverio.

CAPITULO VII

EN LA CIUDAD DE LOS DIOSES VIVOS, LOS TREINTA MIL BUDAS Y LOS SESENTA MIL MONJES

¡Por fin teníamos delante de nosotros la morada del Buda vivo! Al pie del Bogdo Ol, detrás de los blancos paredones, se alzaba un edificio blanco, cubierto con tejas azulverdosas que refulgían al sol. Rodeábale un lozano parque, en el que destacaban allá y acullá los tejados fastuosos de los santuarios y palacetes. En el lado opuesto de la montaña un largo puente atravesaba el Tola y unía la Residencia a la ciudad de los monjes, la urbe sacrosanta, venerada en todo Oriente con el nombre de Ta Kure o Urga.

Allí habitaban, además del Buda vivo, innumerables taumaturgos, profetas, magos y doctores. Todos estos personajes son de origen divino y se les rinden honores de dioses vivos. En la alta meseta, a la izquierda, se yergue un viejo monasterio dominado por una torre roja: le llaman la sede de los lamas del Templo. Contiene una gigantesca estatua dorada de Buda sentado en la flor de loto; docenas de templo, de santuarios, de *obos* y de altares al aire libre; de torres para los astrólogos; una aglomeración gris de casas bajas y de *yurtas* donde viven aproximadamente sesenta mil monjes de todas las edades y categorías, y escuelas, archivos sagrados, bibliotecas, albergues de estudiantes Bandis y posadas para hospedar a los viajeros procedentes de China, el Tíbet y de los países de los buriatos y calmucos.

Debajo del monasterio está el barrio extranjero, en el que habitan los comerciantes, rusos y chinos la mayoría. En él muestra su abigarrada y atareada concurrencia el bazar oriental.

A un kilómetro de distancia la cerca terrosa de Maimachen encierra lo que queda de las tiendas chinas, y un poco más lejos se ve una larga hilera de casas particulares rusas, un hospital, una iglesia, una cárcel y, por último, un extraño caserón de cuatro pisos y de ladrillos encarnados,

que fue antes consulado de Rusia. Nos hallábamos bastante próximos al monasterio cuando observé que a la entrada de un barracón varios soldados mongoles tiraban de tres cadáveres que pretendían esconder.

– ¿Qué hacen? – pregunté.

Los cosacos se contentaron con sonreír, por toda respuesta. De repente se cuadraron, saludando militarmente. Del barranco salio un jinete montado en un potro mongol. Al pasar a nuestro lado reparé en sus charreteras de coronel y en su gorra verde, de visera. Me echó una mirada escrutadora con sus ojillos fríos y sin color, denotados de crueldad. Algo más lejos se quitó la gorra y se secó la sudorosa y calva cabeza, sorprendiéndome entonces la extraña conformación de su cráneo: era el hombre de cabeza en forma de silla de montar, del que me había prevenido el viejo adivino del parador inmediato a Van Kure.

– ¿Quién es ese oficial? – interrogué.

Aunque ya estaba a buena distancia de nosotros, uno de los cosacos contestó en voz baja:

– El coronel Sepailoff, gobernador militar de Urga.

¡El coronel Sepailoff, el hombre más negro de la tragedia mongola! Primero mecánico, luego gendarme, ganó sus grados con rapidez bajo el régimen zarista. Se movía sin cesar y hablaba nerviosamente con voz gutural y desagradable, salpicando de saliva a su interlocutor y haciendo gestos espasmódicos con la cara. Estaba loco, y el barón Ungern hizo que le examinase dos veces una comisión de especialistas, la cual le prescribió un reposo absoluto, creyendo así librar al jefe de su ángel malo. Supe más tarde que aquel sádico ejecutaba personalmente a los condenados, chanceándose y cantando mientras les daba muerte. Circulaban respecto a él dichos macabros y terroríficos. Toda la fama de cruel atribuida al barón Ungern correspondía a Sepailoff.

El barón me confesó algunos días después que el coronel le preocupaba, porque le consideraba capaz de ejecutarle a él como a un vulgar condenado. Además, Sepailoff había encontrado en Transbaikalia a un brujo, quien le predijo la muerte del barón si este se desprendía de su auxiliar. Debido a ello, el barón temía a Sepailoff, sabiendo que se hallaba sugestionado por el presagio. El coronel no conocía la compasión para lo que era bolchevique u olía a rojo de cerca o de lejos. Verdad que los rojos le habían encarcelado y torturado a toda su familia en venganza de su evasión de la cárcel. No hacia, pues, más que pagarles en la misma moneda.

Me hospedé en casa de un comerciante ruso y en seguida recibí la visita de mis compañeros de Uliassutai, quienes me acogieron con alegría a causa de que se hallaban enterados de mis malandanzas en la expedición al Zain-Chabi y Van Kure. Tomé un baño, me arreglé un poco y salí con ellos. Entramos en el bazar. Estaba lleno. En los grupos abigarrados de compradores y vendedores que pregonaban desgañitándose, los colores deslumbrantes de los tejidos chinos, los collares de perlas, los aretes y los brazaletes daban una nota de fiesta: unos palpaban carneros vivos para averiguar si estaban bastante gordos; los carniceros cortaban grandes trozos de las reses muertas y despellejadas, de venta en sus establecimientos; por doquiera los hijos de la llanura se alborozaban y reían. Las mujeres mongolas, con sus peinados altos, rematados con pesadas gorras de plata parecidas a soperas, admiraban las cintas de seda de todos los colores y los largos collares de coral; un mongol gordo, de aspecto imponente, examinaba un tronco de magníficos caballos y discutía el precio con el *zahachine*; un tibetano negro, listo y chupado, venido a Urga para rezarle al Buda vivo o quizá portador de un mensaje secreto del otro dios de Lhasa, puesto de cuclillas, regateaba una imagen del Buda del Loto, tallada en ágata; en otro rincón, una turba de mongoles y buriatos se había aglomerado en torno a un mercader chino que vendía tabaqueras, bellamente pintadas, y una figura de cristal, porcelana, amatista, ágata y otras piedras de color canela, primorosamente esculpida, representaba un dragón enroscado a un grupo de muchachas; el vendedor pedía por ella diez novillos. El rojo de las largas levitas y de las gorras bordadas en oro de los buriatos se mezclaba con el negro de las capas de los tártaros y de los pequeños bonetes de terciopelo que llevan en la coronilla. La multitud de lamas formaba el fondo de aquel tapiz tan llamativo con sus túnicas amarillas y rojas, sus esclavinas negligentemente echadas sobre los hombros y sus variados cubrecabezas, bonetes amarillos, gorros frigios rojos y cascos a la antigua griega. Confundíanse en el gentío, hablando serenamente, repasando sus rosarios, diciendo la

buenaventura e intentando sobre todo curar o explotar a los mongoles ricos por medio de revelaciones, adivinanzas y otros misterios. El espionaje religioso y político se practicaba en vasta escala. Los mongoles procedentes de Mongolia interior estaban, sin darse cuenta, envueltos constantemente en una red invisible y apretada de astutos lamas. Sobre los edificios ondeaban las banderas rusas, chinas y mongolas; una tiendecita ostentaba el pabellón estrellado; en las *yurtas* se veían enarbolados los gallardetes, cuadrados, círculos y triángulos de los príncipes y particulares atacados de viruela o de lepra que agonizaban en sus rincones. Todo se ajustaba en una masa pintoresca y realmente maravillosa. Tampoco faltaban los soldados del barón Unger con sus uniformes azules; los mongoles y los tibetanos de vestidos rojos y charreteras amarillas con su *svástica* de Gengis Kan y las iniciales del Buda vivo y los guardias chinos pertenecientes a un destacamento del ejercito mongol. A raíz de la derrota del ejercito chino, dos mil de aquellos valientes imploraron del Buda vivo que los alistara en sus legiones, jurándole fidelidad. Fueron aceptados y constituyeron dos regimientos que lucen como emblemas en sus gorras y en los cuellos de las guerreras los dragones chinos en plata.

Atravesábamos el mercado cuando dobló su esquina entre bocinazos un automóvil grande. En él iba el barón Ungern con su chaqueta mongola de seda amarilla y su fajín azul.

El coche marchaba muy deprisa, pero me conoció; mandó parar y se apeó para invitarme a que le acompañase hasta su *yurta*.

Esta tienda, modestamente dispuesta, ocupaba el centro del patio de un almacén chino (*hong*). Su cuartel general residía en otras dos *yurtas* cercanas, y sus servidores se alojaban en una de las casas chinas. Al recordarle su promesa de ayudarme a ganar un puerto del Pacífico el general me miró con ojos brillantes y me respondió en francés:

- Mi obra aquí, toca a su fin. Dentro de nueve días empiezo la guerra contra los bolcheviques y entro en Transbaikalia. Os ruego que os avengáis a esperar en Urga hasta esa fecha. Hace años que vivo apartado de toda sociedad civilizada. Estoy a solas con mis pensamientos y quisiera que los conocierais. Hablaremos y veréis que no soy el barón sediento de sangre, como mis enemigos me llaman, ni el “abuelo gruñón”, a quien aluden mis oficiales y soldados, sino, sencillamente, un hombre que ha luchado mucho y que ha sufrido lo indecible.

El barón permaneció callado unos instantes; luego continuó:

- Ya tengo resuelto lo que he de hacer para favoreceros. Tolo lo arreglaré; pero os suplico que os quedéis conmigo estos nueve días.
- Negarse era imposible. Acepté. El barón me estrechó la mano y pidió té.

CAPITULO VIII

HIJO DE CRUZADOS Y CORSARIOS

- Habladme de vuestro viaje y de vuestros planes – me dijo.
Le referí todo lo que supuse podía interesarle y oyó mi relato con extraordinaria atención.
- Ahora voy a hablaros de mí, para que sepáis, sin duda, quien soy. Mi nombre está envuelto en tanto odio y temor, que nadie es capaz de separar lo verdadero de lo falso, la historia de la leyenda. Un día escribiréis un libro, recordareis vuestra estancia en Mongolia y la amistad que tuvisteis con el “general sanguinario”.

Cerró los ojos, sin dejar de fumar mientras hablaba nerviosamente, precipitando las frases y no concluyéndolas, como si temiese no tener tiempo.

- La familia de los Ungern von Sternberg es antigua; proviene de una mezcla de alemanes y húngaros, de los hunos del tiempo de Atila. Mis antepasados guerreros tomaron parte en todas las guerras europeas. Estuvieron en las Cruzadas; un Ungern pereció en el asalto a Jerusalén, peleando con las tropas de Ricardo Corazón de León. La misma trágica cruzada de los niños registra la muerte de Raúl de Ungern, a la edad de once años. Cuando los más esforzados guerreros del país fueron enviados a las fronteras orientales del Imperio germánico contra los eslavos, allá por el siglo XII, mi antepasado Arturo figura entre ellos; era el barón Halsá Ungern Sternberg. Estos defensores de las marcas fronterizas formaron la Orden teutónica de los Caballeros Monjes, que por el hierro y por el fuego impusieron el Cristianismo a las poblaciones paganas: lituanos, estonios, livonios y eslavos. Desde entonces la Orden de los Caballeros teutónicos contó siempre entre sus miembros a los representantes de mi familia. Cuando la Orden teutónica desapareció en el Grünewald, a los

golpes de las huestes polacas y lituanas, dos barones Ungern von Sternberg murieron en la batalla. Mi estirpe tenía el alma guerrera con tendencias al ascetismo y al misticismo.

En el transcurso de los siglos XVI y XVII varios barones von Ungern tuvieron sus castillos en Livonia y Estonia. Muchos cuentos y leyendas narran sus hazañas. Heinrich von Sternberg, llamado *El Hacha*, fue caballero andante. Los torneos de Francia, Inglaterra, España e Italia conocieron su nombre y su lanza, que llenaba de terror el corazón de sus adversarios. Cayó en Cadi bajo la tizona de un caballero que le partió el cráneo. El barón Raúl Ungern fue un noble-bandido que operaba entre Riga y Reval. El barón Pedro Ungern poseía un castillo en la isla de Dago, en pleno mar Báltico, y desde allí dominaba a los armadores y navegantes de su época, quienes temían sus audacias de pirata.

Al empezar el siglo XVIII, un famoso barón Guillermo Ungern, recibió el mote de *Hermano de Satán*, a causa de su practica en alquimia. Mi abuelo fue corsario en el océano Indico, imponiendo tributo a los barcos ingleses mercantes y escapando durante años y años a sus buques de guerra. Apresado al fin, le entregaron al cónsul ruso, quien ordenó ser trasladado a Rusia, siendo después deportado a Transbaikalia.

Yo también soy oficial de Marina, pero la guerra rusojaponesa me obligó a abandonar mi profesión para unirme a los cosacos de Zabaikal. He dedicado toda mi vida a la guerra o al estudio del budismo. Mi abuelo nos trajo el budismo de las Indias y mi padre y yo nos hicimos adeptos. En Transbaikalia he intentado organizar la Orden militar de los budistas para emprender la lucha implacables contra la depravarón revolucionaria.

Calló y bebió una taza de té, que tomó muy cargado, negro como café.

- ¡La depravación revolucionaria! ¿Quién piensa en eso, salvo el filósofo francés Bergson y el sapientísimo Tachi-Lama del Tíbet?

El nieto del corsario, citando teorías y obras científicas, nombres de sabios y escritores, la Biblia, los libros búdicos y mezclando el francés, el alemán, el ruso y el inglés, continuó:

- En los libros búdicos, como en los antiguos libros cristianos, se leen graves profecías relativas a la época en que ha de comenzar la guerra de los buenos y los malos espíritus. Entonces surgirá la maldición desconocida que, conquistando al mundo y barriendo toda civilización, matará la moralidad y destruirá a los pueblos. Su arma es la revolución. Durante toda revolución, la inteligencia creadora, ayudada por la experiencia del pasado, es sustituida por la fuerza joven y bruta del destructor. Este coloca y mantiene en primera fila las pasiones viles y los más bajos instintos. El hombre se aleja de lo divino y lo espiritual. La Gran Guerra ha demostrado que la Humanidad debe elevarse a un ideal siempre más alto, pero en tal momento apareció la maldición de Cristo, el apóstol San Juan, Buda, los primeros mártires cristianos, Dante, Leonardo da Vinci, Goethe y Dostoyevsky. La maldición con sus horrores, hizo retroceder al progreso y nos cerró el camino de lo divino. La revolución es una enfermedad contagiosa, y Europa, al tratar con Moscú, se ha engañado a sí misma, engañando a las demás partes del mundo. El Gran Espíritu ha puesto en el umbral de nuestra vida a Karma, que no conoce la cólera ni el perdón y arregla nuestras cuentas. Resultado de esto será el hambre, la destrucción, la muerte de la civilización, de la gloria, del honor, el aniquilamiento de las naciones, la extinción de los pueblos. Veo ya estos horrores, la sombría y vesánica ruina total de la Humanidad.

La puerta de la *yurta* se abrió de improviso; un oficial se adelantó, cuadrándose y saludando rígidamente.

- ¿Por qué entráis sin pedir permiso? – gritó el general, enfurecido.
- Excelencia, nuestra avanzadilla de la frontera ha capturado una patrulla enemiga y la ha traído aquí.

El barón se levantó. Sus ojos llameaban y su rostro se contraía rabiosamente.

- Ponedla frente a mi *yurta* – ordenó.

Todo quedó olvidado – el discurso inspirado, la entonación penetrante –, todo desapareció ante la ruda voz de mando del jefe implacable. El barón se puso la gorra, cogió el tachur de bambú que llevaba siempre en la mano y salió con viveza. Le seguí. Frente a la *yurta* había seis soldados

rojos rodeados de cosacos.

El barón se detuvo y los miró fijamente algunos minutos. En su semblante se podía leer la marcha violenta de sus pensamientos. Luego desvió de ellos la vista, se sentó en el dintel de la casa china y meditó largo rato. Por último, se puso en pie, se dirigió a los prisioneros y, con ademán decidido, tocó con su bambú en el hombro a cada uno de ellos, diciendo:

- Tú, a la izquierda; tú, a la derecha.

Y así distribuyó el grupo en dos, cuatro a la derecha y dos a la izquierda.

- ¡Que registren a esos dos! ¡Deben de ser comisarios! – mandó.

Luego, encarándose con los otros cuatro, preguntó:

- ¿Vosotros seréis sin duda labradores y habréis sido movilizados por los bolcheviques?
- Sí, excelencia – contestaron los soldados, llenos de espanto.
- Bueno; presentaos al comandante y decidle que he dado la orden de que os alistéis en mis tropas.

Encima de los otros dos se encontraron pasaportes de comisarios del servicio político comunista. El general frunció el ceño y lentamente dictó la sentencia:

- ¡Matadlos a garrotazos!

Dio media vuelta y volvió a la *yurta*; pero nuestra conversación, después de este incidente, perdió espontaneidad, y me despedí del general.

Después de comer, varios oficiales de Ungern acudieron a la casa rusa donde yo me hospedaba. Hablábamos con animación cuando oímos de repente la bocina de un automóvil, y los oficiales enmudecieron en seguida.

- El general pasa por aquí – dijo uno con voz alterada.

Nuestra interrumpida charla prosiguió, pero por poco tiempo. El dueño de la casa vino corriendo a prevenimos:

- ¡El barón!

Este entró y se detuvo en la puerta. Las lámparas aún no estaban encendidas y comenzaba a ser de noche. El barón, sin embargo, nos conoció sin vacilar, y adelantándose a la señora de la casa le besó la mano. Saludó a cada uno amablemente, aceptó la taza de té que le ofrecieron, se acercó a la mesa y dijo:

- He venido para llevarme a vuestro huésped, señora.

Luego volviéndose a mí, me preguntó:

- ¿Queréis dar un paseo en automóvil? Os enseñaré la ciudad y sus alrededores.

Cogí mi capote, y según mi costumbre inveterada, fui a guardar mi revólver, lo que hizo reír al barón.

- Dejad eso. Aquí estáis seguro. Además, acordaos de la profecía del Hutuktu de Narabanchi: la Fortuna os acompañará siempre.

- ¡Muy bien! – respondí, riendo –. No he olvidado la predicción; pero no sé realmente qué es lo que el Hutuktu entiende por Fortuna. Quizá sea la Muerte, como para tantos otros, al cabo de un largo y penoso viaje, y confieso que prefiero ir más lejos y que la muerte no me atrae.

Salimos. En la calle un enorme Fiat nos esperaba con los faros resplandecientes. El chofer, sentado al volante, permanecía inmóvil como una estatua, con la mano en la gorra, en posición de saludar, todo el tiempo que tardamos en acomodarnos.

- A la estación de T. S. H. – ordenó el barón.

El auto trepidó. La ciudad, como un poco antes, mostraba todavía el encanto y el bullicio de sus multitudes orientales, pero su aspecto era aún más pintoresco y maravilloso. Entre el gentío estrepitoso pasaban rápidos los jinetes mongoles, buriatos y tibetanos; los camellos de las caravanas levantaban solemnemente la cabeza a nuestro paso; las ruedas de madera de las carretas mongolas chirriaban de dolor; todo iluminado por los grandes arcos voltaicos de la fábrica de electricidad que el barón mandó construir a raíz de la toma de la ciudad, a la vez que una red telefónica y que una estación de telegrafía sin hilos. También hizo limpiar y desinfectar la ciudad por sus hombres, pues las calles probablemente no habían conocido la escoba desde el reinado de Gengis Kan. Organizó

un servicio de autobús que unía los diferentes barrios. Echó puentes sobre el Tola y el Orjon, publicó un periódico, creó un laboratorio veterinario y hospitales, ordenó la reapertura de las escuelas, protegió al comercio y mandó colgar sin piedad a los soldados rusos y mongoles que saqueaban los almacenes chinos.

El gobernador militar detuvo en cierta ocasión a dos cosacos y un mongol que habían robado aguardiente en una tienda china y sometió a los culpables a la sentencia del barón. Este los hizo entrar en su coche, fue al almacén, devolvió al tendero el aguardiente y ordenó al mongol que colgase a uno de los rusos de la puerta del establecimiento. Una vez colgado el cosaco, exclamó:

– ¡Ahora cuelga al otro!

Cumplida la orden, el general se volvió al comandante y le mandó que colgase al mongol al lado de los otros. Esta justicia expeditiva dejó satisfecho a todo el mundo menos al mercader chino, quien, desesperado, se acercó al barón suplicándole:

– ¡General! ¡Barón! ¡Por favor, quitad esos cadáveres de mi puerta, porque si no nadie va a querer entrar en mi tienda!

Cruzamos a toda velocidad el barrio comercial, y después de atravesar un arroyo penetramos en el barrio ruso. Varios cosacos y cuatro mongolas de aspecto agradable, estaban conversando a la entrada del puente. Los soldados se clavaron al suelo, saludando como estatuas, con la mirada fija en el rostro sañudo de su jefe. Ellas intentaron huir asustadas; pero, captadas sin duda por el ejemplo de la disciplina militar, se llevaron la mano a su peinado y saludaron tiesas como sus galanes. El barón miró y se echó a reír:

– ¡Ved lo que es la disciplina! ¡Hasta las muchachas mongolas me saludan!

Pronto corrimos por la llanura; el coche iba disparado como una flecha; el viento silbaba y agitaba los pliegues de nuestros capotes; pero el barón, sentado, los ojos cerrados, decía siempre:

– ¡De prisa! ¡Más de prisa!

Guardamos silencio un rato.

– Ayer he castigado a mi ayudante por haber entrado sin pedir permiso a mi *yurta*, interrumpiendo mis declaraciones – me dijo.

– Podéis contármelas ahora – respondí.

– ¿No os molestará oírme? Pues bien: me queda muy poco que decir, pero será lo más importante. Os expliqué ya que quise fundar una Orden militar de budistas en Rusia. ¿Por qué? Para proteger la evolución de la Humanidad y luchar contra la revolución, porque estoy seguro de que la evolución conduce a la divinidad y que la revolución lleva consigo solo a la bestialidad completa. ¡Cuánto he trabajado en Rusia! Pero en Rusia los labradores son groseros, analfabetos y violentos; viven en constante cólera, odiándolo todo y sin comprender el motivo. Son también desconfiados y materialistas y carecen de ideal elevado. Los intelectuales flotan de un idealismo imaginario, sin realidad; tienen tendencia constante a criticarlo todo, pero les falta potencia creadora. Desprovistos de voluntad, no saben más que hablar... Como el vulgo, no aman nada ni a nadie. Sus sentimientos son puramente ficticios; sus pensamientos pasan sin dejar huellas; como frases huecas. Así sucedió que mis compañeros no tardaron en quebrantar el reglamento de la Orden. Entonces establecí la obligación del celibato, la renuncia absoluta a la mujer, a las comodidades de la vida y a lo superfluo, según las enseñanzas de la religión amarilla. A fin de que el ruso pudiese dominar sus instintos, prescribí el uso ilimitado de alcohol, del *haschish* y del opio. Ahora, en cambio, hago colgar a los oficiales y soldados que beben alcohol; pero entonces bebíamos hasta la fiebre blanca, hasta el *delirium tremens*. Me fue imposible organizar la Orden, pero agrupé en torno unos trescientos hombres a quienes conseguí dotar de una audacia prodigiosa y de una fiereza sin igual. Se portaron como héroes durante la guerra con Alemania, primero, y después contra los bolcheviques, pero de ellos quedan muy pocos.

– ¡La estación de T. S. H., excelencia! – advirtió el chófer.

– ¡Entrad! – ordenó el general.

En lo alto de un cerro se hallaba la poderosa estación que los chinos al retirarse destruyeron en parte y que más tarde reconstruyeron los ingenieros del ejército de Ungern. El general se enteró de los

telegramas y me los comunicó. Venían de Moscú, Chita, Vladivostok y Pekín. En una hoja amarilla había escritos unos partes cifrados que el barón se guardó en el bolsillo diciendo:

- Estos partes proceden de los servicios de información que tengo montados en Chita, Irkutsk, Kharbin y Vladivostok. Mis agentes son todos judíos, muy listos, muy atrevidos y amigos a carta cabal. También es judío Vulcovitch, el oficial que manda mi ala derecha. Es pero que satanás; pero inteligente y valeroso... Ahora vamos a correr más que el viento.

Efectivamente, arrancamos a toda velocidad, hundiéndonos en las tinieblas de la noche. Fue una carrera frenética. El auto brincaba sobre las piedras y los baches y cruzaba incluso estrechos arroyos, pues el chófer sólo esquivaba los grandes peñascos. En la llanura, a nuestro paso, como una tromba, observé repetidas veces unos puntos brillantes que se encendían en la oscuridad y se apagaban en seguida.

- ¡Los ojos de los lobos! – dijo mi compañero, sonriendo –. Los hemos cebado con la carne de los nuestros y con la de nuestro enemigos – agregó impasible, volviéndose a mí para reanudar su profesión de fe –. Durante la guerra vimos corromperse poco a poco el Ejército ruso; previmos la traición de Rusia a los aliados y el peligro amenazador de la revolución. Con objeto de reaccionar concebí el proyecto de unir a todos los pueblos mongoles que no hubiesen olvidado su antigua fe y sus viejas tradiciones, creando un solo Estado asiático, compuesto de tribus autónomas, bajo la soberanía moral y legislativa de China, patria de la remota y eminente civilización. Ese estado debía comprender a chinos, mongoles, tibetanos, afganos, las tribus mongolas del Turquestán, los tártaros, los buriatos, los kirghises y los calmucos. Era necesario que ese Estado fuera poderoso moral y materialmente, para que constituyese un dique contra la revolución y conservase cuidadosamente el espíritu, la filosofía y el respeto del individuo que había de caracterizarle. Si la Humanidad, loca y corrompida, continúa amenazando el espíritu divino en el corazón del hombre, derramando sangre e impidiendo todo progreso moral, al Estado asiático incumbe detener de manera decisiva ese impulso a la ruina e instruir la paz, una paz duradera y estable. Esta propaganda tuvo un gran éxito durante la guerra entre turcomanos, kirghises, buriatos y mongoles. ¡Parad! – gritó de improviso el barón.

El coche se detuvo con una brusca sacudida. El general saltó a tierra y me instó a seguirle. Caminamos un buen rato por la llanura y el barón se inclinaba hacia el suelo como buscando algún rastro.

- ¡Ah! – murmuró por fin –. Se ha ido. Le miré intrigado.
- Aquí estaba la *yurta* de un rico mongol. Era proveedor de un comerciante ruso, Noskoff. Este es un hombre feroz, como lo prueba el sobrenombre con que le conocían los mongoles: *Satán*. Hacía que las autoridades chinas torturasen o encarcelasen a sus deudores mongoles. Noskoff había arruinado al opulento mongol, quien perdió toda su fortuna y huyó a cuarenta y cinco kilómetros de aquí. Noskoff le persiguió, le arrebató cuantos ganados le quedaban y le dejaba morir de hambre con su familia. Cuando tomé Urga, el mongol se presentó a mí con otras tantas familias mongolas arruinadas de la misma manera por Noskoff. Pedían su muerte. Mandé ahorcar a *Satán*.

De nuevo corría el automóvil, dando un gran rodeo en la pradera, y nuevamente el barón, con voz agria y nerviosa, recorría con el pensamiento todo el círculo de la vida asiática.

- Rusia traicionó a Francia, Inglaterra y América; firmó el Tratado de Brest-Litovsk y trajo el reinado del caos. Entonces decidimos movilizar a Asia contra Alemania, y nuestros emisario penetraron en Mongolia, el Tíbet, el Turquestán y China. En aquella época los bolcheviques empezaron a matar oficiales rusos; nos vimos obligados a emprender contra ellos la guerra civil y abandonar nuestro proyectos panasiáticos; pero esperamos más adelante despertar el así entera y con su ayuda implantar la paz y el reino de Dios en la Tierra. Me complace pensar que he contribuido por mi parte a esta obra colosal redimiendo a Mongolia. Meditó un momento en silencio.
- Pero no niego que algunos de mis asociados en esta empresa reprueban mi conducta,

calificándola de severa y hasta de atroz – añadió con tristeza –. Es que no comprenden aún que no combatimos solamente a un partido político, sino a una secta de asesinos, destructores de la civilización contemporánea. ¿Acaso los italianos no ejecutan a los anarquistas que tiran bombas? ¿No he de tener yo derecho a limpiar al mundo de quienes pretenden matar el alma del pueblo? ¡Yo, descendiente de los caballeros teutónicos, de los cruzados y de los corsarios, no reconozco otro castigo que la muerte para unos vulgares asesinos!... ¡Volved! – ordenó al chófer.

Media hora después vimos otra vez las luces de Urga.

CAPITULO IX

EL CAMPAMENTO DE LOS MARTIRES

Al acercarnos a la entrada de la ciudad vimos un automóvil detenido enfrente de una casita.

- ¿Qué significa eso? – exclamó el barón –. ¡Id allá abajo!

Nuestro coche se detuvo junto al otro. La puerta de la casa se abrió bruscamente, y varios oficiales salieron con precipitación, procurando esconderse.

- ¡Alto! – les ordenó el general –. ¡Adentro!
- Obedecieron, y él entró detrás de ellos, apoyándose en su bambú.

La puerta quedó abierta y pude ver y oír todo.

- ¡Desgraciados! – dijo el chófer –. Esos oficiales supieron que el barón había salido de la ciudad conmigo, lo que les hizo creer en un largo viaje, y lo aprovecharon para divertirse. ¡Van a molerlos a palos!

Pude divisar el extremo de la mesa, cubierta de botellas y latas de conserva. A un lado estaban sentadas dos mujeres jóvenes, las que se pusieron en pie rápidamente a la entrada del general. Oí la voz ronca del barón pronunciando frases breves, secas, severas.

- ¡Miserables! Vuestra patria está agonizando por culpa vuestra, y ni lo comprendéis ni lo sentís... ¡Bah! Solo necesitáis vino y mujeres... ¡Bribones!... ¡Brutos!... ¡Ciento cincuenta palos a cada uno de vosotros!

La voz fue bajando de tono hasta convertirse en un murmullo:

- ¿No os dais cuenta, señoras, de la ruina de la nación? ¿No? ¡Y si os la dais, qué os importa ello! ¿No os entristece que vuestros maridos estén en el frente ahora mismo, tal vez haciéndose matar? Pero no sois mujeres... Yo respeto a la mujer, cuyos sentimientos son más profundos y fuertes que los del hombre, pero vosotras no sois mujeres. Escuchadme: ¡Otra ligereza más, y mando que os cuelguen!

Volvió al coche, y él mismo tocó la bocina varias veces. Inmediatamente llegaron a galope unos jinetes mongoles.

- Entregad a esos hombres al comandante. Después le diré lo que ha de hacer de ellos.

Guardamos silencio. El barón, exasperado, jadeaba, y encendió uno tras otro varios cigarrillos, tirándolos en cuanto les daba un par de chupadas.

- Cenareis conmigo – me dijo.

Invitó también a su jefe de Estado Mayor, hombre muy reservado y taciturno, pero de exquisita educación. Los criados nos sirvieron un plato chino caliente, seguido de carne fría y de una compota de frutas de California, toda acompañado del inevitable té. Comimos a la china, con palillos. El barón parecía contrariado.

Con muchos circunloquios empecé a hablar de los oficiales culpables, procurando disculparlos y poniendo de manifiesto las circunstancias extraordinariamente penosas en que vivían.

- Están podridos hasta la medula; no tienen nada recomendable; han caído al fango – murmuró el general.

El jefe del Estado Mayor habló en igual sentido que yo, y por fin el barón dispuso por teléfono que los soltasen.

Al día siguiente me paseé con mis amigos por las calles, observando la animación de la ciudad. La energía del barón exigía una actividad constante, y la imponía a cuanto le rodeaba. Estaba en todas partes, lo vigilaba todo, pero nunca entorpecía la labor de sus subordinados. En Urga todo el mundo trabajaba. Por la tarde, el jefe del Estado Mayor me invitó a ir a su casa, en la que encontré un gran número de oficiales muy inteligentes. Les referí mi viaje, y conversábamos con calor, cuando el coronel Sepailoff entró canturriando. Los demás callaron en seguida, y con distintos pretextos se fueron retirando uno tras otro. El coronel tendió al jefe del Estado Mayor unos papeles, y luego, dirigiéndose a nosotros, dijo:

- Les mandaré para cenar un delicioso pastel de pescado y una ensalada de tomates.

Cuando Sepailoff se marchó mi amigo se llevó las manos a la cabeza con gesto de desesperación, exclamando:

- ¡Y tener que convivir desde la revolución con la hez de la tierra!

Algunos momentos después, un soldado, de parte de Sepailoff, trajo una sopera y el pastel de pescado. Mientras que el soldado se inclinaba hacia la mesa para colocar los platos, el jefe del Estado Mayor me hizo una seña con los ojos y murmuró:

- ¡Fíjese en ese tipo!

Cuando el soldado se retiró, mi anfitrión escuchó atentamente esperando que se extinguiera el ruido de sus pasos.

- Es el verdugo de Sepailoff, el que cuelga y estrangula a los infelices condenados.

Después con gran sorpresa mía, salió de la *yurta* para tirar por encima de la empalizada los dos obsequios del coronel.

- Con Sepailoff todas las precauciones son pocas. Quién sabe si su cena estará envenenada. Lo más prudente es no comerla.

Con el corazón oprimido por estos incidentes, regresé a mi casa. Mi patrón no se había dormido aún y vino a mi encuentro con cara de espanto. Mis amigos también se encontraban allí.

- ¡Gracias a Dios! – exclamaron todos –. ¿No os ha ocurrido nada?

- ¿Qué pasa? – pregunté.
- Mirad – principió mi patrón –; después de que os fuisteis se presentó un soldado de parte de Sepailoff y se llevó vuestro equipaje, diciendo que le habíais mandado venir a recogerlo. Sabíamos lo que eso significaba: que iban a registrarlo todo, y luego...

Comprendí prontamente el peligro. Sepailoff podía poner lo que quisiera entre mis efectos y acusarme después. Mi antiguo amigo el agrónomo y yo nos encaminamos seguidamente a casa de Sepailoff. Mi amigo se quedó a la puerta; yo entré y hablé al mismo soldado que nos había llevado la cena.

Sepailoff me recibió inmediatamente. Respondiendo a mi protesta, me aseguró que se trataba de un error, y rogándome que esperase un instante salió. Esperé cinco, diez, quince minutos, y nadie vino. Llamé a la puerta; nadie contestó. Entonces me decidí a ir a buscar al barón y me dirigí a la salida, pero la puerta estaba cerrada con llave. Intenté abrir la otra puerta, con idéntico resultado. ¡Había caído en una trampa! Quise sin vacilar acudir a mi amigo, pero reparé en un teléfono instalado en la pared y llamé al barón Ungern.

A los pocos instantes apareció con Sepailoff.

- ¿Qué ha ocurrido aquí? – preguntó a Sepailoff, con tono arisco y amenazador. Y sin esperar la respuesta, le golpeó con su bastón tan fuertemente, que derribó al coronel. Salimos, y el general ordenó que me devolviesen el equipaje.

Luego me condujo a su *yurta*.

- De ahora en adelante os alojareis conmigo – dijo –. Celebro este incidente – añadió, sonriendo – porque me permite deciros todo lo que quiero que sepáis.

Esto me alentó a formular una pregunta:

- ¿Puedo hablaros de cuanto llevo visto y oído?
- Reflexionó un momento antes de contestar:

- Dadme vuestro *carnet* de notas.

Le entregué lo pedido, donde tenia hechos algunos croquis de mi viaje, y escribió estas palabras: “Después de mi muerte. El barón Ungern”.

- Pero sois más joven que yo y me sobreviviréis, por ley natural – observé. Cerró los ojos, inclinó la cabeza y balbució:

- ¡No! Ciento treinta días más, y todo habrá concluido. Luego, la nirvana. ¡Qué cansado, qué harto estoy de penas, miserias y odios!

Enmudecimos ambos largo rato. Comprendía que el coronel Sepailoff había de aborrecerme mortalmente y que era imprescindible salir de Urga lo antes posible. Eran las dos de la tarde. De improviso el barón se levantó.

- Vamos a saludar al venerable y poderoso Buda – dijo.

Brillábanle los ojos, su semblante revelaba honda preocupación y crispaba sus labios una amarga y melancólica sonrisa. Partimos en automóvil.

Así vivía en aquel campamento de refugiados mártires, perseguidos por la fatalidad y arrastrados hacia la muerte, conducidos por el odio y el desprecio del descendiente de los caballeros teutones. Y él, que los martirizaba, no disfrutaba de una hora ni de una noche de paz. Sus pensamientos, envenenados e imperiosos, le consumían el corazón, le torturaban inclementes. El desventurado sufría como un nuevo Titán, sabiendo que cada día le mermaba en una unidad la corta cadena de ciento treinta eslabones que le arrastraban hacia el Más Allá.

CAPITULO X

EN PRESENCIA DE BUDA

Cuando llegamos al monasterio dejamos el automóvil y nos internamos en el laberinto de estrechos paseos que conducen frente al mayor templo de Urga, cuyos muros tibetanos se destacan terminados por un presuntuoso tejado de estilo chino. Una sola linterna brillaba a la entrada. La pesada puerta, forrada de bronce y acero, estaba cerrada. Golpeó el general el enorme *gong* de cobre colgado de la puerta, y los monjes asustados, empezaron a correr en todas direcciones, y viendo al general barón, se prosternaron en tierra, no atreviéndose a alzar la cabeza.

– ¡Levantaos – dijo el barón – y llevadme al templo!

El interior de este se parecía al de todos los templos de lamas: en él había las mismas banderas multicolores con plegarias, signos simbólicos e imágenes de santos; los largos gallardetes de seda pendían del techo; las estatuas de dioses y diosas abundaban. A ambos lados del coro estaban los bancos rojos de los lamas y de la Maestría. En el altar, las lámparas hacían brillar el oro y la plata de los vasos y candelabros. Detrás colgaba un tupido cortinaje de seda amarilla con inscripciones en tibetano. Los lamas descorrieron las cortinas. A la débil luz de las lámparas

vacilantes apareció la gran estatua de Buda sentado en el loto de oro. El rostro del dios se mostraba tranquilo e indiferente; solo una tenue claridad parecía animarle. Por todas partes le guardaban millares de pequeños budas, puestos allí como ofrendas por sus fieles adoradores. El barón tocó el *gong* para llamar la atención del Gran Buda respecto a su plegaria y echó un puñado de monedas en la ancha copa de bronce. Entonces el hijo de los cruzados, que había estudiado todas las filosofías occidentales, entornó los ojos, se tapó el rostro con las manos juntas y rezó. Vi un rosario negro en su muñeca izquierda. Su oración duró un cuarto de hora. Luego me condujo al otro extremo del monasterio y me dijo:

- No me gusta este templo. Es nuevo y ha sido construido por los ламas cuando el Buda vivo se quedó ciego. No hay en el rostro del Buda dorado las lágrimas, las esperanzas, las angustias y el agradecimiento del pueblo. Este aún no ha tenido tiempo de estampar en él las huellas de sus plegarias. Vamos ahora a ver el viejo santuario de las profecías.

Era un edificio mucho más pequeño, ennegrecido por los años y semejante a una torre, con techo de media naranja. Sus puertas estaban abiertas. A los dos lados de la principal se hallaban las ruedas de las oraciones, a las que podía dar vueltas. Encima una plancha de cobre de los signos del Zodíaco. En el interior dos monjes salmodiaban los sutras sagrados y no levantaron los ojos a nuestra llegada.

El general se acercó a uno de ellos y le dijo:

- Echad los dados para saber la cuenta de mis días.

Los sacerdotes trajeron dos cubiletes llenos de dados e hicieron rodar estos sobre una mesa baja. El barón miró, contó al mismo tiempo que ellos y exclamó:

- ¡Ciento treinta! ¡Siempre ciento treinta!

Acercose al altar, que sostenía una antigua estatua de Buda, de piedra, que había sido traída de la India, y se puso a orar. Apuntaba el alba. Nos paseamos por el monasterio, visitando los templo y santuarios, el museo de la escuela de medicina, la torre de los astrólogos y el patio donde los Bandís y los Lamas jóvenes se ejercitan en la lucha por las mañanas. En otros sitios los ламas tiraban al arco. Algunos Lamas de grado más elevado nos ofrecieron té, carnero y cebollas silvestres.

A mi vuelta a la *yurta* procuré dormir, pero en vano. Me preocupaban demasiadas cuestiones. ¿Dónde estoy? ¿En qué época vivo realmente? Sin darme cuenta exacta, presentía confusamente la invisible presencia de alguna idea magna, de un proyecto gigantesco, de una indescriptible miseria humana.

Después de desayunarnos, el general demostró deseos de presentarme al Buda vivo. Es tan difícil conseguir una audiencia del Buda, que me encantó la propuesta. No tardó nuestro coche en detenerse a la puerta del gran muro rayado de blanco y rojo que rodea el palacio del dios. Doscientos Lamas con trajes amarillos y rojos se precipitaron a saludar al general, al Chiang Chun, con un murmullo respetuoso. ¡Kan, dios de la guerra! En solemne procesión nos llevaron a una sala espaciosa de tamizada luz. Unas puertas macizas y talladas daban paso al interior del palacio. En el extremo del salón, en un estrado, se hallaba el trono, cubierto de cojines de seda amarilla. El respaldo era rojo con dorado marco de madera; a ambos lados había pantallas amarillas de seda con marcos de ébano de complicados relieves, y junto a las paredes, vitrinas atestadas de objetos de todas clases procedentes de China, Japón, Indostán y Rusia. También me fijé entre los *bibelots* en un marqués y una marquesa de porcelana de Sévres, de un gusto exquisito. Delante del trono, a una larga mesa de poca altura, estaban sentados ocho nobles mongoles: el presidente, un respetable anciano de fisonomía inteligente y enérgica y de mirada penetrante, me recordó las auténticas imágenes de madera de los santos budistas, cuyos ojos están hechos con piedras preciosas, que había visto en el museo imperial de Tokio, en las salas dedicadas al budismo, donde los japoneses enseñaban las antiguas estatuas de Amida, Daunichi-Buda, de la diosa Kwannon y del alegre Hotei.

Era el Hutuktu Jahantsi, presidente del Consejo de Ministros de Mongolia, honrado y venerado mucho más allá de las fronteras de su país. Los otros personajes eran los ministros. Kanes y los príncipes de Jalia. Jahantsi Hutuktu invitó al barón a su lado y trajeron para mí una silla europea.

El barón anunció al Consejo de ministros, por medio de un intérpretes, que abandonaría a

Mongolia dentro de algunos días, y les rogó que protegiesen la libertad conquistada para el país de los sucesores de Gengis Kan, cuya alma siempre viva pide a los mongoles que sean un pueblo poderoso, reuniendo de nuevo un gran Estado asiático a todos los reinos en los que imperaron.

El general se levantó, y los demás le imitaron. Se despidió de cada uno especialmente con solemne gravedad. Ante Jahansti Lama se inclinó mientras que el Hutuktu le dio su bendición imponiéndole las manos. De la Cámara del consejo pasamos a la casa de estilo ruso, que es la habitación particular del Buda vivo. La casa se hallaba rodeada de una multitud de ламas rojos y amarillos, de servidores, consejeros, funcionarios, adivinos, doctores y favoritos. De la puerta de entrada arranca un largo cordón rojo, cuyo extremo cuelga por encima del muro, junto a la verja. Las turbas de peregrinos, arrastrándose de rodillas, tocan el extremo del cordón que sale al exterior y dan al monje un *hatyk* de seda o una moneda de plata. Tocando la cuerda, cuyo cabo interior está en la mano del Bogdo, los peregrinos establecen la comunicación con el dios vivo encarnado. Una corriente bendita corre por ese cable de pelo de camello y crin de caballo. Todo mongol que ha tocado esta cuerda mística recibe una cinta roja, que se pone al cuello como testimonio de la certeza de su peregrinación.

Había oído hablar mucho de Bogdo Kan antes de tener ocasión de verle. No ignoraba su afición al alcohol, causa de su ceguera, y sus inclinaciones a la cultura occidental. También sabía que amaba a su mujer tanto como a la bebida y que aquella recibía en su nombre a numerosas delegaciones y a muchos enviados especiales.

En la sal donde Bogdo tenía su despacho y en la que dos ламas secretarios custodiaban día y noche el arcón que contiene los grandes sellos, reinaba la más severa sencillez. Sobre la mesa baja de madera laqueada, sin adornos, había lo necesario para escribir, así como un estuche en seda amarilla que encierra los sellos dados por el Gobierno chino y por el Dalai Lama. Cerca, un sillón bajo y una estufa de bronce; en las paredes, inscripciones mongolas y tibetanas, alternando con la svástica; detrás de un sillón, un altarcito con una estatua dorada de Buda, delante de la cual ardían dos lámparas; cubría el piso una espesa alfombra amarilla.

Cuando entramos, los dos ламas secretarios estaban solos en la estancia; el Buda vivo se hallaba en el santuario contiguo a ella, en el que no puede penetrar más que Bogdo Kan y un lama, Kanpo-Gelong, que se ocupa del templo y asiste al Buda vivo en sus oraciones solitarias. El secretario nos manifestó que el Bogdo se había mostrado muy inquieto aquella mañana. A mediodía entró, según nos dijeron, en el santuario. Durante un largo rato, el Jefe de la religión amarilla pronunció en voz alta fervientes plegarias y después que él, habló claramente un ser desconocido. En el santuario tuvo lugar una conversación entre el Buda terrestre y el Buda celestial. Eso afirmaron los ламas.

– Esperemos un poco – propuso el general –. Quizá salga pronto.

Mientras aguardábamos, el general empezó a hablarme de Jahansti Lama, diciendo que cuando está sereno es un hombre corriente, pero que cuando se turba y sume en profundas reflexiones, un nimbo de luz aparece alrededor de su cabeza. Al cabo de media hora dos ламas secretarios dieron señales de sumo espanto y se pusieron a escuchar atentamente junto a la entrada del santuario. Luego se arrojaron al suelo, de cara a él. La puerta se abrió lentamente y entró en el despacho el emperador de Mongolia, el Buda vivo, su santidad Bogdo Djebstung Hutuktu, Kan de Mongolia Exterior. Era un anciano de elevada estatura, cuyo rostro afeitado recordaba el de los cardenales romanos. Vestía una túnica mongola de seda amarilla con cinturón negro. Los ojos del anciano estaban abiertos del todo y en ellos se leía el miedo y el asombro. Se desplomó en el sillón y murmuró:

– ¡Escribid!

Un secretario cogió inmediatamente papel y una pluma china y escribió lo que el Bogdo le fue dictando, que era una visión complicada y confusa. Terminó así:

– He aquí lo que yo, Bogdo Hutuktu Kan, he visto, hablando al buda Grande y Sabio, rodeado de los buenos y malos espíritus. ¡Sabios Lamas, Hutuktus, Kanpos, Marambas y santos Chergghens, explicad al mundo mi visión!

Al terminar, se secó la frente chorreante de sudor y preguntó que quien estaba presente.

- El Kan Chiang Chun, barón Ungern, y un extranjero – repuso uno de sus secretarios, arrodillado.

El general me presentó al Bogdo, que movía la cabeza en señal de saludo. Los dos se pusieron a hablar en voz baja. Por la puerta abierta vi una parte del santuario; distinguí una gran mesa cubierta de libros, unos abiertos y otros esparcidos por el suelo; una estufa encendida con rojos leños, un cesto conteniendo omóplatos y entrañas de carnero para leer el porvenir.

El barón se levantó pronto y se inclinó ante el Bogdo. El tibetano colocó las manos en la cabeza del general y musitó una plegaria. Luego se quitó del cuello un pesado icono y lo colgó del de Ungern.

- No moriréis; reencarnareis en la forma del ser más elevado. ¡Acordaos de esto, dios encarnado de la guerra, Kan de la Mongolia agradecida!

Comprendí que el Buda vivo daba “al general sanguinario” su bendición antes de morir.

Al día siguiente y al otro tuve ocasión de volver a visitar tres veces al Buda vivo, acompañado de un amigo del Bogdo, el príncipe buriato Djam Bolon. Estas visitas las describo en la cuarta parte del libro.

El barón Ungern organizó mi viaje y el de mi grupo a las orillas del Pacífico. Debíamos ganar la Manchuria del Norte a lomo de camellos, a fin de evitar las discusiones con las autoridades chinas, tan mal dispuestas en lo concerniente a las relaciones internacionales con Polonia. Habiendo remitido desde Uliassutai una carta a la Legación francesa en Pekín y siendo portador de una carta de la Cámara de Comercio china, expresándome gratitud por haber preservado a la ciudad de un *pogrom*, pensé llegar sin inconveniente a la más próxima estación de ferrocarril del este de China para desde allí dirigirme a Pekín. El comerciante danés E. V. Olufser debía ir conmigo, así como un sabio lama, Turgut, que también se dirigía a esa capital.

No olvidaré nunca la noche del 19 al 20 de mayo de 1921. Después de cenar, el barón Ungern me propuso que fuésemos a casa de Djam Bolon, a quien yo había conocido a poco de mi llegada a Urga. Su *yurta* se hallaba sobre una tarima en un cercado situado detrás del barrio ruso. Dos oficiales buriatos salieron a nuestro encuentro y nos hicieron pasar. Djam Bolon era un hombre de mediana edad, alto y delgado, de cara afilada. Antes de la gran guerra era un simple pastor, pero peleó valientemente en el frente alemán y luego contra los bolcheviques, al mando del barón Ungern. Tenía el título de gran duque de los Buriatos, sucesor de antiguos reyes destronados por el Gobierno ruso, a consecuencia de su tentativa para conquistar la independencia del pueblo buriato. Los criados nos trajeron platos cargados de nueves, pasas, dátiles, queso, etcétera, y nos sirvieron el té.

- ¡Es la última noche, Djam Bolon! – exclamó el barón –. Y me habéis prometido...
- Lo recuerdo – respondió Djam Bolon –; todo está preparado.

Durante un largo rato les escuché sus evocaciones de los combates reñidos y de los amigos muertos. El reloj marcaba medianoche cuando Djam Bolon se levantó y salió.

- Van a decirme otra vez mi sino – dijo el barón como intentando justificarse –. Para el bien de nuestra causa, es lamentable que yo muerta tan pronto...

Djam Bolon regresó con una mujer pequeña, aún no vieja, que se sentó a lo oriental delante del fuego y comenzó a mirar fijamente al barón. Tenía el rostro más blanco, alargado y enjuto que las mongolas, los ojos negros y la mirada penetrante. Vestía a la usanza de gitana. Supe después que era una célebre adivina y profetisa, hija de una cingara y de un buriato. Sacó un saquito de su cintura y, con ademán lento y ceremonioso, extrajo de él unos huesecillos de pájaro y un puñado de hierba seca. Empezó a farfullar palabras incomprensibles, echando de cuando en cuando a la lumbre puñaditos de hierba, lo que llenó la tienda de un mareante perfume. Sentí perfectamente que mi corazón palpitaba con fuerza y que se me iba la cabeza. Luego que la hechicera quemó toda la hierba puso los huesos de pájaro sobre las brasas, moviéndolos y removiéndolos con unas tenazas de bronce. A medida que los huesos se ennegrecían comenzó a examinarlos, y de repente su rostro adquirió una expresión de terror y sufrimiento. Se arrancó nerviosamente el pañuelo que tapaba su cabeza, y contraída por las convulsiones empezó a pronunciar frases breves y rápidas.

- Veo... Veo al dios de la guerra... Su vida transcurre horriblemente... Después una sombra...

negra como la noche-sombra... Ciento treinta pasos aún... Más allá tinieblas... Nada... no veo nada... el dios de la guerra ha desaparecido...

El barón bajó la cabeza. La mujer cayó de espaldas, con los brazos en cruz. Había perdido el conocimiento, pero me pareció ver la pupila de uno de sus ojos brillar debajo de las entornadas pestañas. Dos soldados se llevaron a la desmayada mujer, y siguió a ello un penoso silencio que invadió la *yurta* del príncipe buriato. El barón Ungern se irguió, por último, y se puso a andar alrededor de la estufa, hablando solo. Al cabo se detuvo y dijo con nerviosidad:

- ¡Voy a morir! ¡Voy a morir! ¿Pero qué importa? ¿Qué importa? La causa está en buen camino y no morirá. Presiento la marcha que seguirá a la causa. Las tribus de los sucesores de Gengis Kan se han despertado. Nadie apagará la llama en el corazón de los mongoles. En Asia surgirá un gran estado del Océano Pacífico y del Índico a las márgenes del Volga. La sabia religión de Buda se difundirá hacia el Norte y el Oeste. Será la victoria del espíritu. Un conquistador, un jefe, nacerá más fuerte y más resuelto que Gengis Kan y Ugadai. Será más hábil y misericordioso que el Sultán Baber, y conservará el poder entre sus manos hasta el día feliz en que de su capital subterránea salga el rey del mundo. ¿Por qué, por qué no ocuparé yo el primer puesto de los guerreros del budismo? ¿Por qué Karma ha decidido lo contrario? Mas así ha de ser. ¡Rusia debe primero lavarse del insulto revolucionario, purificarse en la sangre y la muerte; cuantos acepten el comunismo tienen que perecer con sus familias, para que su descendencia desaparezca por completo!

El barón levantó la mano sobre su cabeza y la agitó como dando órdenes a una persona invisible.

Amanecía.

- ¡Llegó mi hora! – dijo el general –. Hoy mismo saldré de Urga. Nos apretó la mano rápida y enérgicamente, exclamando:
- ¡Adiós para siempre! Padeceré una muerte atroz, pero el mundo no ha visto nunca una catástrofe y un diluvio de sangre como el que no ha de tardar en ver. La puerta de la *yurta* se cerró con violencia. Ungern se había ido. No he vuelto a verle.
- Es preciso que también me vaya, pues me urge salir de Urga inmediatamente.
- Lo sé – respondió el príncipe –; el general os ha dejado a mi lado por una razón: os dará un cuarto compañero: el ministro de la Guerra de Mongolia. Iréis con él para volver a nuestra *yurta*. Es absolutamente preciso por vuestro interés.

Djam Bolon pronunció esta última frase recalcando cada palabra. No le pregunté nada, habituado ya a los misterios de aquel país, dominado por los buenos y los malos espíritus.

CAPITULO XI

EL HOMBRE DE CABEZA EN FORMA DE SILLA DE MONTAR

Luego de tomar el té en la *yurta* de Djam Bolon, volví a la mía y preparé mi equipaje.

El Lama Turgut estaba ya allí.

- El ministro de la guerra nos acompañará. Es necesario – murmuró.
- Bien – le respondí –, y me fui a ver a Olufsen para llevarle con nosotros; pero con gran sorpresa mía, el danés me participó que aplazaba su salida de Urga, a causa de una ocupación ineludible, y su decisión le fue fatal, porque un mes más tarde Sepailoff, que continúa siendo gobernador militar, sin el freno del barón Ungern, anunció en un informe que había perecido. El ministro de la Guerra, un joven y vigoroso mongol, se unió a nuestra caravana.

A unos nueve kilómetros de la ciudad, un automóvil nos alcanzó y se colocó detrás de nosotros. El lama sintió en el cuerpo un escalofrío y me miró espantado. Noté la proximidad del

peligro, a la que tan acostumbrado estaba; abrí la funda del revólver, saqué este y lo monté. El automóvil se detuvo frente a la caravana. Sepailoff saludó cortésmente y preguntó:

- ¿Cambiarán de caballos en Jazahuduk? ¿Este camino atraviesa esa tierra de enfrente? No conozco esta zona, y quiero adelantar un correo que me precede.

El ministro de la Guerra contestó que estaríamos en Jazahuduk aquella misma noche, y dio a Sepailoff las indicaciones convenientes para que encontrase su camino. El automóvil se alejó a toda velocidad, y cuando transpuso la sierra el ministro ordenó a uno de sus mongoles que se adelantase a galope y viese si el coche se había parado al otro lado de los montes. El mongol fustigó a su caballo y partió.

Le seguimos lentamente.

- ¿Qué ocurre? – pregunté –. Explicádmelo.

El ministro me dijo que Djam Bolon tuvo un aviso la víspera de que Sepailoff proyectaba apresarme en el camino y matarme. Me imputaba haber excitado al barón en contra suya. Djam Bolon previno al general, quien organizó aquella columna para defenderme. El mongol volvió, y nos comunicó que el automóvil había desaparecido.

- Ahora – añadió el ministro – vamos a tomar otra dirección, para que el coronel nos espere inútilmente en Jazahuduk.

Nos dirigimos hacia el Norte, a Undur Dobo, y al anochecer llegamos al campamento de un príncipe local. Nos despedimos del ministro, nos proporcionaron magníficos caballos y pudimos continuar nuestro viaje al Este, alejándonos para siempre del “hombre de cabeza en forma de silla de montar”, de quien me aconsejó desconfiar el viejo adivino de las cercanías de Van Kure.

Después de doce días de marcha, sin incidentes notables, arribamos a la primera estación de la línea del ferrocarril del Este. De allí fui a Pekín.

Rodeado de todo el *confort* moderno en el hotel de Pekín, me desprendí de todos mis atributos de explorador, cazador y guerrero, pero, sin embargo, no podía sustraerme al hechizo misterioso de los nueve días pasados en Urga, donde hora tras hora traté íntimamente al barón Ungern, “el dios de la guerra encarnado”.

Los periódicos, al dar conocimiento de la marcha sangrienta del barón a través de la Transbaikalia, despertaban en mí recuerdos de aquella temporada. Hoy mismo, aunque han transcurrido ya más de siete meses, no me es posible olvidar tantas escenas de locura, conspiración y odio.

Las profecías se han cumplido. A los ciento treinta días de la memorable noche, el barón Ungern fue capturado por los bolcheviques a consecuencia de la traición de sus oficiales y ejecutado a fines de septiembre.

¡El barón R. F. von Sternberg!... Como una tempestad de sangre desencadenada por Karma vengador, pasó por Asia Central. ¿Qué ha quedado de él? La orden del día dirigida a sus soldados, que terminaba con las palabras de la revelación de San Juan:

“Que nadie detenga la venganza que caerá sobre el corruptor y el asesino del alma del pueblo ruso. La revolución debe ser extirpada del mundo. Contra ella nos ha prevenido en estos términos la revelación de San Juan: “Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata y enjoyada en oro, perlas y piedras preciosas; tenía en la mano una copa llena de abominaciones y de la escoria de sus imprudencias. En su frente brillaba escrito este nombre misterioso: la gran Babilonia, la madre de las impudencias y abominaciones de la tierra. Vi a esa mujer, ebria de sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús”.

Es un documento humano, un documento de la tragedia rusa, tal vez de la tragedia mundial.

Pero del barón queda otra huella más importante aún.

En las *yurtas* mongolas, juntos a las hogueras de los pastores, buriatos, mongoles, djungaros, kirghises, calmucos y tibetanos, cuentan la leyenda nacida de aquel hijo de los cruzados y los corsarios:

“Del Norte vino un guerrero blanco llamando a los mongoles y alentándolos a romper sus cadenas de esclavitud, que cayeron en nuestro suelo emancipado. Ese guerrero blanco era Gengis Kan reencarnado, y predijo el advenimiento del más excelso de todos los mongoles, que difundirá la hermosa fe de Buda, la gloria y el poder de los descendientes de Gengis Kan, Ugadai y Kublai Kan. ¡Y ese día llegará!”.

Asia despertará y sus hijos pronunciarán audaces palabras.

Bueno será para la paz del mundo que se muestren discípulos de las escrituras prudentes de Ugadai y del sultán Baber, y no se pongan bajo los auspicios de los malos demonios de Tamerlán el Destructor.

PARTE CUARTA

EL BUDA VIVO

CAPITULO PRIMERO

EN EL JARDIN BIENAVENTURADO DE LAS MIL BIENANDANZAS

En Mongolia, país de los milagros y arcanos, vive el guardián de lo misterioso y lo desconocido: El Buda vivo, S. S. Djebsung Damba Hutuktu Kan, Bogdo Gheghen, pontífice de Ta Kure. Es la encarnación del inmortal Buda, el representante de la serie continua de soberanos espirituales que reinan desde 1670, transmitiéndose el alma siempre más afinada de Buda Amitabba, unido a Chanra-zi, el espíritu misericordioso de las montañas. En él esta todo, hasta el mito del sol y la fascinación de los picos misteriosos del Himalaya, los cuentos de las pagodas de la India, la rígida majestuosidad de los conquistadores mongoles, emperadores de Asia entera, las antiguas y brumosas leyendas de los sabios chinos, la inmersión en los pensamientos de los brahmanes, la vida austera de los monjes de la Orden Virtuosa, la venganza de los guerreros, eternamente errantes, los oletos con sus kanes Batur Hun-Taigi y Gushi, la altiva herencia de Gengis Kan y Kublai Kan, la psicología clerical reaccionaria de los Lamas, el enigma de los reyes

tibetanos que empieza en Srong Tsang Gampo, la implacable crueldad de la secta amarilla de Paspá. Toda la nebulosa historia de Asia, Mongolia, del Pamir, del Himalaya, de la Mesopotamia, de Persia y China, rodea al dios vivo de Urga. Así no debe nadie sorprenderse de que su nombre no sea venerado a lo largo del Volga, en Siberia y Arabia, entre el Tigris y el Éufrates, en Indochina y en las villas del Océano Ártico.

Durante mi estancia en Urga visité varias veces la morada del Buda vivo, hablé con él y observé su vida. Sus sabios marimbas favoritos me proporcionaron a cerca de él valiosos informes. Le he visto leer horóscopos, he oído sus predicaciones, he consultado sus archivos de libros antiguos y los manuscritos que contienen la vida y las profecías de todos los Bogdo Kanes. Los Lamas me hablaron con franqueza y sin reservas, porque la carta del Hutuktu de Narabanchi me granjeó su estimación.

La personalidad del Buda vivo presenta el mismo dualismo que se encuentra en todo el lamaísmo. Inteligente, penetrante y enérgico, ha dado, sin embargo, en el alcoholismo, causa de su ceguera. Cuando se quedó ciego, los lamas cayeron en la desesperación más profunda. Algunos aseguraron que convenía matarle y poner en su puesto a otro Buda encarnado; los demás hicieron valer los grandes meritos del pontífice a los ojos de los mongoles y fieles a la religión amarilla. Decidieron, por último, edificar un gran templo con una gigantesca estatua de Buda, a fin de aplacar a los dioses. Eso, no obstante, fue inútil para devolverle la vista al Bogdo; pero le dio ocasión para apresurar la ida al otro mundo de aquellos lamas que más se habían distinguido por sus radicalismos excesivos en cuanto al modo de resolver el problema de su ceguera.

No cesa de meditar acerca de la grandeza de la iglesia y de Mongolia, y al propio tiempo se ocupa de bagatelas superfluas. La artillería le interesa mucho. Un oficial ruso retirado le regaló dos cañones viejos que valieron al donante el título de Tumbaiir Gun, “príncipe grato a mi corazón”. En los días de fiesta se disparaban cañonazos, con sumo regocijo del augusto ciego. En el palacio del dios había automóviles, gramófonos, teléfonos, cristales, porcelanas, cuadros, perfumes, instrumentos de música, cuadrúpedos y pájaros raros, elefantes, osos del Himalaya, monos, serpientes, loros de las Indias; pero todo le cansaba en seguida y quedaba olvidado.

A Urga afluyen los peregrinos y las ofrendas de todas las partes del mundo lamaísta y budista. El tesorero del palacio, el honorable Balma Dorji, me enseñó un día el salón donde se conservan todos los regalos hechos al buda. Es un museo único de objetos preciosos. Allí hay reunidas cosas rarísimas que no existen en los museos de Europa. El tesorero, abriendo una vitrina cerrada con una cerradura de plata, me dijo:

- Aquí tenéis pepitas de oro puro de Bei Kem, cibelinas negras de Kemchick, astas de ciervo milagrosas, un estuche enviado por los orochones lleno de preciosas raíces de ginseng y de almizcle aromático, un trozo de ámbar procedente de las costas del mar del Hielo, que pesa ciento veinticuatro *lans* (unas diez libras). Ved, además, estas piedras preciosas de las Indias, sándalo perfumado y marfiles tallados de China.

Me mostró todos los artículos del museo, hablándome con evidente satisfacción. En efecto, aquello era maravilloso.

Tenía ante mis asombrados ojos pieles riquísimas, castores blancos, cibelinas negras, zorros blancos, azules y negros, panteras negras, cajitas de concha de tortuga, bellísimamente trabajadas, que contenían *hatyks* de diez y quince metros de largo, de seda de las Indias, tan finos como si fuesen de telaraña; saquitos hechos con hilos de oro y perlas estupendas, obsequios de los rajahs indostánicos, sortijas de rubíes y zafiros de China y la India, gruesas esmeraldas, diamantes en bruto, colmillos de elefante adornados con oro, perlas y piedras preciosas, vestidos bordados de oro y plata, defensas de morsas esculpidas en bajorrelieve por artistas primitivos de las costas del mar de Behring, sin contar lo que no puedo recordar ni citar. En una sala especial se hallaban las vitrinas que encierran las imágenes de Buda, de oro, plata, bronce, marfil, coral, nácar o de maderas pintadas y perfumadas.

- Sabéis que cuando los conquistadores invaden un país donde son adorados los dioses, rompen las imágenes y las vuelcan. Así sucedió hace más de trescientos años, cuando los calmucos penetraron en el Tíbet, y en 1900, cuando las tropas europeas entraron a saco en

Pekín. ¿sabéis por qué? Coged una de esas estatuas y examinadla.

Cogí la que estaba más cerca del borde, un Buda de madrea, y principié a examinarla. En su interior había lago suelto que hacia ruido y se movía.

- ¿Oís? – preguntó el Lama –. Son las piedras preciosas y las pepitas de oro; las entrañas del dios.

He aquí el motivo por el cual los conquistadores rompen en seguida las estatuas de los dioses. Muchas de las más famosas piedras preciosas provienen del interior de las estatuas de dioses hallados en las Indias, Babilonia y China.

Algunas salas estaban dedicadas a bibliotecas, cuyos estantes soportaban la carga de manuscritos y volúmenes de distintas épocas escritos en diferentes idiomas sobre asuntos extraordinariamente variados. No pocos se desmenuzan en polvo, y los lamas los cubren con una solución que gelatiniza lo que resta de ellos a fin de preservarles de los estragos del aire. Vi también tabletas de arcilla con inscripciones cuneiformes originarias indudablemente de Babilonia; libros chinos, indios y tibetanos colocados al lado de los libros mongoles; volúmenes del más puro budismo antiguo, obras de los “gorros rojos”; es decir, del budismo corrompido; trabajos del budismo amarillo o lamaísta; colecciones de tradiciones, leyendas y parábolas. Grupos de Lamas leen, estudian y copian estos volúmenes, conservando y divulgando la sabiduría antigua entre los sucesores.

Una sala está reservada a los libros misteriosos sobre magia y a las biografías y escritos de los treinta y un budas vivos, con las bulas del Dalai Lama, del pontífice de Tashi Lumpo, del Hutuktu de Utai en China, del Pandita Gheghen de Dolo Nor en Mongolia interior y de los cien sabios chinos. Solamente el Bogdo Hutuktu y el Maramba Ta-Rimpocha pueden entrar en ese santuario de ciencia misteriosa. Las llaves se guardan en un cofre especial con los sellos del buda vivo y el anillo de rubíes de Gengis Kan, avalorado con la *svástica*, que se halla en el despacho del Bogdo. Rodean a su santidad cinco mil Lamas. Estos pertenecen a una jerarquía complicada que va desde lo simples servidores a los consejeros del dios, miembros del Gobierno. Entre estos consejeros figuran los cuatro Kanes de Mongolia y los cinco más altos príncipes.

Los Lamas se dividen en tres clases especialmente interesantes, de las que me habló el mismo Buda vivo cuando le visité en compañía de Djam Bolon.

El dios deploraba con tristeza la vida suntuosa y desordenada que los Lamas llevaban y que produce la rápida extinción de los adivinos y profetas entre sus filas.

- Si los monasterios de Jahantsi y Narabanchi – me dijo – no hubiesen conservado su régimen y su regla severa, Ta Kure carecería de adivinos y profetas; Barun Abaga Nar-Dorchiul-Jurdok y los demás santos Lamas que tenían el poder de penetrar en lo que el vulgo no ve, han desaparecido con la bendición de los dioses.

Esta clase de Lamas posee extraordinaria importancia, porque todo gran personaje que visita los monasterios de Urga es presentado al Lama Tzuren (adivino), sin que conozca la calidad de este, a fin de que le estudie su destino. El Bogdo Hutuktu se entera inmediatamente del porvenir del personaje, y provisto de tan necesarios informes sabe cómo tratar a su huésped y qué actitud adoptar con él. Los tzuren suelen ser unos viejos, secos, medio agotados, entregados al ascetismo más riguroso; pero también los hay jóvenes, casi niños, que son los hubilganes, los dioses encarnados, los futuros Hutuktus y *Gheghens* de los diversos monasterios mongoles.

La segunda clase comprende los doctores Ta Lama. Observan la acción de las plantas y de ciertos productos animales en los hombres, conservan los remedios del Tíbet, estudian cuidadosamente la anatomía, pero sin practicar la vivisección. Son muy hábiles para reducir las fracturas de huesos, excelentes masajistas y estupendos hipnotizadores y magnetizadores.

La tercera clase abarca los doctores de grado superior, en su mayoría tibetanos o calmuco. Son los envenenadores, a los que bien pudiera llamárseles doctores en medicina política. Viven a parte, no se tratan con los demás y constituyen la principal fuerza silenciosa en manos del buda vivo. Me dijeron que muchos eran mudos. He visto uno de esta clase, el que envenenó al médico chino enviado por el emperador de Pekín para liquidar al Buda vivo. Era un viejecillo canoso, de rostro surcado de prolongadas arrugas; tenía perilla blanca y sus ojuelos inquietos parecían estar

escudriñando siempre cuanto le rodeaba. Cuando un lama de esta categoría llega a un monasterio, el dios local deja de comer y beber: tanto temor le inspira aquella locusta mongola; pero sus precauciones tampoco salvan al condenado, porque un sombrero, una camisa, un zapato, un rosario, una brida, los libros o cualquier objeto piadoso mojado en una solución venenosa basta para que se realicen los designios del Bogdo Kan.

El respeto y la fidelidad religiosa más intensa rodean al pontífice ciego. Ante él todos se prosternan, la cara pegada al suelo. Los kanes y los hutuktus se le aproximan de rodillas. Cuanto le circunda es sombrío y está pletórico de antigüedad oriental. El anciano ciego y borracho, oyendo un disco vulgar de gramófono o dando a sus servidores una sacudida eléctrica con su dinamo; el feroz tirano, envenenando a sus enemigos politos; el Lama que mantiene a su pueblo en las tinieblas, engañándole con sus predicciones y profecías, es, sin embargo, un hombre distinto de los demás.

Un día estábamos sentados en el despacho de Bogdo, y el príncipe Djam Bolon le traducía mi relato de la gran guerra. El anciano escuchaba atentamente. De repente levantó los semicaídos párpados y empezó a oír unos ruidos que venían del exterior. Su rostro reveló una sensación de veneración suplicante y atemorizada.

— Los dioses me llaman — murmuró.

Y se encaminó lentamente a su oratorio particular, donde rezó en voz alta más de dos horas, puesto de hinojos e inmóvil como una estatua. Su plegaria fue una conversación con los dioses invisibles, a cuyas preguntas dio cumplida contestación. Salió del santuario pálido y rendido, pero feliz y satisfecho.

Esa era su oración personal. Durante las ceremonias religiosas del templo no tomaba parte en las plegarias, porque entonces es “dios”. Sentado en su trono le trasladan procesionalmente al altar para que los Lamas y los fieles puedan dirigirle sus oraciones. Recibe sus invocaciones, sus esperanzas, sus lagrimas, sus dolores y anhelos, mirando impasible al espacio con los ojos brillantes, pero muertos. En ciertos momentos de la función, los Lamas le revisten con sus distintos trajes, amarillos y rojos, y le cambian de cubrecabeza. La ceremonia termina siempre en el solemne instante en que el Buda vivo, con su tiara resplandeciente, da la bendición pontificia a los fieles, volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales y tendiendo, por último, su mano hacia el Noroeste, o sea hacia Europa, donde deben penetrar las enseñanzas del sapientísimo Buda.

Después de largas funciones en el templo y de las fervientes plegarias personales, el pontífice queda muy quebrantado; con frecuencia llama a sus secretarios y les dicta sus visiones y profecías, siempre sumamente complicadas y desprovistas de explicaciones.

A veces, pronunciando las palabras “sus almas se comunican”, se pone el traje blanco y va a rezar a su oratorio. Entonces se cierran todas las puertas del palacio y todos los Lamas se sumergen en un espanto místico y reverente; todos en éxtasis repasan sus rosarios y balbucean la oración *Om Mani padme Hung!* Hacen girar las ruedas de las plegarias y exorcizan; los adivinos leen los horóscopos; los visionarios escriben el relato de sus visiones, y los marimbas buscan en los libros antiguos la aclaración de las palabras del Buda.

CAPITULO II

EL POLVO DE LOS SIGLOS

¿Habéis visto en las cuevas de algún antiguo castillo de Italia, Francia o Inglaterra las telarañas polvorientas y el moho centenario? Es el polvo de los siglos. Tal vez tocó el rostro, el casco o la espada de un emperador romano, de San Luis, del Gran Inquisidor, de Galileo o del rey Ricardo. Vuestro corazón se contrae involuntariamente y os sentís llenos de respeto para esos testigos de las épocas pasadas. La misma impresión experimenté en Ta Kure, más acentuada quizá. La vida continúa allí como se desarrolló hace ochocientos años: el hombre está unido férreamente a la tradición, y la conmoción contemporánea únicamente complica y embaraza la existencia normal.

- Hoy es un gran día – me dijo en cierta ocasión el Buda vivo –; es la conmemoración del triunfo del budismo sobre las demás religiones. Hace mucho tiempo, Kublai Kan conoció a los Lamas de todas las creencias y les ordenó que explicasen su fe. Ellos alabaron a sus dioses y hutuktus y si más tardar comenzaron las discusiones y polémicas. Solo un Lama permaneció silencioso. Por fin sonrió con expresión burlona, exclamando:

- ¡Gran emperador! Manda a cada uno que demuestre el poder de sus dioses con la ejecución de un milagro y así podrás juzgar y elegir.

Kublai Kan ordenó sin dilación a los Lamas que hiciesen un milagro, pero todos enmudecieron, confusos e impotentes.

- Ahora – dijo el emperador, dirigiéndose al Lama autor de la proposición – te toca a ti probar el poder de tus dioses.

El lama miró fija y detenidamente al emperador, se volvió, contemplando a la concurrencia, y con grave ademán tendió la mano hacia ella. En aquel momento el vaso de oro del emperador se levantó de la mesa y se colocó en los labios del Kan sin que mano visible le sostuviera. El emperador probó un delicioso vino aromático. Quedaron todos pasmados y sobrecogidos, y Kublai Kan habló:

- Rezaré a tus dioses y todos mis pueblos deberán adorarles. ¿Cuál es tu religión? ¿Quién eres y de dónde vienes?
- Mi religión es la que predicó el sabio Buda. Yo soy el Pandita Lama Turjo Gamba, del lejano y glorioso monasterio de Sakkia, el en Tíbet, donde mora encarnado en un cuerpo humano el espíritu de Buda, su sabiduría y su poder. Te anuncio, señor, que los pueblos adeptos de nuestra fe poseerán todo el universo occidental y durante ciento doce años defenderán sus creencias por el mundo entero.

Esto es lo que sucedió tal día como hoy hace muchos siglos. El Lama Turjo Gamba no regresó al Tíbet, quedo aquí, en Ta Kure donde solo había una aldea insignificante. De aquí fue junto al emperador a Karakorum y más tarde también con él a la capital de china, para fortalecerle en la fe, predecir la solución de los asuntos del Estado e iluminarle según la voluntad de dios.

El Buda vivo calló un momento, murmuró una oración y añadió:

- ¡Urga, patria antigua del budismo! Con Gengis Kan partieron, para la conquista de Europa, los oletos, llamados por otro nombre calmuco. Estos se establecieron casi cien años en las estepas de Rusia. Luego tomaron a Mongolia, porque los Lamas amarillos les precisaron para combatir a los reyes del Tíbet, los Lamas de gorros rojos que oprimían al pueblo. Los calmuco ayudaron a la religión amarilla, pero se dieron cuenta de que Lhasa está muy distante y no podía irradiar nuestras creencias por toda la tierra. Por consecuencia, el calmuco Gushi Kan trajo del Tíbet un santo Lama, Undur Gheghen, que había visitado al rey del mundo. A partir de aquel día, el Bogdo Gheghen no se ha movido de Urga, mostrándose protector de las libertades mongolas y de los emperadores chinos de origen mongol. Undur Gheghen fue el primer buda vivo del país mongólico. Nos legó a nosotros, sus sucesores, el anillo del Gengis Kan, enviado por Kublai Kan al Dalai Lama en recompensa del milagro hecho por el Lama Turjo Gamba. Poseemos también la tapa del cráneo de un misterioso taumaturgo negro de las Indias: Strongtsan, rey del Tíbet, la empleaba a modo de copa y bebía en ella durante las ceremonias del templo hace seiscientos años. Tenemos además una antigua estatua de piedra representando a Buda, que fue traída de Pekín, por el fundador de la religión amarilla, Paspá.

El Bogdo dio una palmada y uno de los secretarios cogió entre un paño rojo una gruesa llave de plata, con la que abrió el cofre de los sellos. El Buda vivo metió la mano en el arcón y sacó una cajita de marfil delicadamente grabada, de la que retiró para enseñármela una pesada sortija de oro con un espléndido rubí tallado y la tradicional *svástica*.

- Gengis Kan y Kublai Kan usaron constantemente esta sortija en su mano derecha – me dijo.

Cuando el secretario cerró el arca, el Bogdo le ordenó que fuese a buscar a su marimba predilecto, al que hizo leer algunas paginas de un antiguo libro que había sobre la mesa. El Lama comenzó a leer en voz monótona:

“Luego que Gushi Kan, jefe de los calmuco, terminó la lucha contra los gorros rojos, se llevó con él la piedra negra misteriosa que el rey del mundo había regalado al Dalai Lama. Gushi Kan deseaba fundar en Mongolia occidental la capital de la religión amarilla, pero los oletos se hallaban en aquella época en guerras con los emperadores manchúes por el trono de China y sufrían derrota tras derrota. El último kan de los oletos, Amursana, huyó a Rusia, pero antes de escaparse envió a Urga la piedra negra sagrada. Mientras estuvo en Urga y el Buda vivo la usaba para

bendecir al pueblo, ni la enfermedad ni las desgracias cayeron sobre los mongoles; pero hace unos cien años, alguien robó la piedra sagrada y desde aquel día los budistas la han buscado inútilmente por el mundo entero, porque sin ella el pueblo mongol no puede ser grande”.

- Esto basta – exclamó Bogdo Gheghen –. Nuestros vecinos nos desprecian. Olvidan que antes fuimos sus amos; pero nosotros conservamos nuestras santas tradiciones y sabemos que vendrá para las tribus mongolas y la religión amarilla el definitivo triunfo. Tenemos a nuestro lado a los protectores de la fe, a los fieles guardianes de la herencia de Gengis Kan. Así habló el Buda vivo. Así hablan los antiguos libros.

CAPITULO III

EL LIBRO DE LOS MILAGROS

El príncipe Djam Bolon pidió a un marimba que nos enseñase la biblioteca del Buda vivo. Es un vasto salón ocupado por numerosos escribas que preparan las obras que tratan de los milagro de todos los Budas vivos, comenzando por Undur Gheghen, para terminar con los gheghens y hutuktus de los varios monasterios lamaístas en todos los templos y en todas las escuelas de Bandis. Un marimba leyó dos extractos:

“El beato Bogdo Gheghen sopló en un espejo. En seguida, como a través de una niebla, apareció un valle en el cual millares y millares de guerreros peleaban unos contra otros. El sabio Buda vivo, favorecido por los dioses, quemó incienso e imploró de estos que le revelasen el destino de los príncipes. En la humareda azul vieron todos una sombría prisión y los cuerpos lívidos y torturados de los príncipes muertos”.

Un libro especial, del que hay ya numerosas reproducciones, refiere los milagros del Buda

actual. El príncipe Djam Bolon me dio a conocer algunos de los pasajes de esta obra.

“Existe una antigua imagen de madera del Buda con los ojos abiertos. La trajeron de las Indias y Bogdo Gheghen la colocó en un altar, yéndose a rezar. Cuando volvió del santuario mandó que le diesen la imagen, y todos quedaron aterrados, porque el dios había cerrado los ojos y lloraba. En su cuerpo aparecieron brotes verdes, y el Bogdo dijo: La desgracia y la alegría me esperan; perderé la vista, pero Mongolia será libre”.

La profecía se ha cumplido.

Otra vez, un día en que el Buda vivo se hallaba extraordinariamente inquieto, dispuso que le llevasen una vasija llena de agua, que hizo poner delante del altar. De improviso, los cirios y las lámparas se encendieron espontáneamente y el agua del recipiente adquirió tonalidades irisadas.

El príncipe me contó después cómo el Bogdo Kan adivina el porvenir: se vale de sangre fresca, en cuya superficie surgen letras y figuras; de entrañas de carneros y cabras, que le permiten leer el sino de los magnates y conocer sus pensamientos; de piedras y huesos, en los cuales con gran precisión, el Buda vivo distingue los signos del porvenir de todos, y también acude a la observación de las estrellas, y por sus posiciones aprende a preparar amuletos contra las balas y las enfermedades.

- Los primitivos Bogdo Kanes solo empleaban para predecir el futuro la milagrosa piedra negra – dijo el maramba –. En la superficie de ella aparecían unas inscripciones tibetanas que el Bogdo descifraba, averiguando de esta manera el destino de los individuos y de las naciones.

Cuando el maramba aludió a la piedra negra, en la que aparecían las leyendas tibetanas, recordé que el hecho podía ser posible. En la región sudeste del Urianhai, en Wan Taiga, descubrí un paraje donde había pizarras negras en estado de descomposición. Los trozos de estas pizarras estaban cubiertos de un liquen blanco, formando dibujos complicados que parecían los de los encajes venecianos o páginas escritas en caracteres rúnicos. Si se humedece la pizarra, los dibujos desaparecen, y al secarse vuelven a hacerse visibles.

Nadie tiene derecho, ni se atreve, a pedir al Buda vivo que le revele el porvenir. Predice tan solo cuando se siente inspirado, cuando un delegado especial, portador de una solicitud del Dalai Lama o del Tashi Lama, llega hasta él. El zar Alejandro I, al ser víctima de la influencia de la baronesa de Krüdener y de su misticismo, envió un emisario de su confianza al Buda vivo, rogándole que le predijese su destino. El buda Kan de aquella época, un mancebo, leyó el porvenir del zar blanco en la piedra negra, y le participó que en el fin de su existencia lo pasaría vagando tristemente, desconocido de todos y perseguido por todas partes. Hoy, en Rusia, es opinión general que Alejandro I erró por Rusia y Siberia durante el ocaso de su vida, con el seudónimo de Feodor Kusmitch, ayudando y consolando a los prisioneros, a los mendigos y a cuantos sufrían, perseguido y encarcelado frecuentemente por la Policía, hasta que murió en Tomsk (Siberia), donde se considera la casa en que pasó sus últimos días y su tumba como lugares sagrados, objeto de peregrinación y del entusiasmo ferviente del pueblo crédulo. La antigua dinastía de los Romanoff se interesaba vivamente por todo lo que se refería a Feodor Kusmitch, y ese interés confirma la versión popular de que el vagabundo era, en realidad, el zar Alejandro I, que se había voluntariamente impuesto tan austera penitencia.

CAPITULO IV

EL NACIMIENTO DEL BUDA VIVO

El Buda vivo no muere. Su alma pasa algunas veces a la de un niño que nace el día de su muerte, y en ocasiones se transmite en otro hombre durante la vida misma del Buda. Esta nueva morada del espíritu sagrado de buda aparece casi siempre en la *yurta* de alguna familia pobre tibetana o mongola. Hay en esto una razón política. Si el Buda apareciese en la familia de un príncipe rico, podría resultar de ello la elevación de una familia que no quisiese obedecer al clero, lo que sucedió anteriormente, mientras que la familia pobre y humilde que hereda el trono de Gengis Kan, al adquirir la riqueza, se somete gustosa a los Lamas. Solo tres o cuatro Budas vivos han sido de origen mongol; los demás fueron tibetanos.

Uno de los consejeros del Buda vivo, el Lama Kan Jassaktu, me refirió esto:

- Los monasterios de Lhasa y Tashi Lumpo están constantemente al corriente, por cartas de

Urga, del estado de salud del Buda vivo. Cuando su cuerpo humano envejece y el espíritu de Buda desea desprenderse, comienzan en los templos tibetanos solemnes ceremonias, y al propio tiempo los astrólogos estudian el porvenir. Estos ritos dan a conocer a los Lamas de piedad más acrecentada, los que deben terminar donde el espíritu de Buda ha de reencarnar. Para eso recorren todo el país y observan. Con frecuencia, el mismo dios les ayuda en su tarea con señales e indicaciones. A veces, un lobo blanco aparece junto a la *yurta* de un pobre pastor, o bien en una tienda nace un cordero de dos cabezas o cae del cielo un meteoro. Los lamas cogen peces en el lago sagrado de Tangri Nor y leen en sus escamas el nombre del nuevo Bogdo Kan; otros recogen piedras cuyas cuarteadoras les indican dónde deben buscarle y a quién deben hallar; algunos se retiran a los angostos barrancos de las montañas para escuchar las voces de los espíritus que pronuncian el nombre del nuevo elegido de los dioses. Ya descubierto este, se reúnen secretamente todos los datos posibles acerca de su familia y se transmiten al muy sabio Tashi Lama, conocido con el sobrenombre de *Edeni*; es decir, la perla de la sabiduría, quien, según los ritos de Rama, realiza la elección del predestinado. Si la elección concuerda con los textos sagrados, Tashi Lama envía una carta confidencial al Dalai Lama, el cual celebra un sacrificio especial en el templo del espíritu de las montañas y confirma la elección estampando su gran sello en la carta de Tashi Lama.

Si el viejo Buda existe aún, el nombre de su sucesor se mantiene celosamente secreto; si el alma de Buda ha abandonado ya el cuerpo del Bogdo Kan, una delegación especial sale del Tíbet con el nuevo Buda vivo. Idénticas formalidades acompañan la elección del Gheghen y de los hutuktus en todos los monasterios lamaístas de Mongolia; pero la confirmación de la elección corresponde al Buda vivo y no se anuncia en Lhasa hasta después del acontecimiento.

CAPITULO V

UNA PÁGINA DE LA HISTORIA DEL BUDA VIVO

El Bogdo Kan que reina actualmente en Mongolia exterior es tibetano. Pertenece a una pobre familia que vivía en los alrededores de Sakkia Kure, al oeste del Tíbet. Desde su más tierna infancia tuvo un carácter violento y exaltado; le inflamaba la idea de la independencia mongola y ardía en deseos de hacer gloriosa la herencia de Gengis Kan. Esto le dio pronto grata influencia entre los Lamas, príncipes y kanes de Mongolia, igual que con el Gobierno ruso, que procuró siempre tenerle a su lado. No temió alzarse contra la dinastía manchú de China y obtuvo con facilidad la protección de Rusia, el Tíbet y de los buriatos y kirghises, que le proporcionaron dinero, armas, soldados y el apoyo de sus diplomáticos. Los emperadores de China eludieron entrar en

guerra abierta con el dios vivo, por miedo a provocar protestas de los budistas chinos. En cierta ocasión enviaron al Bogdo Kan un hábil envenenador. El Buda vivo, sin embargo, comprendió inmediatamente la razón de aquellas atenciones facultativas, y conocedor del poder de los venenos asiáticos, decidió emprender un viaje para inspeccionar los monasterios mongoles y tibetanos. Dejó para sustituirle a un hubilgan, que se hizo amigo del doctor chino y le sonsacó el objeto de su visita. No tardó el chino en morir, por causa desconocida, y el Buda vivo regresó a su capital.

Otro peligro amenazó al dios vivo. Fue cuando Lhasa juzgó que el Bogdo Kan seguía una política independiente del Tíbet. El Dalai Lama inició negociaciones con varios kanes y príncipes, poniéndose a la cabeza del movimiento el Sain Noyon Kan y Jassuktu Kan, y les persuadió de la conveniencia de acelerar la emigración del Buda a otra forma humana.

Llegaron a Urga, donde el Bogdo Kan los acogió con las mayores muestras de alegría y estimación. Les prepararon un gran festín, y los conspiradores estaban ya dispuestos a ejecutar los planes del Dalai Lama. Sin embargo, al fin del banquete notaron ciertas molestias y murieron todos aquella misma noche. El Buda vivo envió sus cuerpo a las respectivas familias con todos los honores propios de su alcurnia.

El Bogdo Kan conoce todos los pensamientos, todos los actos de los príncipes y los kanes, y la menor conjura urdida contra él; de suerte que el culpable es atraído astutamente a Urga, de donde un vuelve a salir vivo.

El Gobierno chino decidió acabar con el reinado de los Budas vivos, e interrumpiendo la lucha con el pontífice de Urga ideó la intriga siguiente para el logro de sus fines:

Pekín invitó al Pandita Gheghen de Dolo Nor, así como al jefe de los lamaístas chinos, al hutuktu de Utai, dos personajes que no reconocían la soberanía del Buda vivo, a ir a la capital. Allí se acordó, después de consultar los libros búdicos, que el Bogdo Kan actual debía ser el último Buda vivo, puesto que la parte del espíritu de Buda que mora en los Bogdo Kanes no puede detenerse más que treinta y una veces en el cuerpo humano. Bogdo Kan es el treinta y un Buda encarnado desde la época de Undur Gheghen, y en él, por consecuencia, termina la dinastía de los pontífices de Urga. No obstante, al saber esto, Bogdo Kan mismo hizo varias investigaciones y descubrió en los viejos manuscritos tibetanos que uno de los pontífices de este país estuvo casado y que su hijo fue un Buda encarnado. He aquí por qué el Bogdo se casó y tiene ahora un hijo joven, enérgico y capaz; de modo que el trono religioso de Gengis Kan no quedará vacante. La dinastía de los emperadores chinos he desaparecido de la escena de los acontecimientos políticos, y el buda vivo continua siendo el centro del ideal panasiático.

El nuevo gobierno chino de 1920 se apoderó de la persona del buda vivo, confinándoles en su propio palacio; pero al comenzar el año 1921, el barón Ungern con los suyos atravesó el Bogdo Ol sagrado, y, acercándose al monasterio por detrás, dieron muerte a flechazos a los centinelas chinos; los mongoles penetraron en el palacio y libertaron a su dios, quien inmediatamente dio el grito de independencia, sublevó la Mongolia y despertó las esperanzas de los pueblos y las tribus de Asia.

En la lujosa mansión del Bogdo, un Lama me enseñó una cajita especial, cubierta con un precioso tejido, donde se guardan las bulas del Dalai Lama y del Tashi Lama, los decretos de los emperadores rusos y chinos y los Tratados entre Mongolia, Rusia, china y Tíber. En esta misma cajita está la placa de cobre con el signo misterioso del rey del mundo y el relato de la última visión del Buda vivo.

CAPITULO VI

LA VISION DEL BUDA VIVO

“He rezado y he visto lo que está oculto a los ojos del pueblo. Una vasta llanura se extendía delante de mí, limitada por lejanas montañas. Un viejo Lama llevaba un casto lleno de pesadas piedras. Andaba muy despacio. Del Norte vino un jinete vestido de blanco. Se acercó al Lama y le dijo:

- Dame tu cesto. Te ayudaré a llevarlo hasta tu Kure.

El Lama le entregó su abrumadora carga; pero el jinete fue incapaz de levantarla a la altura de su montura, de modo que el anciano Lama se la volvió a poner sobre el hombro y siguió su camino, doblado por el peso de los guijarros.

Entonces llegó del Norte otro jinete, vestido de negro, montado en un caballo negro, y también él se acercó al Lama y le dijo:

- ¡Imbécil! ¿Por qué llevas esos pedruscos que abundan tanto por el suelo?

Diciendo estas palabras, atropelló al Lama, empujándole con su caballo. El anciano soltó el cesto y las piedras se desparramaron por el terreno.

Cuando las piedras tocaron el suelo se transformaron en diamantes. Los tres hombres se precipitaron a recogerlas, pero ninguno de ellos pudo desprenderlas de la tierra. Entonces el viejo Lama exclamó:

- ¡Dioses! Toda mi vida he llevado esta agobiante carga, y ahora que me falta tan poco camino que andar la he perdido. ¡Valedme, dioses poderosos y clementes!

De improviso un anciano vacilante apareció. Lentamente juntó todos los diamantes, los colocó con dificultad en el cesto, limpiándolos previamente del polvo que los cubría, levantó la carga, se la echó al hombro como si fuese de pluma y partió, diciendo al Lama:

- Descansa un momento. Yo vengo de transportar mi carga hasta el fin y me complace ayudarte a llevar la tuya.

Continuaron su marcha y los perdí de vista, mientras que los jinetes se pusieron a reñir. Pelearon todo el día y toda la noche, y al salir el sol sobre la llanura ninguno de los dos estaba allí muerto ni vivo; ambos habían desaparecido sin dejar rastro.

He aquí lo que he visto yo, Bogdo Hutuktu Kan, hablando con el grande y sabio Buda, rodeado de los buenos y los malos demonios.

Sabios Lamas, hutuktus, kampos, marambas y santos gheghen, explicad al mundo mi visión”.

Esto fue escrito en mi presencia el 17 de mayo de 1921 según las palabras del Buda vivo, pronunciadas en el momento que acababa de salir de su oratorio particular, contiguo a su despacho. Ignoro lo que los hutuktus, gheghen, adivinos y magos le habrán respondido, pero ¿no es clara la explicaron conociendo la situación actual de Asia?

Asia se despierta llena de enigmas; pero tiene soluciones para los problemas que afectan a los destinos de la Humanidad. Ese gran continente de pontífices misteriosos, de dioses vivos, de mahatmas, de hombres que leen en el libreo terrible de Karma, sale de un largo sueño. Ese océano de centenares de millones de seres humanos está agitado por olas monstruosas.

PARTE QUINTA

EL MISTERIO DE LOS MISTERIOS: EL REY DEL MUNDO

CAPITULO PRIMERO

EL REINO SUBTERRANEO

- ¡Deteneos! – murmuró mi guía mongol un día que atravesábamos el llano cerca de Tzagan Luk – ¡Deteneos!

Y se dejó resbalar desde lo alto de su camello, que se tumbó sin que nadie se lo ordenase. El mongol se tapó con las manos la cara en actitud de orar y comenzó a repetir la frase:

- *¡Om Mani padme Hung!*

Los otros mongoles detuvieron también sus camellos y se pusieron a rezar. “¿Qué sucede?” pensé yo, mirando en torno mío la hierba color verde pálido que se extendía por el horizonte hasta

un cielo sin nubes, iluminado por los últimos rayos soñadores del sol poniente.

Los mongoles rezaron durante un momento, cuchichearon entre ello y después de apretar las cinchas de los camellos reanudaron la marcha

- ¿No habéis visto – me preguntó el mongol – cómo nuestros camellos movían las orejas espantados, cómo los caballos de la llanura se quedaban inmóviles y atentos, y cómo los carneros y el ganado se echaban al suelo? ¿No observasteis que los pájaros dejaban de volar, las marmotas de correr y los perros de ladrar? El aire vibraba dulcemente y traía de lejos la música de una canción que penetraba hasta el corazón de los hombres, de las bestias y de las aves. La tierra y el cielo contenían el aliento. El viento cesaba de soplar; el sol detenía su carrera. En un momento como aquel, el lobo que se aproxima a hurtadillas a los carneros hace alto en su marcha solapada; el rebaño de antílopes, amedrentado, retiene su ímpetu peculiar; el cuchillo del pastor, dispuesto a degollar al carnero, se le cae de las manos; el armiño rapaz cesa de arrastrarse detrás de la confiada perdiz *salga*. Todos los seres vivos, transidos de miedo, involuntariamente sienten la necesidad de orar, aguardando su destino. Esto era lo que entonces ocurría, lo que sucede siempre que el rey del mundo, en su palacio subterráneo, reza inquiriendo el porvenir de los pueblos de la tierra.

Así habló el mongol, pastor simple e inculto.

Mongolia, con sus montañas peladas y terribles, sus llanuras ilimitadas, cubiertas de los huesos esparcidos de los antepasados, ha dado origen al misterio. Este misterio, su pueblo, aterrado por las pasiones tormentosas de la Naturaleza o adormecido por la paz de la muerte, lo siente en su plena magnitud, y los ламы, rojos y amarillos, lo perpetúan y poetizan. Los pontífices de Urga y Lhasa guardan su ciencia y su posesión.

Ha sido durante mi viaje a Asia Central cuando he conocido por primera vez el misterio de los misterios, pues no he podido llamarlo de otra manera. Al principio no le concedí mucha atención, pero comprendí después su importancia al analizar y comparar ciertos testimonios esporádicos y frecuentemente sujetos a controversia.

Los ancianos de la ribera del Amyl me refirieron una antigua leyenda, según la cual una tribu mongola, intentando huir de Gengis Kan, se ocultó en una comarca subterránea. Más tarde un Somoto de los alrededores del lago Nogan Kul me mostró, así que se disipó una nube de humo, la puerta que sirve de entrada al reino de Agharti. Antaño penetró por esa puerta en el reino un cazador, y a su vuelta empezó a contar lo que había visto. Los Lamas le cortaron la lengua para impedirle hablar del misterio de los misterios. Ya viejo, volvió a la entrada de la caverna y desapareció en el reino subterráneo cuyo recuerdo tanto encantó u regocijó su corazón de nómada.

Obtuve informes más detallados de labios del Hutuktu Jelyl Dyamsrap de Narabanchi Kure. Este me narró la historia de la llegada del poderoso rey del mundo a su salida del reino subterráneo, su aparición, sus milagros y profecías, y entonces solamente empecé a comprender que esta leyenda, esta hipnosis, esta visión colectiva, de cualquier modo como se la interprete, encierra, a más de un misterio, una fuerza real y soberana, capaz de influir en el curso de la vida política de Asia. A partir de este momento comencé mis investigaciones.

El Lama Gelong, favorito del príncipe Chultun Beyli, y el príncipe mismo, me hicieron la descripción del reino subterráneo.

- En el mundo – dijo Gelong – todo se halla constantemente en estado de transición y de cambio: los pueblos, las religiones, las leyes y las costumbres. ¡Cuántos grandes imperios y brillantes constituciones han perecido! Lo único que no cambia nunca es el mal, el instrumento de los espíritus perversos. Hace más de seis mil años, un hombre santo desapareció con toda una tribu en el interior de la tierra y nunca ha reaparecido en la superficie de ella. Muchos hombres, sin embargo, han visitado después ese reino misterioso: Sakya Muni, Under Gheghen, Paspá, Baber y otros. Nadie sabe dónde se encuentra situado. Dicen unos que en el Afganistán, otros que en la India. Todos los miembros de esta religión están protegidos contra el mal, y el crimen no existe en el interior de sus fronteras. La ciencia se ha desarrollado en la tranquilidad y nadie vive amenazado de destrucción. El pueblo subterráneo ha llegado al colmo de la sabiduría. Ahora es un gran reino que cuenta

con millones de súbditos regidos por el rey del mundo. Este conoce todas las fuerzas de la Naturaleza, lee en todas las almas humanas y en el gran libro del Destino. Invisible, reina sobre ochocientos millones de hombres, que están dispuestos a ejecutar sus órdenes.

El príncipe Chultun Beyli agregó:

- Este reino es Agharti y se extiende a través de todos los accesos subterráneos del mundo entero. He oído a un sabio Lama decir al Bogdo Kan que todas las cavernas subterráneas de America están habitadas por el pueblo antiguo que desapareció de la tierra. Aún se encuentran huellas suyas en la superficie del país. Estos pueblos y estos espacios subterráneos dependen de jefes que reconocen la sabiduría del rey del mundo. En ello no hay gran cosa sorprendente. Sabéis que en los dos océanos mayores del Este y el Oeste había remotamente dos continentes. Las aguas se los tragaron y sus habitantes pasaron al reino subterráneo. Las cavernas profundas están iluminadas por un resplandor particular que permite el crecimiento de cereales y otros vegetales y da a las gentes una larga vida sin enfermedades. Allí existen numerosos pueblos e incontables tribus. Un viejo brahmán budista de Nepal, obedeciendo la voluntad de los dioses, hizo una visita al antiguo reino de Gengis, Siam, y en ella encontró un pescador, quién le ordenó ocupase su barca y bogase con él hacia el mar. Al tercer día arribaron a una isla donde vivía una raza de hombres con dos lenguas, que podían hablar separadamente idiomas distintos. Les enseñaron animales curiosos, tortugas de dieciséis patas y un solo ojo, enormes serpientes de sabrosa carne y pájaros con dientes que cogían los peces del mar para sus amos desconocidos.

Estos isleños les dijeron que habían venido del reino subterráneo y les describieron ciertas regiones.

El Lama Turgut, que me acompaño a mi viaje de Urga a Pekín, me proporcionó otros informes.

- La capital de Agharti está rodeada de villas en las que habitan los grandes sacerdotes y sabios. Recuerda a Lhasa, donde el palacio del Dalai Lama, el Potala, se halla en la cima de un monte cubierto de templos y monasterios. El trono del rey del mundo se alza entre dos millones de dioses encarnados. Estos son los santos panditas. El palacio mismo se halla circundado por la residencia de los goros, quienes poseen todas las fuerzas visibles e invisibles de la tierra, del infierno y del cielo, y pueden disponer a su antojo de la vida y de la muerte de los hombres. Si nuestra loca Humanidad emprendiese la guerra contra ellos, serían capaces de hacer saltar la corteza de nuestro planeta, transformando la superficie de este en desiertos. Pueden secar los mares, cambiar los continentes en océanos y convertir las montañas en arenales. A su mando, los árboles, las hierbas y las zarzas empiezan a retoñar; los hombres viejos y débiles se rejuvenecen y vigorizan y los muertos resucitan. En extraños carros, que nosotros no conocemos, recorren a toda velocidad los estrechos pasillos del interior de nuestro planeta. Algunos brahmanes de la India y ciertos Dalai Lamas del Tíbet han conseguido escalar los picos de las cordilleras, nunca holladas hasta entonces por pie humano, y vieron inscripciones grabadas en las rocas, pisadas en la nieve y señales de ruedas de carruajes. El bienaventurado Sakya Muni encontró en la cima de un monte unas tablas de piedra con letreros que solo logró descifrar a edad muy avanzada, y penetró luego en el reino de Agharti, del que trajo las migajas del saber sagrado que pudo retener en la memoria. Allí, en palacios maravillosos de cristal, moran los jefes invisibles de los fieles: el rey del mundo, Brahytma, que puede hablar a Dios como yo os hablo, y sus dos auxiliares: Mahaytma, que conoce los acontecimientos futuros, y Mahynga, que dirige y prevé las causas de esos acontecimientos.

Los santos panditas estudian el mundo y sus fuerzas. A veces, los más sabios de ellos se reúnen y envían delegados a los sitios donde jamás llegó la mirada de los hombres. Esto lo describe el Tashi Lama, que vivió hace ochocientos cincuenta años. Los panditas más altos, con una mano en los ojos y la otra en la base del cráneo de los sacerdotes más jóvenes, los adormecen profundamente, lavan sus cuerpos con infusiones de plantas, los inmunizan contra el dolor, los hacen tan duros como una piedra, los envuelven en bandas mágicas y se ponen a rezar al Dios todopoderoso. Los jóvenes

petrificados, acostados con los ojos abiertos y oídos atentos, ven, oyen y se acuerdan de todo. En seguida un goro se acerca y clava en ellos una mirada penetrante. Lentamente los cuerpos se levantan de la tierra y desaparecen. El goro sigue sentado, con los ojos fijos en el sitio al que los envió. Unos hilos invisibles los sujetan a su voluntad y algunos de ellos viajan por las estrellas, asisten a los acontecimientos y observan los pueblos desconocidos, sus costumbres y condiciones. Escuchan las conversaciones, leen los libros y se percatan de las dichas y las miserias, de la santidad y de los pecados, de la piedad y el vicio... Los hay que se mezclan a la llama, ven la criatura de fuego, ardiente y feroz, combaten sin tregua, derriban y machacan los metales en las entrañas de los planetas, hacen hervir el agua en los *geysers* y fuentes termales, funden las rocas y derraman sus materiales en fusión sobre la superficie de la Tierra y en los orificios de las montañas. Otros se lanzan en busca de los seres del aire, infinitamente pequeños, evanescentes y transparentes, empapándose en sus misterios y descubriendo el objeto de su existencia. Algunos se deslizan hasta los abismos del mar y estudian el reino de las útiles criaturas del agua que transportan y esparcen el calor saludable por toda la Tierra, rigiendo los vientos, las olas y las tempestades. En el monasterio de Erdeni Dzu vivió antaño Pandita Hutuktu, que estuvo en Agharti. Al morir habló del tiempo en que moró, por voluntad del goro, en una estrella roja del Este, y de cuando voló sobre el Océano cubierto de hielos y vagó entre las llamas ondulantes que arden en las profundidades de la Tierra.

Estas son las historias que oí contar en las *yurtas* de los príncipes y en los monasterios lamaístas. El tono con que me las referían me impedía formular la menor objeción. Misterio...

CAPITULO II

EL REY DEL MUNDO, ENFRENTA A DIOS

Durante mi estancia en Urga intenté hallar una explicación a esa leyenda del rey del mundo. Naturalmente, el Buda vivo era quien mejor podía documentarme, y procuré, por tanto, hacerle

hablar acerca de ello. En una conversación con él cité el nombre del rey del mundo. El anciano pontífice volvió a mí sus ojos inmóviles y sin vida. A mi pesar, me quedé callado. El silencio se prolongó y el pontífice reanudó el dialogo de manera que comprendí que no deseaba abordar el tema. En las caras de las demás personas presentes observé la expresión de asombro y espanto que mis palabras habían producido, especialmente el bibliotecario del Bogdo Kan. Se comprenderá fácilmente que todo aquello contribuyó a aumentar mi curiosidad y mi afán de profundizar en el asunto.

Cuando salí del despacho del Bogdo Hutuktu encontré al bibliotecario, que se había ido antes que yo, y le pregunté si consentiría en que visitase la biblioteca del Buda vivo. Empleé con él una treta inocente.

- Sabed, mi querido Lama – le dije –, que yo estuve un día en medio del campo, a la hora en que el rey del mundo conversaba con Dios, y experimenté la conmovedora impresión del momento.

Sorprendiéndome mucho, el viejo Lama me repuso con todo sereno:

- No es justo que el budismo y nuestra religión amarilla lo oculten. El reconocimiento de la existencia del más santo y poderoso de los hombres, del reino bendito, del gran templo de la ciencia sagrada, es tan consolador para nuestros corazones de pecadores y nuestras vidas corrompidas, que ocultarlo a la Humanidad sería un pecado. Pues bien, oíd – añadió el letrado –: el año entero el rey del mundo dirige los trabajos de los panditas goros de Agharti. A veces acude a la caverna del templo, donde reposa el cuerpo embalsamado de su antecesor, en un féretro de piedra negra. Esta caverna está siempre oscura, pero cuando el rey del mundo entra en ella, en los muros surgen rayas de fuego, y de la cubierta del féretro salen lenguas de llamas. El goro mayor se mantiene junto a él, tapadas la cabeza y la cara, con las manos cruzadas sobre el pecho. El goro no se quita nunca el velo del rostro, porque su cabeza es una calavera de ojos chispeantes y lengua expeditiva. Comulga con las almas de los difuntos.

El rey del mundo habla largo rato, luego se aproxima al féretro, extendiendo la mano. Las llamas brillan más intensamente; las rayas de fuego de las paredes se apagan y reaparecen entrelazándose, formando signos misteriosos del alfabeto vatannan. Del sarcófago empiezan a salir banderolas transparentes de luz apenas visible. Son los pensamientos de su antecesor. Pronto el rey del mundo se ve rodeado de una aureola de aquella luz, y las letras de fuego escriben, escriben sin cesar en las paredes los deseos y las órdenes de Dios. En aquel instante, el rey del mundo está en relación con las ideas de todos los que dirigen los destinos de la Humanidad: reyes, zares, janes, jefes guerreros, grandes sacerdotes, sabios, hombres poderosos. Conoce sus intenciones y sus planes. Si agradan a Dios, el rey del mundo los favorecerá con su ayuda sobrenatural; si desagradan a Dios, el rey provocará su fracaso. Esta facultad la posee Agharti por la creencia misteriosa de Om, vocablo con el que principian todas nuestras plegarias. Om es el nombre de un antiguo santo, el primero de los goros, que vivió hace trescientos mil años. Fue el primer hombre que conoció a Dios, el primero que enseñó a la Humanidad a creer, esperar y a luchar con el mal. Entonces Dios le otorgó poder absoluto sobre las fuerzas que gobiernan el mundo visible.

Después del coloquio con su antecesor, el rey del mundo reúne el Supremo Consejo de Dios, juzga las naciones y los pensamientos de los grandes hombres y los ayuda o los anonada. Mahytma y Mahynga hallan el puesto de esas acciones e intenciones entre las causas que manejan el mundo. En seguida el rey del mundo entra en el templo, y a solas reza y medita. El fuego brota del altar, y poco a poco se propaga a todos los altares próximos y a través de la llama ardiente se vislumbra cada vez más claro el rostro de Dios. El rey del mundo participa respetuosamente a Dios las decisiones del Consejo, y recibe en cambio las instrucciones inescrutables del Omnipotente. Cuando abandona el templo, el rey del mundo exhala un resplandor divino.

CAPITULO III

¿REALIDAD O FICCION MISTICA?

- ¿Ha visto alguien al rey del mundo? – pregunté.
- Sí – contestó el Lama –. Durante las fiestas solemnes del primitivo budismo, en Siam y las Indias, el rey del mundo apareció cinco veces. Ocupaba una carroza magnífica tirada por elefantes blancos, engalanados con finísimas telas cuajadas de oro y pedrería. El rey vestía un manto blanco y llevaba en la cabeza la tiara roja, de la que pendían hilos de brillantes que le tapaban la cara. Bendecía al pueblo con una bola de oro rematada por un áureo cordero. Los ciegos recobran la vista, los sordos oyeron, los impedidos echaron a andar y los muertos se incorporaban en sus tumbas por doquiera fijaba la mirada el rey del mundo. También se apareció hace ciento cincuenta años, en Erdeni Dzu, y visitó igualmente el antiguo monasterio de Sakka y Narabanchi Kure.

Uno de nuestros Budas vivos y uno de los Tashi Lamas recibieron de él un mensaje escrito en caracteres desconocidos y en láminas de oro. Nadie podía leer aquel documento. El Tashi Lama entró en el templo, puso la lámina de oro sobre su cabeza y empezó a rezar. Gracias a su plegaria los pensamientos del rey del mundo penetraron en su cerebro, y sin haber leído los enigmáticos signos, comprendió y cumplió la regia disposición.

- ¿Cuántas personas han ido a Agharti? – pregunté.
- Muchas – contestó el Lama –, pero todas guardan el secreto de lo que vieron. Cuando los oletos destruyeron Lhasa, uno de sus destacamentos, recorriendo las montañas del Sudoeste, llegó a los límites de Agharti. Aprendieron algunas ciencias misteriosas y las trajeron a la superficie de la Tierra. He aquí por qué los oletos y los calmuco son tan hábiles magos y adivinos. Ciertas tribus negras del Este se internaron también en Agharti y allí estuvieron varios siglos. Más tarde fueron expulsados del reino y regresaron a la faz del planeta según los naipes, las hierbas y las líneas poseedoras del misterio de los augurios de la mano. De esas tribus proceden los gitanos. Allí, en el norte de Asia, existe una tribu en vías de desaparecer que residió en el maravilloso Agharti. Sus miembros saben llamar a las almas de los muertos cuando flotan en el aire.

El Lama permaneció silencioso un buen rato. Luego, como respondiendo a mis pensamientos, continuó:

- En Agharti, los sabios panditas escriben en tablas de piedra toda la ciencia de nuestro planeta y de los demás mundos. Los doctos budistas chinos no lo ignoran. Su creencia es la más alta y pura. Cada siglo cien sabios de china se reúnen en un lugar secreto, a orillas del mar, y de las profundidades de este salen cien tortugas inmortales. En sus conchas, los chinos escriben sus conclusiones de la ciencia divina del siglo.

Esto me recuerda la historia que me contó un viejo bonzo chino del templo del cielo, de Pekín. Me dijo que las tortugas viven más de tres mil años sin aire ni alimento y que esta es la razón por la cual todas las columnas del templo azul del cielo tienen por base tortugas vivas, a fin de evitar que se pudra la madera.

- Varias veces los pontífices de Urga y Lhasa han enviado embajadas a la corte del rey del mundo – agregó el Lama bibliotecario –; pero les fue imposible dar con ella. Solo un cierto caudillo tibetano, después de una batalla con los oletos, encontró la caverna con la célebre inscripción: “Esta puerta conduce a Agharti”. De la caverna salió un hombre de buena presencia que le mostró una plancha de oro con letras desconocidas y le dijo: “El rey del mundo aparecerá delante de todos los hombres cuando llegue la hora de que se ponga al frente de los buenos para luchar contra los malos; pero esa hora no ha sonado todavía. Los más malos de la Humanidad aún están por nacer”.

El Chiang Chun, barón Ungern, nombró embajador suyo en el reino subterráneo al joven príncipe Punzing, pero este regresó con una carta del Dalai Lama de Lhasa. El barón le envió de nuevo y la segunda vez no volvió.

CAPITULO IV

LA PROFECIA DEL REY DEL MUNDO EN 1890

El Hutuktu de Narabanchi me refirió lo siguiente cuando tuve ocasión de visitarle en su monasterio al empezar el año 1921:

- La vez que el rey del mundo se apareció a los Lamas de nuestro monasterio, favorecidos por Dios, hace treinta años, hizo una profecía relativa a los cincuenta años inmediata y correlativamente venideros. Hela aquí: “Cada día más se olvidarán los hombres de sus almas y se ocuparán de sus cuerpos. La corrupción más grande reinará sobre la Tierra. Los hombres se asemejarán a animales feroces, sedientos de la sangre de sus hermanos. La media luna se borrará y sus adeptos se sumirán en la mendicidad y en la guerra perpetua. Sus conquistadores serán heridos por el sol, pero no subirán dos veces; les sucederá la peor de las desgracias y acabarán entre insultos a los ojos de los demás pueblos. Las coronas de los reyes, grandes y pequeños caerán: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... Habrá una guerra terrible entre todos los pueblos. Los océanos enrojecerán... La tierra y el fondo de los mares se cubrirán de esqueletos, se fraccionarán los reinos, morirán naciones enteras..., el hambre, la enfermedad, los crímenes desconocidos de las leyes..., cuanto el mundo no habrá contemplado aún. Entonces vendrán los enemigos de Dios y del Espíritu Divino que residen en el hombre. Quienes cojan la mano de otro, perecerán también. Los olvidados, los perseguidos se sublevarán y llamarán la atención del mundo entero. Habrá nieblas y tempestades. Las montañas peladas se cubrirán de bosques. Temblará la Tierra... Millones de hombres cambiarán las cadenas de la esclavitud y las humillaciones por el hambre, las enfermedades y la muerte. Los antiguos caminos se llenarán de multitudes que irán de un sitio a otro. Las ciudades mejores y más hermosas perecerán por el fuego..., una, dos, tres... El padre luchará con el hijo, el hermano con el hermano, la madre con la hija. El vicio, el crimen, la destrucción de los cuerpos y de las almas imperarán sin frenos... Se dispersarán las familias... Desaparecerán la fidelidad y el amor... De diez mil hombres, uno solo sobrevivirá...: un loco, desnudo, hambriento y sin fuerzas, que no sabrá construirse una casa, ni proporcionarse alimento... Aullará como un lobo rabioso, devorará cadáveres, morderá su propia carne y desafiará airado a Dios... Se despoblará la tierra. Dios la dejará de su mano. Sobre ella esparcirán tan solo sus frutos la noche y la muerte. Entonces surgirá un pueblo hasta ahora desconocido que, con puño fuerte, arrancará las malas hierbas de la locura y del vicio y conducirá a los que hayan permanecido fieles al espíritu del hombre a la batalla contra el mal. Fundará una nueva vida en la tierra purificada por la muerte de las naciones. Dentro de cincuenta años no habrá más que tres grandes reinos nuevos que vivirán felices durante setenta y un años. En seguida vendrán dieciocho años de guerras y cataclismos... Luego los pueblos de Agharti saldrán de sus cavernas subterráneas y aparecerán en la superficie de la tierra.

Más tarde, viajando por Mongolia oriental, camino de Pekín, me pregunté frecuentemente:

“¿Qué sucedería, qué sucedería si todos estos pueblos y tribus tan distintos y de tan diferentes razas y religiones comenzasen a emigrar al Oeste?”

Ahora, en el momento de escribir estas últimas líneas, mi mirada se dirige involuntariamente a ese vasto corazón del Asia Central, teatro de mis correrías y aventuras. A través de los torbellinos de nieve o de las tempestades de arena del Gobi, veo el rostro del Hutuktu de Narabanchi cuando con tono reposado me descubría el secreto de sus íntimos pensamientos, señalando al horizonte con su mano fina de aristócrata.

Cerca de Karakorum, a orillas del Ubsa Nor, contemplo los inmensos campanarios multicolores, los rebaños de toda clase de ganado, las *yurtas* azules de los jefes. Sobre esto se alzan los estandartes de Gengis Kan, de los reyes del Tíbet; de Siam; del Afganistán y de los príncipes indios; los signos sagrados de los pontífices lamaístas, los escudos de las tribus mongolas del Norte. No oigo el ruido de la agitada multitud. Los cantores no cantan los aires melancólicos de las montañas, de las llanuras y de los desiertos. Los jinetes mozos no disfrutan corriendo en sus ágiles

caballos. Masas y masas de innumerables ancianos, mujeres y niños ocupan el terreno, y más allá al Norte y al Oeste, hasta donde la vista puede alcanzar, el cielo se tiñe con rojeces de llama y se oye el retumbar y el crepitar del incendio y el estruendo horrísono de la batalla y la matanza que lleva a los guerreros asiáticos, entre ríos de sangre propia y de los enemigos, a la conquista de Europa. ¿Quién guía a esas multitudes de ancianos sin armas? En ellas domina un orden severo, una comprensión profunda y religiosa del fin que se proponen, la paciencia y la tenacidad. Es la nueva emigración de los pueblos, la última marcha de los mongoles.

Quizá Karma ha abierto una nueva página en la Historia.

¿Qué ocurrirá si el rey del mundo está con ellos?

Pero ese gran misterio de los misterios continúa siendo impenetrable.

FIN DE

“BESTIAS, HOMBRES, DIOSES”

VOCABULARIO

- AMUR SAYN. – Hasta luego.
- ATTAMAN. – Jefe de cosacos.
- BANDI. – Estudiante de teología budista.
- BURIATO. – La tribu mongola más civilizada que vive en el valle de Selenga (Transbaikalia).
- CALMUCO. – Tribu mongola que emigró de Mongolia en tiempo de Gengis y que vive ahora en el Ural y orillas del Volga. Se llaman también Oletos.
- CHECA. – Organización bolchevique que persigue a los enemigos de los soviets.
- CHIANG CHUN. – General chino.
- DALAI LAMA. – El pontífice de la religión amarilla o lamaísta de Lhasa.
- DJUGAR. – Tribu mongola del Oeste.
- DUGUN. – Establecimiento comercial chino en un fortín.
- DZUK. – ¡Échate!
- FATIL. – Raíz preciosa empleada en medicina en China y en el Tíbet.
- FELCHER. – Ayudante de cirujano.
- GELONG. – Sacerdote lamaísta con derecho a ofrecer sacrificios a Dios.
- GETUL. – El tercer grado entre los monjes lamaístas.
- GORO. – Gran sacerdote del rey del mundo.
- HATYK. – Trozo de seda azul o amarilla que se regala a los huéspedes, lamas o dioses. También significa una especie de moneda que vale dos o tres francos.
- HONG. – Almacén chino.
- HUCHUN. – Lugar cerrado por una empalizada o muro que contiene las viviendas, tiendas y cuadras de los cosacos rusos en Mongolia.
- HUNGHUTZ. – Bandido chino.
- HUTUKTU. – El grado más elevado entre los monjes lamaístas; dios encarnado, santo.
- IMURAN. – Especie de roedor.
- IZBUR. – Especie de roedor.
- JAYRUS. – Especie de trucha.
- KABARGA. – Antílope almizclado.
- KAMPO. – Prior de un monasterio lamaísta, el grado más elevado en el clero blanco.
- KAMPO-GELON. – El grado más elevado entre los gelongs.
- KAN. – Rey.
- KARMA. – Personificación budista de la idea del Destino.
- KIRGHIZ. – Nación mongola que habita entre el *Irtich*, en Siberia Occidental, el lago Balac y el Volga.
- KUROPATKA. – Perdiz.
- LAMA. – Sacerdote lamaísta.
- LAN. – Peso de plata u oro equivalente a treinta y seis gramos.
- MARAMBA. – Doctor en Teología.
- MENDÉ. – Saludo Somoto (buenos días).
- MERIN. – Jefe de la Policía soyota del Urianhai.
- NAGAN HUCHUN. – Cercado chino reservado al cultivo de hortalizas.
- NAIDA. – Modo de encender lumbre empleado por los leñadores siberianos.
- NOYON. – Príncipe, kan, jefe, excelencia.
- OBO. – Monumento sagrado levantado en los parajes peligrosos del Urianhai y en Mongolia para aplacar a los dioses.
- OM. – El nombre del primer Goro. Ciencia mágica del Estado subterráneo. Salve.
- OM MANI PADME HUNG. – ¡Salve, gran lama de la flor de loto!
- OROCHONES. – Tribu mongola que vive junto al Amur.
- PANDITA. – El grado más elevado entre los monjes budistas.

PANTI. – Cuernos de gamo utilizados como medicina en China y Tíbet.
PASPA. – Fundador de la secta amarilla que predomina actualmente en el lamaísmo.
POGROM. – Matanza.
SAIT. – Gobernador mongol.
SALGA. – Especie de perdiz.
SAYN. – Bien. Buenos días.
TACHUR. – Caña de bambú.
TAIGA. – Bosque (Siberia).
TAIMEN. – Trucha que pesa hasta ciento veinte libras.
TA LAMA. – Literalmente gran sacerdote, ahora doctor en medicina.
TANG TZU. – Casa (chino).
TCHAMAR. – Tribu mongola guerrera que vive cerca de la Gran Muralla.
TZAGAN. – Blanco.
TZARA. – Documento que da derecho a obtener caballos y guías.
TSIRIK. – Soldados mongoles movilizados.
TURPAN. – Pato silvestre rojo.
TZUREN. – Doctor envenenador.
ULAN. – Rojo.
ULATCHEN. – Postillón.
URGA. – Capital de Mongolia. Especie de lazo mongol.
URTON. – Parada de postas.
VATANNAN. – El idioma del Estado subterráneo del rey del mundo.
WAPITI. – Especie de alce.
YURTA. – La tienda o casa mongola.
ZABEREGA. – Hacinamiento de hielo en las orillas de los ríos.
ZAHACHINE. – Tribu mongola errante del Oeste.
ZIR KURAT. – Alta torre de estilo babilónico.

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí".](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>